164

ALREVÉS

Un asunto ambiguo

CRISTINA HIGUERAS

Cristina Higueras

Cristina Higueras es licenciada por laReal Escuela Superior de Arte Dramáticode Madrid (RESAD) y tiene a sus espaldas una larga trayectoria como actriz, directora y productora teatral que la ha llevado a ser merecedora del Premio Mostra de Valencia a su trayectoria artística como intérprete y el Cope-Cadena Cien de Teatro.
Como novelista, es autora de la novela de humor *Consuelito de la Ascensión* y de las obras de género negro *El extraño del ayer, El error de Clara Ulman* (finalista delPremio Celsiusa la mejor novela de Ciencia Ficción y Fantasía) y *Soy tu mirada*. Por su labor como escritora recibió en 2022 el Premio Aragón Negro por su trayectoria literaria.
El personal estilo, la originalidad de sus historias y la forma de perfilar los personajes que las pueblan, la han hecho acreedora de un destacado lugar dentro de la novela negra española actual.

www.cristinahigueras.com
Instagram: @*cristinahigueras_oficial*
Twitter: @*CristHigueras*

El cuerpo sin vida de Adrián, de 17 años, hijo de un exitoso empresario de origen chino, aparece en un piso deshabitado de Madrid tumbado sobre un sofá, abrazado a una estatuilla religiosa.

Todo parece indicar que Adrián se ha suicidado; sin embargo, la joven inspectora Mónica Rojo sospecha que puede tratarse de un crimen. Sus pesquisas la llevan a plantearse numerosas preguntas: ¿fue Adrián captado por una secta? ¿Qué oscuro secreto esconde su familia? ¿Quién o quiénes podrían estar interesados en la muerte de un adolescente con una vida aparentemente normal? O si en realidad decidió quitarse la vida, ¿qué fue lo que le empujó a tomar esa decisión? La inspectora se topa con una particular aplicación de contactos y visita un extraño local nocturno con el fin de encontrar respuesta a estas preguntas.

Cristina Higueras, con una prosa elegante, directa y absorbente, nos atrapa con una novela magistral por su precisión a la hora de perfilar los caracteres de sus personajes y definir el mundo de apariencias en que se mueven, un universo donde tras el resplandor del lujo y el fulgor de los privilegios acechan las sombras de la doble moral, el materialismo y la falta de escrúpulos.

Un asunto ambiguo

Un asunto ambiguo

CRISTINA HIGUERAS

ALREVÉS
BARCELONA-2024

Primera edición: marzo del 2024

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ València, 241, 4.º

08007 Barcelona

info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2024, Cristina Higueras © de la presente edición, 2024, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-19615-45-9
Producción del ePub: booqlab Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

En memoria de Diana Laffond

Uno no debe mirar el abismo, porque en el fondo hay un encanto inexpresable que nos atrae.

GUSTAVE FLAUBERT

Es curioso que de todas las etapas de la vida, siempre resulte ser la más corta la correspondiente a la felicidad.

FERNANDO MARÍAS

Capítulo 1

Domingo, 6 de noviembre

Debo de tener una pinta de colgado que lo flipas mirando la pantalla mientras voy escopeteado. Pero ¿por qué ando tan deprisa?… ¡Ralentiza, coño, Adri…, relax!…, uffff…, vaaaale…, mejor así…, si llego antes de la hora me voy a poner nervioso y lo único que va a pasar es que me voy a liar más todavía de lo que estoy. Tendré que esperar de todas formas, así que, afloja, tío. Lo importante es que va a pasar. No sé por qué me estoy rayando tanto… Igual ya ha llegado. No creo, es pronto… Molaría que de repente saliera de la pantalla y se pusiera a mi lado en plan aparición extraterrestre, o que me diera un toquecito por detrás, en el hombro…, ¡sorpresaaa!… Y si eso pasara, ¿qué haría? Solo de imaginármelo me tiemblan las piernas. Soy un puto idiota. No pienso rajarme ahora después de todo… El corazón se me pone a mil de pensarlo. No sé si por ganas o por miedo… Dios…, como me siga latiendo así me va a dar un chungo antes de tiempo. ¡Vaya mierda! Con lo claro que lo tenía y ahora no estoy tan seguro. ¿Cómo que no?, ¡pero si me va a rentar mazo, está claro! Algo de miedo sí que da, lo reconozco…, yo qué sé…, después de tanto tiempo esperando y pensando…, va a salir bien…, seguro que sí…, ¿y luego?…, ¿seré gilipollas? Lo que venga después me la suda. Faltan diez minutos. Ojalá todo salga como creo. Tiene que ser exactamente así. ¡Sí, va a ser así! Si no, no hubiéramos llegado hasta aquí. La cosa va a ir de puta madre. Me ha costado un huevo conseguirlo, pero ahora estoy a solo un paso. Espero que no ocurra algún imprevisto que me fastidie el plan. ¡Para ya, Adri, joder! No quiero seguir pensando porque me va a estallar la cabeza. En vez de comerme tanto el coco tengo que centrarme…, parezco mi padre, siempre dando vueltas y más vueltas a cualquier cosa, desde la más grande a la más tonta. Su vida entera con ese gesto de no creerse lo que le cuentan y de desconfiar de todo el mundo. Si supieran lo que me fastidia cuando me dicen que me parezco a él, se ahorrarían la matraca.

No creo que haya llegado todavía. ¿Qué hago? Prefiero dar una vuelta a la manzana, así me distraigo… No…, mejor me quedo aquí,

aunque me revienta tener que esperar como un pringado con el puto frío que hace… ¿Qué hago? ¿Envío un *whatsapp*? Nada de eso. Ni de coña quiero que piense que soy un arrastrado. ¡Hostia, un mensaje! Allá voy…

Capítulo 2

Martes, 15 de noviembre

Mónica Rojo ladeaba la cabeza. Como si así pudiera obtener la perspectiva correcta. A veces las cosas se ven mejor desde el ángulo torcido. Ella lo sabía bien. Acompañaba el gesto guiñando los ojos para focalizar mejor. Era algo que, además, la ayudaba a concentrarse y le facilitaba aislarse del mundo exterior.

Pocos casos singulares le habían tocado en suerte a lo largo de su corta pero intensa carrera. En realidad, solo uno: el de Loren Barceló, su compañera. Pero ese equivalía a una docena. Y no solo porque había estado a punto de costarle la vida. Tampoco porque la resolución de este la ayudara a ascender en el Cuerpo, convirtiéndose primero en subinspectora y después en la inspectora más joven del Cuerpo Nacional de Policía. No, no era solo por eso. Habían pasado ya siete años, pero la imagen de su amiga en coma en aquella cama de hospital estaba tan viva en su memoria como la desolación que la invadió mientras la miraba. Un sentimiento que le rasgó el alma y le hizo consciente de que la verdad y la mentira son solo conceptos que la realidad supera. Un antes y un después en su vida. Las cicatrices que le dejó aquello, las del cuerpo y las otras, especialmente las otras, se encargaron de marcar el punto de inflexión que le hizo madurar definitivamente. Y ahora, observando la cáscara que en algún momento había albergado a un ser humano, rememoraba con detalle ese episodio de su vida.

La indumentaria hacía pensar que se trataba de un hombre joven. De no haber estado deformado debido al proceso de putrefacción, nadie hubiera dicho que estaba muerto, sino que se había quedado dormido encima del sofá trasteando con el objeto que tenía sobre el pecho. Boca arriba, apoyaba las manos en una talla religiosa de unos quince centímetros de largo que reposaba en su tórax.

Ni lo que parecía ser un santo sacado del nacimiento que ponía su abuela Pilarín en Navidad, ni el lugar, ni las circunstancias, relacionaba este caso con el de su compañera. Lo cierto es que no entendía qué le estaba haciendo viajar en el tiempo, porque nada en

esa habitación recordaba a su colega Loren ni tenía parecido alguno con las peculiaridades que rodearon aquel suceso. O sí. Tal vez lo imperturbable de ambos cuerpos. Tal vez el misterio que albergaba cada uno de ellos. Tal vez la motivación o los avatares que llevan a alguien a terminar sus días de una forma anormal, sea la que sea. Siempre hay violencia en cualquier muerte, incluso en las naturales. Aunque, por otra parte, ¿es que hay alguna que lo sea?, ¿acaso un cáncer terminal es natural?, ¿o incluso el lento final de un anciano? Natural es la vida, la muerte nunca lo es por mucho que lo asumamos para aguantar lo insoportable que resulta.

La intensidad de la calefacción central hacía que la temperatura del cuarto sobrepasara los veinticinco grados. Este detalle, unido a su exceso de peso, provocaba que el agente Eugenio Bermejo sudara copiosamente. Señalaba con una mano la nota que reposaba encima del mueble de la sala y con la otra se secaba la frente con un pañuelo.

—Un suicidio de manual.

La inspectora se dirigió al lugar donde se hallaba el papel. La hoja, estirada y colocada cuidadosamente sobre la superficie, tenía signos de haber sido previamente doblada en cuatro. Leyó en voz alta lo que estaba escrito.

—«Perdonadme todos, pero estaréis mejor sin mí y yo también lo voy a estar allá donde vaya. Estoy demasiado cansado para continuar. Adrián». —Mónica volvió a mirar el cuerpo—. Demasiado cansado para continuar —remarcó—. Por como viste, se diría que es muy joven para estar ya hasta los huevos, ¿no?

—Un desengaño podría haberle deprimido —especuló Bermejo—. Estar enamorado puede pasar de ser maravilloso a la peor de las putadas. Igual se sentía responsable de la ruptura, y si la culpa le reconcomía, optó por librar-se de quien le estaba fastidiando, o sea, de él mismo.

—Menudo culebrón turco te has montado en un pispás.

—Bueno, los culebrones se nutren de la realidad, y el mal de amores es una de las primeras causas de suicidio, tanto en la ficción como en la vida.

Rojo escrutaba el cuerpo inerte como si de alguna manera le pudiera suministrar la respuesta.

—Podría serlo en este caso. O vete tú a saber qué pasaría por esa cabeza. Cada cual llevamos nuestros demonios dentro, aunque a la mayoría no nos guste hablar con ellos.

—Pues este parece que se ha marcado una buena charla.

La inspectora volvió a examinar la carta.

—Está escrita en ordenador y no está firmada.

—Sí lo está. «Adrián», pone.

—Me refiero a que no está firmada de puño y letra. La gente escribe a mano su despedida, y en cualquier papel guarrindongo que encuentra, no teclea un apunte tipo oficina. Además, uno se suicida en casa o en algún lugar en el que espera ser encontrado, especialmente si deja una nota. Sin embargo, a este lo hemos descubierto porque ha empezado a apestar, que si no… Anda, registra el cuerpo con cuidado —dijo sin poder reprimir un gesto de repugnancia.

—¿No esperamos a los de Científica ni a la forense? Me han dicho que es Grau quien está de guardia hoy. Y, en los juzgados, Nora Salinas, aunque no sé si se acercará.

—¿A quién le toca de Científica?

—Salva Fanjul y compañía.

—Son todos de confianza. Si el tipo lleva encima alguna identificación, ganamos tiempo y les facilitamos el trabajo. Además, cuando lleguen, esa barbita tuya se habrá convertido en la de Matusalén, y a mí me habrán crecido raíces debajo de los pies. Por no hablar del tufo que se nos habrá incrustado de tal forma que tu mujer te va a echar de casa, y Cito, que hoy me quedo a dormir con él, me mandará al cuarto de los muñecos. Y, después de este panorama, que lo primero que vea al despertarme sean los caretos de Chucky y de su novia Tiffany no me va a hacer ilusión precisamente. Comprueba también si lleva algo en los bolsillos de la chupa —dijo, señalando la prenda que yacía sobre uno de los brazos del sofá.

Mientras Bermejo se mentalizaba para seguir las órdenes de su jefa, esta comenzó a retratar con la cámara de su teléfono al fallecido desde diferentes ángulos con el fin de recabar un minucioso testimonio gráfico que recogiera hasta el más mínimo detalle del cadáver.

—Al manipular el cuerpo, por mucho tiento que tenga, la peste va a aumentar —advirtió el agente con aprensión.

Rojo se encogió de hombros.

—Gajes del oficio, compañero. Tendremos que hacer dos cosas: mentalizarnos y contener en lo posible la respiración mientras realizas el cacheo.

Bermejo, con gesto resignado, se ajustó el pantalón que se le había resbalado por debajo de la barriga y se dispuso a explorar el cadáver. Pero antes comenzó por registrar con cuidado la cazadora que estaba sobre el sofá, procurando no moverla demasiado.

—Un paquete de cigarrillos Marlboro, mechero Clipper y chicles.

En el otro bolsillo exterior hay dos llaveros. Uno con tres llaves y otro con cuatro. —Según iba examinando los diferentes objetos, los volvía a introducir en los mismos compartimentos donde los había encontrado.

—Quédate de momento con las llaves para comprobar cuáles son las de la casa y después las vuelves a dejar donde estaban —ordenó la inspectora, al tiempo que se aproximaba al cuerpo para sacar planos detalle de los brazos y de la estatuilla.

Bermejo siguió registrando la prenda.

—En el bolsillo interior hay un paquetito envuelto para regalo. Yo diría que contiene un artículo de joyería o bisutería.

Mónica Rojo dio por finalizado el reportaje fotográfico y se dirigió hacia donde estaba su compañero para observar la pequeña caja. Estaba atada con una cinta azul y llevaba pegado un corazón de papel del mismo color.

—Si fueras a suicidarte, ¿llevarías eso en el bolsillo para dárselo a tu chica?

—Supongo que no tendría muchas ganas de celebraciones. Igual fue un regalo que él recibió.

—¡Joder!, lo habría abierto para ver qué era. No se iría con la curiosidad al otro barrio.

—Sí, tienes razón —apostilló él, rascándose la barbilla y volviendo a introducir el envoltorio en el bolsillo interior de la cazadora. A continuación, fue hacia el cuerpo y empezó a palparlo. Le resultó fácil realizar la inspección dada la anchura del pantalón color camel y de la sudadera que vestía. Obró con suavidad digna de geisha para no alterar la postura ni la colocación de los miembros. Fue especialmente cuidadoso al cachear la parte frontal del cadáver con el fin de evitar cambiar la posición de las manos, que yacían sobre la talla religiosa. De uno de los bolsillos de la sudadera extrajo un billetero que le mostró a la inspectora—. ¿Miro lo que contiene?

—Échale un ojo por encima.

Bermejo ahuecó con sus dedos enguantados los compartimentos, cuidando de no remover en exceso el contenido.

—Un bono metro, DNI, veinticinco euros en billetes y varias monedas. ¡Anda!, mira lo que tenemos aquí. —El agente mostró a Mónica una papelina.

—Parece que tenía previsto darse una fiesta —comentó ella sin sorprenderse demasiado. Al repasar mentalmente los objetos que Bermejo había ido extrayendo de las diferentes prendas del finado, Rojo echó algo en falta—. ¿Y el móvil?

El agente hizo un gesto indicando que eso era todo.

—Vuelve a cachearlo, por favor. Lo tiene que llevar encima porque por aquí no lo veo —dijo, al tiempo que hacía una panorámica del cuarto.

Bermejo emitió un leve suspiro, resignándose a llevar a cabo una vez más la desagradable tarea. En esta ocasión desabrochó los puños de su camisa doblándolos sobre el jersey y se remangó, como quien se ve obligado a desatascar un inodoro. Con la misma aprensión e idéntica cara de asco, aunque lo disimulara la mascarilla.

Pasó un buen rato palpando con ritmo pausado cada centímetro del cuerpo. De repente se detuvo. Metió la mano en las profundidades de uno de los bolsillos delanteros del pantalón. Tras detenerse unos instantes, sacó una llave. La había pinzado con los dedos índice y pulgar de su enguantada mano izquierda. Se la mostró a la inspectora.

—Igual se le cayó de alguno de los llaveros —apuntó Mónica.

—No lo creo, estaban bien cerrados los dos.

—Prueba a ver si abre el buzón. ¿No lleva nada más?

—Te aseguro que no —aseguró taxativo, dando suficiente contundencia a la respuesta para evitar que ella le pidiese registrar de nuevo al difunto—. Todo el mundo lleva el móvil encima —insistió Rojo.

—Todo el mundo en condiciones normales. Pero este no parece que tuviera el plan de ponerse a charlar con los amiguetes, o de ligar por internet.

La sala estaba medio vacía. A modo de único mobiliario, las estanterías en las que el polvo había sustituido a los libros, y el sofá en el que se hallaba tumbado el joven. Colgando del techo, una bombilla de pocos vatios a la que una pantalla probablemente habría vestido en el pasado. La luz que proporcionaba era tan mustia como el ambiente de la estancia y tan extinta como el cuerpo que yacía en el sofá. En el suelo, una botella de litro con restos de cerveza.

—Por favor, echa un vistazo por la casa y ve a comprobar qué llaves son de aquí y cuáles no.

Mientras el agente cumplía lo encomendado, ella volvió a revisar el cuarto. Se demoró unos minutos mirando por todos los rincones, el tiempo necesario para cerciorarse de que no había más objetos. Las cortinas estaban echadas y las persianas permanecían totalmente bajadas. Ni un hilo de luz entraba desde el exterior. Como la bombilla del techo no alumbraba lo suficiente, conectó la linterna del móvil. Se arrodilló encima de la alfombra color rata que cubría parte del suelo y miró debajo del sofá. Además de pelusas y suciedad solamente

encontró un tapón de rosca que supuso correspondería a la litrona. Aún de rodillas, se quedó escrutando la botella de cerveza de litro apoyada en el suelo, junto al canapé, a la altura del torso del cadáver. Observó que quedaba algo de líquido en su interior. Imaginó que el hombre la habría dejado allí para beber de ella, ya que, al permanecer tumbado, solo tendría que estirar el brazo para llevársela al coleto. Se levantó la mascarilla y aproximó la nariz a la abertura con intención de detectar algún olor además del de cerveza, pero apenas pudo distinguir nada más allá que el hedor que contaminaba el espacio. Al apoyarse con las manos para ponerse en pie, estuvo a punto de que algo punzante le traspasara uno de los guantes de látex.

—¡Ostras!

—¿Qué pasa? —preguntó Bermejo, que en ese momento inspeccionaba el pasillo.

—¡Que he estado a punto de que esta mierda me jodiera viva! —exclamó, mostrando al agente el minúsculo vidrio triangular. Sacó una bolsa autoprecintable del bolso y lo introdujo—. ¿Algo interesante por ahí? —preguntó tras dejar cuidadosamente la bolsita en una de las estanterías del mueble a fin de que la Policía Científica analizara el cristalito.

—El piso está prácticamente vacío. En cuanto a mobiliario solo hay una silla de oficina de esas ergonómicas y una mesa de despacho en la habitación del fondo. También un armario en el que he encontrado un par de cajas de cartón sin contenido y algunos trapos. Ni rastro del terminal. Lo debió de dejar en otro sitio. Digo yo que si pensaba suicidarse tampoco es que le fuera a hacer mucha falta. Además, preferiría que no le molestaran.

—¿Y las llaves?

—Esta abre la puerta del piso —dijo, mostrándosela—. Supongo que las otras dos que hay en el llavero serán del portal y del buzón. Ahora iba a cerciorarme.

—Pregunta también a los vecinos que han llamado al 112 si oyeron o vieron algo raro. ¡Ah!, y que los patrulleros consulten en la base de datos si consta denuncia de su desaparición.

Bermejo volvió a extraer el billetero de la sudadera que vestía el hombre y sacó el DNI. Antes de volverlo a introducir, hizo una fotografía del documento por las dos caras. Mónica reparó en los dedos gordezuelos de su compañero mientras realizaba la operación y lo observó salir de la habitación. Se fijó en que el jersey se le subía por detrás debido a que caminaba cargado de hombros y en que los michelines le asomaban por encima del cinturón. Detalles que le

habían pasado desapercibidos hasta ahora, y eso que llevaba casi seis meses en su grupo. De repente se percató de lo compacto que era: rechoncho y regordete, estaba muy lejos de la imagen de policía que ofrecen las series americanas. Además, el cogote se le estaba empezando a clarear, síntoma inequívoco de que en pocos años se quedaría calvo, y los policías de las películas siempre tienen pelo. Decididamente, Bermejo era lo más alejado de la idea que se tiene de un representante de la ley. Más bien parecía un mecánico o un fontanero. Aunque también podría asemejarse a un gran oso de peluche, con sus brazos velludos, su cara de luna y su mullido cuerpo. Seguro que su mujer se quedaba dormida sobre esa confortable panza. Claro que era plenamente consciente de que a ella tampoco se la podría considerar un «ángel de Charlie», precisamente… Delgadurria y pálida, se diría que acabaran de centrifugarla tras una pulcra colada. Uno podía imaginársela en un laboratorio haciendo experimentos con ratones, pero no persiguiendo malos para encerrarlos en el trullo. Y aunque ya se había acostumbrado a que la tratasen de primeras como a una chiquilla, se cambiaría sin dudarlo por una de esas tías que intimidan nada más verlas. Tías que, aunque no lleven ropa, parece que siempre van armadas, como algunas de sus compañeras de la academia.

Confiaba en la pericia de Eugenio Bermejo, pero para quedarse tranquila volvió a registrar cada uno de los rincones de la casa con escrupuloso detenimiento. «Cuatro ojos ven más que dos», se dijo a sí misma. Se tomó un buen rato en corroborar lo que su colega le había transmitido: que el teléfono móvil del finado no aparecía por ningún lado.

Ya de regreso a la sala, se detuvo en la visión del cadáver. Observó la postura del cuerpo y la contrastó con las instantáneas que había tomado del mismo para comprobar que Bermejo no la había alterado. Analizó la colocación de las manos, apoyadas delicadamente sobre la figura religiosa. En lugar de agarrarla, parecían tan solo rozarla.

—Consta que la familia denunció su desaparición hace ocho días —espetó el agente, nada más entrar en el cuarto.

—¿Has hablado con ellos?

—Todavía no.

—¿Qué dicen los vecinos?

—Es una pareja joven. Tienen un niño. Parece ser que últimamente olía mal. Comprobaron reiteradamente si se trataba de alguna de las cañerías, pero parecía que la peste no salía de allí. Entonces pensaron que podría venir del piso de al lado, pero llamaron a la puerta en

reiteradas ocasiones y nadie abría. Se empezaron a mosquear cuando el tufo se hizo insoportable. Lo comentaron con el conserje para que hablase con el propietario, pero les dijo que el piso acababa de venderse e ignoraba a quién pertenecía ahora. Como cada vez olía peor, decidieron llamarnos para que tomásemos cartas en el asunto. Salvo la peste, no hay nada que les haya resultado fuera de lo normal. ¡Ah!, y, en efecto, estas son las llaves del portal y del buzón —dijo, señalando la correspondiente al llavero, antes de reintegrarlo junto al otro juego a los bolsillos de la cazadora.

—Las otras, entonces, son de su casa —aseguró Mónica.

—¿Por qué estás tan segura?

—En algún sitio viviría, digo yo, porque aquí no lo parece —apuntó, constatando la desolación de la vivienda—. ¿Y la pequeña que estaba suelta?

—Ni idea.

—Enséñame su DNI, por favor.

Bermejo buscó en la galería de su móvil las fotos que había tomado del documento y se las mostró a su colega.

—Adrián Zhao Tortosa…, diecisiete años recién cumplidos… ¡Joder, más pipiolo todavía de lo que creía!

—Igual estaba padeciendo acoso escolar. A estas edades es la causa más común de suicidio.

—¡Pobre crío!

—Decididamente, morir hace estragos —afirmó el agente, comparando el rostro hinchado con la foto del documento.

—Sí, palmarla favorece muy poco —corroboró Mónica, recogiendo el redicho comentario de su compañero—. Pues era mono el chaval, aunque nadie lo diría viéndolo ahora. —Leyó la información que suministraba la otra cara del carné—: Hijo de Yamato y Cecilia. Medio oriental, medio español —dijo, mirando hacia Bermejo con cierta sorpresa.

—De las mezclas de razas suele salir gente guapa —afirmó él—. Habrá que comunicar la noticia a la familia…

Mónica Rojo torció el gesto.

—Mira que he notificado veces estos marrones, pero no me acabo de acostumbrar. Entre imaginarme el número y el tufo que hay aquí se me está poniendo el cuerpo del revés, como diría mi abuela.

—Si quieres lo hago yo —se ofreció él, solícito, indicando que le dejaba indiferente la tarea que tanto incomodaba a su jefa.

El vahído que le estaba provocando la elevada temperatura, la visión del cadáver hinchado y el hedor a putrefacción le impidió

responder a la sugerencia. Comenzó a respirar lenta y profundamente para minimizar los efectos de la indisposición, tal y como le indicó en su día el malogrado forense Gonzalo Feomorel.

—¿Te encuentras mal? —se interesó Bermejo.

Mónica, aún más pálida si cabe que de costumbre, se hizo la fuerte y negó con la cabeza. El hombre fue hacia la entrada para atender el requerimiento de uno de los agentes de Seguridad Ciudadana. Ella permaneció en la sala caminando de un lado a otro. La mascarilla le dificultaba respirar con normalidad, pero se resistía a desprenderse de ella. Se paró en medio de la estancia para concentrarse en el repiqueteo de la lluvia golpear las persianas. Necesitaba distraerse y vencer esa sensación de mareo originada en su cabeza y que bajaba, caliente, hasta sus entrañas. «Pero ¿por qué siempre me tiene que pasar esto?», murmuró. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para reprimir las ganas de abrir la ventana. Necesitaba oír el sonido de la calle, que el frescor del agua purificara el ambiente pútrido de aquel cuarto, que el aire limpio penetrara en sus pulmones y se llevase del interior de su boca aquel saborcillo nauseabundo que impregnaba sus papilas gustativas, pero prefirió dejar todo tal y como estaba para no alterar las condiciones del lugar.

Salva Fanjul y otro miembro de la Policía Científica accedieron a la sala. Sin dilación, comenzaron la inspección ocular y el resto del procedimiento. Mónica ni siquiera pudo saludarlos. Bastante tenía con aguantar sin tambalearse y echar la pota. Enseguida se incorporó Bermejo, quien transmitió a los agentes especializados las acciones realizadas antes de su llegada. Después de suministrar los detalles pertinentes, se percató del estado de la inspectora.

—Si quieres, ve al descansillo. Te vendrá bien airearte un poco —le sugirió discretamente.

La recomendación de su compañero le pareció una magnífica idea: si seguía un segundo más allí, caería redonda sin remedio y se negaba a ofrecer semejante espectáculo.

Bastó traspasar la puerta y acceder al rellano para sentirse algo mejor. Las náuseas que amenazaban con expulsar hasta la última brizna del contenido de su estómago se batieron en retirada. Sentir el contraste de temperatura fue lo que más la alivió. No obstante, prefirió sentarse en uno de los escalones que conducían al piso superior en lugar de permanecer en pie. Bajó la cabeza hasta las rodillas para que la sangre volviera a irrigarle el cerebro con normalidad. Cuando ya se encontraba prácticamente recuperada, sintió un leve toque en el hombro. Era Salva Fanjul, su colega de la

Policía Científica.

—Quiero que veas algo.

Volvió a entrar en el piso, ya con fuerzas renovadas. Se sentía como si, tras haber pasado más tiempo de la cuenta buceando sin oxígeno, hubiera salido a la superficie y llevara un rato respirando con normalidad. Ahora, con los pulmones purificados, estaba preparada para sumergirse de nuevo en las profundidades de esas aguas putrefactas.

Siguió al miembro de la Policía Científica hasta el cuarto en el que se encontraba el cadáver. Fanjul señaló la alfombra. El color gris rata había mutado en azul brillante. Era la inconfundible mancha resultante de la reacción del luminol.

—¿Sangre? —preguntó Mónica.

—Eso parece —respondió el agente.

Capítulo 3

Jueves, 17 de noviembre

—El nene debía de perder aceite —especuló Inma Grau con su particular voz de cazallera. Dio un sorbo al café que acababa de sacar de la máquina y recogió el cambio. Mónica Rojo la miraba expectante esperando que argumentase su afirmación—. ¿Quieres uno?

—Prefiero un ColaCao, gracias. ¿Había restos de semen en el cuerpo?

—No. Tampoco he encontrado desgarros ni indicios de que hubiera tenido relaciones sexuales recientemente.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —preguntó distraída mientras metía las monedas en la máquina para sacar la bebida de la inspectora.

—¿Que cómo sabes que era gay?

La forense levantó una ceja, sonrió ligeramente y fijó sus ojos en Mónica, esperando que adivinara por qué había llegado a semejante conclusión.

—Venga, Inma, no te hagas la interesante, que tengo el día completito y no está el horno para bollos —dijo con la confianza que se forja tras años de trabajar mano a mano, cada una en su disciplina.

Le entregó el vaso de chocolate caliente antes de responder.

—Al examinar el cadáver no he descubierto traumatismos ni heridas que hubieran podido provocar el deceso.

—¿Y la sangre de la alfombra?

—No creo que fuera de él, aunque habrá que esperar al resultado del análisis.

—¿Cuál fue la causa de la muerte, entonces?

—Pues mira, he recibido el informe de toxicología hace un momentito. Por una vez se han dado prisa, debe de ser porque últimamente está la cosa tranquilita. Han detectado restos de cocaína en pelo y uñas, pero en una cantidad bajísima, por tanto no parece que la palmase por una sobredosis de farlopa. Así que nada más leerlo he llamado a Científica para hablar con Fanjul. Aunque me ha dicho que acaban de comenzar con el estudio, ya saben lo que contenía la

litrona.

Mónica Rojo aguardaba expectante a que la forense continuara suministrando detalles, pero ella, con su cachaza habitual, se tomaba su tiempo. Parecía dar más prioridad a disolver el azúcar en el café con el palito de plástico que a responder a sus preguntas.

—Además de cerveza, había una altísima proporción de ácido gammahidroxibutírico, o sea, GHB —notificó al fin tras chupar el palito removedor—. Una combinación infalible si te propones hacer el tránsito a un mundo supuestamente mejor. Si se bebió todo lo que faltaba de la botella, te aseguro que ingirió cantidad suficiente como para diñarla varias veces. Supongo que eso fue lo que le provocó el colapso. Y digo «supongo» porque esta sustancia, al contrario de otras como la mefedrona, por poner un ejemplo, es imposible detectarla en el cuerpo tantos días después de ser ingerida. Pero el paro cardíaco es una consecuencia segura.

—¿Y por eso le tenían que gustar los tíos?

—¿A quién? —preguntó distraída, buscando algo en los bolsillos.

—¡Al chico de la urbanización Las Glorias! —respondió Rojo, haciendo constatar que era evidente a quién se refería.

—¡Ah!, no me lo tomes al pie de la letra, mujer. Lo decía porque el GHB es una droga muy gay. La suelen utilizar en el mundillo para, entre otras cosas, relajar los esfínteres y que la penetración sea más placentera —afirmó, sacando por fin de su bata un paquete de tabaco y un encendedor.

—Pero, tal y como dices, parece que ese no es el caso.

—¿Cómo?

—Que has dicho antes que no hubo penetración.

—¡Ah! El chaval no tendría ganas de follar si había decidido suicidarse, mujer. Recurriría a lo que tenía a mano —especuló—. La muerte por consumo de este compuesto es bastante suave. Además, no es desagradable de ingerir ya que es inodoro y su ligero sabor salado se disimula cuando lo disuelves en un líquido que no sea insípido. Así que lo mezclas con alcohol, y si acaso con alguna rayita de perico, como parece ser el caso, pierdes la conciencia, se te para el corazón, y el cóctel te manda a tomar por culo.

Mónica, a pesar de estar habituada a la llana manera de hablar de la forense, tuvo que tomarse unos segundos para hacer un resumen en lenguaje más ortodoxo de la información transmitida.

—Un paro cardíaco provocado por el consumo de GHB, alcohol y cocaína. Fue una muerte rápida entonces….

—Rápida, rápida, no exactamente. Palmar lleva su tiempo, no

creas. Digamos que bastante dulce.

—¿Cuánto tiempo hacía que había muerto cuando lo encontramos?

—Estaba ya en fase enfisematosa. Las bacterias habían provocado una gran cantidad de gases, lo que provoca el abombamiento y la deformación del cadáver. Por las vesículas cutáneas, la distensión del abdomen, del área genital, de los párpados y las mejillas, se encontraba ya en pleno proceso de descomposición. Además, la red venosa superficial, llena de sangre a consecuencia de la presión de…

—Aaaal graagraano, por favor, Inma —le suplicó tartamudeando. Si seguía suministrando detalles tendría que ir al baño a vomitar.

—No me quiero pillar los dedos, pero, dado que la calefacción estaba puesta a todo trapo, la putrefacción se acelera considerablemente. Calculo que alrededor de unos ocho o nueve días. Tengo cita con un precipitado en la sala nueve: otro que le ha dado por quitarse las penas para siempre —dijo, cambiando de tema y dando por zanjado el asunto anterior—. ¿Me acompañas? —preguntó con naturalidad.

—Prefiero ahorrármelo, gracias —aseguró, sin poder disimular su cara de espanto—. ¿Tú tienes claro que fue un suicidio?

En este punto, Grau se encaminó hacia una de las ventanas del pasillo y la abrió. La inspectora la siguió y vio cómo, tras dejar el café en el alfeizar, sacó un cigarrillo del paquete que tenía en la mano, lo encendió, aspiró con ganas y se quedó mirando al cielo.

—Sabía que llovería. Siempre que las nubes tienen forma de algodón llueve, lo he comprobado.

En efecto, hacía frío y lloviznaba. Mónica Rojo estuvo a punto de decirle que iba a entrar agua del exterior como siguiera manteniendo abierta la ventana, pero al final optó por callarse. También se le pasó por la cabeza avisarla de que estaba tan prohibido fumar dentro del recinto del moderno Colegio de Medicina Legal como en el antiguo Anatómico Forense, pero eso también lo descartó. Cualquiera de ambas cosas a Grau le resbalaría, de eso estaba segura. Tanto como la mirada del bedel al otro extremo del pasillo que prefirió hacer la vista gorda. Por su actitud indiferente, parecía habituado a las costumbres de la forense.

—¿Qué me preguntabas?

—Que si crees que fue una muerte voluntaria.

—Pues lo cierto es que todo resulta un poco raro, las cosas como son. Aunque si vieras los panoramas que nos encontramos cuando la gente decide que se ha cansado de estar en este mundo, nada te sorprendería. A veces he llegado a pensar que, ya que han decidido

poner un broche final a sus días, quieren hacerse notar diferenciándose del resto y hacen derroche de imaginación. En cualquier caso, ya te digo que no hay indicios de violencia. No hay señales de arrastre. Las uñas las llevaba muy cortas, yo diría que se las mordía. Ello dificulta saber si intentó arañar para defenderse. Pero, vamos, las he raspado bien y no he encontrado células epiteliales que hagan pensar que hubiera intentado protegerse de una supuesta agresión, cosa que cuadra con la placidez que aparentaba. En definitiva, no hay nada que haga sospechar otra cosa, al menos en lo que al cuerpo atañe. Todo indica que consumió la sustancia de forma voluntaria y esperó, tranquilamente tumbado, a quedarse dormido para siempre.

—¿Y en cuanto a la figura que tenía entre las manos?

—San José, creo que es. Querría celebrar las fiestas con antelación —dijo, encogiéndose de hombros—. Dadas las fechas que se avecinan, se le antojaría hacer el tránsito rodeado de ambiente navideño. Pero eso es cosa de Fanjul y de sus chicos. Yo ahí no me meto.

—Me refiero a que me extraña que no se le cayera. No tengo muchos conocimientos al respecto, pero cuando alguien se muere los músculos se relajan, ¿no? Lo lógico habría sido que la estatuilla rodara hacia el suelo.

—No necesariamente. El chico tenía el tórax bastante ancho, por tanto, había un espacio lo suficientemente grande para que no se resbalase.

—Pero los brazos, se le tendrían que haber descolgado.

—El espasmo cadavérico que sucede en el momento de la muerte provoca endurecimiento muscular especialmente en manos y antebrazos. Esta rigidez, al contrario de lo que piensas, podría haber favorecido la presión de las manos contra la figura, fijándola más aún en el pecho. Además, cuando hice la inspección ocular en el piso vi que los codos yacían sobre la superficie del sofá creando un ángulo muy amplio, lo que daba estabilidad a la postura. Si los hubiera apoyado en el cuerpo, entonces habría sido más probable que sucediera lo que comentas, aunque no necesariamente.

—¿A ti no te chocó una puesta en escena tan rebuscada?

—No creas, es la segunda vez que veo algo así. Hace como tres años apareció rodeada de vírgenes una abuelita que se había atiborrado a pastillas. Y me consta que Javier Fernández, mi colega de Ciudad Real, también se ha topado con más de un caso. Supongo que cuando alguien toma la decisión de quitarse la vida puede encontrar consuelo en la religión.

—Pero… un chaval de diecisiete años…

Grau se encogió de hombros y dio otra calada al cigarrillo.

—Es verdad que los adolescentes son más bestias a la hora de quitarse de en medio, y se suelen tirar por la ventana o cosas por el estilo. Aunque… ¡vete tú saber! El personal reacciona de la forma más inesperada ante situaciones límite. Como te digo, hay comportamientos de lo más curiosos. Recuerdo un tipo que eligió ahorcarse, y no te lo vas a creer —dijo riéndose—: el muy cachondo dejó una nota que decía: «Seguro que esto no os va a sorprender. Ya sabéis que siempre he estado bastante colgado». Luego están los organizados, que dejan a su lado bien colocaditos el DNI, el seguro de vida, el testamento…, gente de lo más previsora, supongo que así se van al otro barrio con la tranquilidad de…

—Entiendo —dijo, interrumpiendo el discurso de la forense y más para sí que como respuesta a las curiosidades expuestas por Grau. Entreabrió la boca por un instante. Parecía que iba a comentar algo, pero no dio con las palabras adecuadas. O quizá prefirió callar lo que se le estaba pasando por la cabeza. Se quitó las gafas de pasta color turquesa y, absorta, mordisqueando una de las patillas, fijó la mirada en el exterior contemplando la lluvia caer. Imaginaba varias versiones de las últimas horas de Adrián Zhao Tortosa. Barajaba diversas posibilidades de una realidad que aún desconocía.

Inma Grau inhaló una gran bocanada de humo. Observaba cómo ahora la inspectora, con su aire de zangolotina, daba pequeños sorbos al vaso de ColaCao. Se fijó en el estrabismo que le provocaba su ligera miopía. Reparando en su mirada resbalosa perdiéndose en el horizonte, a la forense se le antojó que tenía cara de maniquí. También un cierto aire de dibujo animado. «Parece uno de los muñecos que colecciona el friki de su novio», pensó.

Capítulo 4

Viernes, 18 de noviembre

La urbanización Las Glorias estaba situada en la zona norte de Madrid, lo suficientemente cerca de la M-30 como para facilitar el traslado a los diferentes puntos de la capital por la vía de circunvalación, pero lo bastante lejos como para evitar que el trajín de los coches circulando molestara a los vecinos.

La entrada era un constante ir y venir de personas de lo más variado: mamás con niños de la mano, algún anciano acompañado por su cuidadora, repartidores de diversas empresas de mensajería…, un barullo que atravesaba el acceso a los seis bloques o salía del mismo. El vigilante, atrincherado en su garita, estaba más pendiente de su *tablet* que del numeroso personal que atravesaba aquellos dominios. «Yo, si fuera él, también me traería el iPad», pensó Mónica, imaginando lo poco interesante que debía de ser su trabajo.

Miró hacia arriba y comprobó que cada edificio tenía doce alturas. Ni a Cito ni a ella se les ocurriría vivir allí, por más que los áticos tuvieran un aspecto deslumbrante. Demasiado impersonal y demasiado sofisticado. Porque si algo molestaba a la inspectora Rojo era la impostura y la falta de autenticidad. Decididamente, no era el tipo de viviendas en el que su novio y ella se sentirían cómodos, acostumbrados como estaban a la zona de Coslada. Allí se conocieron y allí seguían viviendo, ella con su abuela Pilarín y él en un pequeño apartamento muy cerca de ambas, así como de su madre y su hermana, con las que el joven convivía antes de independizarse. Nunca habían pensado en mudarse a otra zona porque en la suya se encontraban la mar de bien, como diría la anciana abuela de la inspectora.

Mónica Rojo se subió la bufanda para taparse la nariz. La temperatura rondaba los cero grados, pero el sol brillaba en todo su esplendor, tal y como suele hacerlo en Madrid en días despejados. Un sol que se agradecía más que en ninguna otra época del año, como se aprecia cualquier cosa cuando es escasa. Una paloma se peleaba con tres gorriones por un trozo de pan que había en el suelo. La intensidad

lumínica contribuía a crear un ambiente que en nada se parecía al de unos días antes. Todo resultaba de una normalidad anacrónica.

A la inspectora le pareció que la urbanización Las Glorias se había transformado en otro lugar. Por supuesto, se trataba de una percepción subjetiva. Pero en ese momento se le antojaba que aquel apacible sitio poco tenía que ver con el que Bermejo y ella acudieron cuando la Sala del 091 les dio el aviso. La alarma saltó cuando los vecinos telefonearon al 112 para notificar el intenso y desagradable olor que salía del 7.º J del bloque 3, el piso en el que se toparon con el cadáver de Adrián Zhao Tortosa. Una vivienda que, por cierto, resultó ser una de las propiedades de la adinerada familia del muchacho. Lo único que a la inspectora le indicaba que se encontraba en el mismo lugar era la sensación de tener el estómago revuelto, aunque ahora el aire no estuviera contaminado con el pútrido olor de entonces. La misma desazón que le hacía desear irse de allí cuanto antes. De repente se acordó de una vieja película en blanco y negro que vio hace años y que le gustó mucho. En ella, el inspector de Policía —¿o era el de la compañía de seguros?— hablaba de un enanito que habitaba en sus tripas y que le avisaba si surgía algo que no cuadraba en la investigación.[1]

En el caso de Mónica, además de los cabos sueltos, el desasosiego se debía a la indiferencia que percibía en el ambiente: pese a la tragedia que la muerte de Adrián supuso para sus allegados, era evidente que a nadie más le importaba una mierda aquello.

Los hombres y mujeres que pululaban por el complejo se le asemejaban más a muñecos de cera que a seres de carne y hueso. Caras sin nombre comunicándose relajadamente. Tal vez comentaban el suceso acaecido, pero con la misma tranquilidad que si se tratase del cotilleo de algún famoso o del resultado de un partido de fútbol que habían visto por televisión. La calma que se respiraba allí muy poco tenía que ver con la vida. Al menos con la vida tal y como Mónica Rojo la concebía. El trajín de personas hablando y riendo en aquella urbanización, cada una a lo suyo, con seguridad, era el mismo de siempre. Todas ellas con sus pequeñas preocupaciones atendiendo a sus quehaceres. Hablando del colegio de los niños o de donde celebrarían la próxima Navidad. Exactamente igual que los días anteriores al suicidio de Adrián, exactamente igual a los posteriores. Ignorando la desgracia que tan recientemente se había cernido sobre el inmueble. El absoluto de la muerte conviviendo con la más insignificante cotidianeidad. El horror y la sordidez golpeando ese lugar sin que a los vecinos les hubiera desestabilizado lo más mínimo.

Seres a los que la impasibilidad empequeñecía moralmente. Así era a ojos de Mónica. A ella ese desapego le dejaba el mismo mal sabor de boca que el que tuvo la noche que encontraron al pobre crío. Tal vez se debía a que ella se hacía preguntas que humanizaban al difunto. A veces deseaba que la muerte, con la que convivía tan a menudo debido a su trabajo, solo la rozara, como al resto de sus compañeros. Para ellos, un cadáver era equivalente a un objeto tan carente de vida como una piedra, una plancha o una pieza de escritorio. Sin embargo, a ella le surgían interrogantes: ¿qué pensó antes de morir?, ¿sintió miedo?, ¿recordaría en ese momento crítico a alguien en particular?, ¿experimentó dolor? Era algo que no podía evitar, daba igual si se trataba de una persona joven o anciana, si había sido un suicidio, un accidente de circulación, o un crimen. Independientemente de lo sucedido, Mónica siempre pensaba en que la suerte había dado la espalda a ese ser, ahora convertido en simple materia. Como si el fallecido hubiera apostado todo a una carta y se hubiera arruinado en la jugada. Y la piedad llegaba a continuación.

En su trabajo, tener que ocuparse de noche de un caso con un cuerpo sin vida era peor que si había que cubrirlo de mañana. Era muy distinto tener todo el día por delante, repleto de tareas a realizar, que irse a dormir con la muerte tan reciente como un pan recién sacado del horno.

Volvió a mirar hacia arriba para contemplar aquel enjambre de viviendas. De pronto se imaginó ser la protagonista de una de esas películas antiguas que le gustaban tanto. Le vino a la mente: *El hombre con rayos X en los ojos*, una de sus preferidas. Habría deseado en ese momento tener la capacidad de escrutar qué ocurría en cada una de esas casas. Se preguntaba qué encontraría si pudiera tener el poder de transformar los ladrillos en cristal transparente.

Suicidio. Mónica Rojo no habría iniciado un atestado ni habría vuelto a ese lugar si hubiera estado plenamente convencida de que lo fue. Por eso pidió a la jueza Nora Salinas que no cerrara todavía el caso y le diera vía libre para seguir investigando, aunque lo cómodo para todos hubiera sido dar carpetazo al asunto. Pero cómodo suele ser contrario a riguroso. Y el rigor requiere plantear preguntas. Aunque la falta de respuestas provocara que aquel enanito, como al personaje de aquella otra película, la despertara en medio de la noche retorciéndole las tripas.

---

[1] Se refiere a la película *Double Indemnity* (1944), dirigida por Billy Wilder y que en

castellano se tituló *Perdición*.

Capítulo 5

Lunes, 21 de noviembre

Mónica Rojo sacó de la bolsa una de las chuches y se la metió casi inconscientemente en la boca mientras leía el informe que tenía sobre la mesa. La entrada de Eugenio Bermejo agitando una carpeta hizo que desviara su atención hacia la puerta.

—Acabo de imprimir el informe de SITEL.

—¿Y qué ha averiguado nuestro querido Servicio de Intervenciones Telefónicas?

—Las antenas han detectado el número del chaval por la zona de la urbanización Las Glorias al final de la tarde y parte de la noche del 6 de noviembre. La fecha está dentro de la horquilla de tiempo en el que la forense sitúa su muerte.

—Y… ¿después? —preguntó Mónica desde el otro lado de la mesa.

—Después de las 22:09 horas, la señal se esfuma —informó antes de entregarle un informe que sacó de la carpeta.

—Eso demuestra que llevaba el terminal encima. —El agente corroboró con un gesto la deducción de la inspectora—. Pero no lo encontramos en el piso —aseguró ella—. Vamos, que, o se deshizo de él por alguna razón y de una forma que desconocemos, o al teléfono le salieron patitas, se asustó al ver el panorama y se fue corre que te corre a cavar un hoyo y esconderse bajo tierra —ironizó, inclinándose hacia delante—. Porque no me negarás que es de lo más extraño que se desvaneciera la señal como por arte de magia justo en esa zona y que no haya rastro del dispositivo.

—Bueno… —intervino Bermejo con sus pequeños ojos negros brillando como diamantes y cargando la palabra de intención.

—¿Bueno qué?

—Que es extraño, pero no tanto como parece porque sí había rastro. —Tras una pausa, continuó—. Se le rompió allí —afirmó, dando a sus palabras un halo de misterio.

—Habríamos encontrado los trozos.

—Estuviste a punto de clavarte uno en la mano…, los de Científica han identificado el cristalito como parte de la pantalla de un Samsung.

—¡No me jodas! ¿Y el resto del aparato?

—Ni la más remota idea —dijo el agente, agitando los brazos y abriendo desmesuradamente los ojos para dar más intriga al enigma.

—Bueno, podría ser de otro teléfono que se habría roto vete tú a saber cuándo, porque el piso tenía más mierda que el palo de un churrero.

—Tal vez, pero según la declaración de la familia la marca del terminal de Adrián coincide con la del aparato que corresponde a ese cristal, tal y como han averiguado los de Científica. Aunque, como tú bien dices, podría ser una casualidad.

La inspectora escogió una chuche con forma de espiral y empezó a mordisquearla mientras volvía a recostarse en el respaldo de la silla. Eugenio se la quedó mirando.

—¿Quieres una? —le preguntó, señalando la bolsa.

—¡Vale!

Mónica esparció varias de las golosinas sobre la mesa para que él eligiera. Mientras Bermejo decidía cual le apetecía más, ella seguía hojeando el dosier.

—¿Qué hay de la lista de las llamadas que realizó aquel día? —preguntó, buscando esa información en el documento.

Bermejo se demoró unos segundos en responder para no hablar con la boca llena.

—No hizo ninguna durante el tiempo que estuvo en la urbanización. Durante esa mañana solo aparecen los números de su padre y el de una chavala, una compañera de clase con la que contactaba con bastante asiduidad y que parece ser era una novieta. Tampoco he detectado ninguna extraña durante los días anteriores. Lo cierto es que no había muchas. La gente de esta edad se comunica más por WhatsApp y redes sociales. Te lo digo por mis hijos, que parece que les da alergia hablar por teléfono.

—Vamos, que no nos aporta nada la información detectada.

—Eso parece. Al menos nada de valor —corroboró Bermejo, cariacontecido.

—¡Pues estamos apañados! —exclamó decepcionada—. ¡Con lo que ha costado obtener la autorización de la jueza Salinas para recabar información del SITEL! Si lo llego a saber nos ahorramos el curro. ¿Tenía cuenta en Instagram? —preguntó, cambiando de tema.

—Sí, y en TikTok. Ya los he cotilleado. Los tenía en privado, pero como suponía que el padre tendría las claves, igual que yo tengo las de mis hijos, me he puesto en contacto con él y me las ha proporcionado.

—¿Se mostraba triste? ¿Alguna frase lapidaria? ¿Signos de melancolía?

—Pues no. De hecho, en una de las últimas publicaciones que colgó se le ve relajado con sus amigos. Fue el sábado 22 de octubre.

—Unas dos semanas antes de que entrara en el piso de Las Glorias para nunca más salir de allí.

—En efecto. ¿Quieres verlo?

Mónica asintió. Era un vídeo corto, como de quince segundos, en el que se distinguía a Adrián junto a un chico y una chica, ambos de su edad. Parecían contentos, con esa euforia que provoca haber ingerido alguna copa de más. Adrián sujetaba el teléfono sentado en una hamaca playera que daba un toque anacrónico al lugar. A su lado, apoyada en uno de los brazos de madera, estaba la muchacha con una botella de Coca-Cola en una mano. Con la otra le pasaba el brazo cariñosamente por los hombros. Detrás, el tercer integrante del grupo. Los tres acercaban sus consumiciones al objetivo de la cámara en ademán de brindar con los potenciales seguidores. Tras ellos se distinguía una proyección en blanco y negro que parecía una vieja película de romanos. De fondo se escuchaba un tema *indie*.

—¡Anda, el Kamasutra! —afirmó Mónica con seguridad, tras tararear con aire pizpireto el fondo musical del vídeo.

—Suena a sitio porno —apuntó Bermejo, desconcertado.

—¡Pues sí que estás desfasado! Se llama así porque hace mil años era un antro de ese tipo: una especie de teatro en el que se representaban en vivo espectáculos subidos de tono, como diría mi abuela.

—¿Como el Bagdad de Barcelona?

—Por lo que cuentan debía de ser algo así. La cuestión es que ahora es un local muy divertido, al menos diferente a los habituales. Se proyectan pelis mudas del año catapún mientras la gente baila o toma copas.

—¿Lo conoces? —preguntó sorprendido.

—Sí, Cito y yo hemos ido un par de veces. Está cerca del colegio en el que da clases él, por Malasaña. Es un sitio guay. Ponen música chula y preparan cócteles ricos. Te lo recomiendo.

—Se lo diré a Elisa —dijo refiriéndose a su mujer.

—Es curioso que fueran allí —comentó pensativa.

—¿Por qué?

—Porque no es un sitio que suela frecuentar gente tan joven. Más bien treintañeros como yo o viejunillos de cuarenta, como tú. Bueno, como tú no, que te veo un poco desubicado —comentó con una

sonrisa, reparando en su vestimenta y en sus desfasados mocasines. No se lo dijo, pero pensó que su compañero debería llevar otro corte de pelo y adelgazar unos cuantos kilos para disimular su imagen de cabeza de familia de los años cincuenta del pasado siglo—. ¿Has averiguado con quiénes estaba?

—Ella es Claudia Peñalver, la misma muchacha que aparece en la lista de llamadas, y otro compañero de clase, Diego Pizarro. Los dos tienen también perfil en Instagram —respondió, tras echar un vistazo a su indumentaria y preguntándose qué tendría de malo.

—¿Has hablado con ellos?

—Sí, me di una vuelta por el colegio y he charlado con ambos. Hay un detalle que no sé si tiene importancia. Diego Pizarro me ha dicho que la tarde del día de autos tuvieron partido de fútbol, como parece ser habitual un par de domingos de cada mes. Al terminar suelen ir todos juntos a tomar algo, pero ese día Adrián se descolgó. Lo he corroborado con otros compañeros con los que jugó.

—¿Les dijo el motivo de no ir con ellos?

—Simplemente que tenía cosas que hacer. También les he preguntado si le notaron raro o triste, pero todos coinciden en que no percibieron nada extraño en su comportamiento. Parece ser que jugó muy bien y fue el autor de uno de los goles con los que ganaron al equipo rival.

—¿Has hablado con sus profesores?

—Están desconcertados. Afirman que era un chaval brillante y sin complejos. El típico canallita simpático. Vamos, nada que ver con un perfil suicida.

—La forense Grau dice que es probable que fuera gay.

—¿Y eso?

—Por haber utilizado GHB. Se conoce que es una droga que consumen mucho los homosexuales.

—Pues desde luego en el colegio tenía fama de todo lo contrario. No me gusta la expresión, pero para que lo entiendas: lo que se llama vulgarmente un «picha brava».

La inspectora volvió a ver el vídeo.

—Se lo están pasando fenomenal. Nadie diría que fuera a matarse un par de semanas después. ¿Publicó más cosas durante los días posteriores?

—Sí, pero, igualmente, nada que indicara que estaba pensando en quitarse de en medio: un selfi con un libro de texto, estudiando, un *reel* grabando una especie de historieta con Diego y otros compañeros de protagonistas…

Mónica revisó las publicaciones.

—Tenemos las imágenes de la cámara de seguridad de la urbanización Las Glorias, ¿verdad? —preguntó, cambiando de tema.

—Iba a solicitarlas ahora.

Rojo arqueó las cejas mostrándose sorprendida.

—¿Por qué no las has pedido ya, si contamos con la autorización?

—Estaba esperando el informe de Científica y el resultado del rastreo del teléfono para ver si era necesario.

—¿Y qué tienen que ver las churras con las merinas? —preguntó, abriendo mucho los ojos detrás de los cristales de sus gafas.

Aunque ya estaba acostumbrado a sus dichos y muletillas, Eugenio Bermejo se tomó unos segundos para traducir la pregunta de la inspectora. Carraspeó e intentó dar a su argumento el peso deseado.

—Por una parte, si esa tarde, en lugar de en el complejo de viviendas en el que murió, se hubiera geolocalizado el teléfono… pongamos en su casa, se podría deducir que se lo habría dejado a propósito para quitarse la vida sin distracciones. Por tanto, no hubiera habido motivos para seguir investigando y hubiéramos dado ya carpetazo a este asunto. Por otro lado, respecto al informe de…

—Eso de que no hubiera habido motivos para seguir investigando habría sido mucho suponer —le cortó ella, levantando la mano para dar énfasis a lo que acababa de decir—. Venga, ve a pedir las grabaciones ya. —Agravó la voz para compensar la falta de autoridad que su físico desprendía subrayando el «ya», con la intención de hacer más imperativa la orden. Consciente del hándicap que suponía su excesivamente juvenil aspecto, recurría a recursos como ese para hacerse respetar—. A ver si hay suerte y no las han borrado.

—¡Espera un momento, mujer! —exclamó él con suavidad—. ¿No quieres el informe detallado de Científica? —preguntó, sacando de la carpeta otro dosier.

—¿Ya lo han hecho? ¡Pero si son más lentos que el caballo del malo! Últimamente se ponen las pilas que no veas…

—Le pedí a Fanjul que metiera bulla —intervino él, para ganar puntos de cara a su superior.

—¿Y?

—La casa estaba llena de huellas, pelos, etcétera, de mucha gente. Lo normal en un piso en el que se ha vivido.

—¿Qué sustancia contenía la papelina que llevaba en el bolsillo del pantalón? —se interesó la inspectora.

—Como medio gramo de cocaína.

—Sería una papela de un gramo y se habría metido lo que faltaba.

Cuadra con lo detectado en la autopsia. ¿Algo más de relevancia?

—En realidad, solo dos cositas me han llamado la atención: en el san José que tenía entre las manos las únicas huellas que se han encontrado son las del chico. Y, digo yo, que lo habría comprado o cogido de algún sitio.

—Ya. Lo habría manoseado más gente. ¿Y lo otro?

—Pues que había piezas aún menos contaminadas. Tres objetos en los que no han encontrado ni una sola huella dactilar. Ni del chico ni de nadie.

Mónica leía en silencio el informe buscando los datos a los que se refería su compañero. Bermejo esperaba, con los codos apoyados en los brazos de la silla, a que ella localizara la respuesta.

—La carta de despedida, la botella de cerveza y el tapón de rosca de esta que estaba bajo el sofá —afirmó, subrayando con el dedo la información—, aunque veo que sí han encontrado restos de ADN del chaval en el gollete, lo que indica que bebió a morro de la litrona. —El agente asintió—. Pero no tiene ningún sentido. Tendrían que estar forzosamente sus huellas dactilares —comentó extrañada—. A no ser queeequue alguien se tomara la molestia de hacerlas desaparecer pasando un paño por la superficie después de que el chico paaapaalmase —tartamudeó ligeramente, como le solía pasar cuando algo no le encajaba o se alteraba por algún motivo.

—Yo también consideré esa posibilidad —aseguró convencido—. Teniendo en cuenta, además, el tema de la lejía en la alfombra, da la impresión que quien fuera pretendía…

—¿Lejía? —le interrumpió Mónica.

—Lo que creíamos que era sangre en realidad se trataba de lejía. Ya sabes que el luminol da falsos positivos con ciertos compuestos.

La inspectora repasó varias páginas del dosier hasta localizar la parte correspondiente a ese detalle y corroborar el comentario de Bermejo.

—Un poco bestia limpiar una alfombra con algo tan fuerte…

—A no ser que pretendas hacer desaparecer cualquier tipo de rastro genético. Curiosamente, en el registro del piso no se encontró ninguna botella de lejía.

Mónica siguió leyendo el dosier. Pasaba las páginas hacia delante y hacia atrás.

—¿Qué buscas? —preguntó Bermejo.

—Si había por algún sitio restos de cocaína. Y no me refiero a la papelina que llevaba encima, sino a indicios de haber sido esnifada. Sobre la superficie de la mesa, por ejemplo.

—No recuerdo haberlo visto en el informe. ¿Por qué?

—Porque la forense encontró residuos de perico en el pelo y en las uñas del chaval, así que tuvo que preparar las rayas encima de algo.

—Pues no lo recoge el dosier, así que no había rastro. Ya sabes que, buscando sustancias, Fanjul y los suyos son muy minuciosos.

—Ya. Empezaría a pegarse la fiesta en otro sitio y llevaría la papela con la intención de rematar la faena en el piso —dedujo la inspectora—. Pero si pensaba suicidarse, lo normal es que se la hubiera metido. No tiene sentido que se pusiera hasta las patas de GHB y no tocara la farlopa que le quedaba. Cuanta más mierda se metiera, menos riesgo había de que se frustrase su intento de quitarse de en medio.

—Sí, no parece muy lógico. Hay otro dato curioso: ¿recuerdas la cajita que llevaba encima y que parecía un regalo? Mira lo que había dentro. —Bermejo señaló la foto que se adjuntaba al dosier. En ella se veía una sobria pulsera de cuero y plata unisex de una conocida marca de bisutería—. Y esta es la nota manuscrita que había en el interior —dijo, indicando otra de las fotografías que formaba parte del informe.

La inspectora leyó en voz alta la única frase que podía leerse en la tarjeta.

—«Me encanta que podamos estar juntos de nuevo».

—En la página siguiente, el perito hace un estudio caligráfico comparando la letra con material escrito por el chaval que nos ha suministrado la familia y certifica la coincidencia de la autoría.

Mónica seguía absorta en la página en la que aparecía la foto de la pulsera y la dedicatoria.

—Pone «me encanta», no «me encantaría».

—¿Y?

—Que el verbo en presente conduce a pensar que iba a entregarle el regalo a quien quiera que fuese ese mismo día.

—O tal vez lo llevaba encima porque acababa de comprarlo —dijo Bermejo, mientras elegía otra de las chuches de Mónica.

—Da igual. El presente indica que su intención era ver a esa persona. Y si no era ese mismo día, es que pensaba regalárselo próximamente. Tener planes de futuro y pensar en suicidarse es más bien contradictorio. Como tener ganas de ver a alguien. Esta nota destila ilusión —dijo, señalando con el dedo la fotografía—. Y eso no cuadra con la desesperanza que siente quien ya no encuentra sentido a la vida, ¿no te parece? —Bermejo asintió, con la vista fija en el texto de la nota—. ¿La caja y la pulsera tenían huellas dactilares?

—Las suyas y las de un montón de personas más. Lo normal en un

artículo expuesto en una tienda.

—Como debería ser lo normal en la litrona, y en la carta de despedida. Lo lógico es que tanto la botella como la hoja de papel hubieran pasado por más manos.

—Y también en el san José. Recuerda que ahí solo han encontrado las huellas del chaval.

—¿Dónde estaba el paquetito de regalo?, que no recuerdo…

—En el bolsillo interior de la cazadora —respondió Bermejo.

—¿Junto a más cosas?

—No, ahí solamente estaba la cajita. En los bolsillos de fuera llevaba los llaveros, el tabaco, los chicles…, pero en ese compartimento de la prenda tan solo ese paquete.

Mónica Rojo volvió a leer la dedicatoria. La cabeza se le puso a más revoluciones de lo habitual al volver a leer esas ocho palabras. Se preguntaba quién sería la persona destinataria de aquel obsequio.

Capítulo 6

Un mes antes de la muerte de Adrián

Claudia, al contrario que su novio Adrián, era una buena estudiante. Eso no quería decir que fuera incapaz de disfrutar a tope la fiesta y que se apuntase a cualquier cosa que fuera lo suficientemente entretenida. Y a Adri siempre se le ocurría algo chulo. Era especialista en encontrar los días en los que se ofrecían dos copas a precio de una en los locales más chulos de la ciudad o en ser el primero en enterarse en qué garito actuaba el grupo del momento para comprar entradas antes que nadie. Se pasaba las horas muertas con el móvil investigando planes para el fin de semana. Planes que resultaban tan variados como originales. O con la pequeña cámara que le habían regalado por su cumpleaños. Inventaba historias y le pedía a ella y a gente de la clase que las representaran a modo de cortometraje. Siempre estaba organizando algo, como si le aterrorizase que el tiempo se le escurriera entre los dedos, como si le fuera la vida en ello. Un impaciente redomado. Cuando quería algo, lo quería de inmediato. Era como los fuegos artificiales la noche de Fin de Año. Igual de explosivo. O como una avalancha de nieve. Igual de arrasador. Lo cierto es que todo lo que proponía era divertido y, además, a ella, él le gustaba. Bueno, a ella y a casi toda la clase. Alto y fibroso, tenía un abundante cabello negro del mismo color que sus ojos. Estos, ligeramente achinados, eran lo único que recordaba su exótico origen. Derrochaba vitalidad, lo que hacía difícil seguirle el ritmo, y siempre se estaba riendo. Resultaba complicado pensar en él sin imaginarlo con una sonrisa adornando su boca. Un gesto que parecía dibujado a perpetuidad en su rostro y que aderezaba con un brillo travieso que centelleaba desde sus ojos rasgados. Sin embargo, últimamente se mostraba taciturno y lento de reflejos. Llevaba semanas más serio que de costumbre, y cuando ella le hablaba parecía como ido. Había abandonado sus aficiones y lo único que le interesaba era jugar compulsivamente al FIFA con sus colegas, como un auténtico friki. Era como si se hubiera dejado en el camino esa grandeza que le hacía diferente para incorporarse a la medianía de los demás. Al

preguntarle qué le ocurría, salía con que estaba cansado o que había discutido con su padre, con la mujer de este —Sofía Puyol, una reputada abogada que había ocupado el lugar de su madre, ya fallecida, y Adri parecía no perdonárselo—, o con los dos al tiempo. O simplemente recurría al consabido «Nada» como modo de excusarse sin dar más explicaciones.

Eran algo más de las dos de la tarde. Hacía un rato que la clase de Biología había terminado cuando Claudia divisó a Adrián a lo lejos. Este paseaba cabizbajo a unos metros del colegio Ágora. Pensó en acelerar el paso para ponerse a su altura, pero lo descartó, por muchas ganas que tuviera de cogerlo de la mano. Habían tenido bronca y no le apetecía que pensara que se le había pasado el enfado. Ni de coña se podía repetir el plantón que le dio, y si ella se comportaba ahora como si nada, por más disculpas que él le diera para justificarse, no la tomaría en serio.

El día anterior habían quedado en que él la recogería en su casa a las siete de la tarde con el fin de dar una vuelta y despejarse después de haber estado preparando, cada uno en su casa, el examen de mates del miércoles. Llegó el momento y no se presentó. Transcurrieron horas sin saber de él. Tampoco respondió a los dos mensajes que ella le envió, alarmada, temiendo que le hubiera ocurrido algo malo. Eran más de las doce de la noche. Claudia estaba ya en su cuarto tumbada en la cama medio dormida cuando la espabiló el sonido del WhatsApp.

«Heyyy, cómo lo llevas, princesa».

El emoticono sonriente que remataba el mensaje la sacó de sus casillas.

«¿¿¿Pero tú de qué vas???», escribió ella.

La frase y los tres signos de interrogación que siguieron a la pregunta indicaban con claridad su enfado, así que a él no le quedó más remedio que llamarla a continuación. A Claudia la bola no le pudo sonar más falsa, por muy ensayada que llevara la excusa. Le dijo que a su padre no le arrancaba el coche. La cuestión, según él, era que se vio obligado a ayudarlo a ponerlo en marcha y, cuando se quiso dar cuenta y se dispuso a contactar con ella para contarle la incidencia, comprobó que al teléfono se le había acabado la batería. Una gilipollez que ella no creyó. Si al menos se hubiera molestado en ensayar la forma de contarle la historieta…, pero aquello, pensó ella, sonaba más a truño que la hostia.

—¡Joder, qué casualidad!, el coche de tu padre y el teléfono. Los dos sin batería —le dijo, haciendo gala de que no se chupaba el dedo

y demostrando que entendía de mecánica lo suficiente para que la trola sonara peor todavía.

Él se envalentonó y dijo que no tenía ni puta idea de lo que estaba hablando. Y eso fue lo peor, que la desacreditara con un aire de condescendencia que a ella no le pudo sonar más machista. Como, en lugar de mejorar, la situación empeoraba por momentos, Claudia lo mandó a la mierda y le dijo que habían terminado. Sin darle tiempo a reaccionar, colgó. Estaba profundamente enfadada y sabía que si seguía hablando con él iba a subir la voz más de lo prudente. Solo faltaba que sus padres se despertaran y le llamaran la atención forzándola a dar explicaciones. Además, continuar con la bronca suponía dar pábulo a su absurda invención, y aquella mentira no merecía que se siguiera cabreando. Ella tendría defectos, se dijo a sí misma con la dignidad por bandera, pero no era de esas pavas que se dejan embaucar cuando les mola un tío. No, a Claudia Peñalver le repateaba gente como Irene, que le gustaba Diego y le perreaba a la mínima de cambio. Esa forma de mover el culo en sus narices con el propósito de agradarle, a Claudia le ponía enferma. Y ya el remate fue cuando vio que le enseñaba una conversación por WhatsApp porque él se lo pidió. Una conversación que ella, Claudia, había mantenido con su amiga poco antes. No había nada que ocultar en aquel cruce de frases, pero alucinaba viendo cómo le permitía inmiscuirse en la privacidad de ambas de forma inaceptable. Claudia se preguntaba qué vería una tía como Irene en el patán de Diego, que le daba por escupir en la calle como hacen los futbolistas en el campo de fútbol. Practicar semejante guarrería ya lo dejaba a la altura del betún, pero si además lo hacía imitando a una panda de gilipollas que todo su talento consistía en dar patadas a un balón, el hecho se convertía en el colmo de la cretinez. Ella era muy diferente a Irene. De ninguna manera iba a tolerar la más mínima falta de respeto por parte de Adri.

Traer a la memoria el plantón del día anterior fue el detonante para que el deseo de hacerse la encontradiza se tornase en ganas de esconderse. Ralentizó el paso y, en lugar de seguir en línea recta, lo que hubiera provocado toparse con él, giró por la primera calle a la derecha. Se apostó delante del escaparate de la pastelería de la esquina y, de reojo, vio como Adri desaparecía a lo lejos. Sus piernas largas y la desaliñada forma de mover los brazos al dar cada zancada lo situaban en esa particular frontera entre la adolescencia y la época adulta. Una figura que, sin ser infantil, tampoco resultaba la de un hombre totalmente formado.

Al verlo caminando despacio, cabizbajo, mordiéndose las uñas y

con un aire de melancolía inédito en él, volvió a sentir un irrefrenable impulso de salir a su encuentro para darle el consuelo que parecía pedir a gritos desde su introspección. Porque, aunque ya no fuera el tío sensible que tanto la había flipado cuando empezaron a salir, sino un mamón engreído que iba con aires de estrella de rock cuando estaba rodeado de gente, seguía estando loca por él. Aunque le costase reconocerlo. Quizá porque los recuerdos buenos seguían pesando más que las payasadas, o porque cada vez que él la miraba, a ella se le removía todo por dentro.

A veces se avergonzaba y se enfadaba consigo misma porque no podía evitar mirar el móvil con más frecuencia de lo habitual para comprobar si él le había dejado algún mensaje. Pero esas señales indicativas de que seguía pensando en ella eran cada vez menos frecuentes. Por eso no salió corriendo a su encuentro. Por eso dejó que desapareciera de su campo visual mientras se quedaba clavada mirando en el escaparate la gran bandeja de pasteles y el surtido de tartas variadas, aunque no le gustara el dulce. Y por eso hizo otras cosas que después le pesaron como losas encima de los hombros. O, lo que le causó más pesadumbre, dejó de hacer algunas de ellas, aunque se muriera de ganas. Detalles a los que en su momento no dio importancia pero que, tal vez, podrían haber cambiado el curso de los acontecimientos. Esa carga que ella, tras la muerte de Adrián, llevó sobre sus hombros. Una losa que seguramente era la misma que la que a él lo hundía cuando, a través de la cristalera de la pastelería, lo veía caminar encorvado y triste. Un lastre que ahora, desde su ya permanente ausencia, pareció haberle traspasado. Una eterna desaparición que a ella le parecía imposible que lo fuera. Con él, «luego» o «después» se convirtieron en palabras sin sentido. Absurdas. Tan inadmisibles como el contundente «nunca más» que resonaba en su cabeza desde que recibió la noticia de su muerte y que desde la atalaya de su juventud le costaba tanto asimilar.

Capítulo 7

Martes, 22 de noviembre

—¡Haz el favor de sentarte derecha! La cuchara se lleva a la boca, no la boca a la cuchara…

Mónica, cabizbaja, extendía la salsa con el tenedor por el plato de Duralex aguantando el chaparrón. La vajilla ámbar, de la que formaba parte el cuenco de cristal, acompañaba las comidas y cenas de la casa desde que ella, la ahora flamante inspectora Rojo, guardaba recuerdos. Pilarín, de pie, se secaba las manos en el delantal mientras recriminaba a su nieta no guardar la compostura en la mesa y que ni siquiera hubiera probado las albóndigas con patatas que le había preparado.

—Vas a parecer el espíritu de la golosina, como sigas así. Con tanta chuchería entre horas, ¡claro!, se te quita el hambre. ¡Mírate! Estás en los huesos. ¡A ver si vamos a tener que sentir con tanta tontería! No te estará dando ahora por comer esos hierbajos y esas porquerías sin fuste que están tan de moda, ¿no?, porque desde luego en esta casa las guarrerías no entran. Aquí solo se come lo que se pega al riñón, como se ha hecho toda la vida.

—No es eso…, es que no tengo hambre, yaya.

Al verla tan mermada de energía, la anciana arrimó una banqueta y se sentó a su lado.

—Moni, no te puedes tomar todo tan a pecho —dijo, ya en tono más suave—. Eres como tu padre, y mira cómo acabó, ¡pobre hijo mío! Mucho preocuparse, mucho dar vueltas a todo, para luego morir tan joven. Ya ves tú. ¿Y de qué le sirvieron los berrinches que se llevaba cuando algo no salía como él quería? Pues de nada —se respondió a sí misma—. Deja ya de pensar en ese pobre muchacho, que Dios lo tenga en su gloria y nos espere muchos años —dijo, al tiempo que se santiguaba—, porque ya no va a volver a este mundo por mucho que tú revuelvas Roma con Santiago. Así que haz el favor de llamar a Juliancito y os vais de pingo por ahí, que buena falta te hace.

Tras poner el remate a su discurso con la última frase, se levantó

para reincorporarse a sus quehaceres.

—Cito, yaya —le corrigió Mónica sin levantar la vista del plato, pero no tan encorvada como antes.

—¿Qué? —preguntó la mujer, elevando el tono de voz, mientras fregaba con brío los utensilios que había empleado para preparar la receta.

—Que le llames Cito o Julián, si lo prefieres.

Subrayaba cada sílaba del diminutivo y del nombre subiendo el volumen para compensar la dureza de oído de su abuela.

—¿Qué tiene de malo Juliancito?

—Nada, pero no cuadra mucho con un tío de treinta y cuatro años.

—Ay, hija, pues no me acostumbro. Para mí será siempre Juliancito, el hijo de Martina. Si le llamase Julián, pensaría que estoy llamando a su padre, y el pobre también ya hace años que se fue al otro mundo. Y eso de Cito me resulta raro —sentenció.

Mónica observaba cómo su abuela restregaba con el estropajo la cacerola en la que había cocinado el guiso, tan usada como la vajilla y tan proveniente del pasado como los tapetes que cubrían los brazos del sofá y del resto de las butacas de la casa. Reparó en que su amada yaya estaba perdiendo peso y parecía más bajita. Si no fuera por su caminar cansado, podría parecer una niña. «Una niña con muchos años», pensó la nieta. Aunque se desplazaba más lentamente, conservaba el brío de siempre, por mucho que ya no pudiera andar tan erguida como antes. Y su sonrisa. Y esa mirada joven que el paso del tiempo, a pesar de los sinsabores, no había logrado someter, aunque sí lo había hecho con sus facciones.

Mónica la miraba sin escucharla. Sumergida en su pasado. Rescatando vestigios de su infancia y sintiendo una punzada de agridulce ternura. Como si estuviera contemplando una fotografía de aquella época, con todo lo bueno de entonces pero también con un inevitable poso de angustia por lo que ya nunca volverá.

La tranquilizaba que su abuela siguiera dedicando varias horas al día a cuidar con exquisito mimo las plantas de la terraza. No obstante, había dejado de frecuentar las clases de astrología, que tanto la hacían disfrutar hasta hacía solo un par de años. También había abandonado la costumbre de acudir semanalmente al Niño del Remedio para hacerle peticiones con sus correspondientes promesas. «Seguro que me escucha también desde aquí», se justificaba. Ya nunca iba al teatro, una de sus grandes aficiones, porque le daba pereza salir de casa cuando el sol empezaba a esconderse. Sus amigas también se habían ido recluyendo, y eso contribuía a que cada vez tuviera menos ganas

de «darle al tacón», como ella decía. Sin embargo, que restringiese sus salidas no era óbice para que, cada mañana, siguiera poniéndose los rulos y pintara con coquetería sus cejas, que se habían ido quedando poco a poco sin pelo.

Aunque Pilarín se resistía a admitirlo, sus fuerzas flaqueaban. La voz se le había debilitado adquiriendo un matiz velado que atestiguaba el desgaste de las cuerdas vocales. Por otra parte, daba la impresión de que, sobre ella, la ley de la gravedad estuviera ejerciendo su poder con más fuerza que antes. Afortunadamente, seguía con la cabeza perfectamente amueblada a pesar de haber cumplido ochenta y seis años. También con un envidiable sentido del humor. Tenía una forma de reír a carcajadas que contagiaba a cualquiera que estuviera cerca. Todavía se atrevía a tararear canciones de la tuna que le gustaban, como «Clavelitos» o «Debajo de tu ventana». Canciones que retrotraían a Mónica a su más temprana infancia. La diferencia era que en aquella época Pilarín se sabía la letra de cabo a rabo y ahora era sustituida por el socorrido «na na ni no, na na ni no».

El optimismo del que la anciana hacía gala se debía, probablemente, a haber renunciado a entrar en la sala de espera en la que sus coetáneos pasan los últimos años de su vida con la derrota, el dolor y el tedio como compañeros. Había archivado en el fondo de su memoria las heridas del pasado impidiendo que la nostalgia ejerciera su poder traicionero. Y esa coraza la protegía contra la desilusión. Por otra parte, aunque la muerte de su hijo la había fustigado arrancándole la mitad del corazón, aun así, el pedazo que le quedaba había servido para que su nieta aprendiera correctamente lo que, a priori, solo los padres pueden enseñar correctamente. Había sido capaz de aportar a Mónica, la niña, la reconfortante seguridad de que, a su lado, sería imposible que nada malo pudiera ocurrir. Y eso la haría morir en paz cuando llegase el momento, que, como la enamorada de la vida que seguía siendo, deseaba fuera muy lejano. Porque, a pesar del largo camino ya recorrido, estaba convencida de que la decrepitud que suele ir asociada al paso del tiempo era una actitud y no algo cronológico. «Yo tendré muchos años, pero vieja no soy», decía. No obstante, Mónica se había sorprendido a sí misma últimamente volviéndose a mirarla cuando salía de casa. Como si tuviera miedo de que fuera la última vez que se despedía de ella. Como si ese «Hasta luego, yaya» fuera un adiós definitivo.

Moni, como la llamaba su abuela, miraba la comida del plato, aderezada con tanto mimo, concentrada en el olor que desprendía. Un

aroma a hogar que siempre asociaría a la mujer que la había criado desde que sus padres murieron en aquel lejano accidente de tráfico. Pilarín era su única referencia, pues el abuelo Sebastián era una especie de fantasma. Lo único que sabía de él es que abandonó a su mujer poco después de que esta diera a luz al padre de Mónica. «Marchó a comprar tabaco y nunca más volvió a aparecer, hija mía», le dijo alguna vez. Mónica nunca quiso indagar demasiado en ese abuelo al que nunca llegó a conocer. Ni siquiera sabía si ese ir a «comprar tabaco» era un tópico al que su yaya recurría para obviar dar explicaciones o una verdad literal. Jamás lo preguntó. Lo cierto es que le hubiera gustado saber algo más o ver alguna fotografía del abuelo, al fin y al cabo eran sus raíces, pero Pilarín no conservaba ninguna, a menos que ella supiera. Así que la idea que Mónica se había hecho del abuelo estaba basada en suposiciones sin sustento real. Se le representaba alto, fornido, con una nariz imponente y con el cabello engominado hacia atrás. Siempre impecablemente vestido y tocado con un elegante sombrero de ala. Era un personaje construido enteramente en su mente y aderezado de fantasías que se había ido figurando sin atreverse a contrastarlas con su abuela. No sabía si alguno de esos detalles fueron en algún momento suministrados por Pilarín cuando ella era una niña o eran del todo inventados, pero lo cierto es que nunca se planteó salir de dudas. Hay historias familiares a las que hay que cubrir con un tupido velo. Especialmente si se intuye que, despojadas de esa cobertura, pueden herir a quien las protagonizó.

Mónica miró a su yaya con ansiosa ternura, como si no quisiera desperdiciar ni un solo segundo. Como si de pronto se hubiera hecho plenamente consciente de los límites del tiempo. De repente sintió miedo. Miedo a perderla. Un vértigo que la llevaba al vacío, porque Pilarín era su referencia vital. Sin padres, tíos, ni hermanos, era su única familia. Estaba tan ligada a su identidad que le resultaba inverosímil que algún día pudiera desaparecer. Tanto como su propia ausencia.

Cuando por fin decidió comerse las albóndigas, el sonido del móvil la distrajo. Era Pablo Antúnez, el inspector jefe, que la citaba por la tarde en su despacho. Su tono era serio, pero ella no se preocupó. Esperaba esa llamada desde hacía días.

La inspectora Rojo aguardaba a su superior en el despacho de este. Antúnez se había ausentado para dar salida a un trámite burocrático que le había encargado el comisario justo cuando se disponía a hablar

con ella. Le pidió que lo esperara allí mismo ya que solo se demoraría unos minutos.

Mónica estaba limpiando cuidadosamente sus gafas con una bayetita color turquesa, a juego con la montura, cuando lo vio entrar con paso acelerado. Le pareció estresado, como si su agenda estuviera demasiado cargada y tuviera que dar salida rápida a los asuntos que le ocupaban.

—En Homicidios insisten en que no hay motivo para creer que el caso del san José —dijo, aludiendo a la figura que Adrián Zhao tenía entre las manos— sea algo diferente a un suicidio. Por tanto, habría que dar carpetazo al asunto —sentenció, más pendiente de los documentos que tenía entre las manos que de su subalterna.

La inspectora guardó la gamuza y volvió a ponerse las gafas. No le sorprendió la conclusión a la que había llegado el departamento. «Como siempre, la ley del mínimo esfuerzo», pensó. «La pretendida certeza del funcionariado cuyo objetivo es aniquilar cualquier intento de análisis», como diría el redicho de Bermejo. Probablemente su jefe estaría de acuerdo con esa afirmación, aunque en ese momento se abstuviera de verbalizar lo que pensaba.

Mónica temía que sus dudas fueran incompatibles con lo agobiado que Antúnez parecía y le soltara un bufido, así que no se precipitó en hablar. Se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa. El latido de una vena en su sien testificaba su contrariedad. A Pablo Antúnez ese pequeño detalle le pasó desapercibido. Por fin, se decidió a exponer sus consideraciones.

—¿Y laaaa laaa mimiiiisteriosa ausencia de huellas en la botella de cerveza y en la supuesta carta de despedida que, por cierto, no está ni firmada?

—Eso no indica necesariamente nada —puntualizó él, justo antes de sentarse en su butaca, rebatiendo lo que para Mónica era irrefutable.

—Además, es raro que la encontrásemos allí. Lo lógico habría sido que la hubiera dejado en su casa, en algún lugar de su cuarto.

—¿Por qué?

—Si fue un suicidio, está claro que con esa nota quería dejar testimonio de su decisión. Si no fuera así, se habría quitado la vida sin más, prescindiendo de zarandajas. Desaparecer de repente con la intranquilidad que eso suponía para los suyos…

—En situaciones como esta pensar con claridad es pedir demasiado, ¿no te parece? Además, ignoramos la relación que tendría con ellos. Tal vez culpabilizaba al padre o a la mujer de este de su

infelicidad y quería castigarlos de esa manera. No olvides que el piso de Las Glorias era propiedad de la familia. Así que él sabía que más tarde o más temprano lo encontrarían allí.

—Pero ¿no te extraña que la carta estuviera manoseada y tuviera signos de haber sido doblada varias veces y, sin embargo, en Científica no encontraran ni una sola huella? —dijo, levantando el dedo índice, remarcando las cuatro últimas palabras.

—Podría haber llevado guantes cuando la dobló. Estos días está haciendo mucho frío.

—A lo mejor usó los mismos guantes para limpiar la alfombra con lejía —comentó ella con sarcasmo. Esperó alguna reacción por parte de su superior, pero este se limitó a encogerse de hombros con indiferencia, sin aparentemente reparar en la cargada ironía del comentario. Predispuesto a que todo le rebotara. Convertido en una pared. En vista del fracaso de la provocación, Mónica decidió seguir enumerando cabos sueltos—. ¿Y el montón de detalles que no cuadran? Por ejemplo, el regalo envuelto y dedicado. Está claro que pensaba entregárselo a alguien.

Antúnez se demoró unos segundos en revisar una parte del informe.

—«Me encanta que podamos estar juntos de nuevo» —leyó—. A lo mejor se refería al más allá —comentó con una pizca de sorna.

—Aaaallí no creo que necesiten artículos de bisutería —ironizó también. Aunque lo dijo con una sonrisa, su tartamudeo la traicionó indicando que no le había hecho gracia la broma.

—Tal vez sucedió algo que no esperaba que le provocó un gran disgusto y decidió quitarse la vida.

—¿De repente? Eso sería factible si se hubiera tirado al vacío, ahorcado o simplemente envenenado, pero la puesta en escena con la figura religiosa implica preparativos previos que no cuadran con un arrebato.

—Sí, eso es cierto —admitió él, apoyado en el respaldo.

—Y unos días antes había estado de copas con sus amigos y se le veía más feliz que una perdiz. No parece que tuviera en la cabeza algo tan siniestro, ni mucho menos.

—Todo el mundo se muestra encantado de la vida en las redes sociales, pero la realidad suele ser bien distinta. El informe forense deja claro que no había señales de nada que haga albergar sospechas de algo diferente a una muerte autoinfligida. El resto son especulaciones.

Ella se mantuvo en silencio unos instantes buscando más razones

para argumentar sus sospechas. Unos golpecitos en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Era Eugenio Bermejo.

—Me he pasado las horas muertas revisando las imágenes de la cámara de seguridad sin encontrar nada, pero cuando iba a tirar la toalla…

En lugar de seguir hablando hizo un chasquido con los dedos. Rojo y Antúnez lo miraron expectantes. Entonces sacó del bolsillo de su camisa un *pendrive* y se lo entregó al inspector jefe. Este lo introdujo en una de las ranuras del ordenador. Después se levantó y cedió a Bermejo la silla con el fin de que buscara lo que se disponía a mostrarles. Pablo Antúnez observaba atentamente el monitor mientras el agente rastreaba el momento en el que había encontrado información de interés. Mónica arrimó la silla en la que estaba sentada para poder ver las imágenes.

Se trataba del vídeo que recogía el acceso a la urbanización Las Glorias. Tras encontrar el minuto que buscaba, el policía abandonó el ratón y señaló con el dedo la esquina superior derecha de la pantalla para que Antúnez y Mónica repararan en la fecha y hora correspondiente a aquel instante: 6 de noviembre a las 20:19 horas del año en curso. A continuación, instó a que sus superiores se concentraran en el monitor. La cámara estaba situada de modo que se visualizaba el chiscón del guarda de seguridad que hacía también las veces de conserje, y la puerta de acceso al complejo. La estampa era semejante a la que Mónica Rojo presenció cuando acudió al lugar tres días después del descubrimiento del cadáver: el empleado con la vista fija en la pantalla de su *tablet* y un goteo de personas entrando y saliendo de forma continuada. Tras unos segundos, apareció por el ángulo izquierdo de la cámara un muchacho alto vestido con prendas holgadas.

—Es él —aseguró Bermejo, revolviéndose nervioso en el asiento.

De forma automática, Mónica y Antúnez se aproximaron a la pantalla para no perder detalle. Lo que vieron fue que Adrián se detenía en la entrada de la urbanización y hacía una panorámica visual alrededor de la misma. Parecía alterado, nervioso. Fijó la mirada en la pantalla del teléfono móvil que llevaba en su mano derecha. A continuación, volvió a observar a su alrededor. Su actitud parecía indicar que estaba aguardando a alguien. Se subió la cremallera de la cazadora hasta arriba. Daba la impresión de que estaba aterido. Ahora comenzaba a caminar de un lado a otro sin quitar la vista del terminal. Tras unos instantes, levantó la mirada y se quedó pensativo. Volvió de nuevo la vista hacia la pantalla del

teléfono. Permaneció inmóvil unos segundos y después, decidido, traspasó la entrada y accedió al complejo de viviendas.

—Eso es todo. —Bermejo, visiblemente satisfecho, detuvo la grabación—. He estado analizando el resto de la noche y todo el día siguiente y se ve a mucha gente saliendo y entrando, pero él ya no aparece.

—No aparece porque nunca más salió del piso —aseguró Mónica—. El informe del SITEL atestigua que las antenas detectaron la señal de su teléfono hasta un buen rato después en el mismo lugar. Por tanto, tendríamos que haber encontrado el dispositivo en la vivienda. —Se detuvo un momento para mirar al inspector jefe, buscando tambalear su seguridad con el dato. Este se limitó a escucharla con los brazos cruzados—. Sin embargo, lo único que quedaba era el cristalito que estuve a punto de clavarme en la mano. En el caso de que ese vidrio formara parte de la pantalla, tal y como suponemos.

Bermejo asintió con la cabeza y Antúnez apoyó sus posaderas en la mesa, pensativo. Mónica Rojo volvió a colocarse frente al monitor, ya en negro, mordisqueándose el dedo pulgar. Las imágenes que acababan de contemplar se reproducían en el interior de su cabeza a cámara lenta, deteniéndose en los detalles importantes. Ninguno de los tres policías decía nada, como si cada uno de ellos buscara una salida razonada a los numerosos interrogantes. Mónica fue la primera en hablar.

—Hay varias cuestiones: primera, ¿qué pasó con el terminal? Y segunda, y creo que más importante, ¿a quién estaba esperando?

Rojo dirigió la pregunta a Antúnez. Su mirada, fija en los ojos del inspector jefe, expresaba respeto, pero también lo retaba. Bermejo centró también la atención en su superior. Este se rascaba la mejilla e intentaba encontrar una respuesta satisfactoria a las preguntas que la inspectora acababa de lanzar.

—De acuerdo. Hablaré con Homicidios y les diré que, de momento, nosotros vamos a seguir con la investigación —sentenció al fin—. Pero no os durmáis en los laureles. Tenéis hasta Reyes, ni un día más. Ya podéis aprovechar las semanas que os quedan para mover el avispero. Si terminan las fiestas de Navidad y no habéis avanzado, chapamos el asunto.

Mónica y Bermejo se miraron entre ellos. En ese avispero al que se refería, se encontraban todas las personas relacionadas de una y otra forma con Adrián Zhao. Entre ellas tendrían que encontrar la solución del enigma.

Capítulo 8

Dos semanas antes de la muerte de Adrián

La bolsa contenía un paquete envuelto cuidadosamente que parecía contener una prenda de ropa. Llevaba un sobre fijado con papel celo. Claudia se apresuró a despegarlo para tener acceso a la nota que presumiblemente contenía. «Te quiero y te echo de menos. Me has dado una lección y la he aprendido, te lo aseguro. Ojalá me perdones para poder demostrarte que debajo de este capullo hay un buen tío». Debajo, una carita sonriente con forma de corazón dibujada con el mismo rotulador rojo. Tras leerlo, descubrió el interior del envoltorio. Aquella camiseta junto al mensaje adjunto significaba mucho más que un regalo. No solo suponía renovar la ilusión perdida. Era la prueba de que Adri había asumido su equivocación. A todo el mundo le cuesta reconocer sus errores pero mucho más a un cabezota como él. Mostrar que se había tragado el orgullo le daba puntos suficientes para que ella volviera a mirarlo con los mismos ojos de antes y, en consecuencia, desear darle otra oportunidad.

Volvió a leer aquellas líneas. Después cerró los ojos y aproximó la tarjeta a su nariz. Aspiró profundamente como si en lugar de una simple cartulina se tratara del cuello de Adri. El olor a tinta era predominante, pero ella podía distinguir, además, el rastro del perfume que él usaba. Era como estar en vacaciones flotando en el mar a merced de las olas con él al lado. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

Dejó la nota sobre la cama y se puso la prenda. Contempló la imagen que le devolvía el espejo de su habitación. Le quedaba como un guante, ceñida lo justo, como si se la hubieran hecho a medida. El corte asimétrico que dejaba el hombro derecho al descubierto le pareció de lo más original. Se preguntaba cómo habría acertado con la talla con lo despistado que era para esas cosas.

Su memoria reprodujo el momento en que se fijó en esa camiseta. Estaba expuesta en el escaparate de una tienda pequeña situada entre dos comercios más grandes, también de ropa. Eran tres de los numerosos almacenes situados en la zona de Tirso de Molina

dedicados a vender artículos de moda al por mayor. Adri y ella se dirigían al metro tras haber pasado el día en el Rastro y yendo de tapas por la zona junto a Diego e Irene. Estos últimos se resistían a dar por finalizado el fin de semana, apurando un poco más lo que quedaba de domingo. No era el caso de Adri y Claudia, debido principalmente a que esta última tenía que «fichar» antes de las diez y media de la noche, algo en lo que sus padres eran inflexibles, especialmente si tenía que madrugar al día siguiente.

Caminaban cogidos de la mano. Adri daba grandes zancadas, lo que obligaba a ella a ir casi al trote para evitar rezagarse. Al pasar por delante de la tienda, cerrada en aquel momento, la prenda en cuestión llamó la atención de Claudia. Se paró y señaló el escaparate. Ambos se detuvieron un instante ante la vitrina, aunque él parecía estar más pendiente de la hora que de cualquier otra cosa. Ella centró su foco en el top de diseño irregular y comentó que quedaría genial con un pantalón que había comprado la semana anterior. «Qué pena no podérmelo probar», se lamentó. Él no añadió comentario alguno, simplemente se limitó a pasar su mirada por encima de la prenda y aceleró el paso forzando a la chica a hacer lo mismo.

La trifulca que llevó a Claudia a romper con él sucedió una semana después. El comportamiento inaceptable de Adri marcó el final de la relación. Ella lo tenía claro: no iba a cambiar de opinión al respecto. Sus líneas rojas estaban claras y no estaba dispuesta a ampliarlas tolerando actitudes propias de *señoro* machirulo. Pero lo que menos podía imaginarse era que unos días más tarde él la esperara a la salida de clase, se detuviese frente a ella mirándola con intensidad ilusionante y le diera aquel paquete. No dijo nada, simplemente se lo entregó y, sin que a ella le diera tiempo a reaccionar, se fue por donde había venido. Pensó en abrirlo inmediatamente, pero prefirió guardarlo en la mochila, así nadie le preguntaría. No le apetecía tener que dar explicaciones. Deseaba que fuera algo íntimo entre los dos. Así que, aunque se moría de ganas, esperó a llegar a casa para desempaquetarlo. Ese regalo y la nota que lo acompañaba fueron la goma de borrar que difuminó el mal rollo. Así que decidió darle otra oportunidad.

Terminaba de dar los últimos retoques a su maquillaje aplicando una capa adicional de máscara a sus pestañas. Se había alisado el pelo con la plancha. Tras dudar un rato, al final, optó por recoger su larga y oscura melena en una coleta para resaltar más el escote de la prenda. Se miró en el espejo. Sí, le gustaba esa versión de sí misma. Lástima que tuviera que ponerse encima el chaquetón y la bufanda. Le

habría encantado que el primer impacto visual que él tuviera al verla fuera con el *outfit* que tan cuidadosamente había diseñado para la ocasión. En cualquier caso, en el local habría calefacción y se podría desprender de la ropa de abrigo pudiendo lucir el modelito en su pleno esplendor. Únicamente le faltaba arreglarse las uñas. Las limó cuidadosamente para que tuvieran el largo y la forma que le gustaban y luego se aplicó un esmalte de brillo con ligero tono rosado. Al contrario que la mayoría de sus amigas, le creaban rechazo los colores agresivos, para todo en general, pero especialmente para las uñas en particular.

Era sábado. Habían quedado, como era costumbre, con Diego e Irene, aunque esta se rajó en el último momento. La idea era tomar unas cervezas en un local que Adri conocía de oídas y le habían dicho que estaba guay.

Pasaban unos minutos de las siete de la tarde cuando ella llegó. Diego fumaba en la entrada esperando a sus amigos. Adri, como siempre, se presentó el último. Estaba serio y a ella le pareció más pálido que de costumbre. No obstante, nada más verla sonrió abiertamente. Ella hizo lo mismo. Tras el primer flash, se miraron con dulce complicidad. Aunque el hecho de citarse allí ya implicaba la reconciliación, ese gesto correspondido la selló. Se dieron dos besos en las mejillas. Dos besos tan rápidos como tímidos. Era como si hubieran vuelto al principio y tuvieran que aprender a reconocerse. A acostumbrarse de nuevo a la piel de cada uno. Diego y Adri se saludaron chocando los puños, como hacían habitualmente.

Aquel sitio ochentero con ese nombre tan exótico les encantó. Poco se había cambiado de la estructura de antaño, aunque los toques decorativos que se habían añadido y el diseño de luces le daban un cierto aire neoyorquino. El suelo hidráulico era el mismo que formaba parte del viejo teatro en el que los rijosos de la época iban a satisfacer sus más bajos instintos. De las paredes de ladrillo colgaban enredaderas, lo que daba calidez al ambiente. Al fondo estaba la barra. Un cartel con letras de neón en el que se podía leer «Kamasutra. Bebidas. Snacks» adornaba la parte superior de la misma. Habían montado una gran pantalla de cine justo encima. Las molduras art déco talladas en las zonas laterales habían sido iluminadas con el fin de darles relevancia. No quedaba ni rastro de las butacas originarias. En su lugar, típicas hamacas playeras de rayas blancas y negras y mesas bajas para apoyar las copas se distribuían por el centro de la sala. En las zonas laterales, bancos con respaldos repletos de cojines permitían a los clientes sentarse cómodamente para degustar sus

consumiciones. Decorando las paredes, fotografías enmarcadas de clientes divirtiéndose, de cantantes actuando, e incluso algunas instantáneas tomadas en alguna fiesta de disfraces organizada en el local, presumiblemente coincidiendo con los carnavales. Sobre el escenario, a la derecha de la pantalla, un disc-jockey mezclaba música cañera al tiempo que se proyectaba la película, en el centro de la escena. La combinación de elementos antiguos y actuales daba un cierto aire surrealista al lugar.

Claudia se desprendió de la ropa de abrigo y la dejó en el guardarropa. «Te queda guay», le dijo Adri con la vista puesta en la original camiseta y con esa sonrisa tan característica. A Claudia también le pareció apreciar al mirarlo que tenía una luz especial en los ojos. Ella ya sabía que le quedaba perfectamente, pero agradeció el cumplido. La ausencia de este la habría decepcionado.

Se divirtieron bailando, haciéndose fotos y riéndose con las muecas de aquellos actores de cine mudo. Los temas que el disc-jockey seleccionaba servían de banda sonora para la desfasada actuación de los intérpretes, contribuyendo a crear el anacrónico ambiente. Diego, que ya se había tomado tres cervezas, imitaba a la estrella masculina de la cinta, un espadachín de cartón piedra, maquillado como una puerta, que luchaba contra los malos con objeto de rescatar a la heroína, encerrada en una mazmorra. Adri, fascinado, miraba la pantalla y se reía leyendo los diálogos, pretendidamente dramáticos.

—¿Te imaginas qué chulo sería poder colarnos en la peli? —preguntó con ilusión infantil a Claudia.

—¿Y qué haríamos allí?

—Molaría un huevo vivir en esa época.

—No sé yo… —comentó ella, escéptica.

—Bueno, igual no todo el tiempo, pero darnos una vuelta para luego volver sería genial.

En un momento dado, Diego dejó de hacer el chorra y fue a los servicios a evacuar la vejiga. Adri aprovechó entonces para tomar a Claudia de la mano. «Ven». Un brillo ambiguo le enturbió la mirada. Ella se prestó al juego. El muchacho la llevó hacia la parte izquierda del escenario. Unas escaleras conducían hasta el primer piso, donde estaba situada la pantalla de cine. El letrero de «Privado», en lugar de detenerlo, actuó como una invitación a entrar en la zona reservada al personal. Traspasó el acceso a la planta sin titubear, llevando a Claudia de la mano.

—¿Qué haces? —preguntó ella, entre divertida y asustada.

Él se llevó el dedo índice a los labios, como hacen los niños cuando

se disponen a cometer una travesura y no quieren que se enteren sus padres. A ella le gustó ver la proyección de la película desde el otro lado, aunque apenas pudo fijarse en los detalles porque Adri, decidido, la guio por la tramoya hasta un viejo camerino. En la puerta, una descascarillada estrella que algún día se había pintado de color dorado y, debajo, escrita con caligrafía desfasada, la palabra «Artistas».

—Creía que no habías estado nunca aquí —comentó ella, sorprendida por la soltura con la que él se movía en aquel laberinto.

—¡Soy una cajita de sorpresas! —Un guiño de complicidad asomó a su rostro, rodeando de misterio la razón por la que se desenvolvía con tanto desparpajo en el local. Como si, en lugar de tener diecisiete años, fuera un hombre de mundo que se calla más de lo que sabe.

Adri empujó la cancela de madera, atrancada debido a la humedad. Bastó con forzarla un poco para conseguir acceder al interior.

—Las puertas están hechas para abrirse —afirmó.

—Bueno…, también para impedir que la gente entre —dijo ella, muerta de risa.

A pesar de la oscuridad, a él no le fue preciso tantear la pared para encontrar el interruptor de la luz. Se movía por el espacio como pez en el agua.

—¡Tachán!

Su euforia contrastaba con la cutrez del interior. Aquel cuarto no disponía de ventana alguna por la que pudiera entrar la luz natural. La pobre intensidad lumínica hacía que apenas fuera posible reparar en la multitud de objetos desperdigados por aquel camerino convertido en desván.

Después de asegurarse de que la puerta quedaba bien cerrada tras ellos, Adri señaló un espejo rodeado de bombillas, la mayoría de ellas rotas, y pulsó el interruptor que permitía encenderlas. Las pocas que estaban en buen estado dieron algo de alegría al sombrío ambiente. Delante de la mesa en la que se apoyaba el armatoste, tomaba protagonismo la silla medio descuajeringada en la que, en su día, actores de tres al cuarto se maquearían para un público expectante. Sobre la superficie de la mesa, grabados torpemente con un cuchillo, navaja o similar, dos nombres y una fecha:

Richy y Marcia, 05/06/81

La inscripción inmortalizaba a aquellas dos personas. Al menos, eran los únicos de aquella etapa que habían dejado huella en el

Kamasutra, aunque fuera de esa manera tan rústica, cuando el nombre del local casaba mejor que ahora con las actividades que allí se desarrollaban. En aquellos años, el discurrir de las horas se dilataba, marcando sus compases lentamente. Aunque un minuto tuviera los mismos sesenta segundos y transcurrieran con idéntica cadencia, todo fluía más despacio que en el momento actual, en el que con un simple clic se puede acceder de inmediato a casi todo.

Ahora, con Adrián y Claudia encerrados en ese camerino, el pasado y el presente se fundían adquiriendo una confusa dimensión. A principios de los años ochenta no existían teléfonos móviles y las fotos había que revelarlas previamente en papel para saber cómo habían quedado. Era preciso desplazarse para realizar cualquier gestión. Los trámites requerían un tiempo que a Claudia y a Adrián les parecería incomprensible. Peor aún, les desesperaría. Decididamente, traspasar aquella puerta implicaba viajar en el tiempo, tal y como Adri proponía. En ese cuarto, todo resultaba tan analógico que Claudia empezó a fantasear imaginándose cómo sería la vida en una época tan primitiva, porque así la percibía ella. Tan antigua como la película que se estaba proyectando en la sala o tan prehistórica como Atapuerca.

Lo que antaño fuera el lugar donde «artistas» especializados en el género pornográfico se preparaban para salir a escena, ahora era una especie de cajón de sastre en el que se almacenaban todo tipo de cachivaches: cajas apiladas de botellas, focos, un viejo proyector, material de oficina antiguo, un obsoleto teléfono de disco de baquelita, e incluso una floreada colcha de colores chillones algo atenuados por el polvo, doblada encima de un biombo medio roto. Objetos de lo más diversos se desperdigaban por el suelo, incluso un montón de azulejos para alicatar baños. Aquel popurrí se mezclaba sin orden ni concierto. Casi no llegaba el sonido de la música, amortiguado por las tripas de la tramoya. El olor a cerrado era intenso, pero sin resultar desagradable.

Entre el maremágnum de objetos dispersos por aquel cuchitril no se divisaba ningún reloj, pero si hubiera habido alguno, haría décadas que se habría parado. Tal vez aquel 5 de junio de 1981 que, por alguna razón que nadie sabrá ya, fue tan especial para la pareja formada por esos dos desconocidos, llamados Richy y Marcia.

—¿Qué habrá sido de ellos? —preguntó Adri, señalando la inscripción.

—Serán superviejos ya, ¿no?

—O la habrán palmado, vete tú a saber —dijo él, encogiéndose de

hombros.

Ambos permanecieron unos instantes pensativos, con la mirada fija en la superficie de la mesa, tallada hacía ya tanto tiempo.

—¿Qué le apetece a la señorita? —preguntó él, cambiando de tema. Al tiempo que señalaba las cajas de botellas como si fueran tesoros hallados en el interior de una cueva, hacía una reverencia forzada al estilo del héroe de la película que se proyectaba en la sala. Su tono era decidido, como si estuviera ofreciendo una ambrosía o una exclusiva alhaja en lugar de una simple bebida.

La voz de él sacó de su ensoñación a Claudia, quien cambió el foco de atención mirando ahora hacia los cajones de cervezas, botellas de ginebra, vodka, whisky y todo tipo de licores de alta graduación, así como de diversas clases de refrescos para preparar los combinados.

—Nos vamos a meter en un lío que lo flipas como nos pillen —comentó divertida.

—Ya nos las apañaremos.

Claudia eligió una coca-cola. Él una cerveza. Gentilmente, Adri se apresuró a sacar el mechero de su bolsillo y hacer palanca en la chapa para abrir primero la botella de ella y luego la suya.

Ambas bebidas estaban a temperatura ambiente, pero ellos las saboreaban como si se tratara de un exquisito elixir servido de forma inmejorable. Mientras disfrutaban de su fiesta particular, continuaron inspeccionando el cuartucho. Divisaron una tela de considerables dimensiones que tapaba una zona del espacio. Adri levantó por un lado la cobertura y empezó a husmear. Hizo un gesto a Claudia para que se asomara. Esta se aproximó con cuidado de no tropezarse con alguno de los trastos dispersos por el suelo. Todo lo necesario para la próxima decoración navideña estaba apilado en aquel rincón: un gran abeto, bolas, espumillones, regalos ficticios para depositarlos alrededor del árbol… Vulnerar las reglas les divertía. Eran como dos piratas que acabasen de descubrir un preciado tesoro.

A lo lejos escucharon pasos. Claudia se llevó la mano a la boca sin apenas poder contener la risa. Adri desconectó la luz del espejo y fue de puntillas hacia la entrada para llegar hasta el interruptor con el fin de dejar la estancia totalmente a oscuras. Ambos hacían esfuerzos para respirar despacio con el fin de hacer el menor ruido posible. Intentaban permanecer en silencio, pero no podían evitar contagiarse la risa. Adri se llevó el dedo índice a los labios y Claudia se tapaba con las manos los suyos, cerrándolos con fuerza para impedir que se le escapase sonido alguno. Las lágrimas provocadas por la risa le desbordaban los ojos. Cada uno pensaba en cómo reaccionaría si los

descubrieran allí. Sin embargo, no fueron necesarias las excusas porque los pasos se fueron alejando.

De pronto, el soniquete característico alertando de que acababa de llegar un mensaje les sobresaltó. Adri sacó su móvil del bolsillo del pantalón. Era un *whatsapp* de Diego, que los estaba buscando. Se quedaron petrificados temiendo que aquel ruido hubiera podido delatarlos, pero al otro lado de la puerta solo se oía, lejana, la música de la sala.

Ya más relajados, decidieron salir y dar por terminada su aventura en los entresijos del teatro. Antes, fueron lo bastante cuidadosos para dejar todo tal y como lo habían encontrado.

Abajo, Diego los esperaba apoyado en la barra.

—Estaba a punto de pirarme. ¿Dónde os habíais metido, cabrones?

A modo de respuesta, Adri le ofreció la botella de cerveza. Diego dio un trago y puso cara de asco.

—¡Joder, tío, está tan caliente que parece que te has meado dentro, pedazo de capullo!

—Venga, vamos a colgar algo en Insta —sugirió Adrián.

—Pero antes nos pedimos unas birras frías, que esto no hay quien se lo trague.

—Yo no quiero —dijo Claudia, mostrando su coca-cola casi llena.

—Yo tampoco. Te esperamos allí. —Adrián señaló la zona de las hamacas.

Diego se dirigió a la barra. Un camarero agitaba la coctelera con seriedad de profesional avezado. Esperó a que terminase para solicitar su consumición. Tras pagar, fue hacia donde se habían situado sus amigos. Los tres se organizaron para llevar a cabo la propuesta de Adrián. Este, como era lo habitual, organizó la puesta en escena: él permanecería sentado y Diego y Claudia se colocarían de pie a ambos lados de la hamaca para grabar el *reel*.

Una vez apuradas las bebidas, abandonaron el local y se dirigieron hacia la glorieta de Bilbao. Diego tomó el metro y Adri y Claudia optaron por ir andando hasta el inmueble en el que ella vivía con sus progenitores, en la calle Alberto Aguilera. Hicieron todo el trayecto muy juntos. Adri pasaba su brazo por los hombros de Claudia y ella lo tomaba por la cintura. Se pasaron todo el camino recordando su particular aventura en el desvencijado camerino. Reían como niños traviesos que han traspasado el límite de lo permitido.

En el portal, se despidieron con un tierno y húmedo beso en los labios que selló definitivamente la reconciliación. Seguidamente, él siguió caminando hasta descender por la calle Marqués de Urquijo

hacia el paseo del Pintor Rosales con el ruido de la ciudad como compañero. Se subió el cuello de la cazadora para minimizar en lo posible la fría sensación térmica y sacó del bolsillo un paquete de chicles de menta. Se metió uno en la boca con el fin de hacer desaparecer el olor a cerveza de su aliento. Tan solo había bebido un par de ellas, pero su padre se ponía muy pesado con esas cosas. Luego metió las manos en los bolsillos. En uno de ellos palpó algo que había tomado del cuartucho a modo de trofeo. Lo sacó, y se detuvo para contemplarlo. Sonrió, pícaro. Por su cabeza desfilaban muchos momentos, y no solo de aquella noche. Instantes clandestinos que le producían un agradable cosquilleo. Satisfecho, y con esa picante sensación, se quedó escrutando aquella figura.

Cuando Adrián llegó a casa, faltaba casi media hora para la medianoche. Todo el piso estaba a oscuras. Ni su padre ni Sofía parecían encontrarse allí. Esta última asistía a una cena organizada por la asociación de juristas a la que pertenecía y con toda probabilidad todavía no habría llegado. Por el contrario, supuso que su progenitor sí se encontraba en la vivienda, aunque recluido en el dormitorio. Solía acostarse temprano, así que ya se habría retirado. En cualquier caso, no le apetecía comprobarlo. Si lo hacía, se vería obligado a someterse al interrogatorio con el que, sistemáticamente, lo torturaba. Tener que dar explicaciones de dónde iba, qué hacía y con quién le repateaba. Y no era por el hecho en sí. Al fin y al cabo, sabía salir del paso sin problema, bien diciendo la verdad, bien inventando alguna milonga. Estaba más que acostumbrado a esto último para ocultar cuestiones tan engorrosas que a Yamato ni se le podían pasar por la cabeza, por muy listo que se creyera. Así que ese no era el problema. Lo que no soportaba eran las formas empleadas. Y ese «no» que adornaba la mayor parte de las frases cuando se dirigía a su hijo. Rara era la vez que lo autorizaba a hacer algo sin poner pegas. Su padre poseía la cualidad de hacerle sentir como un delincuente sometido a interrogatorio. La suspicacia de la que hacía a veces gala le llevaba a preguntarse si sospecharía algo, pero era tan inasumible para alguien tan cuadriculado que lo descartaba.

Evitó encender la luz del pasillo para no despertarlo. Habría ido directamente a su cuarto, pero necesitaba comer algo para poder dormir del tirón hasta la mañana siguiente. Si no lo hacía, se despertaría de madrugada. Cuando eso sucedía, todo lo que se le pasaba por la cabeza adquiría dimensiones desmesuradas y ya bastante tenía con las cosas tal y como estaban como para semejante

apabulle.

De puntillas, fue hacia la cocina. Se sacó el chicle de la boca y lo tiró a la basura. Solo se demoró allí el tiempo suficiente para servirse un vaso de leche y devorar de pie, en un abrir y cerrar de ojos, un paquete de galletas danesas. Tras pasar por el baño para cepillarse los dientes y vaciar la vejiga, se encerró en su cuarto.

Lo primero que hizo al llegar a sus dominios fue sacar del bolsillo de la cazadora la estatuilla de la que se había apropiado. Haber robado ese pequeño botín le hizo sentirse poderoso. Se fijó en la postura de las manos y en la mirada de la figura. Ambas absurdas. Se arrepintió de no haberse apropiado también de la Virgen María y del Niño Jesús. De ese modo, la expresión de san José, rodeado de ambos, hubiera recobrado su sentido. Lo contempló, pero apenas le cabía en el bolsillo la que había elegido, así que habría sido imposible sustraerlas sin dar el cante.

Después de dejar la estatua en el rincón de una de las estanterías, se despojó de la prenda de abrigo y la dejó descuidadamente sobre la silla de escritorio. A continuación, se tumbó en la cama. Para decirlo con exactitud, saltó sobre ella como si se tratara de un trampolín. Igual que cuando era un niño. No quitarse las botas subrayaba ese gesto de rebeldía. Aquel reducto era el único lugar de la casa en el que se sentía libre.

Tumbado boca arriba, con las piernas y los brazos abiertos ocupando la totalidad del colchón, se sintió bien. Como se deben de sentir los conejos cuando se cobijan en su madriguera. Casi relajado. No era poco, acostumbrado como estaba a ir con pies de plomo y medir cada palabra que decía.

Con el móvil en la mano, se dispuso a cotillear las redes sociales, pero enseguida lo descartó. Sin cambiar de postura, aproximó el brazo a la mesilla y tomó el mando a distancia del televisor para explorar las plataformas digitales en busca de alguna serie o película que le llamara la atención. Tras hacer un breve repaso, descartó la idea. Le bastó un impacto visual para detectar que lo que se ofrecía no le suscitaba interés alguno. Pulsó la tecla de apagado.

La sensación de bienestar desapareció con el silencio que invadió la estancia. Los pensamientos se superponían en el interior de su cabeza. Uno tras otro. Como coches compitiendo para llegar a la línea de meta. Vehículos resbaladizos circulando sobre suelo mojado, imposibles de controlar. Si no se hacía con el volante, aquella meteórica carrera le iba a trastornar más aún de lo que estaba. Tenía que detener esa sucesión de pensamientos, ese hilo desencadenante de

angustias. Hipótesis absurdas que daban rienda suelta a esa zozobra sin sentido. Sus ojos parpadeaban deprisa como si de esa forma pudiera dominar el ajetreo de su cerebro. Se mordía con fruición las uñas de la mano izquierda en un intento de relajarse. Era inútil: el encadenamiento de las particulares experiencias vividas recientemente sin haber tenido tiempo para asimilarlas le impedía entender en su totalidad ese torbellino interno.

Si al menos lo pudiera compartir con alguien…, pero solo sopesar esa posibilidad le provocaba escalofríos. ¿Alguien más estaría pasando por lo mismo? Había demasiada gente en el mundo para que fuera el único que se encontrara en esa situación. Sin embargo, cuando miraba a su alrededor le parecía imposible que así fuera. Todo era normal y predecible. Compartimentos estancos con sus correspondientes sellos.

La gente se cree muy transgresora cuando posee alguna peculiaridad que considera le hace diferente. Cuando alguno de ellos se autodenomina trans, homo, hetero, bi, no binario, de género fluido, pansexual o el resto de las chorradas que inundan internet, levanta con orgullo la cabeza sintiéndose exclusivo. Adrián veía a cada uno de esos seres, rebosantes de seguridad, y se preguntaba si esos gilipollas serían conscientes de, en realidad, estar reproduciendo patrones en un sinfín. Los mismos desde el principio de los tiempos. Porque, en definitiva, no hacían más que colocarse una etiqueta. Aunque fuera la más rara o la más extravagante. Etiqueta, al fin y al cabo. Marcándose a fuego para ocupar el lugar correspondiente en la granja. Como el ganado. Si no fuera así se limitarían a comportarse con naturalidad, sin esa expresión desafiante. Dejarían de catalogar su comportamiento, su condición o lo que quiera que fuera. Punto. Él no poseía ese sentimiento gregario, es más, tomaba la máxima distancia en ese sentido. Para Adrián era todo mucho más fácil. Él no necesitaba los adornos, los calificativos o las excusas. Él era así. Sin más. Sencillamente, tenía un punto de vista diferente al de la mayoría. Ello implicaba evadir reglas que alguien estableció en su momento por beneficio propio y que, inexplicablemente, ya no fueron cuestionadas por nadie. Se asumieron simplemente como correctas. Como mucho, quien se las saltaba, lo hacía convencido de vulnerar las normas, pero rara vez objetándolas.

Adrián, sin apenas racionalizarlo, aspiraba simplemente a vivir de acuerdo con su yo auténtico o, lo que es lo mismo, el yo con el que buscaba sentirse a gusto, sin estar marcado por su clase social, edad, género, rasgos o por cualquiera de los condicionantes que le habían tocado en suerte. No se le pasaba por la cabeza que el precio de esa

opción vital podría conllevar el aislamiento, la incertidumbre, la inseguridad, la soledad y, a veces, la locura. Compañeros de viaje que aún no conocía pero que muy probablemente se hubiera topado con ellos a lo largo de su trayectoria vital si esta no hubiera sido tan corta.

Abandonó la cama para abrir el compartimento superior del mueble donde se hallaban situados el ordenador y el televisor. Sacó la cámara de vídeo, conectó los cascos y pulsó el botón de *play*. Sonrió al ver a Diego, con aquellos mofletes suyos de color rojo que le daban un aire tan infantil, esforzándose sin éxito para interpretar con cierta naturalidad las frases que le había marcado para el proyecto de corto en el que había participado media clase. «Mira que es malo, el cabrón», se dijo para sí, con un asomo de ternura y dejando escapar una risilla. Decidir qué debería modificar para que el resultado de la peli resultase satisfactoria lo habría alejado de los fantasmas que colonizaban su cabeza. Pero no era eso lo que deseaba. Extrajo la tarjeta del aparato y la guardó en su correspondiente compartimento. Seguidamente abrió un cajón y levantó la cartulina que cubría la totalidad de la base. Allí había dejado a buen recaudo la tarjeta de memoria cuyo contenido quería volver a ver. Una vez más.

Antes de meterse en faena decidió echar el pestillo de la puerta de su dormitorio y cerrarla por dentro. Era fundamental ser precavido y no lo estaba siendo. Al menos no lo suficiente. Debería guardar esa tarjeta en un lugar menos previsible, pero ¿dónde? Por mucho que la camuflase, cualquiera podría tener acceso a lo almacenado en esa SD si le diera por husmear en su cuarto. La misma Valentina si se enfrascase en una limpieza a fondo. La temía cuando le daba por «ordenar», como ella decía. Había dicho reiteradamente a la asistenta que se abstuviera de limpiar su cuarto, que ya se encargaría él cuando lo considerase necesario. Ella, sin embargo, se empeñaba en hacerlo. «Esa leonera yo no la dejo así», comentaba. «Cuando seas tú quien me pague, entonces me das órdenes, pero hasta entonces, ajo y agua», sentenciaba.

Era preciso encontrar un sitio donde a nadie se le ocurriese mirar. Lo que era seguro es que tendría que ser fuera de la casa. Un recoveco al que solo él pudiera tener acceso o, al menos, que fuera tan inaccesible o estuviera tan camuflado que quedara a buen recaudo. Barajó diferentes posibilidades hasta que se decantó por una de ellas. Pero eso lo haría al día siguiente. Ahora, lo único que deseaba era editar aquellas imágenes para quedarse con lo que únicamente le interesaba, y después disfrutar de la mezcla de sensaciones que le suscitaba esa íntima ceremonia.

Volvió a tumbarse en la cama, esta vez acompañado de la cámara de vídeo. Notaba el corazón acelerarse, como siempre que ejecutaba el mismo rito. Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral. La sensación era entre nerviosa y expectante. Pulsó el botón que le permitía ver por enésima vez aquella grabación y empezó a recrearse en las imágenes tan celosamente atesoradas.

Capítulo 9

Miércoles, 23 de noviembre

El silencio que arrasaba el espacioso salón de los Zhao resultaba de lo más incómodo. Mónica Rojo se sentía desaparecer sumergida en el blando sillón de diseño en el que Sofía Puyol, la esposa de Yamato, le indicó que se sentara. Cruzaba y descruzaba las piernas intentando encontrar una postura en la que sentirse a gusto. Nunca se había considerado especialmente baja: su metro sesenta y cinco la situaba entre la media de las mujeres españolas, pero hundida en aquella poltrona tenía la sensación de ser una enana sacada del cuento de Gulliver. El espejo del aparador, situado frente a ella, reflejaba con exactitud lo ridícula que se sentía. Este sentimiento se acrecentaba cuando miraba sus uñas, que estaban hechas un desastre, especialmente si las comparaba con las de Sofía, impecablemente arregladas. La entrada de la chica de servicio para llevarle el vaso de agua que había solicitado relajó el ambiente.

—¿Les traigo a ustedes algo? —preguntó la uniformada mujer a los miembros de la pareja.

Sofía Puyol miró a su marido esperando una respuesta, pero este permanecía absorto en sus pensamientos.

—Nada. Gracias, Valentina.

La mujer volvió a sus quehaceres. Mónica se apoyó en los brazos del butacón y aproximó el culo al borde de este con el fin de permanecer erguida. Estiró el brazo para coger el vaso y dio un sorbo. Reparó en el diseño irregular del recipiente, parecido a los del restaurante pijo en el que Cito y ella celebraron su último aniversario. La rodaja de limón y el hielo hacían que la consumición se asemejara más a un refinado cóctel que a una simple copa con agua. Ver reproducido un hermoso cuadro de Gustav Klimt en el posavasos le pareció un detalle de buen gusto.

Mónica era la única de los tres que bebía algo, lo cual hacía aún si cabe más violenta la situación. Lo único que se escuchaba era el sonido de la respiración de cada uno de ellos. Los hielos chocándose entre sí no hacían más que subrayar el silencio atronador que reinaba

en la sala.

Yamato y Sofía, sentados en el sofá situado a la izquierda de la inspectora, aguardaban sus preguntas. El hombre inclinaba su torso hacia delante y remetía las manos debajo de los muslos. Ese gesto y el mechón de pelo que le caía sobre la frente le hubieran dado un cierto aire infantil si no fuera por las ojeras, que le llegaban casi hasta la mitad de la cara, y el aspecto demacrado que ofrecía. Su mirada desvaída permanecía fija en el suelo con la cansada inmovilidad de quien sigue respirando aunque la vida le sobre. Se diría que se hallaba en un lugar intermedio entre el ser y el estar. Víctima de una catástrofe que lo había dejado sin alma. Las pocas veces que se dirigía a la inspectora apenas la rozaba con los ojos. «Un niño náufrago abandonado en una isla», pensó Mónica. Esta carraspeó, extrajo del bolso una grabadora y la puso en funcionamiento. El ambientador situado en la mesita auxiliar esparcía un agradable olor a jazmín.

Le costó arrancar. Profanar la memoria del hijo muerto con su presencia en la casa le creaba una engorrosa sensación. Como presentarse en un velatorio vestida de carnaval. Aspiró profundamente y se lanzó al ruedo.

—En looooos úúúúúltimos meses, ¿Adrián había perdido el interés en aficiones o en actividades que antes le gustaban?

El matrimonio permanecía callado, esperando una aclaración al respecto.

—Me refiero a que si ustedes detectaron algún cambio en sus hábitos o en su forma de comportarse.

Ni Yamato ni Sofía respondieron. Mónica llegó a creer que no había llegado a verbalizar las frases, sino que estas se habían quedado atrapadas en algún lugar intermedio de su cerebro. Se disponía a repetir la pregunta, pero justo antes de hacerlo él respondió.

—No sé…, si eso sucedió yo no me percaté. —Zhao negó con la cabeza a la vez que hablaba y emitió un suspiro repleto de desesperanza—. Tenía que haber estado más pendiente de él, más cerca…

El hombre transmitía el remordimiento de no poder reparar lo ya inevitable. Seguramente, pesar por las cosas nunca dichas, por las señales de afecto no emitidas. Como si la carga de haber pecado por omisión le abrumara más que los probables errores cometidos en la educación de su hijo. Seguramente, también sentía dolor por lo que debería haber callado o por lo que no verbalizó. Sensaciones y recuerdos aletargados que se desperezaban, con la amargura que ello suponía. La muerte es más intolerable cuando se sospecha que podría

haberse evitado o no se adivinó su proximidad.

—Cielo, no te tortures. Tú no podrías haber hecho nada para impedirlo —le consoló su mujer.

—Si no hubiera pasado tanto tiempo fuera de casa…

—¿Suele viajar usted mucho? —se interesó Rojo.

—Demasiado.

Tras responder a la inspectora, Yamato posó los ojos en su mujer. A Mónica le habría gustado traducir esa mirada. Tal vez implicaba arrepentimiento, o quizá se trataba de un gesto de disculpa.

El silencio se volvió a adueñar de la estancia. Mónica carraspeó y continuó con sus preguntas.

—¿El domingo 6 de noviembre estuvo Adrián en casa?

—Sí, hasta que se fue a jugar al fútbol. Ese día tenía partido.

—¿A qué hora salió de aquí?

—A eso de las tres y media o cuatro.

La desolación se acentuaba con cada pregunta que la inspectora le lanzaba. Yamato Zhao estaba tan hundido en el sofá que parecía que fuera a desaparecer engullido entre los cojines.

—Ese día, ¿le notaron triste?, ¿alterado…?

Fue Sofía la primera en responder.

—Hablaba poco con nosotros, así que era difícil saber si le preocupaba algo. La última vez que yo le vi fue el viernes, ya que me fui a pasar el fin de semana con mi hermana Raquel a Sigüenza y cuando regresé el domingo ya no estaba, pero no detecté nada raro antes de salir de viaje. La mañana del viernes se levantó a la hora habitual, desayunó, recogió el almuerzo que Valentina le preparaba cada día y se fue al colegio.

Mónica dirigió su mirada a Yamato.

—A mí no me llamó nada la atención ese domingo, la verdad, pero mi hijo era muy reservado. No era fácil saber lo que sentía. Cuando estaba en casa se pasaba las horas muertas encerrado en su habitación. Ese día comimos juntos, pero apenas hablamos. Aunque eso era lo habitual, desgraciadamente. Estaba siempre con el móvil y si le preguntaba algo respondía con monosílabos. Después de comer, como le he dicho antes, salió para ir al partido. Y ya… nunca más le volví a ver.

El silencio volvió a ocupar la sala. Mónica era consciente del suplicio que causaban sus preguntas, pero tenía que seguir con el cuestionario. Intentaba, sin éxito, aligerar lo que resultaba más incómodo. La impresión de estar sometiendo al hombre a un tortuoso interrogatorio se acrecentaba por momentos. Según transcurrían los

minutos le parecía que se iba poniendo enfermo, como si el dolor del alma le ocasionase síntomas físicos. Yamato hablaba en voz tan baja que ella tenía que hacer verdaderos esfuerzos para entender lo que decía. Incluso se sorprendió a sí misma ahuecándose el pabellón de la oreja, imitando a su abuela, con la intención de recoger mejor el sonido. Al padre del difunto Adrián se le veía tan replegado que parecía estar helado a pesar de que la temperatura del elegante piso del paseo del Pintor Rosales era más que confortable. Daba la impresión de encontrarse dentro de una caja cuyas dimensiones lo forzasen a permanecer con el cuerpo encogido. Las pocas veces que levantó la cabeza durante la conversación sirvieron para reparar en su semblante devastado. Sus ojos rasgados permanecían velados, como si en lugar de mirar a su interlocutora se perdieran en el dolor que invadía su interior. O perdidos en un horizonte angostado sin remedio. Mónica Rojo calibraba el tamaño de su tristeza en esa ausencia de expresividad, en la palidez de su rostro, en la sensación de estar más en la dimensión en la que ahora se hallaba su hijo que en la del prosaico interrogatorio.

Los orientales le daban pena. Un día se lo confesó a Cito y a este le hizo mucha gracia el comentario. Tanto que cada vez que veían a un asiático por la calle él la miraba y, bromeando, se ponía a hacer pucheros. Lo cierto es que no se explicaba la razón por la que toda una raza le provocaba ese sentimiento de aflicción. Cada vez que entraba en una tienda de las que solían regentar y le preguntaban con su lengua retorcida lo que deseaba comprar, ella no podía reprimir un gesto de lástima. Tal vez por la fragilidad que transmitían, o quizá porque le parecía que se iban a poner a llorar, como apuntaba su novio, de un momento a otro. Ahora, con Yamato Zhao, se trataba de ambas cosas.

En un par de ocasiones pidió al hombre, con extrema delicadeza, que elevara el volumen de su voz para que el aparato captase con suficiente claridad lo que decía, pero al ver que la demanda resultaba inútil valoró abandonar el incómodo sillón y situarse en el sofá en el que se encontraban Zhao y su esposa. Sin embargo, el ambiente estaba tan cargado de pesadumbre que consideró conveniente conservar las distancias, respetando de ese modo la intimidad de la pareja. Para curarse en salud optó por grabar también la conversación con el teléfono móvil, acercándolo lo máximo posible a Yamato, con la esperanza de que el micrófono pudiera captar las palabras susurradas con mayor nitidez que la vieja grabadora.

—Últimamente, ¿detectaron alrededor de su hijo personas

diferentes a las de su círculo habitual? —Aunque la pregunta estaba formulada en plural, Mónica se dirigió al padre del fallecido. Lo hizo vocalizando en exceso para compensar el bajo volumen con el que hablaba, contagiada por el tono de su interlocutor y por la atmósfera sombría que sobrevolaba la estancia. En vista de que la respuesta del aludido se limitó a una levísima negación de cabeza, Mónica miró a la mujer, que, aunque el maquillaje no conseguía disimular la carga de los duros días precedentes, parecía algo más entera.

—Si tenía nuevos amigos, aquí no trajo a alguien que no conociéramos de antes. Pero lo cierto es que últimamente se mostraba bastante retraído e irritable. Tenía cambios de humor repentinos sin causa aparente. Discutíamos mucho, la verdad. Se había vuelto difícil el trato con él. Suponía que era lo normal con un chico de su edad. Por eso, cuando mi marido se enfadaba, yo le quitaba hierro al asunto. Al fin y al cabo, todos hemos sido adolescentes, con todo lo que ello implica.

—¿Percibieron alguna variación en su rendimiento escolar?

—Solía sacar buenas notas, aunque nunca fue de estudiar mucho. No notamos nada en ese sentido.

—¿Les constaba que hubiera tenido episodios de acoso en el colegio?

—Adrián era muy sociable y estaba perfectamente integrado. Es verdad que cada vez se relacionaba menos, pero no creemos que ese fuera el problema que le llevó a…

Sofía no se atrevió a finalizar la frase. Como si el hecho de la muerte, y especialmente el suicidio, tal como parecía dar por hecho, fuera algo vergonzoso, algo indigno que hubiera que evitar mencionar. Suspiró y bajó la cabeza. Se quedó unos segundos pensativa y volvió a posar su mirada en la inspectora, esperando sus preguntas. Esta reparó en que sus ojos se habían humedecido y que le costaba mantener la compostura.

—¿Sabían ustedes que coqueteaba con drooodroogas?

No era fácil sentirse bien con la información que iba a suministrarles, y su ligero tartamudeo nervioso lo atestiguó. Tanto Yamato como Sofía se mostraron sorprendidos.

—El análisis forense reveló que había consumido cocaína —les notificó.

—Eso no puede ser —comentó el hombre, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¡Pero si le encantaba el deporte! —exclamó Sofía, sorprendida—. Iba al gimnasio y jugaba al fútbol con sus compañeros. Las drogas y el

ejercicio físico nunca van unidos.

—Tampoco el tabaco y, sin embargo, fumaba —apuntó Mónica, recordando el paquete de cigarrillos que llevaba encima cuando Bermejo registró el cadáver—. Quiero decir que no tiene por qué ser forzosamente incompatible una cosa con otra, sobre todo a estas edades. Y, créanme, los padres suelen ser los últimos en enterarse.

El hombre suspiró.

—¿Qué podemos decirle? Ha sido tan horrible e inesperado lo que ha pasado que nada nos sorprendería ya —apuntó con el mismo tono utilizado a lo largo de la conversación y rematando la última frase con una dolorida sonrisa.

—En casa nunca lo hacía.

—¿Perdón? —preguntó Mónica sin saber a qué se estaba refiriendo la señora Puyol.

—No le digo que no echase algún pitillo con los amigos, pero aquí nunca fumaba. Y jamás notamos que fuera colocado. La cocaína y la otra sustancia que había en la cerveza las compraría para… —En este punto Sofía volvió a mirar a Yamato y prefirió, de nuevo, abstenerse de completar la frase. Mónica no hizo comentario alguno al respecto y siguió con sus preguntas.

—¿Era religioso?

—No lo somos nadie en la familia —aseguró Yamato.

—Lo digo porque el hecho de que… apareciese… con la figura de san José entre las manos nos hace pensar en la posibilidad de que hubiera podido ser captado por una secta.

El hombre hizo un gesto de incredulidad, como si lo que acabara de decir la inspectora fuera algo absurdo y carente de toda lógica.

—¿Quiere usted decir que esa supuesta secta podría haberle inducido a quitarse la vida? —preguntó sorprendido.

—Lo cierto es que no estamos seguros de que se trate de un suicidio, por eso estoy indagando al respecto. Si lo tuviéramos claro, habríamos dado por cerrado el caso y yo no les estaría molestando.

—Somos conscientes de ello —intervino Sofía—, pero nos resulta aún más difícil de creer que Adrián fuera asesinado que optara por quitarse la vida. Y eso que esto último nunca se nos hubiera pasado por la cabeza.

—Una secta… —volvió a intervenir Yamato, que seguía dando vueltas a la hipótesis introducida por la inspectora—. Es verdad que últimamente se recluía en su habitación nada más llegar y salía de allí lo imprescindible, como le he comentado antes, y cuando se iba a la calle apenas daba explicaciones sobre hacia dónde se dirigía ni de lo

que hacía, pero lo considerábamos más como una señal de rebeldía que otra cosa. Aunque ahora que usted lo apunta, ese tipo de comportamiento podría haber sido indicativo de lo que usted dice. Jamás se nos ocurrió pensar en semejante cosa, pero ahora… es difícil imaginar qué pasaría por la mente de mi hijo… Mire, después de lo que ha sucedido, y de todo lo que usted nos está contando, cualquiera sabe…

—¿Les consta si mantenía alguna relación sentimental?

—¿Con una chica? —preguntó Sofía con naturalidad.

La inspectora miró alternativamente a cada uno de los miembros de la pareja y carraspeó.

—O coocoon un chico…

La mujer no se mostró sorprendida por esta última pregunta, aunque Mónica pudo detectar cierta incomodidad por la forma de revolverse en el asiento y la mirada sesgada que dirigió a su marido, aunque este ni siquiera se inmutó.

—Era muy reservado en ese sentido. A casa venía algunas veces una compañera del colegio, Claudia. Yamato y yo comentamos la posibilidad de que estuviera flirteando con ella. Alguna vez le preguntamos al respecto, pero nos dijo que era simplemente una amiga.

—Yo creo que se trataba de algo más —comentó el hombre.

—Sí, por la forma de mirarse y la complicidad que tenían parecía que se gustaban —apostilló Sofía—. De vez en cuando vino también otra pareja, compañeros también de colegio.

La inspectora buscó en su teléfono el *reel* en el que aparecía Adrián junto a Claudia Peñalver y Diego Pizarro en el Kamasutra.

—¿Eran estos? —preguntó mientras alargaba el brazo para que Sofía cogiera el terminal.

—Sí. Ella es Claudia, y él Diego —corroboró Sofía, señalando la pantalla.

—Me gustaría saber si trajo aquí a algún otro amigo o amiga, especialmente en los últimos meses.

—Yo no recuerdo haber visto a nadie más, pero eso no quiere decir nada. Tenga en cuenta que tanto mi marido como yo pasamos mucho tiempo fuera de casa.

Yamato se había quedado abstraído. De repente rompió su silencio.

—Una vez le vi con un muchacho pelirrojo. Acabo de recordarlo. No creo que tenga mayor relevancia lo que le voy a contar. Es más, yo entonces no le di importancia alguna. De hecho, se me había borrado de la mente, pero con todo esto…, en fin…

—Cualquier detalle, por nimio que le parezca, podría resultarnos de utilidad —le animó la inspectora.

—Ese día regresé de mi oficina antes de lo habitual y me topé con Adrián y con ese joven como cien metros más allá de nuestro portal.

—¿Qué hacían?

—Estaban hablando, relajadamente. Pero, al verme, mi hijo se puso tenso y cambió de actitud.

—¿Puede explicarse mejor, por favor?

—Cómo decirle…, estaba nervioso, rehuía la mirada. Me presentó a su acompañante, detecté que más por compromiso que porque le apeteciera hacerlo. Al preguntar a mi hijo si iban a subir a casa le entraron las prisas de repente y me dijo que tenían que irse. Se inventó un pretexto, no recuerdo cuál, pero era evidente que mi presencia les estorbaba y se marcharon.

—¿Puede describirlo?

—Como le digo, era pelirrojo, muy blanco de piel y bastante alto, más o menos de la estatura de mi hijo.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

Yamato se quedó unos instantes mirando al frente, intentando encontrar el dato en su memoria.

—No era un nombre habitual… Robin, o Charlie, creo.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—No hace mucho. Uno o dos meses atrás, tal vez. Aunque no me lo tome al pie de la letra. Calculo muy mal esas cosas. A veces pienso que algo ha ocurrido hace poco y resulta que ha pasado mucho más tiempo de lo que yo creía. La vida se me pasa volando. Bueno, antes…, ahora eso ha cambiado mucho. —La última frase la dijo balbuceando. El labio inferior le temblaba y los ojos le brillaban. Le pareció que hacía esfuerzos por contener el llanto, aunque no estaba segura de si esa impresión era correcta. Esa particular manera suya de percibir tristeza en las personas con rasgos orientales posiblemente la estaba llevando a deducir algo erróneo. No obstante, un borbotón de lástima hizo que a ella también le temblaran las mejillas. Iba a seguir preguntándole, pero prefirió esperar unos instantes para, si acaso, el hombre tuviera que reponerse y, de paso, ella también. De nuevo, se volvió a crear un silencio sepulcral. Ya ni siquiera pudo quebrarlo el ruido del hielo golpeando las paredes del vaso, pues se había deshecho en el líquido. La inspectora se escuchó a sí misma tragar tras ingerir un sorbo de agua. Probablemente fue solo una percepción suya, pero le dio la impresión de que el ruido del líquido pasando por su garganta fue escuchado por la pareja, lo que la incomodó aún más.

—¿Le vio con el chico pelirrojo alguna otra vez?

—No. Me acordaría —respondió, pareciéndole ya más entero.

—¿Y usted? —preguntó a Sofía.

—La única referencia que tengo de él es por mi marido —respondió la mujer, quien había seguido atentamente los detalles referidos al muchacho del que hablaba Yamato—. Ahora que lo ha mencionado, recuerdo que me comentó el encuentro cuando llegué del bufete. Siempre nos ponemos al tanto de cómo nos ha ido la jornada, pero no le dimos mayor trascendencia.

—Perdone que insista —se disculpó Mónica, dirigiéndose a Yamato —, pero ¿le llamó a usted algo en especial la atención cuando estaban juntos?

El hombre se volvió a tomar un tiempo antes de responder. Sus reacciones parecían ejecutadas a cámara lenta. Mónica pensó que, probablemente, estaría medicándose. El dolor, cuando es profundo, necesita ser aliviado con fármacos, como cuando se quiebra un hueso o se sufre un cáncer.

—Sí, que este tipo era bastante mayor que mi hijo —contestó al fin.

—¿Cuánto de mayor?

—No sabría decirle, pero desde luego era ya un hombre.

—¿Sabe si conocía a Claudia, Diego e Irene?

—No tengo la menor idea.

—Adrián nunca contaba nada. Había que sacarle la información con sacacorchos —intervino de nuevo Sofía.

—¿Era extranjero?

—¿El muchacho pelirrojo? No sé, ¿por qué? —se interesó Zhao.

—Me ha inducido a pensarlo el hecho de que fuera pelirrojo y de tener un nombre poco corriente.

—Podría ser. No detecté que tuviera acento, pero apenas cruzamos unas palabras.

La inspectora prefirió no seguir indagando sobre la posible homosexualidad de Adrián ya que daba la impresión de que el matrimonio carecía de información detallada sobre los avatares emocionales del muchacho. Pensó que lo único que iba a conseguir era acentuar más si cabe lo engorroso de la situación. No obstante, independientemente de que toda la conversación estuviera siendo grabada, anotó en su libreta las características del muchacho en cuestión antes de cambiar de tema.

Intentaba terminar de encontrar una postura digna en medio de aquel sillón que en ese momento se asemejaba a un potro de tortura.

Mientras se acomodaba, hizo una panorámica visual por la sala y se topó con una foto de Sofía saludando al rey en una recepción. Al lado, una muy diferente, aunque con un marco del mismo estilo. En ella aparecían Yamato, su hijo de pequeño, y una mujer que dedujo sería la difunta madre de Adrián. Mónica escrutó al hombre sentado en el sofá. Pensó en lo poco en común que tenían ambos, por muy evidente que se tratara de la misma persona. A Yamato Zhao el tiempo y las circunstancias lo habían aplastado. Tal vez por eso conservaba el aspecto de viudo, por más que la mujer de esa imagen hubiera pasado a la trastienda de su existencia al rehacer su vida con Sofía.

Después de apurar el vaso de agua, Mónica abrió la cartera y extrajo el dosier elaborado por la Policía Científica. Buscó la parte en la que aparecía la foto de la pequeña caja envuelta para regalo que llevaba Adrián en uno de los bolsillos del pantalón el día de su muerte. En la misma página estaban también las fotografías de la pulsera que contenía y la nota manuscrita que la acompañaba: «Me encanta que podamos estar juntos de nuevo». Se las mostró a la pareja.

—Ya nos enseñó esto su compañero, el señor…, perdone, no recuerdo el nombre…

—Bermejo. Eugenio Bermejo.

—Le confirmamos que se trataba de su letra.

—Sí, en efecto. No es eso lo que quería preguntarles. Lo que me gustaría saber es si a ustedes se les ocurre quién podría ser la destinataria o… el destinatario de este obsequio —dijo, señalando la foto de la pulsera.

Yamato observó la imagen.

—Probablemente Claudia, aunque vaya usted a saber… —comentó con la desgana de a quien le da igual todo lo que le rodea.

Sin hacer más comentarios, Mónica recogió el informe y lo volvió a guardar en su maletín.

—¿Solía ir Adrián al piso de la urbanización Las Glorias?

Zhao negó con la cabeza.

—Fue una sorpresa cuando nos dijeron que Adrián… —hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas, esforzándose para suavizar la crueldad del hecho desnudo— había aparecido allí. Acabamos de adquirir esa propiedad para destinarla al alquiler. Apenas habíamos estado unas cuantas veces mi marido y yo. Ni siquiera nos habíamos puesto a amueblarla todavía —comentó Sofía.

—Cuando le echaron de menos, ¿no se les ocurrió que pudiera haber ido allí?

—Habría sido el último lugar en el que hubiéramos pensado cuando denunciamos su desaparición. Nunca hacía referencia a las propiedades de su padre. La verdad es que no mostraba especial interés por los negocios de Yamato —dijo, dirigiendo de nuevo la mirada hacia su esposo. Una mirada en la que a la inspectora le pareció percibir una caricia de compasión.

—Pero lo cierto es que él pudo tener acceso a esa vivienda…

—Hay una habitación donde guardamos las llaves. Están todas etiquetadas. De hecho, después de que ustedes encontraran a Adrián en el piso de Las Glorias revisamos el mueble en el que las colgamos y faltaba uno de los dos juegos correspondientes a ese domicilio.

—¿Me mostraría ese cuarto?

La mujer se levantó y con un gesto indicó a Mónica que la acompañara. Esta miró hacia Yamato, quien ni siquiera se inmutó. Habría querido aproximarse a él y ponerle una mano en el hombro, o acariciarle la cabeza como se hace con los niños. Algo que le mostrase empatía y le ofreciera un mínimo consuelo, pero, obviamente, se reprimió.

La inspectora siguió a la señora de la casa por el interminable pasillo. Toda la vivienda tenía un aire de obsoleta honorabilidad. El mobiliario de diseño, paradójicamente, subrayaba con su contraste lo rancio del espíritu señorial que reinaba entre aquellas paredes.

El sonido de los pasos llamó la atención de Rojo. Sofía Puyol calzaba unos estilizados zapatos de tacón que Mónica imaginó tan caros como incómodos. «Ella también fuma», dedujo al percibir un ligero rastro del inconfundible olor a tabaco. Miraba su impecable media melena rubia, nada encrespada, al contrario que la suya. «Al menos mi color es natural», se consoló. Se preguntaba qué edad tendría. Era una de esas mujeres que, gracias al ejercicio y a los tratamientos estéticos, se mantenía en un particular limbo que hacía imposible calcularla. Desde su perspectiva de treintañera, Mónica la situó alrededor de los cincuenta, aunque no descartaba un margen más amplio tanto por arriba como por abajo. A la esposa de Yamato Zhao su estatus la revestía de una pátina favorecedora. Una particular envoltura que hacía que el tiempo, al contrario que a su marido, solo la rozase.

Por fin, se detuvo para abrir una puerta que daba acceso a un cuarto habilitado a modo de despacho. Cedió el paso a la inspectora para que entrase antes que ella. Sofía señaló el extremo de una de las paredes. Allí, junto a varias estanterías de libros y archivadores, colgaban horizontalmente dos trozos de madera rectangular de unos

cuarenta centímetros cada uno. Eran idénticos. Estaban tallados con forma de llave antigua, como las que abren las puertas de las iglesias. Como esos objetos que se encuentran en las tiendas de souvenirs para llevarse de recuerdo. A Rojo le sorprendió lo ordinario de las piezas, en contraste con el moderno y un tanto chic mobiliario de la vivienda. Se preguntaba quién los habría comprado, pues no se imaginaba a ninguno de los miembros del matrimonio eligiendo algo tan feo. «La cajita que tenemos en casa para guardar las llaves es bastante menos hortera», pensó. Y eso que era consciente de que el estilo de los accesorios con el que su abuela decoraba el piso no podía considerarse el colmo de la elegancia, precisamente.

Cada uno de los trastos tenía varios ganchos de los que pendían ordenadamente los llaveros. Algunos con tres llaves, otros con cuatro. La inspectora observó uno de los armatostes y comprobó que cada juego llevaba un cartelito indicativo del lugar al que daba acceso. Había, como le comentó Sofía anteriormente, dos juegos de cada una de las viviendas. Tras pedir permiso, descolgó algunas argollas y leyó las inscripciones. Varias de ellas correspondían a direcciones de Valencia, Marbella y Almería. También de diferentes ubicaciones de Madrid, entre ellas las del piso en el que murió Adrián. Al contrario que del resto, del gancho del que colgaban estas solo había un juego. El que estaba entre los enseres del muchacho se encontraba ahora en la sede de la Policía Científica.

—Hay algunas argollas con cuatro llaves.

—Todas tienen la de la puerta de entrada, la del portal y la del buzón. Algunas, además, cuentan con trastero —aclaró, señalando a las que se refería.

—¿Es el caso del piso de Las Glorias?

—Ninguno de los pisos de esa urbanización lo tiene. El ayuntamiento denegó la construcción de estos por motivos urbanísticos. Fue una chapuza del arquitecto, que no se atuvo a la normativa.

—¿Todos estos pisos tienen inquilinos actualmente? —preguntó, señalando el armatoste del que colgaban los llaveros.

—El único de Madrid que no está arrendado todavía es el de Las Glorias. Como le comenté, acabábamos de comprarlo. Uno de los de Marbella ha quedado libre recientemente e íbamos a reformarlo antes de ponerlo de nuevo en alquiler de cara al verano. De hecho, mi marido tendría que estar ahora allí realizando gestiones con la empresa que se va a ocupar de hacerlo, pero lo que ha ocurrido ha revolucionado todo. Antes de… —El desgraciado suceso convertido en

tabú le impidió, como en las anteriores ocasiones, terminar la frase—. Yamato viajaba constantemente para atender el negocio, pero ahora casi no sale de casa. —Durante un momento permaneció abstraída con la mirada fija en el colgador.

Mónica reparó en el armatoste gemelo.

—¿Y todas estas?

—¡Ah!, esas viviendas no son nuestras. Tenemos las llaves porque van a ser vaciadas próximamente.

—¿Vaciadas?

—La empresa de mi marido se dedica también a despejar de muebles y enseres pisos, chalets y trasteros. Normalmente se trata de personas que van a reformar su propiedad y antes de ponerse a ello necesitan dejar despejado el espacio. O bien herederos de alguien recientemente fallecido que quieren poner a la venta la casa. Si es así, la inmobiliaria de Yamato suele ocuparse también de esto último.

Mónica, ladeando la cabeza, permanecía en silencio analizando con detenimiento cada uno de los llaveros.

—¿Necesita saber algo más? —preguntó Sofía, al tiempo que ojeaba su reloj de pulsera—. Tengo un juicio en un rato y no me gustaría llegar tarde.

—¡Ah, perdone! Solo me gustaría echar un vistazo rápido a la habitación de Adrián y no les entretengo más.

La abogada señaló la salida de la estancia y la acompañó hasta lo que hace poco tiempo fue el cuarto del muchacho.

—¿Puedo? —preguntó Mónica, señalando el picaporte pero sin atreverse a tocarlo. Como si el hecho de posar sus manos en aquella puerta cerrada implicase ultrajar la memoria del hijo muerto.

—Ni siquiera Valentina ha pasado a limpiar. Está todo tal y como lo dejó.

Sofía abrió y la invitó a pasar, aunque ella se quedó fuera. Mónica metió las manos en los bolsillos del pantalón. Fue un gesto automático que prevenía de alguna manera tocar nada de lo que allí había. Echó un vistazo rápido. Nada parecía fuera de lo normal, salvo la paradoja de ver una habitación dispuesta a recibir a un huésped que nunca llegaría y la anacrónica alegría de la luz del sol colándose por la ventana. Era el típico cuarto de adolescente de familia adinerada: además de la cama, la mesilla y el armario, una mesa de estudio con su silla ergonómica, videoconsola de última generación, ordenador portátil, impresora y televisión. Las paredes estaban despejadas. Sin carteles ni fotografías. No apreció desorden, a pesar de que había dos pares de zapatillas de deporte desperdigadas por el suelo con sus

correspondientes calcetines dentro y una camiseta dejada de cualquier manera sobre la silla. Nadie hubiera dicho, viendo aquella estampa, que el habitante de ese espacio ya había dejado de pertenecer al mundo de los vivos. Sintió un escalofrío. La cotidianeidad que transmitía la estancia le resultaba disonante. De repente se puso en el lugar del muchacho. Si ella fuera a quitarse la vida y pisara su cuarto por última vez, ¿descuidaría el calzado de esa manera?, ¿cómo elegiría vivir esas últimas horas?, ¿dejaría algo que indicase que no iba a volver más? No supo encontrar la respuesta, pero deseó que, cuando llegase el momento, la muerte no la pillara desprevenida.

Pensó pedir permiso a la dueña de la casa para sacar fotos del interior, pero le pareció demasiado invasivo. En lugar de ello, hizo una instantánea mental. Siempre había presumido de memoria fotográfica y esta vez puso especial atención en captar todos los detalles. Se demoró un par de minutos en hacerlo y volvió al pasillo, dejando que fuese Sofía quien cerrara la puerta.

Al contrario que antes, ahora era Mónica quien caminaba delante. La sensación de estar siendo observada por la abogada le creaba un engorroso malestar. Notaba los ojos de la mujer como si fueran alfileres en su espalda. Los pocos metros que separaban el pasillo de la zona noble de la casa se le hicieron interminables. Cuando por fin entraron en el salón, Yamato continuaba en la misma postura en la que lo habían dejado. Rígido como una estatua. Con la misma actitud de resignado abatimiento. Con idéntico aire de desolación. Como si tuviera un botón de pausa en su espalda y alguien lo hubiese presionado. Al percibir que las dos mujeres pasaban a la sala, giró la cabeza hacia ellas.

—Cielo, la inspectora ya se marcha.

El hombre se levantó despacio y extendió la mano derecha hacia Mónica. Al hacerlo, esta reparó en que estaba algo hinchada. Disimuladamente, echó un vistazo hacia la mano izquierda. Observó que los nudillos de ambas extremidades estaban despellejados y amarilleaban, del modo característico en el que cambian de color los hematomas cuando va pasando el tiempo. También se fijó en un pequeño corte en la frente, en la zona de unión con el pelo, que no le había llamado la atención hasta ahora. Probablemente debido al mechón que le caía sobre los ojos cuando estaba sentado. La lesión no parecía reciente, pero estaba aún sin cicatrizar completamente.

—¿Qué le ha ocurrido? —Mónica señaló con la mirada la región de la herida. Yamato pareció sorprendido por la pregunta. Se llevó de forma instintiva la mano derecha a la frente de modo que la

inspectora pudo reparar más detalladamente en la franja inflamada de los nudillos.

—Un pequeño accidente doméstico —respondió, quitándole importancia.

Rojo aguardó, sin moverse, a que se extendiera en los detalles, pero lo único que quebró el silencio fue el ruido de los tacones de Sofía Puyol dirigiéndose hacia el recibidor, con el fin de acompañarla a la salida.

Capítulo 10

Jueves, 24 de noviembre

Las indagaciones que la inspectora Rojo realizó en el colegio Ágora resultaron infructuosas. Respecto a la descripción que hizo a los amigos de Adrián del hombre pelirrojo que Zhao había mencionado, a ninguno les resultó familiar. Era extraño, ya que especialmente Claudia y Diego tenían una estrecha relación con Adrián: ella como su novia, y Diego como un amigo muy cercano. Por otra parte, nadie en el centro parecía tener noticia de un chico con similares características, algo que no extrañó a la inspectora porque Yamato dejó claro que era bastante mayor que Adrián, y este era de los alumnos de más edad del centro. Además, el único alumno pelirrojo del colegio tenía ocho años y se llamaba Gonzalo.

Como había corroborado Bermejo hacía unos días, los profesores coincidían en que Adrián era un alumno bastante brillante, aunque no se caracterizara por ser demasiado disciplinado. A todos les parecía sorprendente que hubiera tomado la decisión de quitarse la vida, ya que no mostraba el perfil de chico torturado o que tuviera motivo alguno para tomar semejante decisión. Habló con Claudia Peñalver, Diego Pizarro, Irene Montilla y otros compañeros. Todos negaron haberle visto consumir cocaína.

Al llegar a su despacho, Mónica volvió a analizar las imágenes que las cámaras de seguridad registraron el día y la noche de autos en la urbanización Las Glorias. Contempló detenidamente el flujo de gente que entraba y salía durante las horas anteriores y posteriores a que Adrián llegara, para comprobar si Claudia, Diego o alguno de sus compañeros o profesores con los que había hablado en el colegio aparecían, pero no distinguió a ninguno. Por tanto, dedujo que el muchacho estaba esperando a otra persona, porque si de algo estaba segura es de que había concertado una cita. En su preparación como policía había sido adiestrada para analizar el lenguaje corporal y ya tenía la suficiente experiencia para saber que se puede mentir con las palabras, pero no con los gestos. La actitud impaciente de Adrián, el modo de mirar la pantalla del móvil y esa forma de otear alrededor de

él no dejaban lugar a dudas. Parecía evidente que, al no aparecer la persona en cuestión, tomó la determinación de esperarla dentro del piso.

¿Quién sería el misterioso amigo de Adrián Zhao?, ¿dónde lo habría conocido? ¿Qué tipo de relación tendrían? Y este hecho, ¿tendría que ver con su muerte?, ¿sería la persona a la que estaba esperando antes de entrar en la urbanización? Mónica había pasado más de tres horas analizando el contenido de la grabación y no detectó a nadie con sus características. Aunque eso no significaba nada. Ella nunca lo había visto y los únicos datos que tenía es que era pelirrojo y de bastante más edad que Adrián. Aunque hubiera entrado en el recinto ese día, seguramente se le habría pasado desapercibido: el continuo vaivén de gente y las imágenes en blanco y negro de baja resolución dificultaban un posible reconocimiento. Se preguntaba si él sería el destinatario del regalo. ¿El hijo de los Zhao llevaría una doble vida? Y si fuera así, ¿cuál sería la motivación para mantenerla?, ¿el deseo de ocultar su homosexualidad a su familia, novia y amigos?

Mónica Rojo, ya en su casa y con la vista fija en los grumos de ColaCao flotando en la superficie del vaso, seguía dando vueltas a todas estas cuestiones. Las preguntas le rondaban por la cabeza como una noria a la que se le hubiera averiado el mecanismo y fuera imposible bajarse de ella. Mareando la perdiz sin otear un desenlace. Cabos sueltos sin conexión. Como pequeñas piezas de un rompecabezas gigantesco. Difícil saber dónde encajarlas, pero con su lugar esperándolas. Eso era lo complicado: buscar el enclave en el que colocarlas porque una vez localizado, estaba segura, toda la información fluiría con facilidad.

Terminó de disolver el cacao en la leche y se bebió el contenido en dos tragos. Miró el reloj de la cocina. Era más de la una de la madrugada. Había llegado hacía menos de una hora y Pilarín ya estaba acostada. «Durmiendo como un lirón», como ella decía.

Notó que los ojos le ardían. Tenía los músculos agarrotados a causa de haberse pasado tanto tiempo pegada a la pantalla del ordenador. El agotamiento le llegó de improviso. Como si inconscientemente lo hubiera mantenido a raya para conservar plenamente su capacidad de observación. Bostezó. Fregó el vaso y fue sin hacer ruido a la habitación de su abuela. Era una costumbre que había adquirido en los últimos tiempos, desde que la mujer había ido perdiendo facultades. Se asomó a través de la puerta entornada. Esperó en silencio hasta escuchar su respiración acompasada y permaneció allí durante un par de minutos. La tranquilizaba la paz que su sueño le

trasmitía. Después se metió en su dormitorio y se acostó. Cayó tan rendida que durmió de un tirón hasta la mañana siguiente.

Capítulo 11

Cincuenta y cuatro días antes de la muerte de Adrián

El cielo fue ensombreciéndose, tornando en gris lo que unos minutos antes era luminoso azul. La tormenta pilló a Raquel, la hermana menor de Sofía Puyol, desprevenida. Miró hacia arriba y sintió cómo un objeto extraño le golpeaba la ceja derecha. Apenas tardó unos segundos en asimilar que estaba granizando. En cuestión de pocos minutos la calzada se cubrió de pequeñas bolas de hielo del tamaño de canicas que seguían cayendo desde el cielo con fuerza inusitada. La frecuencia con la que se disparaban desde las alturas era tal que, en apenas unos instantes, las esferas tiñeron la acera de color blanco, como si de nieve se tratara, pero de un modo más resbaloso e incómodo.

Era realmente complicado encontrar recovecos para ir colocando acertadamente los pies con el fin de avanzar unos metros a lo largo de la calle. Los viandantes tanteaban el terreno como si de un campo de minas se tratara. Raquel, consciente del peligro que suponía desplazarse por aquella pista de patinaje improvisada, ponía los cinco sentidos en dar cada paso, aun así, estuvo a punto de caerse varias veces. La lentitud con la que era preciso caminar y el tiempo que tardó en ayudar a una muchacha a levantarse del suelo tras un inevitable resbalón hicieron que cuando lograra ponerse a cubierto su ropa estuviera totalmente empapada y de su pelo cayesen goterones como si acabara de salir de la ducha.

Se maldijo por no habérsele ocurrido meter un paraguas plegable en el bolso. No solía mirar las predicciones meteorológicas, especialmente después de semanas sin cambios significativos, pero aquel preciso día le llamó la atención el aviso de que podía granizar a lo largo de la jornada, especialmente por la tarde. No dio demasiado crédito a semejante anuncio ya que pensó que el fenómeno era más propio de la primavera que de mediados del mes de septiembre. Así que, sin hacer caso al agorero vaticinio, salió de casa ataviada con un estiloso pantalón de lino beis, una camisa a juego y una americana de

un tono ligeramente más oscuro, demasiado calurosa para la temperatura de esa tarde pero que daba algo más de seriedad al conjunto. No acertó con el calzado, ya que escogió unas sandalias para completar el atuendo sin pensar en el peligro que acarreaba una suela en absoluto diseñada para eventualidades como aquella. La tormenta de granizo estaba empezando a cubrir las calles de blanco, a pesar del bochorno que se cernía sobre Madrid.

Ya a cubierto en el interior del primer portal que encontró, sacó el espejo del bolso y se dispuso a contemplar la hecatombe. No fue demasiado complicado arreglar el maquillaje, pero el cabello parecía carecer de solución, por muy experta que fuera en hacerse apañados recogidos. Había concertado una cita con unos potenciales clientes para efectuar medidas en la vivienda que acababan de comprar. El fin era diseñarles la reforma y posterior decoración de su futuro hogar, y si se presentaba de esa manera iba a dar una imagen de lo más penosa.

Afortunadamente, la tormenta la sorprendió a pocos metros de la calle Ferraz, muy cerca, por otra parte, del piso familiar de los Zhao. También por suerte, la talla de Sofía coincidía con la suya, por lo que recurrir a la asistencia de su hermana era la mejor de las soluciones. Apenas tardaría unos minutos en desplazarse al domicilio con el fin de cambiarse de ropa, peinarse y acicalarse mínimamente. Acostumbraba a llegar con un amplio margen de tiempo a las citas de trabajo, lo que le permitía tener capacidad de reacción ante posibles contingencias, así que contaba con algo más de media hora para recomponerse.

Aunque el piso en el que iba a efectuar medidas se encontraba a tiro de piedra del paseo del Pintor Rosales, decidió previamente avisar a Sofía del propósito de acercarse. No fue posible localizarla telefónicamente, así que le envió un mensaje pidiendo que, en cuanto pudiera, se pusiera en contacto con ella. Con la vista fija en la pantalla, esperó unos instantes para comprobar si lo había leído. Comprobó que el mensaje había llegado, pero el doble clic azul que indicaba haber sido leído se resistía a aparecer. Dedujo que, a pesar de ser casi las ocho de la tarde, probablemente seguiría en el despacho enfrascada en alguna reunión y habría quitado el sonido al terminal. Barajó telefonear a Yamato, pero se encontraba en Almería de viaje de trabajo y no quería molestarlo. Optó entonces por llamar al teléfono fijo. Aunque rara vez lo utilizaban, la familia seguía manteniéndolo operativo. Tal vez Adrián ya habría regresado a casa, o estaría Valentina, quien, algunos días, iba por las tardes a preparar la cena. El intento resultó infructuoso. La única posibilidad que le quedaba era

notificar a Sofía que se dirigiría al piso para tomar prestado de su armario un par de prendas con el fin de salir del apuro. Al fin y al cabo, disponía de llaves de la casa y tenía suficiente confianza como para suponer que a nadie de la familia le importara que lo hiciera. Todo antes que aparecer delante de los clientes a modo de pollo escaldado. Tecleó unas líneas comunicando a su hermana lo que se disponía a realizar, pero, al igual que sucedió con el primer mensaje, no obtuvo respuesta.

Se tomó todavía unos instantes para decidir si hacer uso de las llaves o acudir directamente a la cita sin cambiarse de ropa. El reflejo de su figura en el escaparate de una tienda sirvió para decantarse por la primera de las opciones ya que su aspecto le pareció, aún si cabe, más lastimoso que antes: además de que su melena lucía tan despeluchada que resultaba impresentable, las feas arrugas que la humedad había ocasionado en la ropa y las manchas de salpicaduras de barro dispersas por sus pantalones daban a su figura un aspecto más acorde al de alguien necesitado de ayuda para subsistir que al de una elegante diseñadora de interiores. No pudo reprimir una desagradable sensación al verse. Una sensación que iba más allá de lo poco favorecida que pudiera encontrarse. Durante unos instantes tuvo la impresión de haberse trasladado a una época pasada. Una época en la que ese aspecto era el habitual en ella. Entonces, la imagen que ofrecía apenas le importaba porque sus prioridades se focalizaban en asuntos bien distintos. De repente se sintió como si se hubiera desdoblado, como si la mujer reflejada en el escaparate fuera otra persona. Parpadeó reiteradamente para ahuyentar ese pensamiento y volver a archivarlo en un rincón de su mente. Por fin, los fantasmas se esfumaron y consiguió volver a centrarse en lo inmediato. Si se presentaba de semejante guisa, las posibilidades de captar a la pareja de potenciales clientes para llevar a cabo la reforma de su casa iban a verse mermadas: la primera impresión era determinante en un mundo en el que se ofrecía buen gusto a cambio de una considerable cantidad de dinero. Urgía arreglar el entuerto y ello requería un cambio de indumentaria, así como de la imprescindible asistencia de cepillo y secador para dejar su cabello en las condiciones adecuadas.

El temporal tardó tan poco en cesar como repentino había sido su comienzo y el violento granizo se transformó en una leve llovizna que refrescó el ambiente. No obstante, las pequeñas bolas de hielo todavía tardarían en convertirse en agua. A pesar del cuidado con el que era obligado transitar por las aceras, Raquel tardó apenas cinco minutos en llegar al señorial portalón del paseo del Pintor Rosales. Saludó con

un rápido gesto al conserje, quien se la quedó mirando como si se tratara de una extraterrestre, lo que le hizo preocuparse todavía más por su aspecto. Tomó el ascensor, que le pareció más lento que de costumbre, seguramente debido a lo poco que le gustaba la imagen que le devolvía el espejo del habitáculo, y, por fin, llegó al octavo piso.

Supuso que nadie se encontraría en la vivienda, pero pulsó el timbre en previsión de que en el margen de tiempo que ella tardó en desplazarse alguien hubiera llegado. Esperó unos segundos y, en vista de que nadie acudía, entró en el piso. Le extrañó comprobar que el cerrojo no estuviera echado y que solamente tuviera que accionar el resbalón de la cerradura para acceder a la casa, pero no le dio especial importancia. Algo más le extrañó comprobar que el aire acondicionado estaba conectado, pero supuso que lo habrían dejado programado a fin de que no hiciera demasiado calor a la hora de la cena.

Cerró la puerta de entrada tras de sí y miró el reloj. Tendría que darse prisa para acudir puntual a la cita. En su trabajo estaba muy mal visto que los clientes llegasen al lugar concertado antes que el comercial, y mucho más con semejantes condiciones meteorológicas, así que no había tiempo que perder.

Decidida, se dirigió hacia la habitación habilitada a modo de vestidor, pero, cuando se disponía a pasar, unos murmullos que llegaban desde el interior del cuarto la detuvieron. Le pareció distinguir la voz de Adrián. Como era algo que no esperaba se quedó en el umbral sin saber qué hacer. Antes de tomar una decisión, pegó el oído a la puerta para comprobar si la impresión de que el hijastro de Sofía estaba dentro era real. No escuchó nada, así que accionó el pomo para entrar. Le resultó imposible acceder al interior ya que la puerta había sido cerrada desde dentro. Golpeó suavemente con los nudillos «Adri, ¿estás ahí?». Silencio. De pronto fue consciente de la indiscreción que había cometido y se arrepintió de haberse presentado sin el permiso expreso de los dueños. Su hermana le había comentado que el muchacho estaba saliendo con una compañera de colegio. Tal vez habían aprovechado la ausencia del padre del chico y de su madrastra para ir al piso y mantener relaciones sexuales.

Una desagradable sensación de vergüenza le recorrió de pies a cabeza. Sin decir nada y evitando hacer ruido, se encaminó sigilosamente hacia la salida y, envuelta en una mezcla de desconcierto y turbación, abandonó la vivienda.

Optó por entrar en los baños de una cafetería de camino al

inmueble al que se dirigía, y se recompuso como pudo. Llegó al lugar del encuentro unos minutos antes de la hora. Mientras aguardaba en la entrada del edificio, volvió a mirar la pantalla del móvil, pero Sofía seguía sin dar señales de vida. Cuando llegó la pareja que esperaba, quitó el sonido con el fin de evitar interferencias a la vez que realizaba el trabajo.

La visita duró algo más de media hora, tiempo en que tardó en dar varias ideas a los interesados que fueron muy bien recibidas. Tras comunicarles las condiciones de pago y aclarar algunas dudas sobre materiales y combinación de colores, tomó medidas a suelos y paredes. «En unos días les enviaré una simulación en tres dimensiones de cómo quedaría la vivienda, y el correspondiente presupuesto».

Tras despedir a la pareja, con la sensación de que iban a convertirse en nuevos clientes, sacó el móvil del bolso para volver a conectar el sonido y se encontró con la respuesta de Sofía: «Lo siento, cariño. Tengo una cena de trabajo, así que llegaré tarde, pero no te preocupes, ve sin problema y coge lo que necesites. Seguro que lo que te pongas te sienta mejor que a mí». El *whatsapp* lo remataba con un emoticono sonriente. Por un momento pensó en contarle lo sucedido a través de un mensaje de texto o de un audio, pero prefirió comentárselo por teléfono o en persona.

«Ya lo he solucionado. Gracias de todos modos, hermanita», fue su genérica respuesta, rematada con el mismo emoticono que le había enviado Sofía.

Capítulo 12

Viernes, 25 de noviembre

Salva Fanjul recibió a su colega en el vestíbulo de la Comisaría General de la Policía Científica con una amplia sonrisa. A Mónica le caía bien el jefe de Inspecciones Oculares del departamento. Su estatura y estructura física le daban cierto aire quijotesco, y el rostro alargado la trasladaba mentalmente a la sala dedicada al Greco en el Museo del Prado.

—¡Ya era hora de que volvieras por aquí!

—No me gusta molestar. Solo lo hago cuando creo que es realmente necesario.

—¡Qué va, mujer!, tú nunca molestas. Es un placer que nos visites, así entra un poco de aire fresco por aquí, que ver siempre las mismas caras termina saturando. ¿Te hago un pequeño tour por nuestras instalaciones?

—Gracias, Salva, pero no dispongo de mucho tiempo. Entre unas cosas y otras ando más liada que la pata de un romano.

—Entonces vamos a la cafetería, que me he puesto a revisar papeles amontonados en la mesa del despacho y todavía ni he desayunado —dijo, algo agobiado, pero sin perder el buen humor—. Y mientras tomamos algo, me cuentas.

Fanjul le pasó amigablemente la mano por el hombro y salieron del edificio en dirección a la cantina del complejo.

—A ver si un día estás más relajada, que siempre vienes escopeteada —le recriminó cariñosamente—. Te voy a llevar entonces a visitar la Bertillona. Aunque yo prefiero la exposición de armas. ¡Con lo curiosa que tú eres no sé lo que te va a gustar más! Tenemos todo tipo de pistolas, escopetas de cañones recortados, machetes, navajas, ballestas e, incluso, armas de fuego artesanales. ¡Alucinas con el ingenio que tienen los malos para delinquir! Gran parte de lo que hay expuesto ha sido utilizado en España para cometer los crímenes más siniestros desde principios del siglo XX —comentó con orgullo.

Mónica Rojo no tenía ni la más remota idea de qué o quién sería la tal Bertillona. Se abstuvo de preguntar, pues imaginó que se trataría

de un sofisticado instrumento de tortura o algo de un cariz semejante. La última vez que había cedido a un ofrecimiento similar se encontró contemplando falanges de dedos índices metidas en botes de formol. Y luego, para más inri, Fanjul insistió en invitarla a comer en un restaurante cercano. Todavía recuerda que apenas probó bocado porque la nítida imagen del frasco con aquellos restos humanos se empeñaba en permanecer más presente que el aséptico plato de verduras que había pedido. Además, al bueno de Fanjul no se le ocurrió pedir otra cosa que manitas de cordero «especialidad de la casa», tal y como le comentó. Así que no tenía ni el ánimo ni el cuerpo para escuchar al amable policía desmenuzando los detalles de lo que quiera que fuese la Bertillona. Detalles que, con toda probabilidad, serían asquerosos o desagradables, como sucedió en la anterior ocasión. Y su estómago, decididamente, no estaba para trotes semejantes. Por otra parte, aunque le picaba la curiosidad, carecía de tiempo para giras turísticas de armamento.

—La próxima vez.

—Y luego nos tomamos unas cañas —sugirió Fanjul.

Mónica asintió cortésmente, pero sin hacer comentario alguno que le comprometiera a aceptar el ofrecimiento.

Entraron en la cafetería. Era un establecimiento de batalla, bastante ruidoso, iluminado con luz blanca y habilitado a modo de autoservicio.

—Este sitio es muy cutre, pero preparan unos bocatas calientes riquísimos.

Fanjul pidió un bocadillo de lomo con queso y beicon y un café con leche. Además, cogió una napolitana de la bandeja de los bollos. Pese a la insistencia de su colega, Mónica se conformó con un simple ColaCao. Cada uno con su bandeja, buscaron una mesa y se situaron frente a frente.

—Dime, querida, ¿en qué te puedo ayudar?

Era la única persona que se dirigía a ella de esa manera. La hacía sentir como una gran dama. Aunque sonara decimonónico, o tal vez por eso, a Mónica Rojo «querida» le sonaba considerablemente mejor que «tía», más habitual en los ambientes en los que ella se desenvolvía. Además, a Fanjul le daba un punto a lo Sherlock Holmes que le iba como anillo al dedo.

—Tengo varias dudas sobre el caso de la urbanización Las Glorias.

—Aquí lo llamamos el del chico del san José.

—Ya… Verás, estoy algo confusa respecto a algunos vestigios recogidos en el piso.

—¿Hay algún dato en el dosier que no esté bien explicado?

—No, no, en absoluto. El informe que habéis enviado es completísimo. El motivo de querer hablar contigo es porque tienes más experiencia que yo y, a veces, hay detalles que a los profanos nos pasan desapercibidos, aunque los tengamos delante de las narices.

—Ya sé por Bermejo que hay cosas que no os encajan, vamos, que dudas de que se trate de un suicidio —comentó, antes de dar un buen mordisco al gigantesco bocata.

—Lo más probable es que lo sea, pero no acabo de estar segura… Tal vez esté siendo demasiado tiquismiquis, pero no me quiero quedar con la espina de haber dejado pistas sueltas sin investigar.

La inspectora sacó de su bolso la documentación aludida. Las hojas estaban marcadas con pósits de colores. Empezó a pasar las páginas y Fanjul se percató de que había párrafos subrayados con lápiz. Por lo manoseado que estaba el expediente era evidente que el contenido había sido estudiado en profundidad.

—Es que tengo la sensación de que lo que falta es más revelador que lo que hay. Y que bastaría con tirar de un pequeño hilo para entender lo que se nos escapa.

Ante la cara de perplejidad de su colega, Mónica fue consciente de que su explicación estaba lejos de lograr el fin deseado.

—Por ejemplo, ¿no te llama la atención que escribiera la carta de despedida en ordenador?

—¿Por qué? La generación a la que pertenece el chico apenas escribe a mano.

—Sí, eso dice Bermejo. Pero tratándose de algo así… Por ejemplo, la nota que acompañaba el regalo estaba escrita de su puño y letra. Lo lógico es que una despedida eterna también la hubiera hecho de esa forma. Además, teclear la hoja en su casa, imprimirla, doblarla, metérsela en el bolsillo e ir a envenenarse a un piso vacío propiedad de su familia como quien se va a organizar una fiesta, a mí me deja turulata, la verdad. Y llevarse a san José como compañero de juerga, ya ni te cuento.

—Igual no la imprimió en su casa.

—En el piso de Las Glorias no había ordenador, ni mucho menos impresora.

—Me refiero a que lo hiciese en otro sitio.

—No me lo imagino yendo a una papelería a hacerlo. Además, teniendo el equipo en casa sería bastante absurdo complicarse tanto la vida. Por otra parte, un texto tan delicado… El dependiente la podría leer, alarmarse y fastidiarle el plan llamando a la Policía. Hoy en día,

la gente está muy sensible con estas cosas.

—¡Como para no estarlo! Antes de este, hemos tenido que cubrir dos más en los últimos meses: un niño de doce años y una chica de quince. Mira que he visto cosas desagradables a lo largo de mi vida, pero el suicidio de esos niños me puso enfermo. Pasé días que cada vez que cerraba los ojos la imagen se reproducía en mi cerebro, y te aseguro que tengo facilidad para pasar página, pero con esto te juro que no puedo.

—Ya… —asintió Mónica, comprensiva—. Es muy inquietante que cada vez haya más gente que no soporte este mundo cuando apenas está empezando a conocerlo.

—Tan inquietante como que opten por la alternativa más trágica para convencer a los demás de la gravedad de sus motivos. Se diría que algunos padres no suelen tomar demasiado en serio los problemas de sus hijos hasta que los ven muertos.

Mónica afirmaba pensativa.

—En cualquier caso, ¿se podría averiguar?

—¿Qué? —preguntó Fanjul, todavía dando vueltas a lo anterior.

—Si hizo todo el proceso de la carta en su casa o en un lugar diferente.

—Sí, claro. El Departamento de Ingeniería e Informática Forense lo investigaría, pero necesitaríamos una orden judicial para llevarnos el equipo del domicilio y trasladarlo aquí, ya sabes…

—Yo me encargo.

Fanjul torció el gesto.

—No te quiero desanimar, pero es complicado que Nora Salinas lo autorice.

Mónica se quedó unos segundos en tranquilo silencio calibrando las posibilidades de contar con el visto bueno de la jueza.

—Bueno, es bastante puntillosa, aunque desde que se reincorporó tras su accidente se le ha suavizado el carácter. Mira, por intentarlo no pierdo nada —razonó, en un alarde de optimismo.

—Ya puedes argumentar bien el motivo.

—Eso haré —afirmó con seguridad.

—A ver si, con suerte, la pillas en la hora tonta.

Mientras Fanjul terminaba de zamparse el grasiento bocadillo, Mónica seguía hojeando las partes marcadas en el informe.

—¡Ah!, y otra cosa. Me ha llamado la atención la llave pequeña —dijo tras dar un sorbo a su bebida.

—¿Cuál?

—La que estaba suelta. Lo lógico habría sido que la llevara junto a

las otras para impedir que se perdiera. El resto las tenemos controladas: unas pertenecen al piso de Las Glorias y las otras a las de su casa, pero esa la hemos comparado con las de los buzones de los dos domicilios y es diferente.

—No creo que fuera de buzón —dijo el hombre, con la boca llena—. Cuando la vi me pareció de puerta de cuarto trastero antiguo. La que abre el mío es muy semejante.

—Sea de buzón o de trastero, no es lógico llevarla desperdigada en el bolsillo del pantalón. A no ser que se hubiera salido porque el llavero estaba abierto, pero ambos estaban bien cerrados.

Mónica se quedó por un momento con la vista fija en su interlocutor, pero sin mirarlo. Tenía los ojos muy entornados. Como si con ese gesto pudiera ordenar a su cerebro abstraerse del resto de estímulos externos con el fin de seguir con el hilo de su pensamiento.

—Podría ser del trastero del piso en el que se localizó el cadáver —apuntó Fanjul.

—Esa urbanización carece de ellos.

—Pues el de la casa familiar y que, por alguna razón, la llevase suelta.

—La del trastero del piso en el que vivía la llevaba en el llavero correspondiente.

—En cualquier caso, ¿crees que puede tener mayor importancia? —preguntó Fanjul, empezando a dar buena cuenta de la napolitana.

La inspectora intentaba encontrar respuesta a la pregunta mientras contemplaba cómo su colega trasegaba el bollo relleno de crema.

—Puede ser una gilipollez, pero no me gustaría dejar eso sin investigar. Me quedaría más tranquila siguiendo esa pista.

—Pues eso, querida, sería sencillo. Si cuentas con la colaboración de la familia, claro.

—¿Y si no?

El policía científico terminó de deglutir el bocado antes de hablar.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —dijo, refiriéndose de nuevo al recurso de la jueza Salinas. Después dio un trago al café con leche y se limpió la boca con la servilleta de papel.

Capítulo 13

Un mes antes de la muerte de Adrián

—Cuando llegue Adri, cena con él, no me esperéis… Creo que Valentina iba a preparar el guiso de carne que os gusta tanto a los dos… No, no te preocupes, yo luego pico cualquier cosa… No sé… Todavía tengo faena en la oficina… Es que la tengo que terminar hoy sin falta… No te preocupes, voy en cuanto pueda… Hasta luego, cielo.

Sofía Puyol mintió a su marido. En realidad, ya había dado por concluida la jornada de trabajo y acababa de salir de su despacho.

Se encontraba en el portal del señorial edificio en el que se encontraba la sede del bufete mirando con detenimiento a su alrededor. Era un hábito adquirido desde que Benicio Rodas consideró que la defensa que Vilas, Puyol y Asociados hicieron de su persona no había estado a la altura que él merecía. Por desgracia para el potentado, la elevada cantidad de dinero que pagó al equipo de abogados no logró impedir su ingreso en prisión. No solo eso, sino que la mierda también salpicó a su mujer, quien se salvó de la cárcel de milagro, pero no de la elevada multa que tuvo que asumir como cómplice necesaria del fraudulento negocio en el que su marido estaba implicado.

La especialidad del prestigioso bufete era defender a personas o entidades acusadas de blanqueo de capitales. Ello y la experiencia adquirida en pleitos de herencias conflictivas e impugnación de testamentos de grandes fortunas le dio gran fama en el sector. Tanto que sistemáticamente aparecía cada año entre los diez despachos de abogados más relevantes. Solo unos pocos privilegiados podían permitirse contar con sus servicios. Aun así, el equipo de juristas no daba abasto: las importantes sumas a las que tenían que hacer frente los clientes para contratarlo merecía la pena a quien se lo pudiera permitir, pues el porcentaje de victorias era apabullante.

Benicio Rodas, el poderoso empresario mexicano, había confiado ciegamente en ellos tras escogerlos entre los más rutilantes letrados del país. Daba por descontado que tras el juicio, en el peor de los casos, lo condenarían a pagar una multa que podría asumir sin

pestañear, y después continuaría con sus negocios tranquilamente. Ni más ni menos que como estaba acostumbrado en México. Pero las pruebas que obraban en su contra, así como el testimonio de su hombre de confianza, truncaron las posibilidades de salir airoso. La batería de recursos que el bufete puso en marcha resultó insuficiente. Así que sus abogados no resultaron tan infalibles como Rodas creía ni la Justicia española tan laxa como solía ser en su lugar de origen. La sentencia truncó los planes de inversión que proyectaba en diferentes naciones europeas y, lo que era peor, le costó dos años largos entre rejas sin posibilidad de una rebaja de pena significativa. Y el magnate no se lo tomó precisamente bien. Su ira la depositó en Sofía, quien se ocupó personalmente de su caso, al considerar que había cometido errores sustanciales en su defensa. Las intimidaciones que la letrada tuvo que soportar durante los meses posteriores al ingreso de su cliente en Soto del Real la mantuvieron en vilo. Esbirros enviados por el hombre frecuentaron durante semanas los alrededores del inmueble en el que se hallaban las oficinas lanzando amenazas veladas. Bastaba con doblar la esquina y ver alguno de ellos esbozando una silenciosa sonrisa que ni siquiera modificaba la expresión de su rostro, para disparar el estado de alerta en Sofía y darle la sensación de que empezaba a oler a víctima. Se los encontraba en la cafetería donde desayunaba, en la puerta del garaje, husmeando el mismo escaparate en el que ella contemplaba alguna prenda de ropa que le apetecía comprarse. Unos cuantos Richard Widmark de pacotilla actuando como actores aficionados en un thriller de serie B. Es cierto que nunca pasaron a mayores, pero el terror psicológico es, a veces, más doloroso que el daño físico.

No obstante, hoy Sofía Puyol tenía otras preocupaciones. Por primera vez desde hacía meses pisó asustada la plaza del Marqués de Salamanca. Y en esta ocasión no era debido a la posible venganza de Benicio Rodas. Sus subalternos hacía tiempo que habían dejado de molestarla con sus conductas mafiosas. Además, la abogada estaba acostumbrada a lidiar con personajes semejantes, tipos curtidos en los márgenes de la sociedad pero conscientes de hasta dónde podían llegar sin traspasar el límite. Profesionales, al fin y al cabo. Tratar con individuos habituados a moverse en el filo de la ley suponía un riesgo del que ella era plenamente consciente. Bailar con el diablo es lo que tiene, pero esa danza solamente había estado ataviada de palabras y gestos desagradables o de situaciones incómodas. Hasta ahora, al menos, nadie había atravesado con ella la línea roja del delito. Por otra parte, no era la primera vez que tenía que soportar ese tipo de

intimidaciones por parte de una persona o empresa con la que se había relacionado profesionalmente. Aunque no podría decirse que estuviera acostumbrada, pues uno nunca se habitúa a algo semejante, encontrarse en esa tesitura era relativamente usual, así que su estado de alerta se debía a algo bien distinto.

Algo que había sembrado su devenir cotidiano de incertidumbre y que tomaba cada vez más protagonismo estaba contaminando su vida. Lo peor de todo es que se responsabilizaba plenamente de ello. La culpa es lo que tiene. No se dispersa ni salpica. Se ancla en el interior y los ganchos se clavan desgarrando los tejidos. Habría dado cualquier cosa por rebobinar y borrar los hechos que la estaban perturbando. O tener la capacidad de mentirse a sí misma argumentando una realidad alternativa con el mismo convencimiento que lo hacía al defender a sus clientes. Uno puede desdecirse. Al fin y al cabo, las palabras se las lleva el viento, pero las acciones son tan irreversibles y comprometidas como los documentos firmados. El pasado, reciente o remoto, marca a fuego y la señal queda para siempre.

Antes de salir del despacho se había despojado de los zapatos sustituyéndolos por unas confortables bailarinas. Cada vez soportaba menos la presión que los tacones ejercían en las plantas de sus pies, pero se resistía a ejercer su trabajo sin el plus de altura que le proporcionaban, por más que su estatura le permitiera mirar de frente a la mayoría de sus clientes sin necesidad de elevarse de forma artificial. Guardó el incómodo calzado en el armario de su despacho y dio por concluida la larga jornada de trabajo.

Ya en el portal, vaciló hacia dónde dirigirse. Había anochecido, soplaba el viento y la temperatura era más baja de lo que suele a principios de octubre. Finalmente se decidió por recorrer un tramo de la calle Príncipe de Vergara, pues estaba algo más concurrida que las adyacentes. En cualquier caso, había menos gente de lo que era habitual, probablemente debido a lo desagradable de las condiciones meteorológicas.

Se subió el cuello del chaquetón y se ciñó todo lo que pudo el cinturón de este. Era la forma de protegerse del frío, pero también, inconscientemente, de aislarse del mundo exterior. La débil luz que manchaba el pavimento de la calzada estaba tan difuminada como se percibía ella misma. Deseaba estar sola, soltar lastre. Pasear la ayudaba a pensar. Pensar como una mujer. Estaba tan habituada a hacerlo como un hombre para evitar sumergirse en terrenos pantanosos que había perdido la costumbre. Decidiendo, siempre desde la perspectiva masculina, qué callar o decir y qué actitud tomar

dependiendo de la circunstancia. Sin permitirse el lujo de jugar en el plano de la empatía, la intuición o la sensibilidad. Fabricándose alrededor una coraza inexpugnable. La práctica le había mostrado que si quería sobrevivir entre tiburones tenía que arrasar al adversario sin consideraciones ni escrúpulos. Acorralarlo de tal modo que le fuera imposible encontrar una salida para, después, triturarlo con los dientes. La única licencia «femenina» que se permitía era jugar con las palabras y su modo de decirlas para edulcorar la crudeza de los hechos. Esa era una habilidad que dominaba mucho mejor que su socio y, que en no en pocas ocasiones, le había hecho anteponerse a sus contrincantes.

Necesitaba tomar distancia mental. Confiaba en que la llegada de la noche la ayudase a adentrarse en la complejidad de sus cavilaciones. Adquirir la perspectiva que la ayudara a ver las cosas con la claridad que no lograba suministrarle el día. Había llegado a un punto en el que, a veces, le costaba reconocerse. Se había ido cubriendo de tantas capas a lo largo de su vida que tenía serios problemas para tomar conciencia de qué deseaba, de dónde estaba, y de quién era en realidad. Como si hubiera rehuido reflexionar durante años y de pronto tuviera el impulso de enfrentarse a su yo auténtico. Con el temor de que la realidad que encontrase pudiera espantarla, pero también con la tranquilidad de no seguir engañándose con una percepción falsa de sí misma.

Apenas había caminado unos metros cuando oyó que alguien la llamaba. Su nombre resonaba repetidamente a su espalda: «¡Sofía!, ¡Sofía!». Le dio un vuelco el corazón. Era una voz masculina, pero el ruido del tráfico impedía reconocer a quién pertenecía. Dudó si volver la cabeza o continuar el trayecto sin darse por aludida. Optó por esto último. Aceleró el paso mientras echaba un vistazo a su reloj de pulsera, como si tuviera prisa porque alguien la estuviera esperando. Tropezó con una joven que llevaba un carrito de niño. «Disculpe». Divisó un taxi a lo lejos que se aproximaba desde la dirección contraria. Decidida, se disponía a cruzar la calle con el pretexto de pararlo. Daba igual que tuviera el coche en el aparcamiento, justo al lado del trabajo. Le diría al conductor que diera una vuelta y la volviera a dejar en el mismo sitio. O, mejor, que la llevara a casa. Ya recogería su vehículo al día siguiente.

Justo antes de levantar el brazo para llamar la atención del taxista, sintió una mano en el hombro que la sobresaltó y paralizó su cuerpo durante unos segundos. Por el contrario, su mente se aceleró inundándose de imágenes. Un desfile de recuerdos recientes se disparó

de forma automática, como si la presión de esa mano hubiera puesto en marcha una particular moviola. Volvió la cabeza después de unos segundos y vio la cara de Enrique Vilas, su socio. El hombre respiraba aceleradamente. La falta de forma física y caminar deprisa para alcanzarla lo habían fatigado.

—Perdona, no quería asustarte. Te has dejado las llaves del coche en el despacho. He ido a dejarte el acta y las he visto en el suelo. Deben de habérsete caído del bolso.

—¡Ah! —exclamó desconcertada—. ¡Gracias, Enrique! Las habría echado de menos al llegar al garaje —dijo con una sonrisa, y ya con el llavero del Lexus en la mano.

De repente se dio cuenta de que no quería estar sola. De que la cotidianeidad que llevaba implícita la compañía de su colega le proporcionaba el sosiego que en ese momento necesitaba.

—¿Te acerco a tu casa?

—¿No te importa?

—¡Claro que no! Me pilla bien.

—Pero no quisiera alterar tus planes. A estas horas uno tiene ganas de relajarse y estar con la familia.

—No te preocupes. Ya he dicho a Yamato que cenen ellos, porque pensé que me iba a entretener más en el despacho. Así que no tengo prisa.

—Pues me va genial, la verdad… He venido esta mañana en taxi y no veas la bronca que he tenido porque el jeta del conductor se las ha ingeniado para meterse en todos los atascos. Hay algunos que hacen lo que sea por ganar un par de euros extra, aun a costa de que les pongas en vergüenza. Si te soy sincero, no me apetece tomar ahora otro.

Sofía hizo un ademán con la mano, restando importancia al pequeño favor que se disponía a hacer a su colega.

De camino al garaje, Vilas siguió despotricando. Aunque Sofía no prestaba atención a lo que decía, la charla la arropó durante todo el trayecto.

Capítulo 14

Lunes, 28 de noviembre

A pesar de taparse la cara con la bufanda e ir bien abrigado con una chupa acolchada, Cito se estaba quedando congelado. Llevaba más de media hora en las inmediaciones de los juzgados de plaza de Castilla aguardando a que su novia terminara la reunión con Nora Salinas. Era habitual que Mónica calculase fatal cuánto se demoraría en este tipo de gestiones, así que él solía entretener la espera con alguna actividad. En esta ocasión, inspeccionaba el Black Adam de treinta centímetros con luces, sonidos y puño explosivo que acababa de adquirir para su colección de muñecos de películas. Lo había comprado en El Cine y su Mundo, un comercio situado muy cerca del colegio Isabel La Católica, donde ejercía de profesor de matemáticas. Había pasado un buen rato charlando con el dueño del establecimiento, quien lo puso al corriente de las novedades llegadas en los últimos días. La elección resultó difícil. Estuvo dudando entre el Black Adam y un Gremlin Mohawk completamente articulado con rifle de asalto, pero al final descartó este último por resultarle un poco pequeño y excesivamente caro. Gracias a que la charla se dilató más de lo esperado, llegó a la plaza de Castilla con retraso suficiente para que los carámbanos aún no le colgasen de la nariz.

Por fin, la vio salir con paso ligero. Llevaban juntos desde críos, así que la conocía lo bastante como para detectar su estado de ánimo con solo mirar cómo se movía. Esa manera pizpireta de bajar las escaleras solo podía indicar que había logrado su objetivo. Cuando estaba contrariada, ralentizaba el ritmo e, indefectiblemente, se encorvaba hacia delante llevando la mirada hacia sus pies.

Mónica hizo una panorámica visual por la plaza hasta divisarlo. Cuando lo vio, agitó el puño en señal de victoria y le dedicó una amplia sonrisa, que le puso a él también de buen humor. Aceleró el paso hasta llegar a su lado. La satisfacción le salía por los poros. Dio rienda suelta a su vitalidad agarrando con energía la cara de su novio entre las manos para darle un achuchón. A Cito se le empañaron las gafas.

—Me ha dado autorización para analizar el equipo informático del chaval.

—¡Ole!

—Y para no pillarme los dedos, le he solicitado también el permiso para indagar a qué da acceso la llave pequeña que tenía en el bolsillo para que, si nos topamos con la cerradura a la que corresponde, poder registrar lo que sea sin problemas. No creo que la familia me ponga pegas, pero por si acaso. Más vale ser prevenida, ¿no crees?

—Sí.

—Al principio, la tía me lo ha puesto difícil, no creas. Y eso que le he dado argumentos para dar y tomar. Pero a ella, como si fuera una pared, todo le rebotaba: que si la autopsia no ha revelado indicios que muestre la participación de otra persona en el deceso, que si no hay móvil aparente, que si lo que es evidente es lo probable y suele ser siempre lo correcto, que si patatín que si patatán…

—Ya…

—Vamos, que estaba muy reticente. Pero yo erre que erre con cada una de las cosas que no cuadraban y que llevaba apuntadas en la libreta para que no se me escapara ningún detalle. Después de repasarlo todo varias veces, ha admitido estar de acuerdo conmigo en que resulta incoherente que no hubiera huellas dactilares en la carta de despedida y mucho más en la botella de cerveza.

Cito echaba de menos sus guantes. Para compensar, intentaba calentarse las manos frotando una contra otra y echando aliento sobre sus dedos.

—Claro…

—No resulta lógico que hubiera restos del ADN del chaval en el gollete y el resto de la litrona estuviera impoluta. Tendría que haberla sujetado con una de las manos para llevársela al coleto, ¿no? —Cito afirmó con la cabeza—. Por tanto, sus huellas habrían quedado impresas en el casco. —Mónica ilustraba sus palabras con el gesto de agarrar la botella—. En fin, que al final me ha dado vía libre. —Se quedó un momento en silencio con un asomo de duda en el rostro—. La verdad es que no sé si la he convencido realmente o me ha firmado la autorización para que dejara de darle la murga. Pero, vamos, me da igual si es por una cosa o por la otra. Lo importante es que puedo seguir con la investigación.

—Genial…

—Igual lo único que consigo es perder el tiempo y marear la perdiz, pero al menos voy descartando cosas.

—Guay…

A Cito le hubiera gustado aderezar sus exclamaciones de más entusiasmo, pero la tiritona que el frío le provocaba se lo impedía. Los ojos le lagrimeaban y los dientes castañeaban lo bastante como para que resultara un éxito articular más de una frase seguida.

—¿Qué te pasa?

—Nada, ¿por qué?

—Tienes mala cara y las orejas muy rojas.

—Es que estoy un poco destemplado.

—Venga, te invito a una caña para celebrarlo.

—Prefiero un chocolate con churros.

—¡Pero mira que eres zampabollos!

—Me apetece algo calentito —se justificó.

—Ten cuidado, que te está saliendo barriga —exclamó, dando palmaditas en el vientre de su pareja.

—Un día es un día…

—Te advierto que como te pongas gordo te dejo.

La frase de Mónica sonó demasiado cariñosa como para convertirse en advertencia. Frotó los brazos de su novio con la intención de hacerlo entrar en calor y le ajustó la bufanda. Después lo tomó de la mano y, con las energías ya marchando al mismo ritmo, enfilaron el paseo de la Castellana en busca de alguna cafetería. Durante el trayecto, Cito sacó de la bolsa de plástico el Black Adam y mostró a su novia, orgulloso, el nuevo miembro de su flamante colección.

Capítulo 15

Martes, 29 de noviembre

—Haga usted lo que considere conveniente, pero le agradeceríamos que comprenda lo doloroso que es esto para nosotros.

Mónica Rojo era plenamente consciente de lo que implicaba para la familia conservar abierto el caso de la urbanización Las Glorias, o el del chico del san José, como lo llamaba Salva Fanjul.

Lo que Yamato Zhao le acababa de decir la trastocó. El desamparo que transmitía a través de su voz le provocó una tristeza inesperada. Habría deseado inocularse una vacuna que la anestesiara moralmente. Un remedio que la librara de esa incomodidad que la turbaba de modo tan desagradable. Si hubiera encontrado resistencia, si el hombre se hubiera negado a colaborar habría sido más fácil para ella, al menos psicológicamente. Encontrar una barrera, tener que vencer un impedimento, le habría facilitado las cosas. De ese modo, se parapetaría de argumentos que frenaran la empatía que le suscitaba el padre del chico. Pero ni siquiera fue necesario sacar a colación la autorización judicial que le permitía llevarse el equipo informático de Adrián y husmear en los trasteros.

—Le aseguro que obraremos con la mayor discreción y les molestaremos lo mínimo posible. Me preocuparé personalmente de que así sea.

Tras concertar la cita, la inspectora remató la escueta conversación con un «Cuídese» a modo de despedida. Una palabra que le sonó discordante en cuanto finalizó la llamada. Se quedó pensando en ello con el terminal pegado a la oreja. «Cuídese». Era como decir «Lo siento» o «Le acompaño en el sentimiento». Fórmulas prefabricadas usadas para salir del paso cuando ocurre la mayor de las desgracias. A ese «Cuídese» le siguió una oleada de vergüenza subiéndole por las mejillas. Decirle eso resultaba de lo más inadecuado, teniendo en cuenta que era ella la que seguía hurgando en la herida. La responsable de impedir a la familia pasar página de la tragedia. Porque continuar con la investigación implicaba mantener vivo el dolor, agravándolo más. Así que ese «Cuídese» le pareció cruel, incluso

despiadado. Como dejar al señor Zhao en un ruedo sin capote a merced de un toro de quinientos kilos. Sin defensa alguna. En la más absoluta soledad.

Mónica Rojo se levantó de la silla y empezó a pasear de un lado a otro del despacho. El cerebro presionaba desde dentro los límites de su cráneo, como si el superávit de actividad provocara su crecimiento, de modo semejante al aumento de masa muscular ocasionada por el ejercicio físico. Una especie de hipertrofia encefálica. Apretaba los párpados con fuerza. Como si de esa forma pudiera impedir el desparrame de los sesos. Tenía la sensación de que de un momento a otro su cabeza fuera a explotar. Habría deseado vaciarla entera. Organizarla como si fuera un armario al que sobraba ropa y, ya ordenada, decidir lo que le convenía usar y lo que había que tirar, porque aquel exceso le impedía encontrar lo realmente necesario.

¿Y si estaba confundiendo conjeturas con evidencias? ¿Habría perdido la objetividad? ¿Estaría dando importancia a indicios que no significaban nada?, porque ¿quién podría estar interesado en eliminar a un chaval de diecisiete años que comenzaba a vivir? No constaba que tuviera enemigos ni razón alguna para que alguien deseara su muerte. Un chico como tantos otros, con una vida ordenada, una familia estructurada y nada turbio a su alrededor. Como apuntaba la jueza Salinas, no existía motivación alguna para el supuesto asesinato. No parecía haber móvil económico ni sexual: las dos razones que, directa o indirectamente, están detrás de todos los crímenes desde que el mundo es mundo. En definitiva, ¿y si el muchacho realmente se suicidó?

Si no hubiera sido por su insistencia, el caso se habría cerrado al día siguiente de encontrar el cadáver. Y es que, analizando los factores uno a uno y en su conjunto, era mucho más probable la tesis del suicidio. Al fin y al cabo, es la primera causa de muerte entre los adolescentes, superando enfermedades y accidentes de tráfico. Adrián Zhao habría pasado a engrosar la estadística sin que a nadie le extrañase lo más mínimo. Y aquí paz y después gloria, como diría su abuela.

Entonces, ¿por qué empeñarse en seguir olisqueando aquí y allá en busca de no se sabe qué? Necesitaba responder a esa pregunta de un modo determinante. Su seguridad se tambaleaba y no seguiría adelante a no ser que estuviera plenamente convencida de que esa decisión era la correcta. Las dudas le duraron muy poco: continuaba escarbando porque, independientemente de los cabos sueltos, no encontraba razón alguna por la que el muchacho deseara quitarse la

vida. Cuando aparece el cuerpo de un suicida basta con olisquear mínimamente en su entorno para que enseguida aflore el germen del que ha crecido su insoportable desdicha. Algo que no había sucedido en el caso de Adrián Zhao. No era un chico solitario, depresivo o desesperanzado, ni era destinatario de rumores o cuchicheos que tanto desestabilizan a las personas que se hallan todavía en proceso de construcción. Al contrario, parecía hallarse plenamente integrado. Tampoco parecía haber tenido un reciente desengaño amoroso. Tanto Bermejo como ella coincidieron, tras visitar por separado el colegio Ágora, en que se trataba de uno de los alumnos más valorados. Un muchacho al que la providencia había dotado con unas cualidades que todos desearían. Un auténtico seductor. Un líder. Alguien con las papeletas adecuadas para triunfar en la vida en todos los aspectos. Su vida estaba muy lejos de ser un infierno, se mirase por donde se mirase. Así que resultaba incongruente la grave decisión que se suponía había tomado. Entonces, si no existía móvil para eliminar a Adrián Zhao de la faz de la Tierra ni motivo para que él quisiera quitarse la vida, ¿qué motivó su muerte? El simple hecho de formular esta pregunta era suficiente para que Mónica Rojo se sintiera obligada a seguir investigando, aunque en ello le fuera su prestigio.

Mordisqueaba la patilla de sus gafas, mientras su mente ordenaba las ideas y situaba cada una de ellas en su respectiva casilla. Estructuró todos los elementos hasta que fue capaz de obtener una conclusión: si nadie tenía razón alguna para desear la desaparición de Adrián Zhao, y nada habría desencadenado su deseo de quitarse de en medio, algo de peso se le estaba escapando. Una chispa tendría que haber actuado como el detonante que había arrasado la vida del muchacho, tanto en el caso de tratarse de una muerte voluntaria como de un crimen. Sin embargo, era probable que jamás llegara a conocer lo que había provocado tal incendio. Especialmente en el segundo de los supuestos. Por mucho que se silenciara en los medios de comunicación y por más que las películas americanas finalizaran con los malos en la cárcel, ella y el resto de sus colegas eran conscientes de que solo se resuelve una pequeña parte de los crímenes cometidos. Por el mundo hay sueltos muchos más homicidas de los que se cree. Personas que siguen con su vida como si tal cosa y se mueren de viejos tranquilamente en la cama sin haber saldado su deuda con la sociedad ni con sus víctimas y, por supuesto, sin remordimientos por ello. A veces, incluso, orgullosos de la superioridad que otorga escaparse de las reglas impunemente. Como quien se escaquea de pagar impuestos y disfruta la suma defraudada gastándosela en un viaje de placer.

Sabía que si no hallaba pruebas concluyentes de una intervención externa, tendría que dar por buena la tesis del suicidio. Y, llegados a este punto, ella saldría mal parada. Pablo Antúnez, su jefe, le recriminaría haber utilizado demasiados recursos para algo innecesario. Perdería su confianza y, a partir de ese momento, sus iniciativas y opiniones tendrían la misma importancia de las de un agente que acabara de incorporarse al grupo. O sea, ninguna. La credibilidad lograda gracias al tino con el que había llevado cada caso hasta ahora, en el cubo de la basura. Porque la cagada de un policía se pagaba caro. Ella lo sabía bien. Había sido testigo de la defenestración de varios de sus compañeros por meteduras de pata mucho menores. Corría el riesgo de convertirse en una vulgar chupatintas cuyo único cometido en la Policía fuera meramente administrativo. Ese podría ser el castigo por haberse pasado de lista. Aunque, si lo pensaba bien, la parte buena si eso sucediera sería que podría vivir mucho más tranquila sin la responsabilidad salpicada de sobresaltos que su cargo implicaba. Pero decididamente se engañaba a sí misma cuando hacía esa reflexión: no estaba preparada ni mental ni emocionalmente para ello, esa era la única realidad. Imposible contemplarse a sí misma con el culo desparramado en una silla durante ocho horas diarias. Forzada a enfrentarse a una realidad que no deseaba encontrar en el espejo.

Por otra parte, y como afirmaba su abuela, por mucho que mareara la perdiz, Adrián Zhao ya no volvería a este mundo. Quizá tendría que haber seguido su recomendación y dejar de revolver Roma con Santiago buscando fantasmas donde, quizá, nunca los hubo. En cualquier caso, ya no había marcha atrás. Puso la maquinaria en funcionamiento, y ahora estaba obligada a desarrollar el proceso al completo. Lo contrario sería asumir sin ambages su error. Reconocer haber actuado de modo precipitado e irresponsable. Era necesario escarbar hasta el fondo, agotar todas las posibilidades. Y cuando llegara a este punto, si, en efecto, veía que se encontraba en un callejón sin salida, entonces desistiría. Solo ese *cul de sac*, como muy gráficamente lo llaman los franceses, la forzaría a darse por vencida. Lo contrario sería muy poco profesional.

La inspectora Mónica Rojo terminaría su cometido. Estaba dispuesta a agotar hasta el último minuto el plazo que el inspector jefe le había concedido. Un tiempo cada vez más exiguo. Tenía que presentar un informe antes del 6 de enero, día de los Reyes Magos, cayera quien cayese, aunque se tratara de su propio despeñamiento. Asumía ese riesgo con valentía porque para ella abdicar no era una opción. Y mucho menos si las dudas la rondaban. Prefería asumir la

posibilidad de pudrirse en un despacho, cosa que sucedería de todas formas si no lograba demostrar que se había tratado de un homicidio, a quedarse con la desazón de no haber hecho lo correcto. Exprimiría hasta el último segundo y, después, ya se vería.

Se había convertido en una auténtica mosca cojonera para todos. Por un lado, para sus colegas por traerlos de cabeza a causa de algo que tendría que haberse archivado ya, y por otro, para los familiares del chico por mantener la llaga supurando en lugar de contribuir a curarla o simplemente dejar que cicatrizara. Sin permitirles encontrar la calma que, con seguridad, tanto necesitaban. No obstante, a pesar de conocer la carga que ello conllevaba, y lo que se le podría venir encima, estaba lejos de arrepentirse. Prefería equivocarse por exceso de celo a quedarse con la intriga de lo que podrían significar tantas incongruencias que, sin duda, las había. Sospechaba, además, que el enanito que se le había instalado en el estómago desde que comenzó con el caso la iba a seguir molestando hasta que concluyese la investigación. Así que, para bien o para mal, pesara a quien pesase, llevaría las pesquisas hasta sus últimas consecuencias.

De pronto sintió que hacía demasiado calor en el despacho. Tocó el radiador y comprobó que estaba ardiendo. Dejó las gafas sobre la mesa, cogió una chuche de la bolsa y abrió la ventana de par en par. La temperatura del exterior era fría, pero le sentó bien el contraste del aire helado con el cargado ambiente del interior. El sol acababa de hacer acto de presencia asomando tímidamente desde detrás de una nube e iluminaba la estancia. Mónica Rojo se apoyó en el alfeizar de la ventana y dejó vagar la mirada mientras masticaba el dulce. Después aspiró despacio y profundamente para luego exhalar el aire de golpe, como si de esa forma pudiera eliminar de su organismo el desasosiego que tanto la turbaba.

Capítulo 16

Tres semanas antes de la muerte de Adrián

La conversación fue interrumpida por los acordes de xilófono que indicaban la llegada de un mensaje. Sofía Puyol tomó el terminal que había dejado sobre la mesa para quitar el sonido, pero antes de hacerlo volvió a sonar la misma musiquilla. Consideraba una inaceptable falta de profesionalidad permitir interrupciones de ese tipo cuando estaba tratando asuntos de trabajo. Era extremadamente cuidadosa en estas cuestiones, pero problemas de toda índole se estaban acumulando a su alrededor. Le traía de cabeza el ambiente que se respiraba en casa, enturbiado principalmente por las reyertas entre su marido y Adrián. Todo ello la estaba afectando más de lo que debería permitirse y ello ocasionaba errores como el que acababa de suceder. No es que fuera grave, pero sus clientes pagaban una considerable suma de dinero para, entre otras muchas cosas, no tener que aguantar torpezas como aquella. Para colmo, solía reprobar a Enrique o a alguno de los abogados del bufete las interrupciones causadas por alertas, llamadas a deshora y demás distracciones provocadas por la hiperconectividad. Le repateaba lo que consideraba una inaceptable falta de profesionalidad y ahora era ella la causante de lo mismo que criticaba. Un error injustificable. Mucho más delante de un hombre agobiado con su proceso de divorcio.

—Disculpe, señor Arteaga —dijo, al tiempo que accionaba la tecla lateral del terminal para dejarlo en silencio y evitar más despistes. Apenas miró la pantalla mientras lo hacía, pues no tenía tiempo ni ganas de comprobar a quién se le había ocurrido molestarla en un momento tan inoportuno. Sin embargo, lo que vio fue lo suficientemente impactante como para que se le reflejase involuntariamente en el rostro.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Arteaga.

Sofía, consciente de su incapacidad para disimular la sorpresa que aquellos dos *whatsapps* seguidos le habían producido, forzó una sonrisa procurando aligerar el trago, e hizo un esfuerzo por concentrarse en el tema que estaban tratando.

—Sí, perfectamente. Siento la interrupción —dijo, mientras guardaba el teléfono dentro de su cartera y la cerraba para, de esa forma, evitar la tentación de leer al completo el inquietante mensaje. Una vez desaparecido de su vista el causante de la turbación, reanudó su discurso procurando transmitir a su cliente una tranquilidad que en absoluto sentía—. Verá, tal y como está el panorama podemos contar con argumentos de peso para frenar las demandas de su esposa, a todas luces excesivas. No obstante, déjeme un par de días para planificar con mi equipo la estrategia a seguir. La tengo bastante clara, pero me gustaría estructurar detalladamente todos los pasos con el fin de que no queden cabos sueltos. De ese modo podremos reaccionar ante cualquier maniobra de la otra parte sin temor a que nos pille con el pie cambiado.

Rafael Arteaga afirmaba con la cabeza confiando en una pronta y no excesivamente gravosa solución al serio y desagradable conflicto al que tenía que enfrentarse. Tras aclarar un par de dudas expuestas por el hombre, la abogada se levantó de la silla con la mano extendida a fin de terminar la reunión. Arteaga se la estrechó vigorosamente y salió del despacho con paso firme y con la sensación de dejar el asunto en una profesional que defendería sus intereses adecuadamente.

Ya sola, se apresuró a abrir el portafolios y volvió a centrar su mirada en la pantalla del terminal. Esperaba que la mente le hubiera jugado una mala pasada haciéndole creer algo diferente a lo percibido. No sería la primera vez que respondía un mensaje y, tras leerlo de nuevo, darse cuenta de que lo que su cerebro había procesado distaba de lo que en realidad decía el texto y, en consecuencia, verse obligada a llamar al remitente para aclarar el malentendido. Así que albergaba la esperanza de algo semejante, ya que aquello era tan descabellado que, probablemente, se tratara de un error de percepción. Desafortunadamente, corroboró los peores augurios al leer con atención lo que allí se exponía.

Antes de atreverse a visionar el archivo que acompañaba al mensaje, respiró hondo y cerró los ojos durante un instante con el fin de armarse de valor, en un vano intento de recuperar el sosiego perdido. Como cuando era niña y pensaba que rehuir la mirada de lo que no le gustaba actuaría a modo de polvos mágicos, obrando el milagro de la desaparición de lo repudiado.

No hubo suerte: unos minutos después, comenzó la pesadilla que la iba a acompañar durante demasiado tiempo.

Capítulo 17

Miércoles, 30 de noviembre

Daniel Romero, letrado de la Administración de Justicia, secretario judicial en lenguaje profano, ejercía de testigo en el registro, tal y como era preceptivo. Discretamente, se limitaba a presenciar desde un rincón las acciones llevadas a cabo en el hogar de los Zhao. Mónica Rojo insistió en ejecutar la inspección con tacto, como prometió a Yamato, y eso no era compatible con entrar en tropel policías uniformados en casa de la familia como elefantes en una cacharrería. Así que la comitiva se redujo al máximo. Al fin y al cabo, se trataba de requisar para su análisis el equipo informático del chico, e intentar averiguar a qué daba acceso la pequeña llave que llevaba en el bolsillo del pantalón, no efectuar un registro completo del domicilio. Además, al no requerir la presencia de más policías, Antúnez no le echaría en cara emplear más recursos de los necesarios.

Yamato fue descolgando los llaveros y se los iba entregando a Bermejo, que los analizaba con atención. Por su parte, Mónica observaba a Romero, a quien también le había llamado la atención lo feo que resultaban los artilugios de los que colgaban las llaves de los inmuebles gestionados por los Zhao. En un momento dado dirigió una mirada hacia Mónica, quien levantó las cejas a modo de cómplice respuesta.

Bermejo guiñaba los ojos, en un intento de focalizar mejor, y miraba alternativamente cada una de las llaves confiando en encontrar la original de la que supuestamente el muchacho habría hecho la copia. Yamato Zhao le mostró una de las sillas que formaban parte del mobiliario de la habitación y lo invitó a sentarse. El agente tomó las llaves que aparentemente podían coincidir y las extendió con parsimonia sobre la superficie de la mesa. Mónica y el señor Zhao, de pie, observaban el procedimiento atentamente mientras Daniel Romero paseaba por la estancia. Bermejo iba contrastando una a una las muescas de los diferentes paletones con las partes dentadas de la misteriosa llave. Situaba esta sobre cada una de ellas con la esperanza de encontrar su gemela. Tras un minucioso proceso de comparación,

se dio por vencido.

—No concuerda ninguna —aseguró.

—¿Hay algún armario de la casa que tenga cerradura? —preguntó Mónica.

—Ninguno, pueden comprobarlo si lo desea.

Zhao acompañó al grupo formado por el secretario judicial y los dos policías a recorrer las diferentes estancias para constatar lo solicitado. Dejaron para el final el cuarto de su hijo. A pesar de haber transcurrido varios días desde la primera vez que Mónica Rojo acudió a la vivienda, la habitación de Adrián permanecía exactamente igual. Las zapatillas de deporte en la misma posición, la sudadera sobre la silla… Aquella estancia seguía siendo el templo al que nadie osaba entrar desde la muerte de su ocupante. Y ahora se disponían a mancillarlo. Al menos, esa era la sensación que Mónica sintió cuando Bermejo, Romero y ella entraron en aquel mausoleo. Yamato se limitó a señalarles la entrada y, tras pedir permiso, optó por evitar traspasar el umbral, como si no quisiera asistir a la profanación. No lo comentaron entre ellos, pero ambos policías agradecieron que el padre de Adrián no estuviera presente en el registro. Si ya era engorrosa la situación, la presencia del hombre habría resultado especialmente incómoda.

La inspectora prefirió que fuera su compañero quien inspeccionara el dormitorio. Ella permaneció durante todo el tiempo con las manos introducidas en los bolsillos del pantalón supervisando el proceso junto al secretario judicial. Ya era suficiente que Bermejo sobase todo aquello. Evitar toquetear los objetos, de alguna forma, contribuía a respetar la memoria del muchacho.

El agente abrió las bolsas preparadas al efecto y comenzó a introducir lo que consideraba de interés para su examen: ordenador, impresora, algunas hojas Din A4 que estaban en la bandeja, videoconsola, cámara de vídeo, y un cable adaptador OTG. Según iba seleccionando los enseres, Mónica asentía sin pronunciar palabra. Bermejo, también en silencio, accionaba cuidadosamente. Romero simplemente seguía con la mirada las manipulaciones que efectuaba el agente. Todos parecían haberse contagiado de aquel ambiente monacal. Cuando Bermejo se disponía a requisar una caja de tarjetas de memoria, Mónica lo detuvo.

—Ábrela, por favor.

Se trataba de un estuche habilitado para doce tarjetas SD. La caja se abría como un libro.

—Faltan dos —se percató.

Bermejo sacó de una de las bolsas la cámara de vídeo que previamente había guardado junto al resto de las pertenencias de Adrián, y la chequeó.

—Esta debe de ser una —constató, al comprobar la tarjeta insertada.

Pulsó el botón de *play*. Era una grabación doméstica en la que Diego Pizarro y otros compañeros de Adrián escenificaban un guion dramatizado que parecía ser una comedia. El agente fue acelerando las imágenes hasta el final sin, aparentemente, encontrar nada relevante.

—Ya analizaremos todo con detenimiento después —sugirió la inspectora, para acabar cuanto antes.

Bermejo extrajo la tarjeta de memoria, abrió el estuche que las almacenaba y la colocó en uno de los compartimentos vacíos. En efecto, era idéntica al resto.

Fueron especialmente cuidadosos en dejar la estancia ordenada, procurando que apenas se notara que habían estado husmeando. Solo los huecos de los aparatos confiscados revelaban la intervención de la Policía. Mónica pidió en voz baja a su compañero que se dirigiera con las bolsas al vestíbulo mientras ella concluía los últimos detalles con Yamato. Al mismo tiempo, Daniel Romero levantaba acta del registro.

—Le agradecemos mucho su colaboración. Créame que no le hubiéramos molestado si no lo considerásemos necesario —se disculpó Mónica.

Él correspondió con una sonrisa resignada. Acompañó a los tres funcionarios hasta la puerta y esperó a que se metieran en el ascensor para volver a encerrarse en su casa.

Bajaron apiñados. A pesar de que tanto Mónica como Romero eran delgados, la corpulencia de Bermejo y las voluminosas bolsas forzaban a que el secretario y la inspectora se mantuvieran pegados a una de las paredes del elevador sin apenas espacio para moverse. Ya en el vestíbulo, ella salió en primer lugar con el fin de sujetar la puerta, seguida de Romero, quien ayudó a Bermejo a sacar con cuidado los aparatos requisados. Raudo, el conserje abandonó su garita y se apresuró a prestarles asistencia.

—¡Muy amable! —agradeció ella con una sonrisa.

—Si no me necesitáis para nada más, me voy ya al juzgado —se despidió el secretario.

—Saluda a doña Nora de mi parte, por favor, Daniel.

—Lo haré ahora, en cuanto la vea —dijo el funcionario con gesto amable, antes de abandonar el edificio.

Mientras el conserje despejaba la zona de paso de las bolsas, Bermejo se aproximó al oído de Mónica.

—«Doña Nora», mira que eres pelota —le dijo en voz baja.

—¡Quita, quita!, a la jueza Salinas es mejor tenerla de buenas. Romero y ella, además de formar parte del mismo juzgado, son como uña y mugre, como diría mi abuela. ¿Sabes que ella fue a la boda de Romero con su novio? No sé si fue la madrina incluso…

—Ni idea —dijo Bermejo, resbalándole el cotilleo.

Antes de que el conserje volviera a su garita, Mónica lo detuvo.

—¿Tendría un momento para hablar con nosotros? Mi nombre es Mónica Rojo, y soy inspectora de Policía, y él es el agente Eugenio Bermejo.

Aunque Mónica se esforzó para presentarse con aplomo y seguridad, incluso agravando en lo posible el tono de su voz, el portero, escéptico, miró a los dos policías de arriba abajo. Rojo, habituada a la poca apariencia de maderos que ambos ofrecían, le enseñó la placa acreditativa. Aun así, el hombre continuaba mostrándose receloso.

—Ustedes dirán —dijo, al fin, entre intrigado y suspicaz.

—Verá, nos estamos ocupando de un suceso relacionado con un vecino de esta finca: Adrián Zhao, fallecido recientemente.

—Una desgracia muy grande —comentó él, cariacontecido.

Un hombre impecablemente vestido y equipado con un grueso maletín accedió desde la calle y se dispuso a tomar el ascensor que los agentes acababan de dejar libre. El sujeto, que a Mónica le pareció que tenía aspecto de notario, se los quedó mirando. En casos como este agradecía ir vestida de paisano: si Bermejo y ella ya llamaban la atención por la incongruente pareja que formaban, el cante que darían si además llevaran uniforme les impediría obrar con la discreción necesaria en este tipo de situaciones.

—¿Podríamos ir a un lugar más privado? —preguntó Mónica, en voz baja, al empleado de la finca.

—A mi garita, pero es un poco pequeña para los tres… —dijo, reparando en la voluminosa figura de Bermejo.

Rojo echó un vistazo al minúsculo cuarto situado a la derecha de la planta y luego a su compañero. Bastó un pequeño gesto para que el agente se percatase de que era mejor que la esperase con las bolsas en el interior del coche. Había prometido a Yamato Zhao tratar el asunto con tacto y no consideraba conveniente llamar la atención de los vecinos convirtiendo aquel cuchitril acristalado en el camarote de los hermanos Marx.

Se trataba de un chiscón alargado. El hombre apartó la única silla hacia uno de los extremos para despejar el espacio e indicó a Mónica que pasase. Después cerró la puerta y esperó, atento, las preguntas.

—Perdone, ¿cuál es su nombre?

—Dimas Robledo Yllescas, para servirle —se presentó, ya más confiado.

—Dígame, Dimas, ¿cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Uffff, casi veinte años ya, ¡cómo pasa el tiempo!

—Entonces conocería usted a Adrián Zhao desde siempre.

—¡Y tanto! Cuando yo me incorporé, ellos ya vivían aquí. Bueno, don Yamato y la señora Cecilia, que en paz descanse. El chico nació más tarde. ¡Pobre mujer!, el maldito cáncer se la llevó poco después de parir *al* Adrián, ¡con lo joven que era! —resignado, negaba con la cabeza lo ya irremediable—, ¡qué pena!, siempre se la veía de tan buen humor… Tenía buenas palabras para todo el mundo. Era una mujer generosa, una gran señora, esa es la verdad. Cuando murió, se la echó mucho de menos en esta comunidad. ¡Y no digamos en su casa! Don Yamato tuvo que criar al niño solo. Recuerdo cómo lo llevaba de la manita cuando era un renacuajo —dijo, marcando la estatura con la mano—. ¡Quién se habría imaginado entonces que iba a ocurrir esta tragedia, lo que es la vida!

—¿Dice que lo crio solo? ¿No contaba con ayuda externa?

—Bueno, sí. Valentina, además de las tareas domésticas, se ocupaba de la criatura cuando don Yamato trabajaba. Lo llevaba al colegio, lo recogía, le daba la cena… Incluso cuando el padre marchaba de viaje ella se ocupaba del niño también por las noches llevándolo a su casa. Lo ponía a dormir en una litera compartiendo habitación con sus hijos pequeños.

—¿Cuánto tiempo lleva Valentina trabajando en casa de los Zhao?

—Desde que yo recuerdo. Una buena mujer, pero se hará usted cargo de que nadie puede sustituir a una madre.

—¿Diría que a Adrián le afectó mucho haberse quedado huérfano?

—Pues yo creo que no, porque era muy chico cuando la señora Cecilia murió, pero ¡vaya usted a saber, visto lo visto!

—¿Recuerda cuándo se incorporó Sofía a la familia?

—Cuando se casó con don Yamato, hará como año o año y medio más o menos.

—¿Adrián se llevaba bien con su padre y con ella?

—Aparentemente sí…

A Mónica Rojo le pareció percibir una cierta intencionalidad en la frase.

—¿Aparentemente?

—No sé si debería contarle esto, pero como usted es policía creo que debo hacerlo. —Su tono y la inclinación de su torso hacia delante indicaban que estaba deseando soltarlo—. Últimamente, los señores de Vázquez, el matrimonio vecino de planta, se me quejaron de los ruidos que escuchaban en la casa. Y eso que en este edificio los pisos son muy buenos. Grandes y con paredes gruesas y bien aisladas.

—¿Qué tipo de ruidos?

—Las broncas que montaban. Parece ser que discutían mucho. En varias ocasiones oyeron golpes. Y más de una vez vieron cómo el chico se marchaba del piso muy enfadado después de la trifulca —comentó, bajando el tono y remarcando las palabras, en un intento de aderezarlas de misterio.

Rojo se imaginó a los señores de Vázquez curioseando con ansia a través de la mirilla. «Seguro que son muy finos, pero tan cotillas como los de mi barrio», pensó.

—¿Sabe si se encuentran ahora en su domicilio?

—Creo que no, porque han salido esta mañana. Como están jubilados les gusta pasar el tiempo yendo a mirar escaparates o cosas por el estilo. Suelen darse un buen paseo después de desayunar, compran pan y se pasan las horas muertas sentados en un banco dando de comer a las palomas en el parque del Oeste. Aunque caigan chuzos de punta, ellos se abrigan bien y se van a tomar el aire. —Echó un vistazo al reloj de pared instalado en la garita—. Igual han vuelto ya porque les gusta almorzar pronto. Pueden haber subido mientras yo estaba en los trasteros con el técnico de la caldera. Lo mismo están arriba. Salimos de dudas en un momento.

A Dimas se lo veía emocionado en su nueva faceta de asistente a detective. Ya plenamente colaborativo, descolgó el telefonillo que comunicaba con las viviendas e intentó contactar con el piso.

—No lo cogen.

—Ya… ¿No tendrá usted el móvil del señor o de la señora de Vázquez? —Dimas torció el gesto—. Como comprenderá los puedo conseguir con un par de gestiones, pero si me facilitase el de alguno de los dos me haría un favor porque ganaría tiempo. Yo se lo agradecería… —El hombre se quedó en silencio unos instantes considerando la conveniencia de acceder o no a la demanda de la inspectora—. Nadie sabría que ha sido usted quien me los ha proporcionado, le doy mi palabra —dijo, en el mismo tono confidencial que había empleado Dimas.

La promesa de Mónica aderezada con su cara de niña buena

ablandó la voluntad de Dimas. Los veinte euros que le depositó en la palma de la mano, seguramente también. Él guardó en un bolsillo de la chaqueta el billete, con el desparpajo de quien está acostumbrado a recibir propinas. Del cajón del escritorio que amueblaba la garita extrajo un pequeño directorio telefónico, una libreta costrosa y un bolígrafo de propaganda. Buscó el número en cuestión y lo anotó en una de las hojas del pequeño bloc. Arrancó la página y la dobló en dos. Antes de entregársela a la inspectora se cercioró de que nadie los miraba.

Capítulo 18

Cuatro meses antes de la muerte de Adrián

El camarero del Kamasutra se recreaba en sus dotes de maestro coctelero imitando a Tom Cruise en la película *Cocktail*. Preparaba un sencillo combinado, pero por la forma de hacerlo no parecía estar atendiendo a un cliente, sino concursando en un programa de televisión. Lanzaba los cubitos de hielo hacia arriba con el fin de «encestarlos» en la copa para después hacer que la botella de ron diera varias vueltas en el aire, escanciar la dosis correspondiente en el vaso y, al tiempo, verter en el mismo el contenido de la botella de Coca-Cola. La pericia que mostraba denotaba horas de práctica y proporcionaba un divertido espectáculo. Sin embargo, el hombre que le había pedido la copa estaba más pendiente de coquetear con la explosiva mujer que lo acompañaba que de la peculiar puesta en escena.

Únicamente Adrián Zhao, desde el otro lado de la barra, miraba extasiado cómo los brazos tatuados del esmerado artista hacían que pareciera sencilla la complicada tarea que ejecutaba con las botellas. Estaba tan pendiente de la exhibición que durante unos instantes olvidó el motivo de haber acudido a aquel lugar. Cuando vio que el profesional ponía el broche final a su obra introduciendo con mimo una pajita de plástico en el vaso, solicitó su atención.

—¿Conoces a Charlie? —preguntó, proyectando la voz con el fin de sobreponerse al ruido que inundaba el local. El sonido de la música y el barullo de gente impidieron que el camarero se diera por aludido. Adrián volvió a requerir su atención, esta vez con el inconfundible gesto de agitar el brazo. Por fin, logró que el empleado se percatase de su presencia a pesar de los elevados decibelios. No obstante, este le indicó mediante una señal que tendría que esperar a que finalizase el cometido que tenía pendiente. El muchacho siguió con la misma atención que antes la elaboración de un vodka con naranja para la llamativa acompañante del cliente anterior y la de un extraño cóctel que había encargado un tipo al que se le veía ya bastante achispado.

Mientras el cualificado camarero concluía la preparación de las

bebidas, Adrián hizo una panorámica visual por la sala, pero no detectó a la persona que lo había citado en tan peculiar establecimiento. Se preguntaba si sería fiel a la idea que se había hecho. Al fin y al cabo, su única referencia era una fotografía, y estas suelen ser engañosas, la inmensa mayoría de las veces favoreciendo al modelo original.

Se mordisqueaba con ansia la uña del dedo pulgar, lo que indicaba que comenzaba a ponerse nervioso. Eran casi las ocho y veinte. Más de un cuarto de hora de retraso. Tal vez el encuentro no llegara a producirse: en las aplicaciones de contactos, la gente puede arrepentirse a última hora y dar plantón sin el más mínimo remordimiento y sin siquiera tomarse la molestia de justificarse o de pedir disculpas. Como quien va a una tienda de ropa y solicita la asistencia del dependiente con el fin de que le muestre diversas prendas con el correspondiente asesoramiento para, al final, no comprarse ninguna de ellas. Al vendedor probablemente le resulta incómodo, pero en absoluto le sorprende porque es algo que forma parte de su cometido. En ambos casos se trata de algo que se asume con resignación. Al fin y al cabo, todas las partes suscriben tácitamente las condiciones de un contrato condicionado por la oferta y la demanda. La práctica incesante de comparar y elegir. Cuando alguien se mete en una *app* de ese tipo lo hace para escoger entre un amplio abanico de posibilidades, exactamente igual que si se trata de decantarse por un objeto. Una transacción al más puro estilo comercial, aunque a nadie se le ocurra verlo de semejante manera.

—¡Dime! —El camarero, por fin, se dirigió al rincón en el que se había situado Adrián.

—¿Eres Jonás? —Tras comprobar que era la persona que buscaba, continuó—. Estoy buscando a Charlie. Me ha dicho que te pregunte por él.

—No lo he visto. Viene los findes, pero entre semana no acostumbra a pasarse por el bar.

—Pero si hemos quedado a las ocho… —comentó con un asomo de decepción en los ojos.

Jonás echó un vistazo a su *smartwatch*, constatando que ya había pasado la hora de la cita.

—Pues no habrá llegado todavía. Puntual, puntual, no es, precisamente… Suele pasarse por la barra para beber algo y charlar un rato. Mira por la sala. Igual se ha entretenido cancaneando por allí. ¿Qué te pongo? —preguntó, mientras pasaba un trapo por la zona de la barra en la que se encontraba Adrián.

—Un doble de cerveza, por favor.

El camarero cogió una copa del espacio destinado a ellas y se dispuso a servir lo demandado, pero al accionar el grifo se percató de que el contenido del barril se había agotado.

—¿Te hace un tercio?

—Me gusta más la birra de barril.

El joven coctelero se abstuvo de intentar convencerlo de lo contrario ya que sabía que los tercios nunca estaban lo suficientemente fríos.

—Igual prefieres otra cosa… —sugirió, mostrando con la mano la diversidad de bebidas expuestas en las diferentes estanterías.

—Solo bebo cerveza, tío.

Jonás no pudo evitar que de su boca saliera un resoplido de hartazgo. Así como le encantaba preparar cócteles, cuanto más sofisticados mejor, odiaba el engorroso proceso de reponer el barril de cerveza, conectarlo al grifo, eliminar el exceso de espuma y el resto del tratamiento que todo ello requería.

Tardó un buen rato en finalizar la tarea y servir lo solicitado. Mientras tanto, Adrián, apoyado de espaldas en la barra, oteaba el panorama intentando, sin éxito, localizar a Charlie. La llamada de atención de Jonás pidiéndole el importe de la cerveza que le acababa de servir lo sacó de su concentración. Pagó y dio un buen sorbo a la bebida. Disfrutó de la sensación de ese primer trago deslizándose por su garganta. Se limpió la boca con el dorso de la mano y, llevándose la copa consigo, abandonó la zona de la barra para mezclarse con la gente.

Le sorprendió gratamente la atmósfera del Kamasutra. Era la primera vez que entraba allí, aunque había pasado por delante en numerosas ocasiones, ya que estaba en la zona de bares a la que solía ir con sus colegas. Le agradó que Charlie le sugiriera aquel lugar para concertar el encuentro. De esa forma, todo sería nuevo. Se trataría de una doble sorpresa, y a Adrián le encantaba cualquier cosa que sonara a novedad.

El Kamasutra era un local diferente a los que solía frecuentar con sus amigos. Con un ambiente muy distinto, tanto de música como de público. La gran mayoría de los clientes le sobrepasaban en edad y vestían con un estilo más formal. Ello en absoluto le desagradaba, al contrario, le resultaba sugestivo. El sitio le pareció de lo más interesante gracias a cierta dosis de misterio que se intuía nada más traspasar la entrada. Aunque, posiblemente, esa prometedora atmósfera fuera más fruto de su fantasía que de la estricta realidad.

Observaba a su alrededor, aunque sería más exacto decir que diseccionaba lo que veía. Se preguntaba si aquellas personas estarían allí por el mismo motivo que le había llevado a él o por razones distintas. Prefirió pensar que la mayoría habrían ido simplemente a tomar una copa. Algunos clientes bailaban con sus consumiciones siguiendo el ritmo de la música. Una parte de ellos danzaban solos, recreándose en su particular ceremonia, abandonados a la cadencia del sonido. Otros, sin embargo, se movían insinuantes con la atención puesta en sus parejas. Los que permanecían sentados charlaban animadamente entre ellos con la relajación que el tiempo libre proporciona. Se veía claramente que era un día laborable, ya que algunos llevaban una vestimenta más seria de la que suele ser la habitual en lugares de asueto. Bastaba un golpe de vista para deducir que eran grupos de compañeros de trabajo relajándose tras culminar la jornada. El típico *afterwork* que retrasa la hora de llegar a casa. Un sector de la clientela seguía los avatares de Laurel y Hardy en la antiquísima película que se estaba proyectando en la pantalla. La música de Lady Gaga, a modo de discordante banda sonora, ilustraba las ingenuas aventuras de la singular pareja de cómicos.

Adrián empezó a enfadarse tras comprobar que en el local no había ni rastro de Charlie. Se sentó en una de las hamacas situadas en lo que antaño fue el patio de butacas del teatro. La que escogió le permitía tener acceso visual tanto a la zona de la entrada como al resto del espacio.

Los minutos transcurrían con lentitud exasperante. Había dado ya un buen repaso a todas las uñas de la mano izquierda y se disponía a comenzar con las de la derecha. Llegó un momento en que estaba tan nervioso que empezó a desear que el encuentro no se produjera. Estaba allí para vivir algo que muchas veces imaginó pero que nunca había probado. Se trataba de su primera experiencia y, por mucha información que hubiera recabado navegando en la red y mediante otros cauces, ignoraba cómo reaccionaría cuando llegara la hora de la verdad, y eso lo alteraba más de lo que hubiera deseado. Pasaba el tiempo y, aunque ya había oteado varias veces el local, no divisaba al tipo que esperaba.

Abandonó la hamaca y volvió a darse una vuelta por las diferentes zonas. Aunque había bastante gente para resultar lo suficientemente animado, el Kamasutra distaba mucho de estar abarrotado, por tanto, podía tener la seguridad de que el tal Charlie no se había presentado. Le quedaban apenas un par de sorbos de cerveza. Cuando terminara la consumición se marcharía. Ese era el plazo que había decidido

concederse.

Tras apurar el último trago, fue hacia la barra con la intención de dejar la copa. Cuando estaba llegando a los dominios de Jonás, vio que este señalaba hacia la puerta sugiriendo a Adrián que mirara en esa dirección. El muchacho giró la cabeza y divisó al fondo de la sala un tipo vestido con colores vivos. Fue fácil reconocerlo, ya que ofrecía un aspecto muy semejante al de la fotografía, con la raya en medio e igual de repeinado. Tal vez algo más delgado de lo que había imaginado y pálido como un trozo de porcelana. Que correspondiera a la idea que se había formado de él le gustó. El corazón, que ya había ido recobrando poco a poco su ritmo normal, empezó a palpitarle de nuevo a gran velocidad, tanto que el sonido de los latidos robó protagonismo al de la música.

Después de dudar unos instantes, alzó la mano para captar la atención del hombre. Este se percató y dijo algo a su acompañante, que miró hacia Adrián y mostró un gesto de complacencia nada disimulado. Se trataba de una mujer mayor que ambos. A Adrián no le sorprendió, ya que era el plan acordado: «Te traeré a alguien que te va a gustar, ya verás. Toda una señora». La pareja fue hacia la zona en la que se encontraba el muchacho.

—¡Hola! —saludó el pelirrojo con una sonrisa que dejó al descubierto una hilera de dientes bastante imperfecta, aunque sin resultar desagradable. Era la primera vez que se veían en persona, pero por la forma de expresarse y su lenguaje corporal cualquiera habría pensado que él y Adrián eran viejos amigos. Sin disculparse por el retraso, presentó a su acompañante—: Ella es… Ada. —Aderezó la pronunciación del nombre con cierto boato, ralentizando las sílabas mientras ejecutaba un ademán que casi parecía una reverencia.

La mujer no dijo nada, se limitó a acariciar delicadamente la mejilla de Adrián con la seguridad de quien es consciente de su atractivo. Este percibió un delicado perfume. Sutil y agradable. Era muy morena. Si no fuera por sus rasgos inconfundiblemente mediterráneos, habría parecido africana. Vestía un elegante vestido azul cielo que resaltaba el tono de su piel. Sus ojos, intensamente negros, resaltados por tupidas y largas pestañas, y enmarcados con ojeras que los hacían aún más profundos, se clavaban en los de Adrián. La sensación habría sido insoportable si la potente mirada no la hubiera aligerado con una sonrisa. Adrián, extasiado, repetía mentalmente su nombre: «Ada», como si esas tres letras albergaran miles de significados. Un nombre mágico, perteneciente a una hechicera que durante unas horas hubiera abandonado su universo

para mezclarse entre los mortales.

—Hermoso unicornio —comentó ella sin quitar la vista del muchacho, observándolo como a un animal exótico. La cadencia aterciopelada con la que pronunció la frase llevó a Adrián a preguntarse si sería italiana. Primero un rubor que le fue imposible evitar y después una ola de excitación le recorrió de pies a cabeza. La cara le ardía y se le erizó el vello de todo el cuerpo. Su mente se puso de inmediato en funcionamiento generando imágenes lo bastante poderosas para estimular la totalidad de su ser. Era capaz de sentir cada centímetro de su piel poniéndolo en estado de agitada espera. Se preguntaba si esos flashes que se sucedían uno tras otro en su creativa imaginación con la contradictoria mezcla del deseo y del miedo a partes iguales se harían realidad en un rato o si, por el contrario, se quedarían en simples expectativas. La falta de referencias vitales hacía que se encontrara perdido, aunque se resistiera a reconocerlo. Desarmado frente a dos seres experimentados. Mucho más vulnerable de lo que creía, pero, a la vez, con la fuerza del ansia arrasadora que la juventud incipiente proporciona, dejando atrás la incómoda adolescencia. Entrando en esa etapa en la que el valor y la ignorancia se convierten en aguerridos compañeros, animándolo a participar en cualquier aventura, por muy arriesgada que objetivamente resulte. Porque «objetividad» era una palabra que no figuraba en su diccionario, y ello hacía que sus decisiones estuvieran determinadas por el aderezo de la inmediatez, la sensualidad o el capricho.

El dominio que Charlie y Ada irradiaban le provocaba una mezcla de sensaciones encontradas. Por un lado, le hacía plenamente consciente de su vulnerabilidad, pero, por otro, de su propio poder. El poder que le proporcionaba su supuesta inocencia. Un candor que, por otra parte, era más que relativo. Y eso lo sabían Charlie y Ada, aunque se comportaban como si lo ignoraran. Como cuando se va a seleccionar a un actor para interpretar un personaje cuya intervención en la película se limita a un par de frases y lo que se valora es, únicamente, su aspecto físico. No se dice a los participantes en el casting que su talento es lo que menos importa, aunque, por supuesto, los que se someten a la prueba lo saben. Del mismo modo, Adrián, Charlie y Ada habían decidido ser los integrantes de un juego con unas reglas conocidas por los tres, pero lo divertido era aparentar que no existían esas normas. Un simple acuerdo tácito en el que todo está sobrentendido.

Adrián se encontraba inmerso en la duda. Mientras que su cuerpo tenía claro lo que deseaba, una mezcla de vergüenza y miedo frenaba

su ímpetu. Su cabeza le ordenaba salir corriendo de allí, pero sus sentidos lo fijaban al suelo.

Apenas intercambiaron unas cuantas frases. Eran innecesarias. Las miradas y el lenguaje no verbal sustituían con ventaja a las palabras. Charlie instó a romper el hielo pidiendo unas copas. Se dirigieron a la barra. La mirada y la media sonrisa de Jonás sugerían una complicidad que indicaba conocer lo que allí se cocía.

—¿Un Manhattan, Ada? —preguntó Charlie a su acompañante. Esta asintió—. Tres Manhattan, Jonás —solicitó sin permitir a Adrián elegir su bebida.

El camarero preparó los cócteles. El primero se lo ofreció al muchacho.

—Cuando pruebes esto lo vas a preferir a la cerveza, estoy seguro —le dijo Jonás con un guiño en el que podía intuirse que hablaba de algo más que de la bebida.

El trío, con las consumiciones en la mano, se dirigió hacia la escalera que conducía a la zona reservada al personal, situada detrás de la pantalla. El cartel de «Privado» no les arredró. Charlie los condujo hacia el viejo camerino que formaba parte de las tripas del teatro. Franquearon la entrada y se encerraron allí.

Permanecieron a oscuras durante unos segundos que a Adrián se le hicieron eternos. Finalmente, el pelirrojo pulsó el interruptor de la luz para, a continuación, dirigirse hacia la mesa en la que se apoyaba un espejo rodeado de bombillas y conectar también esa fuente de iluminación. Sacó un clínex del bolsillo de su pantalón y lo pasó por la superficie del tablero. Una vez limpio, apoyó la copa encima de la inscripción que en su día un tal Richy y una tal Marcia tallaron sobre la mesa. Luego sacó del bolsillo trasero del pantalón una papela y un elegante canutillo de metal tallado. Guiñó un ojo en ademán de complicidad hacia el muchacho y preparó tres rayas de cocaína. Fue el propio Charlie quien, ejerciendo de anfitrión, inició la ceremonia. Una vez terminó de esnifar una de las generosas líneas del preciado polvo blanco, invitó a consumir a sus huéspedes, no sin antes alabar la calidad de la mercancía. Ada continuó el rito metiéndose la dosis que le correspondía. Adrián miraba absorto cómo lo hacía, percibiendo cómo su corazón se desbocaba.

Nunca se había drogado. Se iba a iniciar también en eso. Aunque había especulado sobre las diferentes maneras con las que podría romperse el hielo en la situación en la que ahora se veía inmerso, no se le había ocurrido que aquello iba a empezar con una raya de coca a modo de aperitivo de lo que fuera a suceder. Barajó declinar la

invitación, pero no quería quedar como un tolili que todavía no había terminado de salir del cascarón, así que dio un generoso trago a su Manhattan y lo dejó al lado de las copas de sus compañeros. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el cóctel se le había subido a la cabeza más de lo debido. No es que lo hubiera consumido entero, ya que quedaba más de la mitad de licor en la copa, pero la cerveza que se había pimplado mientras esperaba a su cita y, especialmente, la mezcla del bourbon y el Martini rojo del Manhattan alteraba su organismo, nada habituado, por otra parte, a que alcohol de alta graduación pululara a través de su torrente sanguíneo.

Tomó el pequeño tubo que Ada le ofrecía. Tras degustar por primera vez un Manhattan, iba a experimentar la segunda de las sensaciones de aquella tarde. Una tarde que, independientemente del rumbo que fuera a tomar, ya sabía que sería inolvidable. Sucediera lo que sucediese, cada segundo estaba grabándose a fuego en su memoria. De modo indeleble. Aspiró con fuerza a través del cilindro. Tan solo tuvieron que transcurrir unos segundos para que una ola de euforia se sobrepusiera a sus aprensiones.

De repente se sintió el dueño del mundo, al menos del universo compuesto por ellos tres. Aunque no tuviera ni idea de quiénes eran esas dos personas que acababa de conocer, le parecía que fueran ya viejos amigos. Sin embargo, podría tratarse de una pareja de asesinos en serie o de unos delincuentes peligrosos que lo iban a meter en el mayor lío de su vida. Daba igual. La potente mezcla del alcohol y la cocaína hizo que se sintiera indestructible. Ya nada le daba miedo, nada podría con él. Bastó un instante para que la percepción de sí mismo se modificase, sintiéndose más alto, mucho más fuerte y, sobre todo, más maduro. Capaz de abordar cualquier aventura que se le propusiera porque, no le cabía duda, todas serían especiales.

La imagen que le devolvía el espejo del viejo camerino era tan sorprendente que casi no se reconocía. Sus ojos rasgados se habían vuelto más redondos, o tal vez eran las pupilas las que se habían dilatado. La risa le asaltó. Primero sutilmente, para después convertirse en una carcajada desbocada. Una carcajada que sonaba más infantil de lo que hubiera deseado. Tan expansiva como el fuego en un secarral. Charlie también explotó. Tras unos instantes, comenzaron a resbalarle las lágrimas por las mejillas. Si no fuera por los característicos relinchos que la risa provoca, habría parecido que una gran desgracia le acabara de ocurrir. Se secó los ojos con la palma de la mano cuando la intensidad de la carcajada disminuyó. Ada también reía, pero de forma menos estentórea que sus compañeros.

De improviso, el silencio hizo acto de presencia. Charlie miró alternativamente a Adrián y a Ada. Abrazó a ambos convirtiéndose en el maestro de ceremonias, en el gurú que dirigiría el ritual. Los tres formaron una especie de corro que se movía lentamente. La música sonaba a lo lejos. Un ritmo cañero que resultaba incoherente con los sensuales movimientos del trío. En cualquier caso, ninguno de ellos prestaba atención a lo que ocurría fuera de aquel desvencijado camerino. En realidad, ni siquiera oían la música. La respiración de cada uno de ellos era la banda sonora que los acompañaba.

La mujer empezó a besar con suavidad la lampiña mejilla de Adrián al tiempo que pasaba la mano por el rojizo cabello de Charlie. Este mordisqueaba el cuello del muchacho pegándose a su cuerpo primero con delicadeza, para, poco a poco, ir transformando el suave tanteo en agresiva sexualidad. La barba de tres días de Charlie arañaba la cara de Adrián produciéndole una rara sensación. Era una mezcla de cosquillas y de ardor que nunca había experimentado. Como el aliento de ambos rozando sus orejas. El olor a coco de Charlie se mezclaba con el sofisticado perfume de Ada. La blanca piel del pelirrojo se enrojecía por el roce, lo que provocaba en Adrián un mórbido placer al contemplarlo. Tanto como los gemidos de Ada en forma de susurros.

Los nervios del principio habían cedido la plaza a los sentidos. Un latigazo de excitación sacudió el cuerpo del adolescente. Las manos de la singular pareja de desconocidos se enredaban, primero en su torso, para después ir bajando lentamente hacia la zona de su pubis. Él cerraba los ojos y se dejaba hacer, abandonándose a ese carrusel de sensaciones. La euforia que le proporcionaba la cocaína se mezclaba con la excitación generada por el roce.

Ada se desabrochó varios botones del vestido, tomó la mano del chico y la condujo a uno de sus pechos, dirigiéndolo para que la introdujera debajo del sujetador. Sus tetas eran grandes y turgentes. Muy distintas a las de Claudia, pequeñas y con el pezón encogido. Los cuerpos, medio desnudos, se mezclaban convirtiéndose en un amasijo de piel, pelo, olores… Gemidos y frases ininteligibles se esparcían entre las paredes del pequeño cuarto. Tan absortos estaban disfrutando de la intensidad de todo aquello que ninguno parecía ser consciente de lo que podría suceder si alguien entrara de repente en el cuarto: droga y sexo con un menor implicado. O tal vez sí. Al fin y al cabo, el riesgo es capaz de acrecentar el placer llevándolo al límite.

Adrián abría los ojos de vez en cuando, recreándose en las figuras de Ada y Charlie y en sus rostros, alterados por el deseo. Las sombras

que se proyectaban en el suelo formaban figuras inconexas. Se topaba con la boca entreabierta del pelirrojo y la desvaída mirada de la mujer, o con la nariz del primero aspirando su cuello y el bello rostro de Ada, que se mordisqueaba el labio inferior, elevando la temperatura del ambiente.

Adrián únicamente era piel y fluidos. Era su materia lo que abarcaba la totalidad de su ser, como si su mente se hubiera esfumado, eliminada por la potencia de lo que allí sucedía. Ya solo era capaz de percibir su sexo, como si fuera lo único que existiera en el mundo. El protagonista absoluto de ese momento. El que regía sus acciones. Su dueño. Y él, Adrián Zhao, un esclavo sin capacidad alguna para tomar las riendas de lo que allí se estaba produciendo. Aquello, para el muchacho, era lo más parecido a un sueño húmedo fronterizo con la vigilia. Ese momento de perfecta impunidad en que se da rienda suelta al disfrute sin condicionante alguno.

Estaba tan excitado que hubiera sido imposible detener el desenlace. Aunque se hubiera hundido el mundo en aquel momento, aunque seguir implicase entrar en un terreno pantanoso e impredecible. Aunque aquello significara iniciar un camino que, en ese momento, era incapaz de imaginar hacia dónde lo conduciría. Aunque hubiera sido la última experiencia de su vida… Todo lo que estaba ocurriendo esa tarde le daba acceso a un universo muy alejado del suyo. Un universo que ya no querría abandonar. A la vez, una sucesión de compartimentos se abría en su interior. Habitaciones que habían permanecido cerradas pero que, de repente, se abrían de par en par para dejar al descubierto otro Adrián que hasta ahora no había sido más que una intuición, un alter ego misterioso. Y ahora estaba conociendo a ese gemelo, muy distinto al primigenio, pero ya convertido en imprescindible.

El parpadeo de una de las bombillas del espejo acunaba intermitentemente los movimientos de los cuerpos entrelazados. La explosión resultó inevitable. De fondo, coincidiendo con los estertores del orgasmo, sonaba «The Edge of Glory» a modo de acompañamiento inconexo.

No volvió a ver a Ada a pesar de que aquel día salió del Kamasutra montado encima de una nube. «Chaval, las reglas son las reglas», le dijo Charlie cuando Adrián le sugirió a través de la aplicación de contactos repetir el encuentro. Lo cierto es que ni le extrañó ni le importó demasiado la negativa. Todo había resultado lo suficientemente fuera de lo común como para asumirlo como

excepcional. Una delicatessen que se toma muy de vez en cuando. Como el caviar o el champán. Aunque nunca hubiera probado ni lo uno ni lo otro, asumía que se trataba de exclusivas delicias que colmaban los sentidos: caras y sofisticadas. Bocado y trago que requieren saborearlos despacio, incluso rodearlos de ceremonia para disfrutarlos como se merecían. Nada que ver con la dieta diaria, que se come mientras se navega por internet o se ve la televisión sin apenas reparar en si se trata de un guiso de carne o de una sopa de verduras, porque te es indiferente. Sin embargo, a pesar de lo extraordinario de la experiencia, a Adrián le sorprendió la naturalidad con la que discurrió. En ningún momento percibió miedo, culpa, vergüenza o remordimiento por lo realizado. Lo atesoraría en un lugar especial de su memoria y se conformaría con rescatar aquellas sensaciones.

Tal y como le dijo Charlie, las reglas son las reglas, y la clave era asumir el juego siendo consciente de la naturaleza efímera y transitoria de lo que ocurriese en el tablero. Ni era posible establecer lazo alguno ni pedir responsabilidades si la cosa no marchaba tal y como se esperaba. La regla principal se basaba en no involucrarse porque, así como la sentimentalidad estaba prohibida, el hedonismo lo regía todo.

Durante aquella tarde memorable no hubo intercambios de números de teléfono ni solicitud de contacto a través de redes sociales ni despedidas al uso. No hubo conversación alguna ni antes ni después de aquel erótico encuentro. Ni siquiera Adrián pudo comprobar si Ada era italiana, tal y como le pareció cuando esta lo tildó de «hermoso unicornio», o si sencillamente fue una mera conjetura suya. Ignoraba si se llamaría Ada realmente, aunque por el misterio que la rodeaba probablemente se trataría de un nombre falso con el que resguardara su verdadera identidad. Como la curiosidad le espoleaba, preguntó a Charlie por ese detalle, pero solo obtuvo el silencio como respuesta.

Nada de lo sucedido en el Kamasutra fue normal. Esa palabra que Adrián odiaba tanto era el reverso de la moneda de lo que había vivido en el antiguo teatro remodelado. A pesar de llevar menos de dos décadas en el mundo, él ya sabía que la vida está llena de tiempos muertos, al contrario que las películas o las novelas, donde la elipsis es una parte fundamental del hilo narrativo. Sin embargo, durante aquel rato que apenas duró unos minutos, nada trivial sucedió. Es más, desde que llegó al Kamasutra todo estuvo repleto de contenido, desde la exhibición que proporcionaba Jonás con sus malabarismos cocteleros hasta que salió del local. Incluso los interminables minutos de espera hasta que llegaron Charlie y Ada estuvieron rebosantes de

viva incertidumbre. Nada le resultó indiferente durante el tiempo que permaneció allí. Lo aburrido, lo rutinario, lo banal, estuvo tan lejos de lo que ocurrió que el recuerdo de ese lapso de tiempo se posicionó en la frontera de lo ficticio. Tanto que, según pasaban los días, la percepción de que esas intensas sensaciones las había experimentado mientras soñaba se iba acrecentando. Los rostros de los personajes implicados se difuminaban y se envolvía todo lo acaecido en una especie de bruma. Solo momentos concretos adquirían la nitidez suficientemente llena de detalles como para tomar conciencia de que él, su piel, músculos y el resto de su ser estuvieron inequívocamente presentes aquel día en el destartalado camerino donde el mundo se volvió del revés. Destellos aderezados de tenue luz intermitente que daba a lo vivido un matiz irreal.

Tenía la certeza de que lo que ocurrió en el Kamasutra no lo había vivido nadie perteneciente a su círculo y eso le proporcionó una pátina de excepcionalidad que ninguno de sus compañeros poseía. Al menos, así se percibía a sí mismo: una rara avis que echaba un pulso al destino para poder vivir más intensamente que el resto. Tal vez por ello terminó idealizando lo ocurrido. Si las nuevas experiencias por las que iba pasando le hacían descubrir facetas de su personalidad que desconocía, esta en concreto le hizo sentir como un ser privilegiado. Porque esa tarde, al contrario que el resto de tardes de su vida hasta ese instante, los tiempos muertos no existieron. No obstante, lo vivido en aquel particular lugar le produjo una extraña mezcla de sentimientos encontrados.

Días después, cuando rememoraba lo sucedido, a veces se sentía orgulloso de haber osado llevar a cabo semejante aventura y se recreaba en las sensaciones, pero otras, la vergüenza lo turbaba, forzándolo a pensar en otra cosa porque las imágenes que se iban sucediendo en su mente eran demasiado inquietantes como para regocijarse en ellas. Una montaña rusa que le aceleraba el corazón y le apabullaba en exceso. Como si la experiencia vivida desbordara su sensibilidad de adolescente. Entonces, la cotidianeidad le servía de bálsamo reparador situándolo en el día a día. Compartiendo con Claudia, Diego, Irene y el resto de sus amigos las risas habituales, disfrutando del confort que la costumbre le deparaba.

Así como Ada se convirtió en una especie de fantasma que se iba esfumando según pasaba el tiempo, el contacto con Charlie pasó a ser esporádico, pero lo bastante frecuente como para formar parte del paisaje de su vida. Aunque bien es cierto que en un plano muy distinto al del resto de la gente que le rodeaba. El exótico pelirrojo estaba en

un nivel que rozaba lo onírico, tal era la particular comunicación que se establecía entre ellos dos. Los mensajes que se intercambiaban parecían tener doble sentido, lo que les daba un barniz de clandestinidad que rozaba lo prohibido.

Siempre que Charlie lo contactaba a través de la aplicación, Adrián sabía que algo especial iba a suceder. Algo lo suficientemente rodeado de intriga como para que no pudiera resistirse a la tentación de acudir a su llamada. Porque, al contrario de lo que ocurría en el colegio, donde todo lo que pasaba no le causaba ni frío ni calor, las proposiciones de su nuevo amigo siempre lo llevaban a descubrir algo nuevo, lo bastante chocante y al límite como para salirse del orden establecido. Daba igual si aquel encuentro en el Kamasutra había dejado el listón lo bastante alto como para que fuera casi imposible que lo igualara nada de lo que viniera después, pero los planes que le proponía su reciente colega le parecían tan diferentes a lo que estaba acostumbrado que le resultaba imposible resistirse.

Si la seducción consiste en modificar la conducta de la persona en la que se ha puesto el punto de mira, Adrián había sido seducido por Charlie a todos los efectos. Por eso, cuando la *app* le notificaba su deseo de contacto apareciendo su nombre en la pantalla del terminal, una deliciosa euforia le invadía, olvidándose de lo que quiera que hiciese en aquel momento. Sin importar la trascendencia de la tarea que estuviera realizando, buscaba cualquier pretexto para abandonarla y cruzar la frontera a esa otra realidad. Salía a la calle si la situación lo permitía o se encerraba en el baño o en su cuarto para poder así disfrutar, a solas, del entusiasmo que le ofrecía la nueva dimensión que tanto le interesaba.

Capítulo 19

Lunes, 5 de diciembre

En principio, debería haber sido Mónica Rojo quien se desplazara a la sede de la Policía Científica para recoger los resultados de las pesquisas sobre el equipo informático de Adrián, pero, intuyendo que sería imposible escaquearse por segunda vez del tour ilustrativo que tanta ilusión le hacía a Salva Fanjul, había delegado en Eugenio Bermejo. Este llevaba ya un buen rato escuchando cómo el policía desgranaba las curiosidades de la campana de cianocrilato empleada para realizar el análisis forense de los vehículos de motor. Subrayaba las peculiaridades del artilugio haciendo hincapié en cómo la tecnología de última generación ponía trabas a los malos para salirse con la suya o, al menos, para impedir que quedaran impunes. Su forma de recrearse en los detalles y la pasión que derrochaba en las explicaciones conducía a pensar que le seguía fascinando su profesión tanto como el primer día, y eso que llevaba más de quince años en el Cuerpo.

Bermejo seguía con atención las curiosidades que iba desgranando el jefe de Inspecciones Oculares de la Policía Científica, pero al ver que se dilataba más de lo previsto comenzó a ponerse nervioso.

—Vamos a bajar ahora a la planta baja y te muestro las primeras máquinas de identificación antropométricas, entre ellas la Berti…

—Gracias, Salva, pero hay reunión en el colegio de mis hijos esta tarde y voy un poco justo —le cortó, al tiempo que miraba, visiblemente apurado, su reloj de pulsera—. Como cada vez empiezan antes, los actos navideños nos traen de cabeza entre unas cosas y otras.

—¿Qué me vas a contar? Mi mujer y yo ensayamos todos los días con la niña el espectáculo que están preparando. Ya nos lo sabemos de memoria de tanto pasarlo con ella. Van a representar «Cuento de Navidad», de Dickens. Muy bueno, por cierto.

—Además, antes tengo que pasar por comisaría con los resultados —volvió a justificarse Bermejo.

Fanjul hizo un gesto de conformidad y ambos se dirigieron hacia el

despacho de Ingeniería e Informática Forense. Allí le presentó a Ignacio Miguélez, el agente encargado de realizar las pruebas pertinentes.

—Pues no hay *match* ni de coña —dijo, echándose relajadamente hacia atrás en su butaca.

A Bermejo la frase le sonó a aplicación de contactos. Su expresión debió de ser lo suficientemente elocuente como para que el especialista tuviera que aclarar que no se refería a que el bueno de Eugenio le había causado rechazo, sino a algo bien distinto.

—Quiero decir que ni la carta del chico fue escrita en ese ordenador ni se utilizó esa impresora. Ni siquiera la hoja de papel corresponde al tipo ni a la marca de las que había en el domicilio. A ver, ¿qué más…, qué más?… —Miguélez cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, con el fin de refrescar la memoria—. ¡Ah, sí!, la impresora que se utilizó tiene bastantes añitos, tal vez una HP Deskjet F2420, u otra de la gama.

—¿Profesional?

—De uso doméstico. Así como resulta imposible determinar al cien por cien marca y modelo concreto, pongo la mano en el fuego de que se trata de una máquina de ese tipo.

—¿Sin ninguna duda?

—Con los equipos de que disponemos el grado de seguridad es muy elevado. No como en las antiguallas que le encantan a este, que si aciertan es de chiripa —bromeó, refiriéndose a Fanjul. El aludido, haciendo gala de buen humor, dio una masculina palmada en el hombro de su colega y soltó una carcajada. Se notaba la complicidad que había entre ambos.

—¡Que me parezca interesante que antaño se solucionaran crímenes con máquinas primitivas no significa que sea un rancio, hombre! —dijo con una grandilocuencia fingida.

Bermejo rio la broma, más para quedar bien que porque en realidad le hiciera gracia.

—Y… ¿respecto a lo almacenado en el ordenador? —preguntó, reconduciendo la conversación.

—Varias carpetas correspondientes a asignaturas del colegio: Historia, Biología, Lengua, etcétera, cada una de ellas con diferentes archivos de Word, PowerPoint, y PDF. Fotos personales y familiares, y poco más.

—¿Habéis investigado a fondo el historial de navegación?

—Sí, claro, todo.

—¿Y? —preguntó, interesado, Bermejo.

—Además de la información que entiendo necesitaba por motivos escolares, búsquedas variadas en Wikipedia, en diarios deportivos… ¡Ah!, y también era aficionado al LOL.

—A eso juega también mi hijo mayor. ¡El dichoso League of Legends! —apuntó Bermejo con fastidio—. Se pasa las horas muertas con eso, está enviciado. Mi mujer le ha prohibido jugar más de una hora al día, pero sospechamos que en cuanto nos descuidamos se mete. Más de una bronca hemos tenido por el tiempo que pierde en estas tonterías. En fin… —suspiró resignado, antes de volver a interesarse por el resultado de la investigación—. ¿Algo más?

—Pues, una cosa que tu hijo seguramente también hace: ver porno. Para esto se conectaba en modo incógnito, supongo que con el fin de que sus padres no le pillaran, como hará con toda probabilidad tu chaval.

Bermejo abrió mucho los ojos, como si fuera la primera vez que se le hubiera pasado por la cabeza semejante cosa. Sin hacer comentario alguno al respecto, continuó interesándose por el tema que lo había llevado al Departamento de Ingeniería e Informática Forense.

—En el historial de navegación, ¿aparecía alguna búsqueda de temas relacionados con suicidio? Ya sabes, medicamentos, formas de morir indoloras…

—No. Pero eso no indica nada. Ten en cuenta que el instrumento que utilizan los chavales para casi todo es el teléfono. De ahí es donde de verdad se saca información jugosa. El ordenador, como ves, lo dedican más a temas escolares y a ver porno, porque mola más la pantalla grande para eso y, sobre todo, te deja las manos libres —dijo, ejecutando un inconfundible ademán masturbatorio.

Bermejo no pudo evitar imaginarse a su hijo en esos menesteres, cosa que le provocó un repelús que le fue imposible disimular. Aun así, forzó una media sonrisa antes de continuar con las preguntas.

—¿Y la última vez que conectó el ordenador?

—Ahí me has pillado. Espera. —Miguélez buscó en el dosier la información que Bermejo le pedía—. El 4 de noviembre a las 18:17, y lo apagó a las 20:09, unas dos horas más tarde.

—¡Dos días antes de su muerte! —comentó Bermejo, sorprendido.

—No te extrañes. De hecho, hemos detectado que no se conectaba todos los días.

—¿Y respecto a lo almacenado en las tarjetas de memoria?

—Algunas estaban sin estrenar. En el resto lo único que he visto han sido jueguecitos de adolescentes pijos. Nada ilegal ni extraño —dijo, encogiéndose de hombros sin darle más importancia—. Tenéis

todo detallado aquí —dijo, señalando el grueso documento—, pero si quieres lo repasamos punto a punto, por si necesitas preguntarme algo. Hoy tenemos un día tranquilito, al menos hasta ahora, así que a tu disposición.

Al no haber fisuras en la conclusión, Bermejo prefirió no dilatarse más tiempo en indagar otros detalles que, por otra parte, quedaban recogidos en el informe. Recogió el USB que almacenaba el resultado de la investigación y el dosier en papel protocolariamente firmado. Guardó ambas cosas en la cartera y dio las gracias al especialista informático. Salió de las dependencias acompañado de Fanjul.

—Dile a Mónica que tenemos pendiente unas cañas. La llamaré después de las fiestas. Vienes con ella y os muestro la Bertillona.

—¡Hecho!

Bermejo le dedicó un apresurado gesto de despedida y fue con paso raudo hacia el coche. Eran más de las cinco de la tarde y todavía tenía que pasar por el despacho. Confiaba en poder estar a la hora prevista en el colegio de sus hijos. No obstante, telefoneó a su mujer para decirle que podría retrasarse.

Aunque el tráfico en Madrid era intenso, como era habitual en el mes de diciembre, llegó al despacho antes de lo que pensaba.

—¡Mira que qeee meeee meee lo imaginaba! —exclamó Mónica al escuchar el resumen del análisis—. ¿Dónde coño se escribiría la dichosa nota, entonces?

—Desde luego, lo normal sería que lo hubiera hecho en su ordenador e impreso con su propio equipo. Todo estaba en su habitación, por tanto, tenía la suficiente privacidad para hacerlo sin que nadie le molestara…, ¿qué mejor lugar para hacerlo que en su propio cuarto?

—Eso sería lo lógico si fue él quien la escribió, cosa de la que cada vez dudo más.

Bermejo asintió. Según se iba avanzando en la investigación su escepticismo se iba aminorando. Y, aunque no lo expresaba abiertamente, estaba cada vez más de acuerdo con Mónica en la probabilidad de que alguien ajeno hubiera provocado la muerte de Adrián Zhao. El hecho añadido de que en el papel en el que supuestamente Adrián escribió sus últimas palabras antes de quitarse la vida no encontraran ni una sola huella dactilar, apoyaba la tesis de que la autoría de la carta podría ser de otra persona. Alguien cuyo objetivo sería el de enmascarar el crimen haciéndolo pasar por un suicidio. Considerando esa hipótesis, quien quiera que fuese, habría sido lo suficientemente escrupuloso como para evitar dejar rastro

alguno, especialmente haciendo desaparecer el terminal telefónico del muchacho, donde, con toda probabilidad, habría información jugosa, tal y como apuntaba Miguélez.

Desde el principio habían contemplado todo tipo de escenarios, pero la sucesión de pruebas o, más exactamente, la chocante ausencia de las mismas y la presencia de elementos discordantes los iba conduciendo a un lugar impredecible. Escarpado y misterioso. Un lugar en el que, si la suerte les favoreciese, hallarían lo necesario para resolver el enigma que rodeaba el caso. Pero una densa niebla enturbiaba el camino para llegar a él. Una penumbra que oscurecía el horizonte y dificultaba enormemente despejar el panorama.

—Faltaba una —aseguró Mónica, enfrascada en la lectura del documento.

—¿Qué? —preguntó Bermejo sin saber a qué se estaba refiriendo.

—Que la caja era de doce tarjetas de memoria. Comprobaste que la que estaba inserta en la cámara era de ese estuche, ¿verdad?

—Sí, del mismo tipo, marca y modelo.

—Pues con esa hacen once. ¿Y la otra?

Bermejo se rascó la barbilla.

—Igual se la dio a algún amigo para grabar esas chorradas que hacían —especuló, quitando importancia.

—Podría ser… —dijo ella sin convencimiento.

A Mónica Rojo el enanito le arañaba el estómago. Cada vez faltaban más piezas para completar el puzle, y ese hueco en la caja de tarjetas se sumaba a la colección. Lo cierto es que no sabía hacia donde tirar. Dirigirse por la senda equivocada podría hacerla emprender un viaje en círculo. Absurdo, cansino y decepcionante. Un viaje que únicamente la llevaría a perder el tiempo. No podía permitírselo. Faltaba apenas un mes para que terminara el plazo que Antúnez les había concedido. Y si no encontraban el hilo del que tirar, tendrían que cerrar el caso con la desacreditación que ello supondría. Mónica movía la cabeza de un lado a otro con una mezcla de resignación y de impotencia.

—Esto cada vez huele peor —concluyó.

—¿Qué hay de los Vázquez? —preguntó Bermejo, tras mostrarse de acuerdo con su colega.

—Vienen mañana. Estuve barajando visitarlos en su casa, pero no quería toparme con el padre del chico o con Sofía saliendo o entrando al edificio.

—Habría sido una situación violenta, sí.

—A ver qué me cuenta la pareja de fisgones.

—Si no me necesitas para nada más, salgo pitando, que como llegue tarde al colegio Elisa me mata.

Mónica se quedó releyendo el informe y Bermejo se encaminó, decidido, hacia la salida. De improviso, se paró en seco, como si hubiera tropezado con algo invisible que interrumpiera la inercia de la marcha. Giró el cuerpo hacia la inspectora con cara de querer recordar algo. Ella levantó la vista.

—¿Qué?

—Dice Fanjul que nos llamará después del follón navideño para tomar unas cervezas. Y que nos quiere enseñar la… la… —Rebuscaba la palabra, pero no terminaba de encontrarla.

—¿La Bertillona? —preguntó la inspectora con aprensión.

—¡Eso!

Mónica Rojo no hizo comentario alguno, pero mentalmente comenzó a barajar excusas con el fin de librarse del compromiso que tan poco le apetecía.

Capítulo 20

Siete días antes de la muerte de Adrián

Yamato Zhao observaba desconcertado sus dedos manchados de sangre tras llevarse instintivamente la mano derecha a la frente.

Le costaba procesar que quien acabara de agredirlo fuera su propio hijo. En silencio, miraba alternativamente a su vástago y la sustancia roja que emanaba ligeramente de la herida sin dar crédito a lo que acababa de ocurrir. La estupefacción de lo inaudito. Esas facciones, tan parecidas a las de Cecilia, ahora le resultaban incongruentes. Necesitaba justificar esa acción inesperada, de otro modo se volvería loco. Era preciso eximir a Adrián de la responsabilidad de esa inexplicable furia repentina. Justificar ese arrebato. Lo contrario implicaba verse abocado a modificar radicalmente su relación con él. Pasar de considerarlo su vástago a encuadrarlo en el compartimento, en el mejor de los casos, de los extraños, y en el peor, en el de los enemigos. Si todo se hubiera limitado a esa mirada de animadversión, incluso a ese odio incipiente que llevaba ya tiempo detectando, podría haberlo soportado. A veces existen sentimientos que uno no atreve a confesarse y permanecen latentes en un estrato que jamás sale a la luz. Mientras exista un muro de contención es posible tolerarlo por muy evidente que resulte. Al fin y al cabo, siempre queda la esperanza de que sea una percepción subjetiva o, al menos, la posibilidad de convencerse de ello. Sin embargo, le resultaba imposible asimilar tanto la agresión como la frase que la acompañó un segundo después de cometerla. «Te odio como nunca he odiado a nadie». Esas ocho palabras resonaban en el interior de la cabeza de Yamato Zhao una y otra vez. El rechazo incontenible que Adrián evidenció hacia su persona carecía de la más mínima ambigüedad. No había disimulo ni arrepentimiento. Si el mensaje emitido no hubiera sido así de contundente, el padre habría efectuado un brusco retroceso mental para encontrar algún otro significado, pero la actitud de Adrián hacia él fue tan clara que resultaba imposible alejarse de la indeseable realidad.

«Te odio como nunca he odiado a nadie». Jamás imaginó que una

simple frase pudiera hacer tanto daño. Salida de la boca de su hijo, provocó el mismo efecto que si sobre su cuerpo hubiera vaciado el cargador completo de una ametralladora. Así pueden ser las palabras: tan hirientes como un arma, igual de desgarradoras.

Yamato se preguntaba cuál habría sido el detonante que había llevado a Adrián a tal límite, ¿él mismo?, es decir, ¿su propio padre? No, jamás le había puesto la mano encima ni había cometido acción alguna que le hiciera merecedor de semejante inquina. Desde que Adrián se quedó huérfano de madre fue escrupuloso en proporcionarle cariño y atención suficientes para minimizar en lo posible la ausencia de su progenitora. En infundirle el respeto como herramienta fundamental para desenvolverse en la vida. Su objetivo era edificar unos pilares sensatos en los que basar su educación y un ambiente propicio para favorecer la felicidad de su único hijo. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza trazarle un camino, ya que estaba convencido de que cada persona tiene el derecho y el deber de construir su propia senda, porque esa vereda es una responsabilidad estrictamente personal y, para bien o para mal, ha de ser decisión propia.

Allí estaban, frente a frente como dos púgiles en el rin. El padre deseando encontrar arrepentimiento en los ojos del hijo, aunque lo único que pudo detectar fue una mirada cargada de feos sentimientos. Una mirada insoportablemente adulta. Como si le echara la culpa de la ausencia de su madre, como si no la hubiera protegido lo suficiente, o no hubiera hecho lo necesario para curarle la enfermedad que acabó con ella, y ahora tuviera que pagar en consecuencia. Eso es lo que a Yamato le pareció entender del aire retador con el que el hijo clavaba sus ojos en los suyos. El mundo se detuvo unos segundos. Adrián quebró el silencio abandonando la estancia abruptamente para salir de la casa dando un portazo.

De pronto, Yamato Zhao tuvo la sospecha de que tal vez su vástago se había forzado a crecer prematuramente para sobrevivir en un mundo irremediablemente maleado. Una ola de impotencia le desbordó. Impotencia que enseguida se transformó en una cólera abrupta a la que tenía que dar rienda suelta. Sin controlar la inutilidad de la acción, comenzó a golpear la pared como lo haría un boxeador con su contrincante. Exhausto, se sentó en el suelo y, con las rodillas encogidas, agachó la cabeza haciendo de su cuerpo un ovillo, con el corazón igual de contraído que el resto de su cuerpo. Ni siquiera sentía dolor en los nudillos hinchados. Nadie lo miraba, pero necesitaba esconder las lágrimas. Lágrimas de derrota, opacas y

silenciosas. Su mente se inundó de imágenes que le retrotraían a una época feliz. Una sentimentalidad incongruente le afloró en los labios en forma de amarga sonrisa. Recordaba los tiempos en los que el pequeño Adrián comenzaba a descubrir el mundo a través de los sentidos. Con Cecilia, la madre del chiquillo, como maestra de ceremonias y él, Yamato, riéndose a carcajadas escuchando las ocurrencias del niño. Recordaba cómo Adrián se quedaba extasiado escuchando a su madre tocar con la guitarra «What a Wonderful World». Cecilia y su guitarra. Adrián y su expresión de felicidad al escucharla. Una ola de melancolía le invadió. Ella llevaba años muerta y ese niño había ido desapareciendo sin que él apenas se diera cuenta. Es más, hoy había dejado de existir para siempre, porque el que acababa de irse era un desconocido. Toda aquella época borrada como las imágenes impresas en una cinta de celuloide caducada. El tiempo arrasando sin piedad su propia existencia en una suerte de incendio provocado. Lloraba por el mundo que su primera esposa se llevó consigo y lloraba por él mismo. Por lo que nunca más sería. Lágrimas de despedida a esa criatura que se relajaba en sus brazos con la confianza de que su padre jamás lo dejaría caer. Llanto por lo que ya no volverá a sentir. Aquel mundo maravilloso que describía la canción cantada por Cecilia, esfumado sin remedio. Desaparecido en ese maremágnum de recuerdos que ya ni siquiera parecían reales.

Yamato Zhao era la esencia del patetismo. Daba igual que no tuviera un espejo frente a él para corroborar esa idea. Patético y débil, así se sentía. Y no lo consolaba la ausencia de testigos ante la lamentable imagen que proporcionaba. Le costaba reconocerse y se despreciaba a sí mismo. La humillación desarmaba su dignidad. Humillación por no haber sabido actuar como se suponía tendría que haber hecho un padre. Humillación por no haber respondido a la provocación de su vástago. Pero ¿de qué manera? En ningún caso se hubiera enzarzado a golpes con él. Ojalá alguien lo hubiera enseñado a reaccionar ante lo que acababa de suceder. El desánimo lo colonizó de pies a cabeza. ¿Qué podría hacer? Se trataba de su hijo, tan parecido a él y, al tiempo, tan diferente.

Escuchó el sonido de la llave abriendo la puerta del piso. Levantó la cabeza con la esperanza de que fuera Adrián regresando a casa para pedirle perdón. Cerró los ojos y lo deseó con fuerza, pero la voluntad no tuvo el resultado deseado. Era Sofía, quien volvía de correr con la respiración acelerada. En cuanto la vio, se puso en pie como si lo hubiera empujado un resorte, intentando mostrarse ante su mujer como algo mejor que un despojo humano. Ella, desconcertada y

asustada por la sangre que empapaba el rostro de su marido, fue hacia él y le tomó la cara entre sus manos a fin de comprobar si las heridas eran de gravedad.

Con el móvil pegado al oído y la vista fija en el maltrecho Yamato, Sofía Puyol intentaba sin éxito comunicar con Adrián. Caminaba de un lado a otro de la habitación como una leona enjaulada. Su enojo actuaba de combustible para sus movimientos rápidos y contundentes. Tres llamadas seguidas que la remitieron al buzón de voz. Cada intento de contactar con el hijastro acrecentaba su irritación porque sabía que el chico se negaba a responder. Calibró dejarle un mensaje, pero consideró que sería inútil. Harta y acalorada, se despojó de la sudadera, se sentó junto a Yamato y tiró con desidia el terminal sobre la mesa. Hizo ademán de expresar lo que en ese momento sentía, pero se contuvo.

Miraba a su marido sin terminar de dar crédito a lo que acababa de suceder. Lo consideraba intolerable por más que él hiciera esfuerzos por justificar el comportamiento de su hijo. Ese era el problema, que siempre encontraba razones para disculpar sus acciones. Como si se considerara el causante de sus niñerías irresponsables y tuviera que pagar por ello. Una penitencia que se había autoimpuesto. Una forma de asumir con resignación las consecuencias de la falta de su primera mujer, pero, a la vez, fustigarse por el trauma ocasionado al hijo debido a la ausencia de la figura materna. Muchos viajes de trabajo y un exceso de energía depositada en hacer próspera la empresa familiar estaban teniendo consecuencias indeseables. Y ahora se ponían en evidencia las lagunas existentes.

Sofía Puyol apareció mucho después de aquella etapa marcada por la poderosa presencia de Cecilia. La niñez del muchacho quedaba atrás y Yamato había logrado equilibrar su vida. Podría decirse que su llegada supuso el fin de una era, con lo que ello suponía a todos los efectos. Por un lado, aportando la brisa necesaria para arrastrar los lastres del pasado, pero también obligando a almacenar en un cajón los recuerdos de una época feliz. Porque la llegada de alguien nuevo, alguien que llega sin compartir vivencias anteriores, implica, necesariamente, una dosis de olvido.

La segunda esposa de Yamato se encontró con Adrián en plena adolescencia: la época más conflictiva en la vida de cualquier ser humano. Esa en la que la rebeldía, el enfado, la tristeza, la felicidad, el egocentrismo, la rabia, y la necesidad de sentirse admirado o, lo que es lo mismo, de encontrar su lugar en el mundo, se combinan en un

potente cóctel. La época en la que las hormonas arrasan con todo y se cuestiona la autoridad y las normas sociales. Su falta de experiencia como madre hizo que le resultara especialmente difícil y, por qué no decirlo, singularmente extraño comprender las emociones contradictorias de Adrián y adaptarse a sus cambios de humor repentinos. En consecuencia, conocer a esa nueva persona en la que el chico se estaba transformando se convirtió en todo un reto para Sofía Puyol.

El peso de los años anteriores, en la misma casa en la que se desarrollaron las vivencias familiares, dificultaron el engranaje. Habría sido más sencillo cambiar de ambiente, trasladarse a un nuevo entorno en el que las paredes no estuvieran tan marcadas. De hecho, lo había hablado con Yamato antes de que se casaran, pero él se resistía a mudarse. Era como si aquel entorno lo mantuviera clavado al suelo, sin posibilidad de despegarse para poder emprender un vuelo que Sofía consideraba necesario.

En aquel ambiente era complicado, por no decir imposible, enmendar los errores cometidos por su nuevo cónyuge. Demasiado tarde para compensar lo que Yamato había sido incapaz de ofrecer al muchacho. Por otra parte, Sofía era plenamente consciente de que su presencia en la casa no había contribuido precisamente a mejorar la relación entre el progenitor y su vástago. Se convirtió en un elemento discordante, alguien anacrónico que trastocaba las normas de un universo previamente estructurado. Como llegada de otro planeta en el que el modo de comunicarse poco tenía que ver con ese nuevo mundo que la esperaba.

Ella, por su parte, tampoco llegó indemne a la familia. Un matrimonio anterior repleto de altibajos, que terminó fracasando estrepitosamente tras apenas tres años de convivencia y desasosiegos, le dejó heridas que tardaron en curar. Fue una relación apasionada que tornó enseguida en agobiante, y en la que los celos, los reproches, la falta de confianza y, por último, el desprecio dejaron cicatrices perennes tanto en Armando, su exmarido, como en ella misma. Marcas indelebles que, de alguna manera, hicieron que ninguno de ellos volviera a ser la persona de antes. Cuando Yamato apareció en su vida se sintió atraída por él desde el primer momento. Además de su atractivo personal y su indudable carisma influyó lo diferente que era a Armando en todos los sentidos. En su nueva pareja, Sofía encontró el contrapeso que necesitaba y supuso, a pesar de la mochila que ambos llevaban encima, un soplo de aire fresco en su vida, como salir de una habitación llena de aire viciado para tumbarse sobre el césped de un

extenso prado mirando las estrellas.

Haciendo de tripas corazón y procurando mantener la compostura para no alterar más a su esposo, se levantó y fue a uno de los cuartos de baño en busca del botiquín. No lo encontraba. Maldijo en voz baja. Estaba a punto de llamar a Valentina para que le dijera dónde guardaba las vendas y el alcohol cuando localizó un neceser con la característica cruz roja dibujada en el frontal, al fondo de uno de los compartimentos del armario. Regresó a la sala. Yamato se había puesto de pie y se encontraba frente a la ventana, abstraído en sus pensamientos, y con la mirada perdida en el horizonte. Cuando sintió que Sofía entraba, se volvió hacia ella. Esta le pidió que se sentara y ella hizo lo propio a su lado. Después abrió la cremallera del botiquín y se dispuso a curarle la herida.

—Le vendría bien pasar una temporada fuera de España —dijo, mientras le aplicaba desinfectante en el rasguño. Hablaba despacio, procurando transmitir una paz que no sentía.

—¿Como castigo?

—En absoluto, independientemente de que se lo merezca, porque, desde luego, esto ha traspasado todas las líneas. Me refiero a que podría estudiar el próximo curso en algún colegio de otro país. —Yamato suspiró impotente, como si estuviera desbordado y se viera incapaz de pensar con claridad—. No sería ni el primero ni el último en hacerlo —puntualizó ella, forzándolo a ver la elección como la más conveniente—. Es más, le vendría bien para su formación. Podría ir un año a Irlanda, por ejemplo. Perfeccionaría el inglés. Eso le facilitaría su futuro. Sabes perfectamente que el éxito profesional, sea en la rama que sea, va estrechamente ligado al dominio de idiomas. A la mayoría de estudiantes le encantaría emprender esa aventura, pero pocos tienen el privilegio de poder llevarla a cabo. Debería considerarse afortunado por darle esa oportunidad. Enrique, mi socio, tiene a uno de sus hijos allí y me dice que se ha habituado sin problemas.

—Interrumpiría sus estudios…

—En absoluto —afirmó con seguridad—. El sistema educativo irlandés es muy parecido al español y ni mucho menos le supondría un cambio radical. Además, le convalidarían el curso a la vuelta. Le puedo preguntar a Enrique todos los detalles.

Yamato se tomó unos instantes para valorar la propuesta.

—¿Y si no quiere?

—Tendrá que querer.

—Pero no podemos forzarle…

—¿Cómo que no podemos? ¡Te acaba de agredir, por el amor de

Dios! —Sofía se levantó como si la última frase de Yamato hubiera ejecutado el efecto de un resorte. Elevó la voz más de lo que hubiera deseado, pero enseguida echó el freno a su ira. Volvió a tomar asiento al lado de su marido y suavizó el tono—. Mira, cielo, esto ha sido la guinda del pastel. Tienes que ser más severo estableciendo las reglas. Parece mentira que seas tan estricto con los negocios y tan laxo con tu hijo. Es menor de edad y debe obedecerte, le guste o no. Si ha llegado hasta aquí, ¿a qué se atreverá después?, ¿qué va a ser lo siguiente? —Sofía hizo una pausa, como esperando una respuesta que sabía no iba a producirse—. Cuando se traspasan ciertos límites y no se toman las medidas adecuadas, las cosas pueden adquirir un cariz muy feo. Es absolutamente necesario que decidas al respecto. Y, llegados al punto en el que estamos, es preciso hacer lo que te estoy diciendo, créeme. Para él y para nosotros, pero especialmente para Adri. Si lo piensas detenidamente, verás que es lo más sensato. Un curso en el extranjero le hará madurar y le enriquecerá académica y personalmente. —Miró a los ojos de su esposo esperando su reacción. Percibió que su capacidad de persuasión había tenido el efecto deseado—. Hará lo que tú consideres conveniente. Le parezca bien o no.

Yamato se llevó la mano a la frente y tanteó el apósito con el que su mujer le acababa de tapar el pequeño corte. Una leve mueca de dolor asomó a su rostro.

Capítulo 21

Martes, 6 de diciembre

La cosa empezó mal desde que los Vázquez entraron en el despacho. La cara de asco con la que ambos miraron las amarillentas paredes y el mobiliario medio descuajeringado le resultó a Mónica Rojo de lo más desagradable. Incluso se preguntó si olería mal allí dentro, por el rictus nada disimulado que se dibujaba en la cara de ambos. De reojo, echó un vistazo al ambientador que tenía en una de las estanterías y vio que todavía tenía suficiente líquido para que las varillas difundieran el aroma a jazmín que tanto le gustaba, así que ese no era el problema. Vale que el cuchitril nada tenía que ver con el glamur de las historias de detectives que acostumbrarían a ver por televisión, pero era de mal gusto hacer tan patente sus impresiones. Aunque eso al final resultó ser lo menos grave. Lo peor fue cuando empezaron a pasarle revista. A ella en general, pero especialmente a su vestuario. Desde el cuello de la camisa hasta los zapatos. Lo hicieron sin disimulo alguno, deteniéndose en cada detalle. Los dos a la par. Mónica tenía la impresión de estar desnuda, como si se encontrara dentro de un sueño en el que inopinadamente hubiera llegado de esa manera a comisaría, tal era su sensación de vergüenza.

Después de tomarse todo el tiempo que consideró oportuno en inspeccionar su aspecto, la mujer posó sus ojos sobre la bolsa de chuches que Mónica acostumbraba a tener sobre la mesa, y un gesto de repugnancia volvió a modificar su rictus. La inspectora no pudo evitar ruborizarse. Su cara era un poema: roja como un tomate maduro y sin saber dónde mirar debido a que la presencia de aquella pareja de estirados la estaba afectando mucho más de lo que debería. Si lo que pretendían era hacerla sentir una piltrafa sin fuste, lo habían conseguido. Seguidamente, primero él y luego la esposa, extendieron sus fofas manos a modo de saludo.

—Pepita Manrique de Vázquez —se presentó ella, añadiendo el apellido del marido al suyo propio en un intento de marcar estatus. Ese detalle causó repelús a Mónica. Aunque no más que su voz de pito y la manera que tenía de apretar los labios cada vez que terminaba

una frase, poniendo de relieve la flacidez de sus mejillas. Esos labios tensos, tan característicos de la gente odiadora o intransigente que Mónica sabía reconocer. Por no hablar del diminutivo. Aquel insufrible tono aniñado y el «Pepita» resultaban a todas luces inadecuados en una mujer en la sesentena. A pesar del revestimiento de orgullo, y el empaque de sus aires de grandeza, a Mónica todos esos detalles le resultaron de lo más ordinario, porque no hay nada más vulgar que las formas sin contenido.

Ni Jacobo Vázquez ni su mujer quisieron despojarse de sus abrigos. Alegaron que tenían frío y preferían «de momento» dejárselos puestos, aunque por su expresión cualquiera diría que deseaban evitar el roce de los muebles. Como si la poca calidad de estos les fuera a contaminar. Ella vestía un anacrónico chaquetón con un pretencioso cuello de piel y él un gabán que hacía décadas había pasado de moda. La alopecia del señor Vázquez parecía compensarse por unos pelos blancos que le asomaban por las orejas y otra buena mata que le salía por los orificios de la nariz.

Hacían una pareja algo extraña, seguramente porque ella le sobrepasaba en estatura. Uno de esos matrimonios que, aun haciendo un gran esfuerzo, resultaba difícil imaginárselos teniendo relaciones sexuales. Sin embargo, a Mónica se le pasó esa imagen por la cabeza. Parpadeó deprisa para alejar la amenazante visión de contemplarlos en la cama. Seguía sin tener el estómago preparado para semejantes contingencias.

La inspectora les sugirió por segunda vez que se sentaran en las sillas situadas al otro lado de su mesa. Las miraron con desconfianza como si temieran que fueran a romperse de un momento a otro, pero finalmente accedieron a tomar asiento.

A Rojo le bastó un mínimo tanteo para evidenciar que la familia Zhao y los Vázquez apenas se relacionaban. Pocas veces se dijeron algo más que «buenos días» o «buenas tardes», como comentó Pepita.

—Y el chico, si podía, ni saludaba —alegó Jacobo, escapándosele algunos perdigones de saliva, lo que provocó que Mónica se fijara en las comisuras de sus labios, con res-tos de baba solidificada—. Siempre iba como atontado. Un día, de hecho, se chocó con nosotros mientras miraba el móvil. Estábamos esperando el ascensor y él salía. ¡Estuvo a punto de llevarse por delante a mi mujer! —Más lluvia de saliva provocada por el énfasis de la exclamación—. Yo le afeé su comportamiento. ¿Usted no hubiera hecho lo mismo?

Mónica pensó que ella no se hubiera casado con él ni con su señora, pero obvió la respuesta.

—Ese día no iba con el móvil, Jacobo. Llevaba una cámara de vídeo de esas pequeñitas —le corrigió Pepita—. Una con la que le vi varias veces filmando en la calle.

—¿Grababa algo en especial? —se interesó la inspectora, dispuesta a apuntar en su libreta cualquier dato que le pudiera ser de utilidad.

—Peliculitas —dijo con su voz chirriante, dando al diminutivo un tono despectivo—. Los actores eran niños y niñas de su edad. Él hacía de director y les decía lo que tenían que hacer. Supongo que en lugar de entretenerse con otra cosa hacían eso —comentó con altanería—. Se veía que le gustaba.

—¿Qué saben ustedes de la vida de los Zhao?

—Nada —se apresuró a responder Pepita—. Eran muy discretos, excesivamente discretos… —Subrayó el «excesivamente discretos» de modo que sonara peyorativo. En su gesto, en la entonación de la frase y en el énfasis que puso en las palabras se adivinaba la contrariedad por no tener más datos sobre la vida privada de sus vecinos.

El hombre, con expresión bovina, se mostraba de acuerdo con las opiniones de su esposa, pero justificaba el espíritu reservado de los Zhao amparándose en la «diferencia cultural»; eso lo dijo sin poder disimular un claro ramalazo xenófobo.

—A lo mejor por eso son tan raros —dedujo con arrogancia.

Mónica estuvo a punto de matizar que Yamato era español y llevaba viviendo en el país desde niño, pero se abstuvo de darle una información que con seguridad ya conocían.

—Bueno, ella es tan de aquí como nosotros y es igual de particular. —Pepita dio al «particular» la misma entonación que al «excesivamente discretos» anterior.

En la percepción de Mónica, que los Vázquez calificaran de «raros» o «particulares» a los Zhao era más algo de lo que enorgullecerse que una descalificación, tal y como ellos pretendían. No obstante, la inspectora les pidió que argumentaran por qué les tildaban de esa manera, pero ni uno ni otra pudieron suministrarle información relevante para avanzar en la investigación.

—Me interesaría que me hablasen sobre las discusiones que oyeron ustedes en casa de sus vecinos. Tengo entendido que el volumen de la disputa hizo que llamaran al conserje para quejarse.

Pepita asintió y miró a su marido para que fuera él quien respondiera.

—Sí, fueron varias veces las que la cosa pasó de castaño oscuro. El caso es que fue solo últimamente, poco antes de la muerte del chico. Antes nunca molestaban. Vaya usted a saber lo que se cuece en las

familias. Uno nunca puede imaginarse hasta qué punto…

—¿Cuántas veces? —le cortó Mónica, impidiendo de esa forma que se extendiese en especulaciones.

—No sabría decirle el número exacto. Pero una de ellas fue mo-nu-men-tal —dijo, subrayando cada sílaba de esta última palabra.

—¿Recuerdan cuándo fue la primera bronca?

—Hará un par de meses, ¿verdad, Pepi? —preguntó el hombre, mirando a su mujer y ofreciendo así su perfil a Mónica, que pudo apreciar con detalle los pelos que le salían por la oreja derecha.

—Sí, más o menos.

—Nos incomodó bastante, pero la dejamos pasar.

La inspectora ya había detectado que cada consonante explosiva iba acompañada de una fina llovizna, lo que hacía que se apoyara en el respaldo de su butaca con el fin de alejarse lo máximo posible de Jacobo.

—No queríamos crear una situación violenta —comentó la mujer, a la vez que se atusaba su enlacado entramado capilar, recién edificado en la peluquería—. La verdad es que nos sorprendió mucho que dieran esos gritos. No era propio de gente educada. Y, además, ya le digo que eran muy reservados. Si no hubiera sido porque reconocimos las voces, habríamos pensado que se trataba de otras personas.

—Cuando montaron la trifulca a la que me refería antes, se lo dije a Dimas, el conserje. No es de recibo en una comunidad como la nuestra que se armen esos escándalos. Les debió de comentar algo, porque ya no volvió a pasar —intervino Jacobo.

Mónica recordó entonces las magulladuras que apreció en Yamato cuando estuvo en su casa. Pensó que tal vez aquello estuviera relacionado con los episodios de violencia mencionados por los Vázquez.

—¿Dirían ustedes que se trataba de una situación de maltrato?

—Podría ser, porque algún golpe que otro sí que oímos. Igual se trataba de algo más serio que una discusión verbal, ¡vaya usted a saber! —comentó él.

—¿Quiénes intervenían en la disputa?

—El padre y el hijo seguro. Igual también estaba la mujer, pero los que chillaban eran ellos.

—¿Y alguien ajeno a la familia?

—No nos dio esa impresión, ¿verdad, Pepi?

La mujer mostró estar de acuerdo con su marido.

—¿Pudieron escuchar el motivo de la discusión?

Tanto Pepita como Jacobo se mostraron sorprendidos de que la inspectora les hiciera esa pregunta.

—Lo digo porque cuando se eleva tanto el volumen de voz uno puede llegar a entender por qué se ocasionó el conflicto.

—Pues no. Nosotros no nos metemos en la vida de nadie —puntualizó, muy digno, el hombre.

Mónica se arrepintió de haber citado a los Vázquez. Su declaración no estaba aportando gran cosa a la investigación. Los datos que le iban suministrando ya los conocía por el portero de la finca o por el propio matrimonio Zhao. El poco tiempo del que disponía lo estaba perdiendo con aquella pareja de estirados y eso la estaba poniendo de mal humor. Con su manera de hablar, la censura permanente en sus miradas y sus gestos rebuscados, lo único que conseguían era ponerla cada vez más nerviosa. Su convencimiento de sentirse superiores le repateaba. La forma de fiscalizarla y los prejuicios de los que hacían gala de modo más o menos grosero le causaban un rechazo al que le costaba sobreponerse. No mostraron la más mínima empatía hacia la tragedia por la que estaba pasando la familia. Ni un mínimo comentario que denotara un ápice de compasión por el fallecimiento del muchacho. Solo parecía preocuparles las molestias ocasionadas y la contrariedad por no haberse enterado de lo que se cocía en el piso vecino.

En vista de que no había mucho más donde rascar les agradeció educadamente haber acudido a la comisaría y los despidió. Sin embargo, ellos no se movieron de sus asientos, esperando a que los acompañase. Mónica cogió uno de los documentos que tenía sobre la mesa y empezó a revisarlo con la esperanza de que ese gesto fuera lo bastante contundente para que «se piraran de una puta vez», tal y como estaba deseando, pero no surtió efecto alguno.

—Gracias —volvió a decir, al tiempo que les señalaba la salida con la mano y forzando una sonrisa que no le pudo salir más falsa. A continuación, sacó ostensiblemente una chuche de la bolsa y comenzó a comérsela.

Jacobo y Pepita se levantaron y, altivos, desaparecieron de su vista.

Capítulo 22

Seis días antes de la muerte de Adrián

Las grandes cristaleras del despacho permitían contemplar la sierra de Madrid. Yamato Zhao, sentado en su butacón de diseño, permanecía de espaldas a la puerta, con la vista fija a lo lejos en la nieve que coronaba los picos de las montañas. Le encantaban los pisos altos, por eso los había elegido tanto para vivir como para trabajar. Necesitaba esa amplitud visual, como si la posibilidad de contemplar el horizonte en toda su extensión le permitiera respirar mejor. Como si esa panorámica de cielo y naturaleza que iba más allá de los edificios diera alas a sus pensamientos para que pudieran fluir sin trabas.

Entre las manos sujetaba una pluma Montblanc con la que jugueteaba. Se la había regalado la mujer que le hizo volver a disfrutar de la vida. Con Sofía todo cambió a su alrededor. Se maravillaba, sobre todo en los inicios de la relación, al constatar cómo una realidad repleta de rutinas y costumbres consolidadas podía transformarse completamente por la sola aparición de una persona. Ella insufló de optimismo todos los compartimentos de su vida, desde lo cotidiano hasta lo excepcional. Tenía la capacidad de llenar de color cada cosa que miraba o, mejor, de hacer que él viera con ojos diferentes cuestiones que hasta ese momento habían estado teñidas de un color tan gris como los trajes que solía utilizar en sus reuniones de trabajo.

Todo había ido como la seda desde que la conoció. Aquel desagradable pleito motivado por el impago del alquiler de uno de sus inmuebles fue providencial. Elegir a Vilas Puyol y Asociados para solucionar el entuerto le permitió encontrar a la persona que le haría tomar una perspectiva distinta de lo que a esas alturas de su existencia parecía inamovible. Paradojas de la vida: gracias a un asunto de lo más engorroso conoció a la mujer de la que se enamoró y que colmaría de sentido su vida. La atracción fue mutua y no tardaron en comenzar un romance que culminaría en un segundo matrimonio, tanto para Yamato como para Sofía. Cuando eso sucedió, Adrián ya era un adolescente y no fue fácil incorporar un nuevo miembro a la

familia, por la desestabilización que ello suponía. Sin embargo, Sofía tuvo la paciencia y el tacto suficiente para hacer que, poco a poco, su presencia encajase en la rutina diaria y lograr que lo que en principio pudiera haber resultado traumático se convirtiera en una convivencia confortable. Al menos así fue durante un tiempo. Sin embargo, últimamente Adrián transmitía un resentimiento que a Yamato le hería en lo más profundo de su ser. Y lo que le preocupaba enormemente era no entender qué lo había motivado. Ello había sucedido de pronto, sin razón aparente. No ocurrió nada que fuera el detonante de aquel cambio, al menos nada que Yamato supiera. Lo que estaba claro era que la agresión del día anterior había marcado un antes y un después. Tal vez Sofía tuviera razón y fuera conveniente darle alas y establecer un distanciamiento provisional enviándolo a estudiar a Irlanda. Sin embargo, habría que forzarlo a hacerlo, ya que cuando se lo expusieron por la noche Adrián se negó en redondo. En cualquier caso, el hecho de que siguiera su formación lejos de la familia, ¿borraría la agresión?, ¿se difuminaría lo que la provocó? Más bien sospechaba que sería dejar una herida abierta, expuesta a que se gangrenara. Tal vez lo único que consiguieran fuera favorecer un desapego emocional del que sería imposible recuperarse. La solución, desde luego, no estaba en permanecer de brazos cruzados, comportándose como si nada hubiera pasado. Tenía que decidir al respecto. Y era preciso que lo hiciera ya. Si se ponía una venda en los ojos, la relación con su hijo se seguiría deteriorando y, de paso, la convivencia con Sofía. Además, no podía permitir que Adrián le volviera a faltar al respeto de ese modo. Aunque Sofía no fue testigo directo de la agresión, sí lo fue de las consecuencias. No podía quitarse de la cabeza la expresión de sus ojos cuando lo vio en ese estado. Su mirada emitía una piedad que en absoluto deseaba volver a ver en el rostro de su mujer. No. La compasión era incompatible con los sentimientos que debería suscitar en ella.

Yamato giró su sillón para dejar la elegante pluma sobre la mesa y se incorporó. Con las manos en los bolsillos, paseaba inquieto a lo largo de su deslumbrante despacho intentando, sin éxito, encontrar la solución al problema. Un problema que, si no lo resolvía satisfactoriamente, pondría en peligro la estabilidad de su familia.

Capítulo 23

Sábado, 10 de diciembre

—¿Tomamos una copa en el Kamasutra? —propuso Cito, mientras esperaban la cuenta.

Mónica asintió. Era todavía temprano para meterse en casa y le pareció buena idea rematar el sábado en el peculiar local al que les gustaba ir de vez en cuando. Como solía ser habitual los fines de semana, salieron a cenar al centro con el fin de desconectar de sus respectivos trabajos. En esta ocasión eligieron un restaurante americano porque a Cito le apetecía comer una hamburguesa y Mónica se dejó convencer, aunque no fuese su plan favorito. Con el estómago bien lleno, pues ninguno de los dos pudo resistirse al postre especialidad de la casa, consistente en un gigantesco trozo de tarta de manzana acompañado de dos bolas de helado, nata y un generoso chorro de sirope, se dispusieron a caminar hacia el bar de copas.

Nada más abandonar la hamburguesería, un viento gélido les hizo acelerar el paso con el fin de recorrer lo antes posible la distancia que les separaba del lugar. A pesar del frío, el ambiente de la calle no podía estar más animado. Gentes de lo más variado atestaban las aceras y el denso tráfico provocaba una retención considerable en los aledaños de la glorieta de Bilbao. Parejas cargadas con bolsas, chavales festejando prematuramente las vacaciones de Navidad, restaurantes repletos de clientes y luces de colores decorando todos los rincones indicaban que solo faltaban dos semanas para que llegara Nochebuena.

Apenas tardaron diez minutos en llegar. Tuvieron que esperar para acceder al interior, ya que en la puerta se había formado una pequeña cola. En esta ocasión la entrada no era libre, sino que se vieron obligados a pagar un tique para poder acceder al Kamasutra, que cada vez parecía estar más de moda.

—¿Incluye consumición? —preguntó Cito.

—No, solo la entrada —respondió el gorila, mirándolo por encima del hombro.

Tras pasar por caja, accedieron al interior. Nada más entrar, un

gran árbol de Navidad decorado con bolas de colores adornaba el recibidor que daba acceso al antiguo teatro. Aunque estaban ateridos, dejaron en el guardarropa las prendas de abrigo con objeto de sentirse más cómodos. A pesar de la amplitud del recinto, les costó llegar a la barra, pues la afluencia de público era mucho mayor de lo habitual. La música sonaba con potencia y del antiguo patio de butacas se habían retirado las hamacas que daban el especial sello al local, convirtiéndolo de ese modo en una gran pista de baile.

La pareja se dirigió a la barra para pedir las bebidas. Del techo colgaban espumillones. También se había habilitado un pequeño espacio en las estanterías destinadas a las bebidas para situar un portal de Belén con sus correspondientes figuras, proporcionando el toque navideño de rigor. El motivo religioso entre botellas de whisky, ron, ginebra y todo tipo de bebidas de alta graduación quedaba tan delirante como el resto de contrastes de los que hacía gala el peculiar local.

Tres camareros se afanaban en atender a los clientes sin terminar de dar abasto. Uno de ellos se dirigió a la pareja. Mónica se decantó por un mojito de fresa y Cito por una piña colada.

—Un momento, que le digo a Jonás que os los prepare.

El muchacho se dirigió al otro lado de la barra para solicitar la intervención del especialista en cócteles y él le tomó el relevo escanciando las cervezas que le acababan de pedir unos clientes.

De fondo, rítmicas versiones de temas navideños mezcladas con trap, bachatas y música ochentera formaban un popurrí de lo más extraño. Sin embargo, la pericia del disc-jockey otorgaba a la combinación una innegable gracia a pesar de lo chirriante que, a priori, pudiera resultar la mezcolanza de tan contrapuestos estilos.

Mientras esperaban a que el camarero preparase los cócteles, Cito y Mónica comentaban las fotografías que decoraban las paredes de ambos lados de la barra, y que parecían recién enmarcadas. Actores, presentadores de televisión y algún que otro personaje convertido en popular a causa de intervenir en alguno de los *reality show* que salpicaban la programación televisiva, fueron reconocidos con regocijo por la pareja. Aunque los retratos de gente célebre eran los mejor situados y los que, en consecuencia, llamaban más la atención, también había instantáneas de personas anónimas participando en fiestas organizadas en el recinto: clientes con máscaras de carnaval, grupos de amigos celebrando Halloween o un primer plano del disc-jockey maquillado a lo David Bowie, salpicaban de color las paredes, que pedían a gritos una mano de pintura.

De pronto, a Mónica le llamó la atención una de las imágenes. En ella se veía a dos jóvenes que miraban al objetivo de la cámara haciendo con los dedos el gesto de la victoria. Uno de ellos vestía de forma extravagante, con un sombrero de copa y una levita. Dedujo que quizás iría disfrazado con motivo de alguna de las fiestas temáticas que parecían celebrarse de vez en cuando en el Kamasutra. Pero quien le interesó fue quien lo acompañaba. Este iba vestido con una sencilla camiseta y unos anchos pantalones vaqueros, que contrastaban con la barroca indumentaria de su colega. Mónica aproximó tanto el rostro a la fotografía que su nariz casi la rozaba. La instantánea tenía el tamaño y la nitidez suficiente como para poder reconocer a la persona, pero no quería equivocarse. La luz era muy tenue, así que se vio obligada a conectar la linterna de su teléfono. El rostro era lo bastante llamativo y fuera de lo común como para ahora poder asegurarlo sin género de duda. Volvió a fijarse en el tipo que posaba junto a él y pudo reparar en que los mechones de pelo que asomaban por la chistera parecían de color anaranjado. Por las características que había mencionado Yamato, podría tratarse del misterioso pelirrojo al que encontró con su hijo en las proximidades de su casa. Claro que tampoco podría asegurarlo, ya que las referencias que tenía del tipo eran demasiado vagas.

—¿Los conoces? —preguntó Cito, reparando en la atención que su novia dedicaba a la fotografía.

—No exactamente, pero a estas alturas tengo la impresión de que uno de ellos fuera ya como de mi familia.

—¿El chinito que se suicidó? —preguntó él, reparando en el aire asiático del muchacho.

—El que está por ver que se suicidara —le corrigió ella.

—El otro tiene una pinta de friki que no veas —comentó Cito, reparando en el pelirrojo.

—Luego te cuento.

Sin decir nada más, Mónica recorrió con la mirada otras fotos y pudo reconocer al mismo tipo de la levita en varias de ellas. En estas vestía con ropa menos llamativa que en la que aparecía junto a Adrián, pero con el típico toque *fashion* con el que los crápulas gustan adornarse cuando salen a quemar la noche. En cada una de las instantáneas aparecía con personas diferentes, pero siempre se le veía dominando el terreno. Mónica dedujo que, probablemente, sería asiduo del Kamasutra o, tal vez, trabajaría en el local como relaciones públicas.

Jonás dejó sobre la barra la piña colada y el mojito, solicitando el

pago de los cócteles.

—Deja, Cito, invito yo. —Mónica dio al camarero un billete de cincuenta euros y, cuando le devolvió el dinero que sobraba, ella le dejó una generosa propina.

—¡Gracias, guapa! —exclamó el coctelero con la sorpresa que denotaba lo poco que acostumbraban los clientes a estirarse en ese sentido.

—De nada. ¡Eres un crack haciendo cócteles! —correspondió ella.

—Sí, la piña colada está buenísima —intervino Cito, tras dar un buen trago a su bebida. El gesto de Jonás indicó que agradeció, aún más que las monedas recibidas, el reconocimiento a su profesionalidad.

Con las sofisticadas copas en la mano, ambos se dirigieron a la zona situada a la izquierda de la pista para sentarse entre los mullidos cojines. Allí, además de degustar sus respectivas bebidas, se entretuvieron comentando el flequillo imposible de Claudette Colbert en *La octava mujer de Barba Azul*, la película que en ese momento se proyectaba en la pantalla.

—Consuelo, la hermana de mi abuela, llevaba de joven una catedral igualita en la cabeza —comentó Cito, refiriéndose al peinado —. Mi madre tiene su foto en el aparador y te juro que se parece muchísimo —dijo, riéndose de su propia gracia.

Mónica no le escuchó. Estaba más concentrada en examinar al numeroso público que bailaba al ritmo que marcaba el disc-jockey que del estilismo de la actriz que protagonizaba, junto a un jovencísimo Gary Cooper, la clásica cinta de Ernst Lubitsch.

Capítulo 24

Miércoles, 14 de diciembre

El miércoles siguiente, el Kamasutra estaba mucho más tranquilo, lo que acentuaba el aire decadente que le daba ese estilo tan propio. Mónica Rojo se paseaba entre las características hamacas, dueñas de nuevo del espacio central de la sala.

Eran las nueve menos cuarto y apenas había público. Ni siquiera el disc-jockey se encontraba en el escenario. Música enlatada de un estilo más convencional que el del sábado anterior sonaba de fondo con un nivel de decibelios considerablemente más bajo. En la pantalla, una vieja película de dibujos animados en la que el canario Piolín era perseguido por el gato Silvestre, aunque era este último el que siempre salía malparado.

Todo estaba tan sosegado que a Mónica Rojo le produjo una suerte de melancolía difícil de explicar. Como una comedia fracasada representándose ante un auditorio escaso. La sensación se acrecentaba con los efluvios que le llegaban a través del olfato. El penetrante olor de los productos de limpieza no lograba camuflar el rancio tufo que impregnaba suelos y paredes. Una mezcla de olor a cerrado, humedad y bebidas alcohólicas desparramadas proporcionaban al Kamasutra una atmósfera decrépita que no había percibido en anteriores ocasiones. El contraste se hacía particularmente evidente si lo comparaba con el estiloso ambiente del sábado.

Había alrededor de veinte personas diseminadas por las diferentes zonas. Detrás de la barra, se encontraban Jonás y una esbelta camarera embutida en un mono amarillo semejante al que vestía Uma Thurman en *Kill Bill*. La chica rebanaba rodajas de limón y las iba introduciendo en un bol de cristal. Por su parte, Jonás estaba distraído con la vista fija en la pantalla de su teléfono móvil. Era el momento.

—¡Hola! Hoy está esto un poco muermo, ¿no?

—¡Anda!, la chica simpática…

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Mónica, gratamente sorprendida.

—La gente con buen gusto escasea tanto que siempre llama la

atención.

Ella sonrió satisfecha. El panorama parecía propicio.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—¡Claro, bombón! Las que quieras.

Rojo se aproximó a la zona en la que estaban las fotografías enmarcadas y, con un gesto, le indicó que se aproximase.

—¿Estas fotos son recientes?

—Sí, del último año. Las que había antes estaban ya un poco obsoletas.

Rojo le señaló la que le interesaba.

—¿Conoces a estos dos tíos?

—A Charlie sí, claro. Al otro chaval solo de vista. No recuerdo cuál es su nombre. Creo que son colegas. ¿Por qué?

Mónica se tomó unos segundos para responder.

—Eran. ¿No sabías que ha fallecido?

—¿El chico? —preguntó estupefacto.

—Adrián, se llamaba.

Jonás abrió mucho los ojos. O era un actor eximio o la noticia le pilló de sorpresa.

—¿Un accidente? —preguntó, tras tomarse unos instantes para procesar la noticia.

—No —dijo Mónica—. La cuestión es que ha muerto en extrañas circunstancias.

—¡No jodas! ¿Cuándo?

—A principios de noviembre.

—¿En serio? —preguntó Jonás, con un asomo de escepticismo en el gesto, sin terminar de creerse la noticia.

—En serio.

—¡Vaya putada!

—Sí… —Mónica escrutaba el rostro del camarero intentando averiguar si sabría más de lo que daba a entender. Después de una pausa, decidió presentarse—. Verás, me llamo Mónica Rojo y soy inspectora de Policía —dijo, mostrándole la placa acreditativa—. Estoy investigando lo que hizo Adrián los días anteriores a su muerte. Ya sabes, lugares que frecuentó, la gente con la que se relacionó, en fin, esas cosas.

—Pero yo… no sé… —balbuceó desconcertado.

—No te asustes, no hay nada de lo que te tengas que preocupar —lo tranquilizó—. Únicamente quisiera hablar contigo un rato.

—¿Aquí?

—Sí, aunque sería mejor encontrar un rincón en el que la música

no nos molestara.

—Claro, lo que usted diga.

—¡Sigue tuteándome, hombre, que soy una tía normal! Que sea policía no cambia eso —bromeó Mónica.

—Como quiera…, perdón, como quieras. Voy a avisar a mi compañera.

Mientras Jonás se desplazaba al otro extremo de la barra para pedir a la camarera que lo cubriese, Mónica se fijó en el portal de Belén instalado en la estantería de las botellas. Algo discordante que no supo identificar de primeras le llamó la atención. Tardó unos instantes en darse cuenta de qué se trataba. Al fin, se percató de que la figura de san José era de un estilo diferente al de la Virgen, el Niño Jesús y los tres Reyes Magos. Parecía de un tamaño que no cuadraba con el resto y estaba pintada con tonalidades de color distintas. Era evidente que no habían sido compradas a la vez. Consideró que hacer una foto al conjunto con su terminal le podría ser de utilidad, así que aprovechó los instantes que el coctelero se tomó para notificar a su compañera que iba a ausentarse un rato para realizar la captura.

Un grupo formado por dos mujeres y un hombre dejaron sus copas vacías sobre la barra y solicitaron a Jonás que les sirviera lo mismo que estaban bebiendo. Este les remitió a su compañera para que fueran atendidos. El coctelero levantó la trampilla que separaba sus dominios de la zona de la clientela para reunirse con Mónica. A esta le chocó que fuera casi de su misma estatura, ya que había pensado que era mucho más alto. Al fijarse en el interior de la barra se percató de que el suelo de esa parte estaba considerablemente más elevado que el del resto del local, lo que inducía a creer que el personal que servía las consumiciones tenía una estatura superior. «Seguro que Uma Thurman también es un retaco», pensó, echando un rápido vistazo a la compañera de Jonás, que acababa de recogerse el cabello en una coleta y comenzaba a preparar las bebidas solicitadas.

—Oye, por curiosidad, ¿por qué no son iguales todas las figuras? ¿Se os rompió alguna? —le preguntó Mónica, distendidamente, señalando el portal de Belén.

Jonás se aproximó para observarlo.

—¡Joder, es verdad!

—¿No te habías fijado?

—No. Soy bastante despistado, la verdad. Además, lo pusimos ayer, ni siquiera he tenido tiempo de mirarlo.

—¿Quién de vosotros se encarga de la decoración navideña?

—A Charlie le gusta hacerlo personalmente.

—¿Qué función tiene exactamente Charlie en el Kamasutra?

Jonás miró a Mónica sorprendido.

—Es el dueño, ¿no lo sabías?

Mónica no respondió. Se limitó a tomar nota mental de la información y ambos atravesaron la sala para dirigirse hacia las escaleras que conducían a la zona reservada. Jonás la guio hacia el destartalado camerino. Abrió la puerta y entró él antes. Pulsó el interruptor de la luz e indicó a Mónica que pasara.

—Aquí lo tenemos todo bastante revuelto, pero es donde podremos hablar más tranquilamente.

El camarero tomó una de las banquetas que estaban apiladas en el rincón e invitó a Mónica a sentarse. Después apoyó sus posaderas sobre la mesa esperando a que ella disparase su batería de preguntas.

Capítulo 25

Jueves, 15 de diciembre

En el Departamento de Inspecciones Oculares de la Policía Científica reinaba el silencio. Las paredes blancas, el escrupuloso orden y la pulcritud que se respiraba proporcionaban al espacio un cierto aire de quirófano. En la esquina de la sala, junto a la ventana, uno de los agentes del grupo redactaba algo en el ordenador. En el otro extremo del cuarto, la estatuilla de san José hallada sobre el cadáver de Adrián Zhao yacía sobre una especie de pupitre. Estaba metida dentro de una bolsa de plástico autoprecintable con el fin de mantenerla en las mismas condiciones en las que fue encontrada. Mónica, en silencio, miraba cómo Salva Fanjul, de pie, inclinaba su quijotesco talle sobre la figura examinándola minuciosamente. Para ello, utilizaba una lupa forense diseñada para detectar billetes falsos, analizar documentos y tareas como la que se encontraba realizando en ese momento.

Después de un buen rato, el policía se sentó, sacó un bonito bolígrafo del bolsillo interior de su americana y apuntó unas escuetas notas en su libreta. Mónica se sentía como si estuviera en la consulta del médico esperando a que este le comunicara el resultado de una resonancia magnética. El agente escribió lo que consideró oportuno y pasó a estudiar con la misma atención la fotografía que ocupaba la pantalla del ordenador. A pesar de no tener una calidad óptima, la instantánea tomada por Mónica Rojo del Belén expuesto en la estantería del Kamasutra poseía la suficiente resolución como para ser de utilidad. Una vez analizado lo que se veía en la imagen, Fanjul contrastó la información que la foto le ofrecía con la talla de cerámica encontrada sobre el cuerpo sin vida de Adrián Zhao.

Como su colega no hacía comentario alguno, Mónica se atrevió a romper el hielo.

—¿Qué te parece?

El funcionario se tomó unos instantes antes de responder.

—Aunque no podemos calibrar exactamente los tamaños, y los colores están algo distorsionados por la iluminación que había durante

ese momento en el establecimiento, es evidente que el san José de la foto no casa con el resto de las figuras —dijo, señalando la pantalla con el bolígrafo a modo de puntero—. Es algo más pequeño y tiene un estilo menos recargado. Observa los pliegues de las túnicas y cómo están trabajados los detalles en los rostros y en las manos de la Virgen, el Niño y los tres Reyes Magos, y compara lo que ves con el san José.

Mónica tomó la lupa que le tendió el agente y la aproximó al ordenador. Empezó estudiando la efigie discordante para después continuar con el resto.

—Se diría que las otras están talladas de forma más minuciosa. Incluso el tipo de material parece diferente —corroboró.

—Eso es. Aunque todas son de cerámica, la calidad cambia sustancialmente. Estas están muy curradas —afirmó, refiriéndose a las del grupo original—. Sin embargo, el san José sustituto tiene un aspecto barato, como de tienda de chinos.

—Comprado deprisa y corriendo porque se echaba el tiempo encima y había que decorar el antro —especuló Mónica.

Fanjul no respondió, pues volvía a contemplar, ahora sin la lupa, la estatuilla protegida por la bolsa autoprecintable.

—No me atrevería a asegurarlo al cien por cien, pero esta podría ser perfectamente la que en origen correspondería al grupo —dijo, señalando a la figura—. Tiene idénticas características.

—¿No te parece curioso?

—Demasiada coincidencia, sí —reconoció Fanjul, mordisqueando el bolígrafo—. Pues ahora te toca investigar el periplo recorrido por san José hasta llegar a las manos del chaval.

Ambos fijaban la mirada en la talla de cerámica, como esperando que el santo inanimado les aclarase el misterio.

—Me da en la nariz que en ese trayecto ha intervenido el tal Charlie —espetó la inspectora.

—¡Ostras! ¿Crees que el dueño del local puede estar relacionado con la muerte del chico?

La sorpresa que mostró Fanjul le hizo recapacitar. Igual estaba yendo demasiado lejos al contemplar esa posibilidad, pero lo cierto es que le parecía extraña la relación, fuera de la naturaleza que fuera, de Adrián con Charlie. Ni venían del mismo ambiente, ni eran de la misma edad, ni aparentemente tenían nada en común.

—¿Qué sabes de él?

—Pues no gran cosa, la verdad. Simplemente que Adrián y el tal Charlie se conocían. No sé si el camarero del Kamasutra no pudo o no quiso darme más información.

—Bueno, se trata de su jefe. Es normal que no quisiera meter la pata y jugarse el puesto de trabajo.

Mónica apoyó las manos sobre la superficie en la que yacía la misteriosa figura y se la quedó mirando por enésima vez.

—No quisiera perder la objetividad y correr el riesgo de creer que una conjetura equivale a una prueba. Tal vez sea aventurarme demasiado, pero me parece que hay muchas casualidades. Y cuando se juntan tantas me empiezan a sonar las alarmas en la cabeza y el enanito me vuelve a poner las tripas del revés —dijo, señalando su vientre.

—¿Estás embarazada? —preguntó su colega con los ojos muy abiertos.

Mónica soltó una carcajada, consciente del malentendido que había provocado.

—¡No, hombre, no! Es una forma de hablar —dijo sin extenderse en los detalles. De pronto se quedó pensativa. Tras unos instantes, rompió su silencio—. Aunque, por otra parte, si el tal Charlie estuviera implicado, lo lógico habría sido que sustituyera el Belén al completo, no hacer esa chapuza que podría incriminarle tan directamente, ¿no te parece?

—Pues… tal vez… Aunque, no creas, la gente se pilla los dedos cometiendo los errores más tontos. A veces, los malos son escrupulosamente minuciosos a la hora de evitar dejar huellas o pistas sutiles que hasta a nosotros como profesionales nos pasarían desapercibidas, y luego la fastidian con cualquier tontería que les incrimina irremediablemente. Se diría que las meninges se les desgastaran al planificar la pifia y se quedasen inoperativas. Es como si se les cruzasen los circuitos en la cabeza y les fuera especialmente complicado pensar con claridad después de cometer un delito. O como si el arrepentimiento les acechara después e, inconscientemente, buscaran su cristiano castigo. Claro que eso solo les pasa a los aficionados. Los profesionales del crimen son mucho más rigurosos. Hasta en el lumpen, querida, la excelencia es lo que marca la diferencia.

Fanjul lanzó su perorata como si fuera un profesor dando una clase y lanzó la última frase cargado de razón y en modo de sentencia. Para subrayarla aún más, agitó el dedo índice igual que lo hubiera hecho un maestro de escuela. Mónica encontró todo el sentido a su teoría, sin embargo, la combinación de las palabras «lumpen» y «excelencia» le sonó a oxímoron aderezado con cierta dosis de guasa. Se abstuvo de hacer comentario alguno, pues nunca sabía si su colega hablaba

realmente en serio o pretendía hacer una broma. En este caso, dedujo que había introducido en su discurso una pequeña dosis de ironía transgresora.

—¡Salva! ¿Puedes venir un momento? Necesito que me rubriques el informe.

El agente que trabajaba al otro lado de la sala solicitó la atención de su jefe agitando las hojas de papel que acababa de imprimir.

Mónica se despidió de su colega dejándole seguir con sus quehaceres y escogió las escaleras en lugar del ascensor para bajar hasta la planta baja con el fin de salir del recinto. En cuanto las puertas correderas se abrieron para permitir el acceso al exterior, percibió el característico perfume de la tierra mojada. Se detuvo unos instantes en el umbral y vio cómo un telón de finas gotas de agua caía desde el cielo. Lloviznaba, pero durante el tiempo y la constancia suficientes como para ya haber empapado el suelo. El terreno habilitado en el complejo policial para los vehículos, sin asfaltar, estaba tan embarrado que parecía intransitable. Los nubarrones que oscurecían el cielo y el trueno que le pareció escuchar a lo lejos auguraban tormenta. Se subió la capucha de su parka color lila y se dispuso a echar una carrera para llegar lo más rápido posible al lugar en el que tenía estacionado el coche. Lo había aparcado dentro del complejo de la Comisaría General, pero lo bastante lejos del edificio de la Policía Científica como para calarse si empezaba a arreciar. Empezó a correr a la máxima velocidad que le permitían las condiciones meteorológicas, pero los pies se le hundían en el barro dificultando la marcha. La lluvia ahora caía de lado, lo que hacía aún más engorroso el trayecto hasta llegar al coche. Las gafas empañadas le dificultaban la visión aunque no impedían ser deslumbrada por los faros del vehículo que en ese momento se dirigía hacia la salida. Todo parecía conjurarse para crearle dificultades. Medio agachada y con paso raudo, pero intentando sin éxito evitar los charcos para evitar ensuciar sus botines recién estrenados, pudo llegar al auto justo antes de que la llovizna se convirtiera en chaparrón. Buscó las llaves en el interior del bolso, pero allí no estaban. Al fin, las localizó en uno de los bolsillos de la parka.

Ya en el interior del vehículo, se quitó las gafas para limpiarlas con un pañuelo de papel que tenía desperdigado en el bolso y, de paso, se enjugó el rostro. La carrera había provocado que le dolieran los pies. Tendría que haber «domado» antes esas botas, como decía su abuela cuando un calzado había sido manufacturado con una piel demasiado dura, o haberse comprado otras más prácticas, preferentemente de

color más oscuro. Buscó un paquete de clínex que creía recordar había dejado en la guantera. Tras sacar la documentación del coche, y el estuche para guardar las gafas, comprobó que no había ni rastro de los pañuelos. Revisó el compartimento de la puerta, pero allí solo encontró una bolsa de chuches. Tuvo que apañarse con el usado para las gafas. Maldiciendo, limpió como pudo los incómodos botines que, tras el trote, ya no parecían tan nuevos, pues el barro y la lluvia los habían dejado hechos una pena. Antes de arrancar, cogió un par de gominolas de la bolsa y se las metió de golpe en la boca. El dulce sabor de las golosinas aminoró el mal humor que amenazaba con dejarla cabreada durante lo que quedaba de jornada.

Capítulo 26

Viernes, 16 de diciembre

El atardecer aderezado de nubarrones ya había teñido de negro la ciudad de Madrid, sin embargo, el movimiento en la comisaría de Ciudad Lineal era casi el mismo que el de por la mañana. Aunque la luz del día ya había desaparecido, los relojes marcaban poco más de las seis de la tarde, así que el ajetreo de la entrada era tan fluido como cualquier día laborable en plena actividad. Personas esperando para renovar su DNI o pasaporte, y otras que habían acudido a denunciar un robo o que habían sido citadas por algún motivo, hacían cola aguardando a que el policía que custodiaba la entrada les indicase el departamento al que debían dirigirse.

Le tocó el turno a una mujer de mediana edad que se mostraba visiblemente nerviosa. Apenas podía expresarse con claridad, así que el funcionario le pidió que se tranquilizara. Al fin, este pudo entender que había sido víctima de una estafa a través de su correo electrónico al clicar en un enlace malintencionado. Amablemente, le indicó la sección correspondiente para allí efectuar la denuncia y se dispuso a atender al siguiente ciudadano, quien, debido a la espera, parecía bastante contrariado. Se trataba de un tipo vestido con un chaquetón de varios colores que le preguntó por la inspectora Rojo. El pantalón de tafilete negro, un ancho jersey a juego con la prenda de abrigo, las botas de diseño, las estilizadas gafas negras y la gorra de visera, ambas de la marca Gucci, no llamarían especialmente la atención en otros lugares de Madrid, pero sí en el popular barrio en el que se encontraba la comisaría. El policía lo miró de arriba abajo. Era poco habitual que desfilara por allí gente con un look tan extravagante.

—¿Tiene usted cita con ella?

—¿Usted qué cree? —respondió insolente—. Como comprenderá, no es precisamente mi afición favorita pasar una tarde de viernes visitando sitios como este.

El agente, sin alterar el gesto, se abstuvo de hacer comentario alguno sobre la salida de tono del visitante.

—Su DNI, por favor.

El hombre resopló y, airado, sacó del bolsillo un billetero de la misma marca y estampado que los de gorra y gafas, extrajo el documento y se lo entregó de malos modos al funcionario uniformado.

—Quítese las gafas, por favor.

Cabreado, pero sin pronunciar palabra, obedeció al policía. Este, con más parsimonia de la habitual, contrastó varias veces la foto identificativa del documento con el rostro del individuo a fin de asegurarse de que se trataba de la misma persona que acreditaba el carnet.

—Espere un momento aquí —ordenó, subrayando el adverbio, impidiéndole de ese modo que accediera al edificio.

—¿Puedo ponerme ya las gafas…, señor? —preguntó, con recochineo.

El policía hizo un leve gesto de asentimiento a modo de respuesta. Sin devolverle el DNI, se encaminó hacia el interior y desapareció de su vista. Pasaron varios minutos hasta que volvió a hacer acto de presencia para devolverle el documento. Acto seguido, pidió al visitante que pasase el control, tal y como era de rigor. Después de observar cómo dejaba los enseres en una bandeja para pasarlos por el escáner y verle atravesar el arco de seguridad, solicitó la presencia de otra funcionaria para que lo guiase hasta el despacho de la inspectora. La policía, sin mediar palabra, acompañó al hombre a través de un laberinto de diferentes departamentos hasta llegar al destino. Una vez allí, golpeó suavemente la puerta para solicitar permiso para entrar.

—¡Adelante!

Tras abrir y ceder el paso al hombre, la agente se retiró.

Mónica Rojo introdujo en el cajón del escritorio varios informes de otros asuntos menores para solo dejar sobre la mesa el del «caso del san José», como ya era conocido por todos.

Al contrario que al funcionario de la puerta, a la inspectora no le chocó el estilismo de Carlos Jansen Ramos, alias *Charlie*, ya que estaba familiarizada con su forma de vestir después de ver las fotografías expuestas en el Kamasutra. De hecho, le pareció que iba dando bastante menos el cante que cuando estaba en el local que dirigía. Supuso que por el día optaba por una indumentaria menos vistosa. Lo que sí le llamó la atención fue que el pelirrojo aparentaba bastante menos edad de la que en realidad tenía. Sus rasgos aniñados, las cejas tan claras que parecían inexistentes, la nariz respingona y las pecas que salpicaban sus mejillas contribuían a ello. Lo cierto es que nadie le habría echado más de treinta años, sin embargo, su DNI revelaba cuarenta y tres.

Charlie hizo caso omiso al gesto de la inspectora solicitándole que se sentara. Prefirió permanecer en pie cerca de la puerta como quien se detiene un momento para efectuar un trámite con rapidez. De hecho, ni siquiera se molestó en corresponder al educado «Buenas tardes» con el que Mónica lo recibió. Su lenguaje corporal indicaba, sin género de dudas, que deseaba salir pitando lo antes posible.

—Mire, yo no tengo nada que ver con todo esto —dijo con un timbre de voz que también lo rejuvenecía—. Apenas conocía a ese chico. Es más, ni siquiera sabía que había muerto hasta que Jonás me comentó que usted se lo notificó —espetó con un tono más alto del conveniente y sin esperar siquiera ser preguntado al respecto.

Sus movimientos rápidos y la forma de hablar acelerada contrastaban con la cachaza de Mónica Rojo, quien lo escuchaba impertérrita.

—¿Un café?

El ofrecimiento de la inspectora lo descolocó. Lo que menos se esperaba era ser recibido como si fuera un huésped que acude de visita a casa de unos amigos. Mónica se levantó de su butaca y se dirigió a la mesita en la que estaba conectada la cafetera.

—No tengo la intención de entretenerle mucho tiempo —dijo, mientras servía dos tazas—. Créame que no es algo que precisamente me sobre en estos días. Además, imagino que usted, como emprendedor, también es un hombre muy ocupado… ¿Con leche?

—Solo, gracias —contestó, ya más tranquilo, contagiado de la dinámica que había marcado la inspectora.

Rojo volvió a su mesa para dejar las bebidas calientes y se sentó en su butaca pidiendo a Charlie, por segunda vez, que hiciera lo propio frente a ella. Este, resignado, obedeció.

—Por favor, relájese. Si tiene calor, puede quitarse el abrigo.

—Estoy bien así, gracias.

—Como quiera. —En este punto, Mónica recordó a los Vázquez y se preguntó qué tendría su despacho o incluso ella misma para que la gente quisiera salir escopeteada de allí a pesar de sus esfuerzos por ser considerada—. Le he citado para clarificar algunas dudas, no para acusarle de nada. De hecho, esto no es una toma de declaración formal. Tómelo como una simple conversación. Debe comprender que, dadas las circunstancias, me veo obligada a investigar todo lo relacionado con Adrián Zhao Tortosa los días anteriores a su muerte: lo que hizo, los lugares que frecuentó… No es usted el único con quien he contactado, así que le ruego que no se lo tome como algo personal.

—De acuerdo.

—¿Cuánto tiempo hace que conocía a Adrián?

—No sé…, poco.

—Me gustaría que fuera más concreto.

Charlie extrajo del bolsillo trasero del pantalón su teléfono móvil de última generación, se quitó las gafas de sol dejándolas sobre la mesa y se dilató el tiempo suficiente para buscar la información que le solicitaba la inspectora.

—La primera vez que nos comunicamos fue el 29 de junio de este año.

—¿Les presentó algún amigo común?

—Nos conocimos a través de una aplicación de contactos.

—¿Una aplicación destinada a público homosexual?

Él dudó durante un momento.

—No necesariamente. Esta va dirigida a todo tipo de identidades de género y de inclinaciones.

—¿Podría ser más explícito?

—Se llama Uni3. Está dirigida a personas que no buscan pareja, sino otra clase de relación.

—Uni3… —repitió Mónica—. ¿Tríos, quizá?

—Básicamente.

—¿Me puede explicar cómo funciona?

—La gente se registra y especifica sus intereses, ya sabe…

—Puedo suponerlo, pero preferiría que me lo detallase.

—Lo que quiero decir es que funciona como todas las aplicaciones de este tipo, aunque sea menos convencional que otras. Pones tu *nick*, seleccionas foto, y te curras un poco el texto para que quede claro lo que buscas: si tienes pareja o vas por libre, si eres hetero, homo, o ambivalente, si buscas un unicornio o te defines como tal, si estás abierto a experimentar…, en fin, detallas de una manera lo más clara posible qué buscas para que no haya malentendidos. Si te interesa alguien, envías un mensaje y esperas. Si te responde, chateas un poco y, si hay conexión, terminas quedando.

—Ya… Perdone mi ignorancia, señor Jansen, ¿me podría decir qué significa «buscar un unicornio»?

—¡Ah, sí, claro! Se trata de una persona que se une a una pareja, hetero o gay, para mantener relaciones sexuales con los dos.

—¿Adrián se definía como un unicornio?

—No exactamente. Su perfil era bastante ambiguo. Creo que ponía «me gusta experimentar», o algo así.

—Como el objetivo es hacer un trío deduzco que la mayor parte de los que se registran en Uni3 serán parejas que desean incluir a un

unicornio.

—No necesariamente. De hecho, esta *app* está más enfocada a personas individuales que no se conocen entre sí y que les interesa probar cosas más allá de las llamémoslo «normales».

—¿Quién dio el primer paso?

—Fui yo. Me hizo gracia su *nick* y le entré.

—¿Cuál era?

—Powerboy. Le dije que había contactado con una mujer a través de la *app* y le pregunté si le gustaría que quedáramos los tres en el Kamasutra. A él le pareció bien y eso hicimos.

—¿Adrián sabía que era usted quien dirigía el establecimiento?

—En principio no se lo dije. Pero por nada en especial, simplemente porque no me pareció una información relevante. Íbamos al grano, ya sabe…

—¿Quién era ella?

—Ni idea. La conocí en plan *random* curioseando varios perfiles. Se presentaba como Ada, pero seguro que no era su nombre real. Ya le digo que en Uni3 todo el mundo se protege con un *nick*. Yo solo la vi esa vez. Luego desapareció de la aplicación. Suele ser bastante habitual. Personas que se meten para probar, muchas de ellas casadas y, una vez saciada la curiosidad, se ponen de nuevo el anillo y vuelven a su respetable vida.

—Si están casadas se la juegan mostrando su cara.

—Independientemente de si estás casado o vas de *single*, no sueles escoger un primer plano. Normalmente eliges una fotografía que sea lo bastante discreta para que no haya peligro de que te reconozca quien no debe, pero lo suficientemente atractiva como para llamar la atención. Luego, tras el primer cruce de frases y si hay *feeling*, envías por privado alguna en la que se te ve la cara con nitidez.

—¿Conserva alguna de Ada?

—Debo todavía de tener en la galería del teléfono la que me mandó, porque no la he borrado. —Se demoró unos instantes en buscar la fotografía de la mujer—. Esta es.

Mónica tomó el terminal del hombre y examinó el rostro de la integrante femenina del trío. Le pareció de lo más convencional y pensó que, si se la hubieran presentado en otro contexto, nunca se la habría imaginado practicando jueguecitos semejantes. Claro que el candoroso careto del pelirrojo tampoco denotaba el pieza que debía de ser. Sin hacer comentario alguno le devolvió el terminal.

—Hablando de fotografías, ¿le resulta familiar esto?

La inspectora buscó en el dosier del caso la foto de la pulsera de

cuero y plata encontrada entre los enseres del cadáver de Adrián y la cajita que la contenía. En la misma página también había otra instantánea de la nota manuscrita hallada en el interior de la caja: Me encanta que podamos estar juntos de nuevo.

Él observó con detenimiento lo que la inspectora le mostraba.

—Para nada —aseguró—, ¿por qué?

La inspectora ignoró la pregunta.

—¿Sabía usted que Adrián era menor de edad?

—¿Menor?

Mónica pudo apreciar en la pregunta una mezcla de miedo y sorpresa.

—Tenía diecisiete años.

A Charlie se le desencajó la cara, perdiendo de golpe la suficiencia que había demostrado desde que entró en comisaría.

—Le aseguro que jamás lo habría pensado —alegó, nervioso—. En su perfil decía que tenía veinticuatro. Espero que no lo borrase —confió, mientras abría la aplicación y lo buscaba—. Aquí está, ¡mire! —dijo, satisfecho de poder probar que desconocía la edad real del muchacho.

Mónica Rojo tomó el terminal que le ofrecía Charlie con el fin de ver lo que quería mostrarle.

Powerboy. 24. Deseando experimentar.

El escueto texto era ilustrado con la fotografía de un torso sin pelo, mínimamente musculado. Parecía el de un niño que empezaba a ir al gimnasio pero que todavía no estaba lo suficientemente desarrollado para que el ejercicio diera los frutos deseados. Aunque la fotografía estaba editada evitando el rostro, todo indicaba que el cuerpo era el de Adrián.

—Podría parecer mayor de lo que era, pero reconocerá que no tanto como para tener veinticuatro años. ¿Nunca le preguntó al respecto?

—No. No tuvimos una relación estrecha. Ni siquiera nos dimos los números de teléfono, solamente contactábamos a través de la *app*. Yo le aseguro que en ningún momento…

—Tranquilo. No le voy a pedir responsabilidades por esta cuestión. No es la razón por la que le he citado.

Mónica Rojo pudo detectar cierto alivio, pero también expectación. Antes de continuar con las preguntas, tomó un sorbo de la taza de café y después se arrellanó en la butaca para quitar gravedad a lo que iba a

decir a continuación.

—El otro día, cuando visité su establecimiento, me llamó la atención el portal de Belén expuesto en una de las estanterías. —La inspectora hizo una pausa con el fin de calibrar su reacción.

—Bueno, reconozco que no es el lugar ideal para ponerlo, pero allí la gente no lo toca. Una simple pincelada navideña.

—No me refiero a eso. Lo que me chocó fue que la Virgen, el Niño y los Reyes Magos son exactamente del mismo estilo. Sin embargo, el san José que acompaña al grupo es totalmente diferente al resto del conjunto. ¿Puede explicarme la razón?

—Es usted muy observadora —dijo con una sonrisa que a Mónica le pareció algo pelota—. Ese Belén lo ponemos siempre por estas fechas. Pero este año, cuando lo sacamos de la caja, faltaba san José. Estuvimos buscándolo, pero no lo encontramos y hubo que comprar otro. Queda un poco raro, pero la gente no se suele fijar en esas cosas. A no ser que sea tan sagaz como usted, claro. —La sonrisa halagadora volvió a asomar a sus labios y suavizó aún más su porcelánico rostro.

—Verá, Carlos…, ¿o prefiere que le llame Charlie?

—La verdad es que nadie me llama Carlos, me suena raro.

—De acuerdo, Charlie. Verá, le comento esto porque en el lugar en el que murió Adrián había una estatuilla de las que componen estos nacimientos tan populares por estas fechas —dijo sin extenderse en más detalles—. Un san José, en concreto.

Él no se inmutó, esperando a que continuara.

—La cuestión es que tenemos motivos para creer que podría ser la talla original del Belén que tienen expuesto en el Kamasutra. —Mónica esperó una reacción por parte de él, pero lo único que percibió es que seguía su exposición atentamente—. De hecho, cuando le comenté esto mismo a Jonás, él no había reparado en ello. Entonces le pregunté quién era la persona que decoraba de Navidad el local y me dijo que se encargaba usted.

—Así es.

—Sin embargo, ha hablado en plural cuando le he preguntado al respecto.

—Digamos que yo decido dónde se pone el árbol, los adornos, el Belén, etcétera, pero me ayuda alguno de los chicos. Cuando me puse a ello, Jonás tenía el día libre. Me echó una mano Eva, la camarera.

—¿Dónde estaba guardada esa caja?

—En el cuarto que utilizamos como almacén.

—¿El que fuera un camerino en su momento?

—Así es.

—¿Quién tiene acceso a esa zona?

—Los empleados.

—¿Adrián Zhao conocía esa parte del local?

—Sí. El encuentro que he mencionado antes se produjo allí.

—¿Lo vio usted husmear entre los enseres almacenados?

—No. Estábamos a otras cosas…

Mónica no pudo evitar sentir cierta incomodidad, imaginándose a qué se refería.

—Ya… ¿Cierran con llave esa estancia?

—No. Lo que guardamos en el cuartillo no es de valor. Y además es una zona reservada al personal. Tenga en cuenta que para entrar hay que subir al escenario, ya que se encuentra detrás de este, luego abrir la puerta en la que se especifica con un cartel que se trata de un recinto privado, y después recorrer un pasillo para pasar al camerino. Quiero decir que es de difícil acceso para los clientes. Nunca hemos tenido problemas en ese sentido. De hecho, lo único en lo que reparamos fue en que había desaparecido la figurita, pero no le dimos mayor importancia. Es más, pensamos que se habría roto o que al retirar la decoración navideña el año pasado la habríamos despistado.

—¿Adrián iba a menudo al Kamasutra?

—Después de aquella primera cita se convirtió en un cliente más o menos habitual, así es.

—¿Quiere decir que quedaron allí para más citas de ese tipo?

—Coincidimos en mi local, pero simplemente tomamos unas copas. No repetimos la experiencia.

—¿Se vieron en otro lugar?

—Quedamos alguna vez más, fuera de allí, sí.

—¿Con qué objetivo?

—En principio, para repetir lo vivido, pero la cosa no cuajó.

—¿Por qué?

—Bueno, no es tan sencillo encontrar mujeres que se presten a ese tipo de juegos con dos desconocidos. Aunque les apetezca a priori, les tiene que cuadrar todo para cruzar la línea. Las tías suelen ser más selectivas que nosotros. Hice algún intento, pero a lo máximo que llegamos él y yo fue a tomar algo con ellas en sitios públicos sin llegar a mayores. Al final, las chicas son siempre las que deciden.

La inspectora se tomó un momento para apuntar un par de notas en su libreta. Charlie, imaginando que el interrogatorio se iba a dilatar, comenzó a quitarse el chaquetón. Mónica se percató de ello.

—Puede irse ya. No le entretengo más.

—¡Ah! —exclamó entre aliviado y sorprendido.

—Lo único que le pido es que esté localizable, por si necesito preguntarle algo más.

Él volvió a cerrarse la prenda de abrigo, se levantó de la silla y fue con rapidez hacia la puerta.

—¡Señor Jansen!

Charlie se volvió hacia ella con prevención.

—Sus gafas —dijo, señalando el lugar de la mesa donde las había dejado.

Tras reparar en el olvido, Charlie recogió las gafas de sol y se las puso.

—Gracias —dijo con una escueta sonrisa.

Mónica lo observó encaminarse hacia la salida. Tenía un curioso modo de caminar, balanceándose con cierta chulería. Parecía un rapero con la autoestima por las nubes o un futbolista de Primera División acostumbrado a llevarse al huerto a cualquiera empleando una sonrisa acompañada de un guiño seductor. Resultaba un tipo peculiar, uno de esos que, aunque transcurrieran meses y solo se les hubiera visto una vez, con seguridad se les recordaría.

Cuando Charlie abandonó la estancia, la inspectora tomó aire y lo expulsó lentamente a modo de suspiro. Sacó del cajón una bolsa de chuches y vertió sobre su mano unas cuantas. Después se levantó y se puso delante de la ventana con la vista fija en el exterior. Al tiempo que iba masticando las golosinas repasaba la conversación mantenida con Charlie, su personal forma de hablar y sus característicos gestos.

Decidió volver a ver la grabación registrada por la cámara de seguridad de la urbanización Las Glorias horas antes y después de la muerte de Adrián. Ahora que conocía a Charlie en persona estaba segura de que, por mucho que las imágenes carecieran de una resolución óptima, sería capaz de reconocerlo mezclado entre la gente que entraba y salía del complejo de viviendas. Estaba casi convencida de que él en ningún momento apareció por allí, pero necesitaba cerciorarse.

Tardó tres horas en analizar meticulosamente lo registrado por las cámaras el día de autos. Ampliaba las imágenes con el *zoom* cuando veía algo que por el motivo que fuera le llamaba la atención, y pausaba la película para diseccionar cada detalle. De ver una y otra vez el contenido, llegó un momento en que las personas que iban desfilando por el acceso a la urbanización se le iban depositando en la memoria a modo de catálogo: el abuelo con la cuidadora sudamericana, el repartidor, la mamá con la niña de la mano y el bebé en el carrito; la pareja caminando de la mano, la pija que llegaba de

compras, la familia con los tres niños, el hombre con su bicicleta, la chica joven…, pero lo que era evidente es que no había ni rastro de Charlie.

Los ojos le ardían de forzar la vista durante tanto tiempo. Apagó el ordenador y decidió intentar desconectar. Tenía la cabeza aturullada, demasiado llena para sentirse en paz o, al menos, razonablemente serena. De repente le entraron unas ganas locas de estar en cualquier sitio menos en su lugar de trabajo. Hasta ahora no había reparado o no había dado importancia a lo impersonal y destartalada que resultaba la comisaría. También ella ahora, al igual que Charlie o los Vázquez, tenía ganas de salir pitando de allí. Deseaba que llegara el verano, con sus días largos y con la alegría que inunda las calles durante esa época del año. Avenidas repletas de gente bebiendo cerveza en las terrazas, riendo y hablando distendidamente; estirando el tiempo de asueto con amigos, compañeros o familiares. Se imaginaba con Cito en algún hotel de los de todo incluido, poniéndose ciegos a cócteles y a aperitivos en la piscina. O en la playa, caminando juntos sintiendo la arena caliente crujiendo bajo sus pies. O haciendo el muerto sobre el agua cogidos de la mano con ese regusto de sal tan agradable en la boca. O disfrutando, sin más, de la deliciosa modorra mientras escuchaban el sonido de las olas batiendo en la orilla de la playa. Un verano como el de las vacaciones que pasaron en Punta Cana, saboreando ese tiempo de relax con la agradable pereza que proporciona la ausencia de obligaciones. Con el cielo y las nubes como techo, en lugar de entre las grises cuatro paredes de su despacho pintadas a gotelé e iluminadas con esa desabrida luz artificial. Y la bandera. Y la foto del rey presidiendo el cuarto. Y el calendario sobre la mesa recordándole lo poco que quedaba para que las fiestas, que todavía no habían comenzado, llegaran a su fin, cumpliéndose el plazo que Antúnez le había concedido. Nunca hasta ahora le había parecido deprimente aquel espacio, pero ahora empezaba a percibirlo de ese modo. Hasta tenía la impresión de que la luz natural tenía más dificultades que antes para entrar por la ventana de la pequeña estancia.

«Quemada», esa era la palabra con la que se identificaba. Debería estar orgullosa de todo lo logrado, de haber solucionado casos complicados, orgullosa de ser una de las inspectoras más jóvenes del Cuerpo Nacional de Policía, pero no era así en absoluto. Estaba cansada. Harta del frío que se le metía en los huesos cuando pisaba la calle, de tener que encender la luz a las cinco de la tarde, del puto enano instalado en sus tripas, y de esa sensación de vacío que la iba

invadiendo poco a poco. Con la impotencia de verse obligada a caminar en círculo. Sin vislumbrar meta alguna. Sin horizonte a la vista. Eso era lo que le desesperaba: que no iba a ninguna parte. Echaba de menos la alegría que le provocaba avanzar por el camino correcto, ese chute de adrenalina que le recorría el cuerpo cuando una pista la llevaba a otra, y esta a otra más, conduciéndola en volandas hasta el objetivo, aunque no le gustara lo encontrado al llegar a la meta. Sin dudas, sin vacilaciones, y con la claridad que otorgan las evidencias.

De pronto se preguntó si el tiempo le estaría pasando por encima, si se estaría haciendo vieja antes de tiempo y ahora acabara de enterarse. Como si se estuviera desangrando poco a poco. A veces le costaba verse como una chica de su edad. Siempre se había sentido identificada con la máscara que simboliza el teatro. Bueno, con la sonriente, la que representa a Talía, diosa de la comedia. Hasta hace poco era capaz de reírse de todo, especialmente de sí misma, derrochando energía sin cansarse. Pero ahora eso estaba cambiando y empezaba a parecer la máscara triste: traicionando a Talía para seguir a Melpómene. Cediendo a la apatía su vocación de optimismo.

Había visto cosas a las que poca gente de su generación, al menos en el primer mundo, ha tenido acceso. Rememoró imágenes como la del cadáver de Adrián o como otras parecidas que había presenciado a lo largo de su carrera. El horror, el poco valor de la vida cuando la muerte acecha a modo de hiena oliendo la carroña, y frecuentar lugares en los que la injusticia se había convertido en endémica, todo ello, sin darse cuenta, le estaba dejando poso. Las miserias humanas con las que se topaba demasiado a menudo horadaban su alma como una garrapata se hunde en la carne. Instantáneas de tragedias que por mucho tiempo que pasara seguirían allí, en un rincón de su cabeza, pero tan indelebles como una quemadura de tercer grado. Amenazando con ponerse en carne viva en los momentos más inoportunos. Claro que… ¿hay alguno que no lo sea? Heridas de guerra, o gajes del oficio, ¿qué más da cómo llamarlo?

Apuró su café y, pensativa, se puso la parka, apagó la luz y abandonó la comisaría.

Capítulo 27

Lunes, 19 de diciembre

Eran las 18:37 horas cuando Mónica Rojo llegó al concesionario. Más de treinta minutos después de la hora en la que había quedado con su novio. La reunión que Antúnez convocó a primera hora de la tarde para organizar asuntos pendientes y el trabajo acumulado la distrajeron más de lo que hubiera deseado.

Estaba nerviosa, no solo por la impuntualidad, sino porque sabía que era un día importante para el hombre que llevaba compartiendo su vida desde que apenas eran unos críos. Él, por fin, recogería su nuevo coche y quería estrenarlo acompañado. «Los acontecimientos importantes hay que compartirlos. Si los celebras solo tienen la mitad de gracia y a mí las medianías no me gustan nada de nada», le dijo entusiasmado el día anterior. Mónica se mostró plenamente de acuerdo, como seguro que lo estaría su abuela, a quien en numerosas ocasiones la escuchó decir que «las medias solo son para las piernas». Aunque lo cierto es que no estaba del todo segura si este dicho tenía el mismo significado que lo que Cito quería decir. En cualquier caso, se mostró encantada de acompañarlo en una fecha tan señalada. Así que, a pesar de la carga de trabajo que llevaba encima, no pudo negarle el capricho.

Nada más entrar en la gran nave en la que estaban expuestos los nuevos modelos de la marca, lo divisó al fondo. Contemplaba la carrocería de su flamante híbrido como un niño disfrutando con el juguete que llevaba tanto tiempo deseando.

Cito sonrió feliz al ver llegar a su pareja. «Mira qué color marfil tan original tiene, me gusta todavía más que en los anuncios», le dijo. Mónica, sin embargo, no encontró diferencia alguna con cualquier otra tonalidad de blanco. Para ella era blanco sin más, pero no quiso aguarle la fiesta. Tan entusiasmado estaba que no pareció molesto por la tardanza. Las prestaciones y comodidades de su nueva adquisición le tenían lo suficientemente entretenido como para perder la noción del tiempo y que nada fuera capaz de amargar el dulce momento. Unas características que, por otra parte, eran inexistentes en su

predecesor, un viejo Toyota Celica al que el cansancio de los muchos kilómetros recorridos lo obligó a pararse en seco. Su *Pokémon*, tal y como Cito lo llamaba dotándole así de una humanidad de la que, al menos de momento, el nuevo Nissan carecía. La única posibilidad de sacarlo adelante hubiera requerido efectuar un desembolso casi equivalente al precio del nuevo vehículo. Así que, muy a su pesar, lo despidió con pena pero, a la vez, con la ilusión de incorporar un nuevo miembro a la familia.

Ya había formalizado los papeles, así que no había tiempo que perder. Guardó la carpeta que contenía el impuesto de circulación y la ficha técnica en la guantera e, impaciente, se dispuso a conducir el impoluto monovolumen. Antes de acceder al interior, volvió a dar un repaso visual por la carrocería recreándose en sus aerodinámicas formas e, ilusionado, instó a Mónica a subirse al asiento del copiloto.

Antes de dirigirse a casa, insistió en probarlo en carretera durante unos kilómetros. En el transcurso del improvisado viaje, se explayó detallando a su compañera los detalles que más le llamaban la atención. Le fascinaba que tuviera las características de un ordenador, pudiendo escuchar música sin tener que introducir un CD, o que el salpicadero estuviera provisto de una gran pantalla en la que poder conectar el GPS sin el engorro que suponía ver la ruta en el teléfono móvil, o algo tan sencillo como la rendija que permitía conectar cualquier USB sin necesidad de adaptador. Eran particularidades con las que, independientemente de la marca, estaban dotados desde hacía años todos los modelos y gamas pero que, habituado a conducir el viejo *Pokémon*, le hacían sentirse casi como un astronauta.

Tomaron la carretera de Andalucía. Cuando divisaron el cartel que indicaba la salida hacia Aranjuez, Mónica le sugirió regresar, ya que ambos tenían que madrugar al día siguiente. Cito, entonces, le propuso tomar un piscolabis en la hermosa ciudad palaciega y brindar por el futuro. Al fin y al cabo, apenas eran las nueve de la noche y algo habría que cenar. Mejor en un lugar como Aranjuez que en Coslada. El estreno merecía hacer algo especial para que hubiera una cosa más que recordar ese día.

Estacionó el vehículo y pidió a Mónica que posara junto al mismo con el río y el Palacio Real al fondo. Tomó varias fotografías desde diferentes ángulos y después se hicieron unos selfis. Luego localizaron un coqueto restaurante y eligieron una mesa junto a la gran cristalera que permitía contemplar los hermosos jardines iluminados. Pidieron una ración de jamón del bueno, otra de queso, pimientos rellenos de bacalao, espárragos a la plancha y un par de coca-colas.

Con el estómago lleno, tomaron el camino de vuelta para retornar al barrio y dirigirse al piso de Cito. Antes había que aparcar el inmaculado Nissan en el garaje del edificio. Ya en la entrada, él pulsó el mando a distancia con el fin de conducir al recién nacido a su plaza. Mientras el portalón se plegaba hacia arriba para permitir el acceso al interior, dio un achuchón a Mónica en un arrebato de euforia. Con el camino despejado aceleró despacio para efectuar la maniobra tantas veces realizada, pero en esta ocasión surgió un problema inesperado: el hueco de la entrada parecía haberse encogido. Al menos esa fue la sensación que percibió el atribulado Cito. Habituado a introducir el pequeño deportivo, la anchura del monovolumen dificultaba el paso hacia el interior. Fue entonces cuando se dio cuenta de las reducidas dimensiones de la «cochera», como la abuela de su novia llamaba al garaje.

Mónica bajó del vehículo y empezó a efectuar indicaciones desde fuera, a modo de guardia de circulación, para evitar el riesgo de dañar la brillante carrocería. Cito movía cuidadosamente el volante siguiendo las instrucciones de su chica con el fin de ajustarse a las dimensiones de la entrada evitando así consecuencias indeseables. Tras unas cuantas maniobras, superaron el escollo. Lo peor vino al bajar hasta la segunda planta. Las cerradas curvas requerían conducir extraordinariamente despacio para impedir que la chapa se dañara al rozar las paredes. Mónica, caminando de espaldas, dirigía el cotarro. El descenso se convirtió en una auténtica odisea. Al fin, gracias a la asistencia de su novia, Cito logró meter el Nissan en su plaza.

—Creo que el grandullón estaría más cómodo en otra chocita —recomendó ella, aplicando sentido del humor con el fin de aligerar la situación.

—Pero estaría en un edificio diferente y no podríamos subir directamente a casa. Yo creo que le puedo coger el truco para entrar —dijo él, en un alarde de optimismo—. Es cuestión de práctica. El problema es bajar hasta aquí. Pero me consta que en la primera planta hay plazas más grandes. Igual puedo dejar esta y alquilar una allí. ¿Echamos un vistazo?

Ambos subieron a pie por la rampa hasta el piso superior. Recorrieron unos metros hasta que Cito descubrió un cartel en que se notificaba que una de las plazas estaba disponible. También se leía un número de teléfono escrito a mano con rotulador. La nota estaba pegada a un mueble que se había instalado en la pared, presumiblemente con el fin de optimizar el espacio, y situado justo encima de donde quedaría el morro del vehículo una vez estacionado.

—¡Esta es cojonuda! Además, no hay que hacer mucha maniobra para aparcar. Mañana sin falta llamo —exclamó aliviado.

Mientras él calibraba el espacio y estudiaba si al «grandullón», tal y como lo acababa de bautizar Mónica, habría que meterlo de morro o sería preferible hacerlo de culo, ella, ladeando la cabeza, observaba con detenimiento la puerta del armario colgado en la pared.

Capítulo 28

Martes, 20 de diciembre

El pequeño objeto, situado en el centro de la mesa, habría pasado desapercibido para cualquiera que entrase al despacho. Sin embargo, la inspectora Rojo dirigía toda su atención hacia el mismo, como si aquella pieza fuera una actriz protagonizando un monólogo teatral y la mesa el escenario sobre el que actuaba. Con el torso inclinado hacia delante, observaba atentamente las diferentes partes de aquella enigmática llave: punta, paletón, cabeza…

Después de pasarse un buen rato analizándola, la levantó de la superficie y la sujetó entre sus dedos índice y pulgar de la mano derecha. Con la izquierda, la giraba para contemplarla en tres dimensiones, fijándose en el tamaño, la textura, la forma e, incluso, en el olor del aluminio o de lo que quiera que fuera la aleación de metales con la que había sido fabricada. En un arrebato repentino, se levantó y la introdujo en el bolsillo interior del bolso. Después fue hacia el perchero y descolgó la parka. Cuando se la estaba poniendo, entró Eugenio Bermejo, quien se mostró sorprendido.

—¿Te vas?

—Quiero comprobar una cosa, no creo que tarde mucho —respondió sin proporcionar más detalles—. ¿Hay algo urgente?

Bermejo sacudió los papeles que llevaba en la mano.

—Depende de para quién. Se trata de una denuncia por ocupación de un local y de la vivienda que se comunica con el mismo. El propietario ha llegado con un ataque de nervios y nos ha llevado un buen rato tranquilizarle. Pero no te preocupes, ya me encargo yo del trámite.

—Sí, por favor —dijo, apresurada.

—¿Algún problema?

Mónica pensó decirle qué se disponía a hacer, pero prefirió ahorrárselo para que Bermejo no la tomase por una loca obsesiva.

—No, pero luego te cuento —respondió, colgándose el bolso a modo de bandolera y saliendo a paso ligero.

Ya en el coche, conectó el navegador con el fin de comprobar cuál

era la mejor ruta para dirigirse hacia el paseo del Pintor Rosales. Como era habitual por esas fechas, el tráfico era intenso, independientemente de las alternativas a tomar. Decidió hacer caso al GPS y evitar la carretera de circunvalación. De poco sirvió, pues se topó con la calle de Alcalá atestada. Estuvo a punto de sacar el pirulo de debajo del asiento, colocarlo en el techo y conectarlo para poder librarse del atasco, pero le pareció no estar justificada semejante acción, así que aguantó pacientemente los diversos tramos de retenciones. A lo largo del trayecto se preguntaba si es que era excesivamente escrupulosa o simplemente tonta del culo por resistirse a sacar provecho de las ventajas que su cargo le permitía. Prefirió no elegir una respuesta.

Tardó exactamente cuarenta y nueve minutos en llegar al edificio de los Zhao, bastante más de lo que suele ser habitual en ese recorrido. Dimas, el conserje, se encontraba en el interior de su garita limpiando los cristales y, al verla, dobló la bayeta y salió de sus dominios.

—¿De nuevo por aquí, inspectora?

—Buenas tardes, Dimas. Sí, he venido a comprobar una cosa.

—Don Yamato acaba de tomar un taxi. Si hubiera venido cinco minutos antes se habría dado de bruces con él.

—No importa. Solo necesitaría echar un vistazo al garaje.

—¿Desea que la acompañe?

—No es necesario, gracias. Usted siga a lo suyo, que no le quiero entretener. Únicamente, me gustaría saber el número de la plaza de los Zhao.

—Tienen dos: la 32 y 33.

—¡Estupendo, Mil gracias!

La inspectora pulsó el botón del ascensor con el fin de descender a la zona del aparcamiento.

—Cuando salga, vaya hacia la derecha. Son las últimas del fondo —le indicó amablemente el conserje, antes de volver a meterse en su garita para continuar lustrando la cristalera.

Mónica siguió las indicaciones de Dimas. De las dos plazas de la familia solamente estaba ocupada la número 33. En ella había estacionada una berlina azul oscura de la marca BMW. Se trataba de una plaza bastante amplia, limitada por una pared al fondo y otra por el lateral izquierdo. Justo en esta última, y a una altura suficiente como para que no estorbara al estacionar, se había instalado un pequeño mueble color caoba, similar al que había en la plaza que Cito deseaba alquilar en su edificio. Mónica calculó que mediría un metro

cuadrado. Tenía dos puertas, cada una con un pomo, y se abrían en forma de libro. En una de ellas, encima del tirador, había una cerradura. Se puso de puntillas para probar si era posible abrir las portezuelas tirando simplemente del pomo, pero, como suponía, el armario había sido cerrado con llave. «Buena señal», dijo en un tono casi inaudible.

Abrió la cremallera del bolsillo interior de su bandolera y sacó la misteriosa llave que Adrián llevaba en el pantalón el día de autos. Cerró el puño apretándola con fuerza y la agitó como si fuera un dado y tuviera que tirarlo sobre el tablero. Solo le faltó soplar sobre la mano, imitando a los tahúres cuando invocan a la suerte.

Antes de continuar con lo que se disponía a realizar, miró en torno a ella y comprobó que, de momento, estaba sola en el garaje. Mejor. Así se sentiría con mayor libertad de movimientos. No es que estuviera haciendo algo irregular, pero prefería evitar la curiosidad de los vecinos. No le apetecía en absoluto encontrarse con los Vázquez o con algún otro cotilla del edificio. Ello la distraería, y necesitaba poner los cinco sentidos en lo que iba a realizar.

El pequeño armario estaba situado a demasiada altura como para poder llegar a insertar la llave en la cerradura. Echó un vistazo a su alrededor y vio que había más plazas en las que se había aprovechado el espacio para dejar bicicletas, cajas con libros, o para instalar en la pared algún que otro mueble semejante al de los Zhao. Fue en una de ellas donde localizó una banqueta, que tomó prestada para situarla debajo del mueble. Comprobó que se asentaba bien en el suelo y que tenía solidez suficiente como para subirse sin riesgo de romperse la crisma.

El corazón se le empezó a acelerar al comprobar que la llave encajaba a la perfección en la cerradura, y no digamos cuando, al girarla, pudo abrir una de las puertas sin problema. Una oleada de euforia le recorrió de pies a cabeza. «¡Toma ya!», exclamó para sí, satisfecha. La tentación de husmear el interior era grande, pero sabía que no debería hacerlo sin la supervisión del secretario judicial para que el registro cumpliera estrictamente las normas. Así que, tragándose la curiosidad, cerró el mueble, volvió a guardar la llave en el bolso, trasladó la banqueta al lugar donde la había encontrado y subió hasta la planta baja.

—¿Ya ha comprobado lo que quería? —preguntó Dimas, que en ese momento se encontraba repartiendo el correo en los buzones.

—Más o menos —respondió Mónica sin suministrar detalles.

—Si la puedo ayudar en algo no tiene más que pedírmelo.

—Muchas gracias, Dimas. Lo tendré en cuenta.

—¡A mandar!

Mónica se despidió y, con paso firme, se dirigió a organizar los trámites que le permitirían acceder legalmente al interior del misterioso mueble. Tal vez el registro que se disponía a realizar fuera infructuoso y no la llevara a sitio alguno, pero el enano que había ocupado sus tripas insistía en que lo hiciera.

Poco más de una hora y media después, regresó al garaje acompañada por Daniel Romero, quien, como letrado de la Administración de Justicia, ejercería de testigo en la inspección del armario. Preguntó por Yamato, pero Dimas le dijo que todavía no había regresado a casa.

El interior del mueble lo compartimentaban dos baldas a fin de distribuir el espacio. Estaba organizado de tal manera que con un golpe de vista se tenía acceso a cualquiera de los objetos que albergaba. En la estantería inferior, dos cajas de herramientas, una batería de automóvil, cables para recargarla y un par de garrafas vacías. La superior estaba considerablemente menos ordenada: tres archivadores con sus respectivos carteles en el lomo indicando el año de los documentos que contenía, y libros de viajes y de guías gastronómicas, que parecían ya obsoletos, se apilaban uno encima de otro. También había una máscara de *snorkel* cochambrosa con su correspondiente tubo, y utensilios varios que parecían haber sido jubilados hacía tiempo. Desperdigados por el interior, trapos doblados se distribuían en los diferentes huecos. Por la mezcolanza de elementos, daba la impresión de que la familia utilizaba el armarito como complemento del cuarto trastero. Tal vez necesitaban más espacio. O, simplemente, al tenerlo junto a los coches, les resultaba más práctico para dejar objetos poco voluminosos que solo esporádicamente tendrían que utilizar.

—No parece que haya mucho donde rascar.

Mónica pudo detectar en el tono del secretario judicial cierto hartazgo. Probablemente debido a que aquel registro le parecía de lo más inútil. Ella, sin embargo, observaba con detenimiento los enseres que llenaban el mueble. Con los guantes de látex puestos, sacó cuidadosamente uno de los archivadores y ojeó el interior. Facturas de gasolina, recibos de pago por el mantenimiento del BMW y de un Lexus, que supuso sería el otro vehículo de la familia, presupuestos, e incluso alguna publicidad de automoción. Revisó las otras dos carpetas clasificadoras y tampoco encontró nada de especial interés.

Iba inspeccionando cada uno de los cachivaches y después los dejaba tal y como los había encontrado.

Se miró los dedos enguantados y vio que estaban negros debido al polvo acumulado tanto en el exterior como en el interior del pequeño armario. Comprobó que su parka se había manchado. Parecía que Dimas no se esmeraba demasiado en la limpieza, ya que el garaje estaba tan cubierto de porquería que era inevitable salir indemne. Aunque ya era tarde para remediarlo, le pidió a Romero que le sacara del bolso otro par de guantes de látex para continuar con la tarea. Al menos, así no seguiría poniéndose perdida.

Ahora le tocaba el turno a los libros. Pudo contar tres de viajes: dos de la editorial Trotamundos correspondientes a Austria y a Shanghái, y uno de Lonely Planet que ofrecía recomendaciones de restaurantes y hoteles en Noruega. Junto a ellos, una guía gastronómica Gourmetour de hacía una década. Ninguno de ellos parecía actualmente de utilidad, ya que la información que ofrecían podía encontrarse mucho más fácilmente en Google con un simple clic. Supuso que por eso habían sido condenados al destierro.

Le llamó la atención el manual que recogía información de Noruega. Era un viaje que Cito le había propuesto hacer las próximas vacaciones: un crucero para conocer los fiordos en verano y vivir esos días sin fin en los que la noche se niega a hacer acto de presencia. Extrajo el ejemplar y, cuando se disponía a ojear las fotografías, notó que algo se deslizaba de entre sus páginas. Seguidamente, escuchó el ruido característico de cuando un objeto cae al suelo. Por el sonido, dedujo que sería de pequeño tamaño. Romero se percató y fue a recogerlo, pero no lo encontró. Mónica bajó de la banqueta e inspeccionó también a su alrededor, aunque sin éxito. Entonces sacó el móvil y recurrió a la socorrida linterna. Después de mirar cada centímetro de la plaza sin toparse con lo que buscaba, dejó el libro sobre el taburete y se agachó para alumbrar debajo del BMW. Pudo divisar un objeto pequeño, pero sin distinguir de qué se trataba. Había ido a parar lo bastante lejos como para que fuera complicado tener acceso a él simplemente con estirar el brazo.

—Te vas a poner perdida —avisó Romero—. Espera, voy a ver si hay algo por aquí que te pueda ayudar.

Echó un vistazo alrededor con la esperanza de encontrar un palo o algo semejante, pero no localizó nada que pudiera ser de utilidad. Mónica maldijo en voz baja al darse cuenta de que, si quería recoger aquello, tendría que arrodillarse y, si bien las paredes no parecían precisamente una patena, el suelo, lleno de grasa, atestiguaba que

hacía mucho tiempo que no había sido fregado. Romero sacó de su chaqueta un paquete de pañuelos de papel y se lo dio. Ella los extendió sobre la superficie con el fin de proteger el pantalón, que, para más inri, era azul cielo. Ya de rodillas, se remangó y estiró el brazo todo lo que pudo procurando no rozar los bajos del coche y evitando especialmente el suelo. Tras varios intentos, por fin pudo pinzar la pequeña pieza con los dedos índice y corazón.

Se trataba de un *pendrive* adaptador con una tarjeta de memoria insertada. Limpió como pudo el pequeño utensilio, extrajo la SD y sopló sobre las dos caras de esta para eliminar el polvo y la posible suciedad acumulada. Después la orientó hacia uno de los tubos fluorescentes que daban luz al garaje. Parecía intacta, así que, bajo la supervisión de Romero, quien levantó acta de la acción, la volvió a introducir en la ranura del adaptador y guardó todo en el mismo compartimento del bolso en el que había trasladado la otrora enigmática llave.

Colocó el libro en el armario procurando dejarlo más o menos como lo había encontrado y revisó minuciosamente el resto de las guías en busca de algún otro secreto, pero no encontró nada más allá que varios marcapáginas.

Trasladó la banqueta a la plaza a la que pertenecía. Después se despojó de los guantes y los tiró en una de las papeleras distribuidas en diferentes zonas del garaje. Necesitaba adecentarse un poco. Llevaba en el bolso varias toallitas de gel hidroalcohólico, así que las empleó para lavarse las manos y, con ayuda de Romero, frotar los lamparones de la parka, que se resistían a salir pero que, tras insistir con el pañuelo humidificado, lograron disimularlas con bastante éxito. Razonablemente limpia, cerró el mueble con la llave, y la guardó junto con el *pendrive* en el que iba insertada la tarjeta de memoria.

Cuando el secretario judicial y ella se dirigían hacia el ascensor, escucharon el inconfundible sonido de un vehículo bajando por la rampa. Lo conducía una mujer en la cuarentena con una señora mayor de copiloto. Al verlos pasar, las dos mujeres levantaron educadamente el brazo. Ellos correspondieron al saludo de idéntica manera.

A pesar de que el trayecto de vuelta a la comisaría fue menos incómodo que a la ida en cuanto al tráfico se refiere, a Mónica Rojo se le hizo mucho más pesado. Cada vez que paraba en un semáforo se quedaba alelada contemplando las riadas de gente que caminaban con ese ritmo tan peculiar de las fechas navideñas. Aunque todavía faltaban unos días para celebrar la Nochebuena, hombres y mujeres, y

no digamos los niños, parecían pletóricos de alegría. Esa euforia tan artificial que hace que las personas parezcan mucho más felices de lo que son en realidad gracias a los mensajes de paz, amor y sintonía que las marcas publicitarias manejan tan hábilmente.

Paseaba su mirada por los carteles luminosos que ambientaban las calles. Apenas parpadeaba. Cualquiera que la hubiera observado habría pensado que se recreaba disfrutando del curioso espíritu navideño. Sin embargo, lo que parecía curiosidad no era más que concentración. Su mirada desvaída, enmarcada por las gafas, implicaba un agitado viaje por el interior de su cabeza. Un periplo turbulento lleno de elucubraciones.

Nunca hasta entonces las Navidades le habían sido tan ajenas. Siempre disfrutaba ayudando a su abuela a confeccionar los menús y planificando las actividades que la anciana gustaba programar para días tan especiales, pero en esta ocasión todavía no le había preguntado cuándo quería hacer la gran compra que tradicionalmente ambas realizaban para adquirir marisco, cordero, charcutería, turrones y demás exquisiteces que componían las comilonas de las fiestas. Afortunadamente, Pilarín, viendo lo liada que estaba su nieta, se había encargado de ir comprando poco a poco una gran parte de los víveres. Lo cierto es que la ilusión que año tras año Mónica había ido conservando desde su niñez, de pronto, había desaparecido. Podría decirse, incluso, que estaba tomando manía a este período, para casi todo el mundo de ocio y divertimento, de regalos y de lotería. Ni siquiera se había puesto a pensar en qué regalar a Cito o a la propia Pilarín, aunque las celebraciones se le estuvieran echando encima. No le preocupaba en exceso porque podría salir del paso comprando a su novio el Gremlin Mohawk con rifle de asalto del que le había hablado, alguno de los Masters del Universo que le faltaban u otro muñeco destinado a formar parte de su colección. En cuanto a su abuela, era tan agradecida que con un frasco de su colonia habitual podría salir del paso, siempre que lo acompañase una nota cariñosa escrita a mano y rematada con el dibujo de un corazón humanizado con ojos y sonrisa pintado a rotulador. No era ni mucho menos la mejor opción, ya que le encantaba ver la expresión de ambos cuando se topaban con algo que no se esperaban, pero tal y como estaba el panorama no tenía la cabeza para destinarla a diseñar sorpresas. Habiendo ya solucionado, al menos mentalmente, el tema de los regalos, Mónica Rojo volvió a perderse en sus elucubraciones con la tranquilidad de poder liquidar ese compromiso familiar sin tener que dedicar a la tarea un tiempo excesivo.

El sonido de un claxon cabreado la sacó de sus pensamientos. Vio que el semáforo estaba de color verde y alguien le indicaba mediante esa manera tan poco cortés que se había retrasado unos segundos en continuar la ruta. Es verdad que se había distraído buscando en la guantera la bolsa de chuches, pero la reacción le pareció desmesurada. Miró por el espejo retrovisor y vio al conductor despotricando y haciendo una peineta con el dedo corazón. Era evidente que al buen hombre el espíritu navideño le traía al pairo. «Gilipollas», vocalizó el tipo ostensiblemente para que quedara claro lo que pensaba de ella. Era lo que tenía ir de incógnito en un K. Aquel mismo individuo habría aguantado estoicamente parado en el semáforo si, en lugar de un coche camuflado conducido por una zangolotina como Mónica, se hubiera tratado de un Zeta con un par de barbudos uniformados en el interior. Estuvo tentada de salir con la placa en la mano para decirle que la gilipollas también le deseaba felices fiestas y que lo invitaba a celebrarlas en comisaría. Ver la cara que pondría el muy cretino sin duda merecería la pena, pero no estaba el horno para bollos, así que se metió dos chuches de golpe en la boca, aceleró y continuó su ruta.

Durante el trayecto, hacía especulaciones acerca de lo que almacenaría en su interior aquella tarjeta de memoria. Estaba deseando llegar al despacho para salir de dudas. Daba vueltas y más vueltas imaginándose historias de lo más surrealista. «¡Para Moni!», se dijo a sí misma intentando controlar aquel batiburrillo mental. Sin embargo, su voluntad se resistía a ser domesticada, así que por su cabeza seguían desfilando sin control numerosas posibilidades, aunque intuía que, como suele suceder casi siempre, se trataría de algo inesperado y, tal vez, sin interés alguno para su objetivo, que no era más que clarificar el caso que tan ocupada la tenía. Para que la impaciencia no la corroyera intentaba convencerse de que lo más probable sería que fuesen fotos conservadas en formato digital de un viaje a Noruega realizado por la familia, razón por la cual la tarjeta se hallaba entre las páginas de la guía del país. También contemplaba la opción de que estuviera vacía, aunque, por otra parte, ¿a quién se le ocurriría guardar un USB con una tarjeta de memoria sin contenido entre las páginas de un libro?

Distraída con todo ello, llegó a la comisaría. Se apresuró a aparcar el vehículo en la zona reservada y, con paso raudo, se dirigió hacia su despacho. Ni siquiera se despojó de la parka. Conectó el ordenador, tomó asiento, e introdujo en la ranura el adaptador que contenía la minúscula tarjeta de memoria. Los pocos segundos que tuvo que esperar hasta que la computadora reconoció el *pendrive* se le hicieron

eternos. Se trataba de un vídeo en formato MOV. «Archivo T» era el nombre con el que alguien había titulado el contenido. Pulsó con el ratón en el icono y se dispuso a averiguar lo que se guardaba allí dentro. Sin embargo, un soniquete acompañado de un aviso en la pantalla le impidió tener acceso al contenido. «¡Mierda!», exclamó sorprendida. El ordenador le indicaba que el archivo que contenía la tarjeta estaba encriptado y no se podía acceder a él a menos que se introdujese la contraseña solicitada. «¡Joojooder, joojooder, joder!». Mónica golpeaba la mesa con el puño al mismo ritmo que despotricaba. Era su manera de desahogarse. Procuraba controlar el tartamudeo y, sobre todo, la intensidad de su enfado, maldiciendo en voz baja. Lo último que le faltaba era que Antúnez pasara por allí y la oyera desbarrar de esa manera. Hablando sola como si estuviera trastornada o, lo que era peor, insultando al ordenador, lo que ya directamente la catalogaría como carne de psiquiátrico.

Se recostó en la butaca y miró hacia el techo haciendo respiraciones profundas en un intento de calmarse. Por fortuna, lo fue logrando poco a poco. Incluso pudo activar la faceta más positiva de su personalidad. Pensaba que mucho peor hubiera sido que la tarjeta estuviese dañada o que a ella no se le hubiera encendido la bombilla en la primera planta del aparcamiento de Cito al ver ese armario colgado en la pared. Al fin y al cabo, solo era una piedra más en el camino. Un contratiempo que podía ser solventado. Además, el hecho de que la tarjeta estuviera encriptada indicaba que contendría algo lo suficientemente delicado para que alguien se tomase la molestia de proteger el contenido. Al menos no estaba perdiendo el tiempo en algo sin interés. La cuestión era si eso que se estaba blindando sería de utilidad para sus fines, pero ya tendría la ocasión de comprobarlo.

El esfuerzo realizado para ver el vaso medio lleno acabó contrastando con la cruda realidad. Por mucho que se empeñara, existen en la vida de cualquier persona días rodeados de oscuridad. Días en los que hubiera sido mejor permanecer en la cama sin hacer otra cosa que dormir o ver la televisión, absteniéndose de abordar cualquier otro asunto, y aquel era uno de ellos. Había vislumbrado una portezuela que, al abrirla, la iba a permitir avanzar hacia la solución de aquel asunto. Ello había sido una motivación para salir del estado de desaliento en el que se hallaba. Tenía puestas sus esperanzas en esa memoria USB, en que lo que almacenase podría marcar el rumbo de la investigación. Creía haber encontrado lo que conduciría a aclarar el enigma que rodeaba el caso del chico del san José o, al menos, el hilo del que tirar para desenredar el ovillo y que todo iría

como la seda a partir de entonces. Sin embargo, ahora tendría que poner en marcha el cansino protocolo. Solo así podría averiguar lo que contenía «la dichosa tarjetita de los cojones». Todo se iba dilatando en exceso, y el tiempo se empeñaba en agotarse, terca y desesperantemente. Mónica apretó los dientes. Ese gesto, que hacía que sus mandíbulas se le marcasen endureciendo el rostro, le daban un aire de madurez del que su físico habitualmente carecía.

Capítulo 29

Miércoles, 21 de diciembre

Faltaban tres días para Nochebuena. La alegría de los niños con la ilusión de la llegada de Papá Noel contagiaba todo. Padres, hijos y abuelos se transmitían unos a otros el buen humor que entierra las penas y las decepciones. Todos en armonía deseando lo que se supone que hay que desear cuando llega esta época del año. Sin embargo, para Mónica Rojo era un día más. Un día sin nada especialmente reseñable, a menos que el estrés se considere un estado especial a tener en cuenta. Solo habría sido una jornada especialmente desagradable si ese vacío que sentía en el estómago se hubiera iniciado esa mañana, pero, muy a su pesar, se estaba convirtiendo en algo perpetuo. Tan perenne como las hojas de un alcornoque. Como quien se acostumbra a una enfermedad crónica y tiene que aprender a convivir con ella.

Sentada en aquella silla, dura como una piedra, aguardaba a Salva Fanjul en el vestíbulo de la sede de la Policía Científica. Este se retrasaba más de lo esperado. El aspecto de la inspectora era relajado, con su cara de niña buena acentuada por su característico flequillo rubio y ese modo tan infantil de apartárselo para que no le molestase en los ojos. Sin proponérselo, emitía esas vibraciones de empollona incapaz de salirse del tiesto y de no haber roto un plato en toda su vida.

Las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada, enmarcada por sus gafas de pasta color turquesa, fija en la pared podía llevar a pensar que esperara su turno para entrar en la consulta del médico de cabecera. Esa impresión de serenidad únicamente era traicionada por el movimiento involuntario de su pierna izquierda. Era casi imperceptible, de hecho, ni siquiera ella era consciente de que estuviera ocurriendo. Como si su cerebro, de forma independiente, enviase la orden a su extremidad sin pedir permiso previo a la dueña de esta.

La espera se le estaba haciendo tan cuesta arriba que le costaba quedarse quieta. Al bailecillo de la pierna se sumó el mordisqueo del

dedo pulgar. Luego, las ganas de revolverse en la silla para aliviar el dolor que le estaba produciendo en el culo la dureza de su superficie, y, por último, seguir el irresistible impulso de levantarse y pasear de un extremo a otro de la pequeña sala como si fuera un animal en su jaula. Si alguien se hubiera detenido a observarla, probablemente habría pensado que no estaba en sus cabales o que podría haber consumido alguna sustancia estupefaciente debido a la hiperactividad que demostraba, pero, por fortuna, nadie reparaba en ella. Al ser un lugar de paso, policías de uniforme y de paisano desfilaban por allí únicamente para desplazarse a sus despachos o a alguno de los laboratorios que albergaba el edificio.

Miró el reloj y en su rostro se dibujó una expresión de sorpresa seguida de un resoplido de fastidio. Le parecía imposible que apenas hubiesen transcurrido cinco minutos desde la última vez que ejecutó la misma acción. Le desesperaba la lentitud con la que se desarrollaban las cosas. Tenía la impresión de llevar en el edificio toda la mañana. Sin embargo, apenas había pasado un cuarto de hora desde que pidió a la funcionaria de la entrada que avisara a Fanjul de su presencia. Últimamente su percepción del tiempo se estaba trastocando. O bien se le pasaban las horas con rapidez inusitada al percatarse de que la oscuridad había tomado el relevo al día, o todo parecía ir a cámara lenta. Era como si un hada hubiera hechizado los relojes con su varita mágica manejando a su antojo la velocidad con la que transcurrían los minutos. Aunque, por lo enojoso que le resultaba el hechizo, en lugar de la típica ancianita bonachona entrada en carnes, aquello parecía obra de una huesuda bruja malvada sacada de un cuento de terror.

La entrada de Salva Fanjul le produjo un efecto tan positivo que lo recibió con una gran sonrisa. Él, sin embargo, con su aire de hombre tranquilo, parecía imperturbable.

—¿Qué? —espetó Mónica, impaciente.

El policía, a modo de respuesta, la miró, levantó las cejas, respiró profundamente e hizo un gesto con la cara que ella no supo traducir. Aguardó expectante a que le aclarara el significado, pero las palabras no llegaban. Ignoraba qué demonios quería transmitir su colega con ese silencio lleno de suspense. El mensaje gestual era ambiguo: podría significar que lo encontrado era jugoso o, por el contrario, no ser lo suficientemente satisfactorio como para colmar sus expectativas. Esto último en absoluto le habría sorprendido, dado su reciente historial de fracasos.

—No habéis podido desencriptarla —dedujo ella, desinflada, pero

con la resignación de añadir una decepción más a la lista.

—Ha costado, pero lo hemos conseguido —afirmó él, con un guiño de euforia en los ojos que a ella le intrigó, al tiempo que le proporcionaba la seguridad de salir de dudas, para bien o para mal.

Mónica Rojo no movía un músculo, como si quisiera que nada distrajera a Salva Fanjul de su explicación, que parecía iba a producirse al fin. Sin embargo, él se limitó a hacer un ademán con la mano, pidiendo que lo siguiera.

Las largas zancadas del policía y su acelerado ritmo, subiendo las escaleras de dos en dos hasta el piso superior, forzaban a Mónica a ir tras él casi corriendo.

Llegados al Departamento de Ingeniería e Informática Forense, Fanjul se dirigió a una de las mesas en la que, frente a un ordenador, se sentaba un agente bigotudo al que Mónica no conocía.

—¿Lo tienes preparado? —preguntó Fanjul.

—Sí. ¿Necesitas que me quede?

La pregunta del policía estaba dirigida hacia Fanjul, sin embargo, miraba de soslayo a Mónica con una especie de pudor extraño. Mónica le recordó a su abuela cuando, de niña, aparecía en televisión algún contenido no adecuado para su edad.

—No es necesario, gracias —respondió Fanjul.

El hombre se levantó, cedió el asiento a la inspectora y abandonó la estancia. Salva Fanjul, por su parte, se dirigió hacia la zona donde se encontraba una funcionaria que, concentrada, analizaba un conjunto de códigos en su ordenador. Tras pedirle perdón por la intromisión, solicitó tomar una silla libre que había junto a su mesa y la situó al lado de Mónica. Esta todavía respiraba aceleradamente, recuperándose de la carrera que la había forzado a hacer su colega.

En el centro de la pantalla, preparado para ser abierto, un vídeo: «Archivo T». El mismo al que Mónica había intentado acceder, pero en esta ocasión sin aviso alguno que indicara estar protegido mediante una clave.

—Hemos investigado si el contenido circula por internet, pero no parece que se haya colgado en ningún sitio.

La inspectora se preguntaba qué contendría aquella misteriosa tarjeta para que el equipo de Fanjul considerase de interés rastrear en ese sentido, pero se abstuvo de preguntar, ya que quería sacar sus propias conclusiones.

—¡Vamos allá! —dijo él, frotándose las manos, antes de disponerse a entrar en faena. Era un gesto característico en el que Mónica ya había reparado en otras ocasiones. Especialmente cuando la acción a

la que su colega se enfrentaba tenía la suficiente «chicha» como para provocarle un entusiasmo más allá de lo habitual.

La inspectora, ya recuperada del esfuerzo, parecía paralizada. Tan quieta como una muñeca de tamaño natural sacada de la colección de su novio y a la que hubieran colocado sobre aquella silla a modo de decorado. Solo el parpadeo y el ligero movimiento que la respiración ocasionaba en su pecho indicaban su estado de alerta.

Fanjul se hizo con el ratón y pulsó el *play*. Se trataba de una película casera. Parecía haber sido tomada con un dispositivo situado en un lugar fijo, ya que la cámara registraba un único plano.

A Mónica Rojo le costó reconocer el lugar. Al primer golpe de vista pensó que aquel sitio podría ser una tienda de ropa. Tal vez uno de los probadores del establecimiento. Pero cuando se fijó en el suelo, la pintura de las paredes y en algunos detalles, dedujo que podría ser una de las estancias del hogar de los Zhao. De cualquier modo, no era más que una especulación, ya que ella solamente había tenido acceso al salón, al dormitorio de Adrián y al cuarto de las llaves, además de al vestíbulo.

Era una pieza alargada y estaba estructurada a modo de vestidor. Parecía un gigantesco armario con un pequeño diván en el centro y un espejo de cuerpo entero al fondo. En los altillos se distinguían cajas de diversos tamaños. Daba la impresión de que el dispositivo con el que fueron tomadas las imágenes hubiera sido situado en una de estas baldas superiores, posiblemente entre dos de las cajas.

La parte derecha del vestidor se destinaba a camisas, americanas, pantalones y corbatas, y la izquierda a vestidos, trajes de chaqueta, blusas y prendas inequívocamente femeninas. Camisetas y algunos jerséis, meticulosamente doblados, se distribuían en diferentes compartimentos a modo de estanterías. También podían distinguirse numerosos cajones. Las zonas superior e inferior se reservaban al calzado, predominantemente de mujer. Era uno de esos espacios de los que solo puede disponer la gente que cuenta con una vivienda lo suficientemente grande como para destinar una habitación únicamente a la tarea de cambiarse de ropa. Mónica solo había visto algo parecido en películas como *Sexo en Nueva York* o *American Gigoló*, pero no conocía a nadie de su entorno que pudiera permitirse aquel lujo.

A pesar de lo espléndido que resultaba el amplio vestidor, no fue ni por asomo lo que más sorprendió a Mónica Rojo. Quienes la dejaron literalmente boquiabierta fueron los protagonistas de la grabación. Se acercó lo más que pudo a la pantalla, sin cambiar un ápice su

pasmada expresión. Ajustó inconscientemente sus gafas, como si ese gesto le permitiera una mayor exactitud en el análisis de lo que sucedía delante de sus ojos. Necesitaba cerciorarse de que lo que estaba viendo era, en efecto, lo que le parecía apreciar. Tomó el ratón y retrocedió la acción para volver a ver desde el principio lo que allí estaba ocurriendo, aunque en absoluto se encontrara cómoda presenciándolo. Se sentía como una voyeur mirando por el ojo de una cerradura, lo que le provocaba un cierto bochorno que se manifestaba tornando en rojo sus casi siempre desvaídas mejillas. El rubor se acrecentaba por la presencia de Fanjul, sentado justo a su lado. Este, a pesar de conocer el contenido de la cinta, no se perdía ni un ápice de lo que sucedía en la pantalla. Tras asegurarse de que los actores de aquella película eran los que ella creía, Mónica pausó la grabación. Desvió la mirada hacia su colega, buscando corroborar la información visual recibida. Este afirmó con la cabeza, ratificando sus impresiones. La inspectora volvió a dirigir su atención hacia la pantalla para certificar, sin género de duda, que quienes allí aparecían eran dos personas que, ni en la más loca de sus fantasías, habría podido imaginar en semejante situación.

Apoyados en una de las paredes del vestidor, Adrián Zhao y la esposa de su padre, Sofía Puyol, mantenían relaciones sexuales.

—¿Y qué quieres que hagamos con esto?

Mónica Rojo, de pie, al otro lado de la mesa, miraba estupefacta a Pablo Antúnez, sin dar crédito a la naturalidad con la que le había lanzado la pregunta. Parecía estar refiriéndose a un aburrido documento que requiere un simple trámite o a un insulso vídeo sin interés. No era en absoluto la reacción que esperaba. Estaba convencida de que, tras enseñarle las jugosas imágenes que contenía la tarjeta de memoria, habría tomado cartas en el asunto. Incluso contemplaba la posibilidad de que hablase de nuevo con Homicidios instándoles a que se ocuparan de un asunto que a todas luces apestaba. Sin embargo, allí estaba Antúnez, sentado en su butaca tranquilamente, como si en lugar de ver cómo una mujer adulta practicaba sexo con un menor que además era su hijastro, y que tiempo después fue hallado muerto en extrañas circunstancias, hubiera visto una simple película porno casera, como tantas otras.

—¡Pues tirar de este hilo, Pablo! —exclamó, cargada de razón, procurando dar a sus palabras el mayor peso y seriedad posibles—. Paaapaaarece evidente que el caso se decanta hacia lo que sospechábamos.

—Lo que sospechas tú —se encargó de aclarar él.

—Con todo respeto, lo dices como si fuera un capricho mío seguir dando vueltas a esto. No es en absoluto gratuito, y lo sabes. Si valoro que pueda tratarse de algo diferente a un suicidio se debe a que, hasta ahora, no hemos encontrado una explicación lógica a un montón de cuestiones que han rodeado este caso desde el primer momento. Y el remate lo han puesto estas imágenes grabadas en una tarjeta de memoria que alguien escondió entre las páginas de un libro.

—Así que, según tú, la peliculita en cuestión —dijo con cierta guasa—, prueba que la muerte de Adrián Zhao fue un homicidio.

—Eso no lo puedo asegurar. Simplemente digo que ha aparecido un elemento inquietante más para tener en cuenta.

—¿Por qué? Yo aquí lo único que veo es un vídeo subido de tono. Ambos se lo están pasando bastante bien, ¿no te parece? No hay coacción por ninguna de las partes. —Hizo una pausa para tomar el dosier que yacía sobre su mesa. Fue pasando las páginas hasta que se topó con la información deseada. Después se la mostró a su subalterna, subrayando la parte concreta con el dedo—. Lo que dice aquí es muy claro. Por lo registrado en los metadatos, este vídeo se grabó tres meses antes del fallecimiento del chaval. O sea que ya tenía diecisiete años. Sabes perfectamente que tener relaciones sexuales con un menor es legal si este ha cumplido dieciséis y existe consentimiento, cosa que parece evidente.

—¿Me lo dejas un momento? —preguntó ella educadamente, indicando el documento que su jefe todavía tenía entre las manos. Este se lo entregó, y ella, tras encontrar lo que buscaba, leyó la conclusión a la que habían llegado los informáticos de la Policía Científica—. «Las imágenes fueron registradas y editadas por un terminal telefónico marca Samsung Galaxy S23. La información suministrada por los metadatos indica que las citadas imágenes se pasaron posteriormente a la tarjeta de memoria que ha sido analizada» —leyó—. La marca y el modelo del teléfono con el que se grabó la película es la misma que la del móvil de Adrián —aclaró, para que no hubiera dudas.

—¿Y?

—¿No te parece extraño que precisamente el dispositivo con el que fue grabado este vídeo tan comprometido se esfumara? ¿De verdad no te choca que alguien se tomara la molestia de romperlo en pedazos y después lo hiciera desaparecer para no dejar el más mínimo rastro? Bueno, el único que dejó te recuerdo que estuve a punto de clavármelo en la mano.

—O sea que piensas que esta grabación tiene importancia en la

investigación.

La inspectora, que continuaba en pie, apoyó las manos sobre la mesa y miró directamente a los ojos de su superior, que estaba descuidadamente recostado en la butaca.

—Dime sinceramente que crees que este vídeo no está relacionado con lo que ocurrió en el piso de Las Glorias —insistió.

—Lo que yo crea o deje de creer es lo de menos, Mónica. No es mi cometido hacer juicios morales. Lo que te digo es que lo que hay aquí —dijo, señalando la pantalla del ordenador— no cambia objetivamente la situación. Estamos exactamente en el mismo punto de antes de conocer la existencia de estas imágenes.

La despreocupación con la que Antúnez se había tomado lo que para ella era clave en el rumbo de la investigación, le causó un efecto demoledor. Una amarga sensación de impotencia la hizo desplomarse en la silla. Estaba segura de que si se hubiera tratado de una muchacha adolescente practicando sexo con un hombre adulto, la actitud de Antúnez habría sido bien distinta, pero prefirió guardarse el comentario. No quería meterse en camisas de once varas, ya que no estaba el horno para bollos y lo único que podría conseguir era que su jefe la acusase de llamarle sexista o de utilizar un doble rasero y la echase del despacho con cajas destempladas.

¿Y ahora qué tocaba? ¿Darse por vencida? Si lo hacía, sabía que este asunto la iba a perseguir durante mucho tiempo. Aunque era consciente de haber hecho todo lo que estaba en su mano y de que no dependían de ella las acciones a seguir, le iba a costar asumir que quien fuera responsable del posible crimen fuera a salir impune. No obstante, mentalizarse de que su capacidad de acción estaba condicionada a lo que decidiera su superior le tendría que servir para pasar página. Las jerarquías en la Policía son tan estrictas como en el Ejército, y si Antúnez daba cerrojazo a la investigación, ya podía ir olvidándose del caso. De cualquier manera, todavía le quedaba por quemar un último cartucho.

—Vale. Según tú, estamos en el mismo punto y nada ha cambiado, ¿correcto?

—Correcto.

—Entonces, tal y como habíamos acordado —subrayó—, seguiré haciendo pesquisas hasta el día de Reyes.

Pablo Antúnez se revolvió en la butaca. Aquello lo único que le estaba ocasionando eran dolores de cabeza. Se arrepentía de haber autorizado a Mónica seguir con un caso que ya estaría archivado si no hubiera sido porque la tocapelotas de su subalterna se empeñó en

remover la mierda. Aunque alguien hubiera matado a Adrián Zhao sería prácticamente imposible demostrarlo. Estaba a punto de cortar por lo sano y apartar a Mónica del caso, pero se sentía pillado por haber marcado el plazo que le había concedido.

—De acuerdo, pero con discreción. Y después se acabó. Lo archivamos y punto final —dijo, dando por descontado el final de la historia—. ¡Ah!, y no quiero líos. Sofía Puyol es abogada, lo que me lleva a creer que conoce muy bien los límites dentro de los cuales nos podemos mover. Y me temo que como nos pasemos un pelo nos la puede montar bien montadita. Así que no se te ocurra dar un paso en falso. Sería muy pero que muy desagradable salir en los periódicos por meternos donde no nos llaman. Si sucediera algo así, te aseguro que la factura a pagar sería alta.

El modo de mirarla y la seriedad amenazadora con la que acentuó la última frase hizo que el enanito instalado ya de forma permanente en las tripas de Mónica Rojo se revolviera, creándole unas irresistibles ganas de ir al baño.

Tras la reunión con Antúnez, la inspectora Rojo pasó el resto de la jornada sopesando las acciones a seguir. Ahora, más que nunca, era consciente de lo imprescindible que era ir con pies de plomo si no quería caerse con todo el equipo. Si ya tenía bastante con la presión que este caso llevaba consigo debido a sus particulares circunstancias, ahora se añadía la espada de Damocles que su jefe había cernido sobre su cabeza. Y, para colmo, empezaba a encontrarse mal. Notaba la cabeza pesada y no había parado de estornudar durante toda la tarde. Un inoportuno catarro en el mejor de los casos, y gripe en el peor, amenazaba con dejarla con las facultades mermadas.

Eran casi las diez de la noche cuando llegó a casa. «¡Vaya horas!», le espetó su abuela, que estaba colgando bolas en el árbol de Navidad situado en uno de los rincones del saloncito. La profusión de guirnaldas y adornos de todos los colores imaginables daban al hogar de las Rojo el habitual ambiente entrañable de todos los años por esas fechas. Encima del aparador ya estaba instalado el Nacimiento, con toda la parafernalia de lucecitas iluminando las casas que rodeaban el río, fabricado con papel de aluminio.

—Te podría haber ayudado a colocar todo esto, yaya.

—¡Como no tienes otra cosa que hacer! Anda, anda, ve poniendo la mesa, que yo termino esto en un santiamén.

Mónica se dirigió a la cocina para coger platos y cubiertos y los fue colocando sobre la mesa. En el centro, una tortilla de patatas y una

ensalada de tomate que abrieron de inmediato el apetito de la inspectora, a pesar de que el resfriado le había producido una incómoda jaqueca. Tres estornudos seguidos, las ojeras y la nariz tan colorada como un pimiento morrón pusieron en alerta a Pilarín.

—¡Menudo pasmazo que te has cogido! Venga, cámbiate de ropa, cenas y después te llevo a la cama una aspirina y un vaso de leche caliente con un chorrito de coñac y una buena cucharada de miel, que buena falta te hace.

La combinación de esos tres elementos, uno de ellos de alta graduación alcohólica, era la forma que tenía Pilarín de curar los catarros a su nieta desde que era una niña. Aunque no fuera políticamente correcto endosar semejante lingotazo a una criatura, lo cierto es que siempre fue «mano de santo» para aliviar sus constipados.

Mónica apenas tardó unos minutos en despojarse de la ropa de trabajo y ponerse el cálido pijama de franela. Con la comodidad proporcionada por el calor del hogar, cenó junto a su abuela sin escatimar alabanzas al talento culinario de la anciana. Era un rito que se repetía cada día: Mónica ponía en valor lo sabroso de sus recetas y Pilarín quitaba importancia a su buen hacer en la cocina: «¡Pues anda que no es fácil, solo tienes que picar un poco de cebolla y unos ajitos y le das un punto la mar de rico!».

Tras dar ambas buena cuenta de la cena, la abuela insistió en que Mónica se metiera en la cama, pero esta prefirió distraerse un rato viendo la televisión. Necesitaba desconectar aunque solo fuera durante un rato. Así que ayudó a su yaya a «recoger los cacharros», llevó al salón el plato de turrones variados previamente preparado por Pilarín, y ambas se sentaron en el sofá a seleccionar un canal que emitiese algo entretenido. Fue la abuela quien se decantó por un espacio de entrevistas. Mientras tomaban el postre, la anciana puso a su nieta al día de los avatares románticos de una pareja de frikis, protagonista en ese momento del programa. Ambos estaban de actualidad por haber retomado la relación después de su supuesta ruptura. Mónica únicamente conocía a la veterana presentadora, Vicky Sánchez, una de las estrellas de la cadena desde hacía años, pero la mediática pareja tan solo le resultaba vagamente familiar, y eso que solía estar casi tan al tanto como su abuela de los famosillos que pueblan ese tipo de programas. Pilarín le dio pelos y señales de todos. A los tres los mencionaba por su nombre de pila, como si fueran sus vecinos. La distendida conversación sirvió para distraer a la inspectora de lo que le había preocupado durante toda la jornada.

—¡Se te están cayendo las persianillas! —dijo Pilarín cariñosamente al observar que su nieta hacía esfuerzos por mantener sin éxito los ojos abiertos.

Mónica se metió en la cama. La abuela dejó sobre la mesilla la pócima medicinal que le había preparado y la arropó como cuando era niña. Insistió en que tenía que tomarse bien caliente el contenido de la taza y no se retiró hasta que Mónica terminó de beberlo.

—¡Y no te destapes, que tienes que sudar para eliminar las miasmas! —dijo antes de salir del cuarto.

Los efluvios del coñac mezclado con la leche y la miel le provocaron una reconfortante sensación. Confiaba en quedarse dormida enseguida, pero era incapaz de desprenderse del batiburrillo mental que colmaba su cabeza. Las horas iban pasando sin que fuera posible pegar ojo.

Desobedeciendo a su yaya, se levantó para mirar a través de los cristales de la ventana. La habitación se había quedado fría, así que tomó la manta de la cama y se la echó por encima. Permaneció unos minutos con la vista fija en las farolas de la calle, escuchando los ladridos de un perro en la lejanía y observando a tres crápulas que se despedían entre estallidos de risas provocadas por las copas de más ingeridas durante la noche. Todo acompañado por el murmullo de fondo, tan característico de cualquier ciudad, del zumbido de los coches al circular. Imágenes y sonidos que la tranquilizaban, pues eran testigos de una cotidianeidad que contrastaba con el maremágnum del interior de su mollera. Entonces volvió a pensar en Adrián. En que ni su voz ni su presencia jamás aparecerían por calle alguna. Fue una sensación un tanto extraña. De repente echaba de menos no haberlo conocido aunque, por otra parte, lo percibía como alguien familiar, seguramente por el tiempo que le había destinado en sus pensamientos.

Después, tras cerrar la ventana cuidadosamente para no despertar a su abuela, regresó a la cama, aun así, le resultaba imposible conciliar el sueño. Empezó a preocuparse por el insomnio. Si además del enfriamiento que le embotaba era incapaz de dormir lo suficiente, se encontraría baldada por la mañana. Necesitaba energía para que la mente le funcionara correctamente y si no dormía al menos cuatro o cinco horas corría el riesgo de perder la perspectiva y, en consecuencia, meter la pata por acción u omisión. Pero cuanto más deseaba que la visitara Morfeo, más despierta se encontraba. Ya de madrugada, tras dar vueltas y más vueltas a todas las opciones posibles e inundar la superficie de la mesilla de pañuelos de papel

repletos de mocos, llegó a la conclusión de que debería empezar por hablar con la única protagonista viva de aquella grabación «subida de tono», tal y como la calificó el cursi de su jefe. Lo mejor era coger al toro por los cuernos y escuchar lo que tenía que decir al respecto la madrastra convertida en amante. Una vez tomada aquella decisión, como si se hubiera quitado un peso de encima, se quedó profundamente dormida.

Capítulo 30

Jueves, 22 de diciembre

El sonido del despertador la sobresaltó. No recordaba lo que estaba soñando en aquel momento, pero con seguridad se trataba de una pesadilla, dada la desazón que le había dejado en el cuerpo. Notó el pelo pegajoso debido a haber sudado durante la noche. Parecía que el cóctel «curativo» preparado por Pilarín había surtido el efecto deseado y, al menos en gran medida, las molestias habían desaparecido. La congestión nasal perduraba, pero el resto de síntomas se habían esfumado, especialmente el inhabilitante dolor de cabeza. La reparadora ducha, el ColaCao con galletas que le preparó su abuela y el paracetamol que se tomó antes de salir sirvieron para espabilarse y comenzar el día con suficiente energía.

Ni siquiera esperó a llegar al despacho para ponerse en contacto con la que se había convertido de la noche a la mañana en la estrella de la impactante película camuflada en el garaje de los Zhao. No quería perder ni un minuto, así que aprovechó el trayecto en coche hasta comisaría para realizar la llamada a través del «manos libres».

Durante la breve conversación telefónica mantenida con Sofía Puyol, Mónica se esforzó en mostrarse distendida. Intentó adoptar un tono ligero proponiéndose ser exquisitamente cuidadosa para evitar cargar las tintas. Hablar a calzón quitado, nunca mejor dicho, sería inevitable cuando se encontraran cara a cara, pero hasta entonces consideró conveniente mantener a Puyol con la guardia baja. Tras pedir a su interlocutora disculpas por la molestia, Mónica le comentó que necesitaba hacerle «un par de preguntas». «Adelante», dijo, colaborativa, la esposa de Yamato Zhao desde el otro lado de la línea. La inspectora carraspeó, y le comunicó que prefería hablar con ella en persona: «Sé que está muy ocupada, pero le aseguro que solo la entretendré unos minutos. Necesitaría verla hoy, pero no quiero trastocarle la jornada. Así que cuando a usted le venga bien. Puedo ir a su oficina para que no tenga que desplazarse. Dígame una hora y yo me adaptaré». Le espetó todo el parlamento seguido, sin darle opción a que pusiera excusas.

Sugerirle que la cita se produjera fuera de la comisaría era una forma de restarle protocolo. Aquello debería asemejarse más una charla que una toma de declaración. Consideraba importante no adelantarle la razón de querer verla con el fin de observar su primera reacción cuando le arrojase semejante bomba. Era imprescindible evitar que la señora Puyol se sintiera atacada. Si eso llegara a suceder, corría el riesgo de que se rodeara de un inaccesible escudo protector que pondría todo bastante más cuesta arriba de lo que ya estaba.

Correspondiendo al tono relajado de Mónica, Sofía le comunicó que, aunque tenía un día «bastante liado», le haría un hueco. «Si va a estar fuera del despacho no se preocupe, yo me desplazaré al lugar conveniente», le facilitó la inspectora. «No, mejor por aquí. Tengo varias reuniones, así que estaré toda la mañana en la oficina. Deme un momento, por favor. Consulto la agenda y le comento». Se lo dijo con el mismo tono que hubiera empleado con una potencial cliente en lugar de con la policía encargada de la investigación de la muerte de su hijastro. Igual de amable y distendida. Tras unos instantes de silencio al otro lado de la línea en los que Mónica supuso que, más que gestionando su horario, estaría especulando lo que había motivado aquella llamada, la abogada le sugirió verse a media mañana en una cafetería próxima a su despacho.

Mónica Rojo llegó a la cita veinte minutos antes de la hora concertada. Había tanto ruido en aquel bar que descartó de inmediato celebrar allí el encuentro. Señoras ociosas más maduras de lo que sus vestimentas indicaban, y con la piel excesivamente arrugada como consecuencia de reiteradas sesiones de bronceado, se mezclaban con ejecutivos de la zona. Los camareros no daban abasto sirviendo tardíos desayunos y tempranos aperitivos. El sonido de cubiertos entrechocando con platos y tazas, y charlas a elevados decibelios, persuadieron a Mónica de que aquel no era el lugar más adecuado para mantener la entrevista que se disponía a realizar. Un tema tan delicado no debería ser tratado a voces, así que se reuniría con ella en otro sitio. Barajó subir al bufete y esperarla en la sala de visitas. Pediría a la secretaria que cuando la abogada terminara la reunión que estuviera manteniendo, le notificara su presencia, pero supuso que haberla citado en una cafetería obedecía a preferir que el encuentro se produjera fuera de su ámbito profesional.

El tráfico era intenso en torno a la plaza del Marqués de Salamanca. Los coches de alta gama circulaban con mayor frecuencia que en Coslada y los peatones iban vestidos con prendas de diseño en lugar de con ropa de mercadillo. Mónica, por supuesto, era

plenamente consciente del escalón social que había entre la gente de su barrio y el de una zona como aquella, pero se entretenía estableciendo las diferencias mientras aguardaba a que Puyol apareciera. «El hábito no hace al monje», diría su abuela. A veces era difícil saber a qué se refería exactamente Pilarín con sus sabias muletillas, pues tanto las aplicaba correctamente como de la manera más extraña. Con cierta frecuencia las usaba en contextos de lo más surrealista, pero si hubiera hecho ese comentario al contemplar aquel panorama, habría aludido a que la pulcra imagen de muchos de esos hombres y mujeres tal vez no correspondía a lo que se cocía en su interior.

Sentada en un banco frente al inmueble en el que se hallaba Vilas, Puyol y Asociados, Mónica esperaba a Sofía Puyol observando a los peatones que desfilaban delante de ella. Se distraía especulando sobre cómo sería la vida de un fornido muchacho que corría para mantenerse en forma, o la de una joven sudamericana vestida con uniforme de empleada de hogar llevando de la mano a un niño rubio con aspecto de angelote. Le llamó especialmente la atención una mujer con aspecto de viuda. Se preguntaba si realmente habría perdido a su marido o, si no era así, qué habría en ella para encuadrarla en ese estado civil. En ese momento le vino a la memoria Yamato Zhao, supuso que porque ambos tenían el mismo aire desolado.

Hacía frío, pero, con el fin de prevenir que el resfriado se convirtiera en gripe, había cuidado de abrigarse bien: la camiseta térmica y el grueso jersey de cuello alto además de la parka la aislaban lo suficiente para poder esperar a la abogada sin que el frío le congelase los huesos. Por otra parte, la temperatura no era tan baja como en los días precedentes a pesar de que las nubes impidieran al sol templar el ambiente.

Por fin la vio aparecer. Salió del edificio acompañada de una mujer impecablemente vestida, «hecha un pincel», aplicando el vocabulario de su yaya. La que dedujo se trataría de una clienta con la que acababa de reunirse, llevaba un bolso bastante grande de bonito diseño colgado del hombro, y un echarpe que, al tiempo que la protegía de las inclemencias meteorológicas, complementaba el look del abrigo. Sofía se detuvo unos instantes con ella en el portal. Se las veía serias, tal vez estableciendo pautas para abordar un juicio próximo, algún detalle surgido de improviso que afectase a la causa, o lo que quiera que fuese. Incluso con aquel chal colocado a modo de bufanda que le cubría parte de la cara, a Mónica le resultó de lo más

familiar el rostro de la visitante. «Una famosa», pensó. Probablemente alguna *influencer* de las que se forran con las redes sociales que se habría metido en un lío por bocazas y requería asistencia legal. O una actriz que se estaría divorciando de un marido al que ya no soportaba. También podría ser una tertuliana de alguno de los programas de cotilleo que solía ver junto a su abuela. Una de esas que se pasan media vida en los juzgados defendiéndose de supuestas calumnias efectuadas por otros colaboradores del mismo espacio con el fin de dar carnaza a la audiencia y, en consecuencia, aumentar el número de marcas publicitarias que inserten sus anuncios en la cadena de televisión en la que se emite el programa. Como tenía curiosidad por saber quién sería, le tomó una foto con el teléfono móvil para enseñársela a su abuela, quien, probablemente, la sacaría de dudas.

Tras el intercambio de impresiones, Sofía se despidió de su acompañante con dos amigables besos en las mejillas. En cuanto la mujer emprendió su camino, la abogada echó un vistazo a su reloj y, sin reparar en que Mónica estaba sentada en el banco de enfrente, marchó en dirección a la cafetería en la que habían concertado la cita. La inspectora se levantó y, a paso ligero, se puso a su altura. La saludó y le sugirió cambiar el ruidoso local por el interior de su coche. «Así podremos charlar tranquilamente y sin perder más tiempo del preciso», sugirió. «Como prefiera», dijo la letrada con una educada sonrisa.

Juntas se dirigieron al vehículo de Mónica, que estaba estacionado unos metros más arriba. El trayecto lo hicieron en silencio, lo que provocó una atmósfera algo violenta. La inspectora pensó en hacer referencia al frío, a lo nublado que estaba el cielo o a alguno de esos lugares comunes a los que la gente recurre cuando la ausencia de palabras les estorba, como cuando se coincide en el ascensor con otra persona, pero le pareció poco pertinente. Además, no tenía ganas de hacerse la simpática hablando de chorradas para, unos minutos después, sacar a colación un asunto tan farragoso.

Cuando por fin llegaron al coche, esperó a que su huésped se situara en el asiento del copiloto para ocupar ella su lugar. Había llegado el momento de abordar el tema. Rojo calibró llegar al meollo a través de circunloquios, pero nunca se le habían dado bien los prolegómenos porque, cuando recurría a ellos, indefectiblemente se ponía a tartamudear, así que decidió hacerlo sin rodeos.

—Me temo que se trata de una cuestión un tanto… escabrosa, Sofía —espetó, tras buscar el calificativo que consideró más adecuado. La frase le salió más nasal de lo que habría deseado debido a la

congestión que le provocaba el enfriamiento.

—¿Escabrosa? —preguntó ella, extrañada y con un punto de repelús que Mónica no supo si se debía a lo que implicaba la palabra o al temor a contagiarse de su resfriado.

No parecía que Sofía Puyol sospechara a qué se estaba refiriendo. Como único signo de preocupación, Mónica detectó un ligerísimo temblor en su ceja izquierda, acompañado de un rápido pestañeo. Transcurrieron unos instantes durante los cuales ambas se quedaron mirando frente a frente. Después, sin más preámbulos y sin hacer comentario alguno, le mostró las conflictivas imágenes, que había almacenado previamente en la galería de su terminal.

—Párelo, por favor —solicitó en voz tan baja que a Mónica le costó escucharla. Daba la sensación de tener una losa que le oprimiese el pecho y tuviera que hacer un esfuerzo extra para hablar—. ¿De dónde ha sacado eso? —preguntó, ya más entera, con una mezcla de estupefacción y curiosidad.

—Del armario que tienen ustedes en el garaje de su edificio.

—Pero… pero… —balbuceó, visiblemente sorprendida y dejando la frase en suspenso. Después giró la cara y se quedó mirando hacia la calle, aunque el vaho que empañaba los cristales apenas dejaba ver el exterior. A Mónica le habría gustado seguir el rumbo de su mirada, examinarla con atención con el fin de recibir alguna pista de lo que pasaba por su cabeza, pero lo único que veía de ella era su cogote perfectamente peinado. Optó por esperar a que reaccionara, sin intervenir. El silencio tan solo era alterado por el ruido del tráfico, que se colaba a pesar de mantener las ventanillas subidas. La abogada tardó al menos un minuto en volverse hacia su interlocutora—. Ese registro ha sido del todo irregular —afirmó con voz opaca. Intentaba no transmitir emoción alguna, pero era evidente que estaba descolocada. Contemplar aquel vídeo la había alterado sustancialmente, de eso no cabía duda. Su apariencia de mujer segura se tambaleó. Mónica pudo detectar una mezcla de vergüenza y temor que la hacían vulnerable. La jovialidad que su rostro emanaba habitualmente, de pronto, cambió. A Rojo le pareció mayor que antes, como si los años la aplastaran. Como si aquellas imágenes hubieran actuado a modo de pócima, haciéndola envejecer repentinamente. Sofía Puyol se transformó ante sus ojos en un trasunto de Dorian Grey femenino vestido de Prada.

—Creo que se equivoca —afirmó Mónica, contradiciendo a la letrada—. Contamos con licencia judicial para realizar esa acción.

—Ustedes tenían permiso para llevarse el equipo informático de

Adrián, no para husmear en nuestra propiedad.

En este punto, Mónica abrió el bolso, sacó el documento firmado por la jueza Nora Salinas y se lo entregó.

—Léalo detenidamente, por favor. Verá que la autorización permite a la Policía investigar a qué tenía acceso la llave que Adrián llevaba consigo cuando encontramos su cadáver en el piso de la urbanización Las Glorias. No se ha forzado la cerradura ni se ha vulnerado derecho alguno. Simplemente hemos abierto con esa llave el mueble instalado en una de las plazas que son propiedad de su familia. Exactamente en la 33, sita en el aparcamiento del inmueble en el que usted vive con su marido. La operación se ha hecho de acuerdo con la orden judicial y dentro de la más estricta legalidad.

Sofía Puyol sacó unas gafas de su bolso para leer el escrito. Sostenía el documento firmemente. Su rostro estaba tenso, lo que hacía que las facciones se le endurecieran, echándole aún más años encima. Los dientes apretados reflejaban la tensión. Las mandíbulas se le marcaban y el ceño fruncido delataba preocupación. Mónica observaba sus manos, tan cuidadas como el resto de su apariencia. La veía concentrada, intentando encontrar cualquier detalle que pudiera desacreditar la maniobra realizada en su propiedad y, en consecuencia, invalidar el derecho a utilizar la engorrosa grabación. Pero el documento no dejaba resquicio alguno. Las acciones realizadas por Mónica Rojo habían sido, tal y como esta le acababa de transmitir, rigurosamente reglamentarias.

Tras leer el texto, Sofía, con el papel todavía en las manos, levantó la vista. La inspectora la miraba desde su asiento, solicitando tácitamente un comentario, una justificación, o algo que alegar, pero Puyol permanecía inmóvil, con la vista fija en el parabrisas, como si lo que acabara de leer la hubiera hechizado, transformándola en estatua de sal. O como si una nube la hubiera envuelto dejándola aislada del mundo exterior. Mónica se la imaginó ardiendo en la hoguera, como si fuera una bruja en la Edad Media. Eran visiones absurdas que de vez en cuando tenía. De forma inopinada percibía a la gente fuera de su contexto habitual, especialmente cuando la persona se encontraba en una situación especialmente delicada, como ahora era el caso.

—¿Conocía usted la existencia de este material? —le preguntó, aludiendo a la comprometida película.

—Si yo conocía o no su existencia es algo a lo que no pienso responder, ya que lo considero un asunto totalmente privado. —La cadencia con la que articuló la respuesta evidenciaba su ira contenida. Mónica Rojo también pudo distinguir un ligero rubor en sus mejillas

que podía deberse al cabreo o al pudor de verse expuesta en una situación tan delicada con un muchacho que podría ser su propio hijo; de hecho, prácticamente lo era, aunque genéticamente fuera solo de su marido.

—Sería, como usted dice, «totalmente privado» si uno de sus protagonistas no hubiera muerto en oscuras circunstancias.

Sofía Puyol arqueó las cejas y se la quedó mirando fijamente durante unos segundos.

—¿Qué está usted insinuando? —preguntó, sin dar crédito a lo que parecía apuntar la inspectora.

—Nada en absoluto. Simplemente menciono los hechos. Pero tal vez un juez sí podría ir más allá.

Puyol negaba con la cabeza mientras sonreía con incredulidad. Su gesto indicaba lo inadmisible que le resultaba la relación que la inspectora parecía querer establecer entre la relación sexual grabada y la muerte de Adrián. Mónica se fijó en sus labios ligeramente cuarteados en los que apenas quedaba rastro de *gloss*.

—Inspectora, me temo que se está pasando de frenada. En cualquier caso, si cree que tiene razones para implicarme penalmente en lo que sea, hágalo, por favor, por los cauces oportunos. De lo contrario, le ruego que no vuelva a molestarme. Ni a mí ni, por supuesto, a mi marido.

Aunque se esforzó en dar aplomo a sus palabras, Mónica detectó una fragilidad que la traicionó. No obstante, en la alusión a su cónyuge, Rojo supo apreciar una amenaza explícita. Si la información que contenía aquella grabación llegaba a Yamato Zhao, no le cabía duda de que Sofía Puyol utilizaría todos sus recursos para hundirla en la miseria. A veces, sobran las palabras para dejar una intención meridianamente clara, y aquella era una de esas ocasiones.

La abogada dejó en el salpicadero la autorización judicial y salió del vehículo. La forma apresurada de abrir la puerta provocó que un coche casi la atropellara. El sonido del claxon la asustó, pero enseguida se recompuso y cruzó la calzada. A pesar de haber estado a punto de perder el control de sus emociones varias veces durante el encuentro, era evidente que conocía perfectamente el terreno que pisaba y que, independientemente de la incomodidad que le produjera verse literalmente con el culo al aire en una situación tan embarazosa, tenía la sartén por el mango: el hecho de cometer un acto moralmente cuestionable no tenía por qué suponer nada más allá que eso. Relacionarlo con lo sucedido en el piso de la urbanización Las Glorias era meramente especulativo. Y en el caso de que ese vínculo existiera,

era factible que esa llamémosla «relación» con la mujer de su padre trastocara lo bastante a Adrián Zhao como para tomar la decisión de quitarse la vida. Al fin y al cabo, era asumible que a un chaval de diecisiete años, todavía un crío, le fuera insoportable gestionar una situación tan delicada. Las personas a esa edad se suicidan a veces por cuestiones mucho menos graves, al menos según el criterio de un adulto. Por tanto, a no ser que encontrase alguna otra prueba o indicio, aquellas imágenes de poco le iban a servir para lo que en principio pretendía: dar con lo que motivó el supuesto crimen. Era plenamente consciente de que la grabación, por sí sola, no podía ser utilizada como indicativo de nada, al menos en lo que a legalidad se refiere. Independientemente de lo rechazable que pudiera resultar lo que allí se recogía, estaba dentro de la esfera personal, tal y como afirmaba Sofía Puyol.

La reacción de la abogada impactó en Mónica Rojo como si le hubieran echado encima un jarro de agua fría. Se había entusiasmado convencida de que había encontrado el móvil del supuesto crimen. No era descabellado suponer que una relación tan turbia, como la que existía entre Sofía y su hijastro, podría haber conducido a querer eliminar a una de las partes. ¿Quién sabe? Tal vez Adrián fuera a contárselo a su padre o se disponía a utilizar esa película para algo que metería en un lío a su madrastra. No obstante, la conversación mantenida con Sofía y su forma de reaccionar la inducía a pensar que era demasiado suponer que ella pudiera haber llegado tan lejos. Pensar que había pergeñado algo tan grave como el crimen de su hijastro, por más que se viera amenazada su reputación con el chico fuera de control dispuesto a mostrar lo sucedido, era probablemente pasarse de frenada, como ella le había dicho.

Parecía claro que las imágenes habían sido tomadas de «estranjis», como diría su abuela. El informe de la Policía Científica afirmaba que la película se había grabado con un terminal de la misma marca y modelo que el del chico. No hacía falta ser un lince para suponer que se trataba del de Adrián, desaparecido misteriosamente del piso de Las Glorias. Dada la forma en la que estaba grabado lo que allí se veía, podría pensarse que inmortalizar el morboso episodio obedecía a un fin determinado.

«Archivo T» era el nombre con el que se había bautizado aquel vídeo. Un nombre anodino para un contenido de lo más jugoso. Se preguntaba a qué aludiría aquella «T». Como lo más sencillo suele ser lo más probable, Mónica pensó que la consonante podría corresponder a la primera letra de «Teléfono», por haber sido registrado con un

terminal en lugar de con una cámara. O tal vez a cualquier otro detalle que permitiera al autor distinguirlo de otras grabaciones.

Una amarga sensación de impotencia dejó a Mónica Rojo hundida en el asiento. Por mucho que la hipótesis del crimen pudiera ser plausible, no existía prueba alguna que la demostrase. Objetivamente, no pasaba de ser una simple elucubración. Por otra parte, no había nada ilegal en el hecho de filmar una relación sexual a no ser que se vulnerase el derecho a la privacidad y el material fuera difundido sin consentimiento de las personas que allí aparecían. Y ese no era el caso: la tarjeta de memoria que contenía la comprometida película había sido guardada a buen recaudo, probablemente por Adrián. La gente de Fanjul no había encontrado rastro alguno de esa filmación en redes o en páginas comprometidas de internet, así que no parecía probable que las jugosas imágenes hubieran sido grabadas por el lucro económico que pudieran generar. Si Mónica no hubiera metido las narices, tal vez el contenido nunca habría salido a la luz permaneciendo indefinidamente entre las páginas de aquella obsoleta guía de viajes. O no. Pero especular acerca de lo que habría sucedido si Adrián estuviera vivo ya no tenía sentido. Respecto a la edad del muchacho, este tenía la suficiente, al menos desde el punto de vista legal, para dedicarse a los menesteres que se le veía practicar en la película siempre que lo hiciera de forma voluntaria, tal y como era evidente, dado el entusiasmo que parecía dedicar al asunto.

Tal vez había llegado el momento de asumir que Adrián Zhao se había suicidado. A pesar de que existían argumentos que no cuadraban con esa teoría, posiblemente no fueran tan determinantes como Mónica se había empeñado en creer. Volvió a repasar todos ellos para, esta vez, valorarlos desde el escepticismo. Los iba enumerando mentalmente uno a uno: la ausencia de huellas dactilares en la botella de cerveza y en la figura de san José; la carta de despedida que tampoco tenía huellas a pesar de haber sido doblada varias veces y que fue escrita con un ordenador que no era el del chico; el cristal que ella estuvo a punto de clavarse en la mano, supuestamente de la pantalla del terminal telefónico de Adrián: un terminal que, por otra parte, debería haber estado en algún lugar del piso de Las Glorias pero que no apareció por ningún lado; la alfombra lavada con lejía; el regalo que Adrián llevaba preparado en el bolsillo con aquella nota, y, por último, las imágenes en las que se veía al muchacho en el acceso a la urbanización Las Glorias esperando a alguien poco antes de subir al piso en el que murió.

Si analizaba todo ello de modo neutro, se podría perfectamente

llegar a la conclusión de que se trataba de pruebas circunstanciales que no demostraban nada. Indicios que permitían sospechar la existencia de algo irregular en la secuencia de los hechos pero que no necesariamente tendrían el peso que Mónica Rojo creía. Tal vez un cúmulo de elementos que, unidos, creaban la impresión de significar algo más allá que lo que en realidad suponían. Quizá lo único a tener en cuenta para encontrar una explicación que desencadenaría posteriormente el desgraciado desenlace sería lo registrado en la explícita película grabada en el vestidor, pero no precisamente en la dirección que la inspectora había pensado. Puede que fuera incapaz de convivir con la culpabilidad de haber efectuado un hecho moralmente reprobable. El remordimiento, la pesadumbre por lo que ya no tenía marcha atrás, podría haber llevado a Adrián Zhao a suicidarse acompañado por la figura religiosa que yacía sobre su pecho como penitencia por sus pecados. Una manera de pedir perdón a quien lo supiera entender. Era también necesario considerar el lado turbio del muchacho prestándose a ejercer de unicornio en aplicaciones como Uni3. Ello delataba una complejidad anímica que podría haberlo desestabilizado hasta el punto de querer acabar con su vida.

El catarro que parecía tener bajo control volvió a reactivarse con varios estornudos seguidos que le sirvieron para soltar la tensión acumulada durante el incómodo encuentro mantenido con la abogada. Mientras sacaba un pañuelo de papel del paquete y se sonaba ruidosamente, por su mente, a modo de moviola, volvían a desarrollarse los minutos que pasó con ella dentro del coche. Mónica Rojo era una buena observadora y la reacción de Sofía Puyol indicaba estar claramente sorprendida, no solo por el testimonio gráfico de la relación sexual mantenida con su hijastro, sino también por la alusión de Mónica a que su muerte podría haber sido un homicidio. Es verdad que Puyol podía estar escenificando un teatrillo para alejarse de las sospechas, pero no fue eso lo que Mónica percibió.

Tras dar vueltas a todo ello y considerando con frialdad hechos y circunstancias, tomó una decisión definitiva: a pesar de las dudas sin aclarar, y asumiendo la posibilidad de dejar a un criminal en la calle, transmitiría a Pablo Antúnez su determinación de dar por finiquitado el caso.

Aspiró todo lo profundamente que le permitieron sus fosas nasales obturadas y exhaló un profundo suspiro, que mostró el alivio tras tomar la decisión. Su instinto la había guiado de manera certera hasta el momento, pero reconocía que se había topado con un hueso duro de roer. Tan duro que se había dejado los dientes desmenuzándolo. Había

llegado la hora de aprender a perder y asumir que había errado en sus cálculos. Aceptaría lo que le viniera encima con resignación, fuera lo que fuese. Pero como no hay mal que por bien no venga, y dado el optimismo vital heredado de su abuela, notó que se había quitado un peso de encima. Ahora, que se había liberado de la carga que suponía mantener en ebullición el caso, se sentía mucho más ligera. La presión a la que había estado expuesta desde que abordó el caso como un reto personal la estaba machacando hasta el punto de que su salud comenzaba a resentirse: la empatía que le producía el muchacho muerto la había llevado a obsesionarse, y eso, en una representante de la ley, no podía conducir a nada bueno. Sin el agobio de continuar haciendo pesquisas que a buen seguro le habrían seguido trayendo de cabeza, podría por fin disfrutar de las fiestas navideñas como Dios manda. Era reconfortante esa sensación de alivio. Un alivio que compensaba el regusto del fracaso. Ahora podría derrochar el tiempo sin la impresión de que se dejaba la vida en ello. Podría disfrutar tranquilamente de unos días de asueto sin la culpabilidad que proporciona el *dolce far niente* cuando quedan temas por resolver. Se sentía triste, pero lo cierto es que no era una tristeza amarga, sino llena de paz. Como cuando fallece un amigo que lleva mucho tiempo sufriendo y la muerte se convierte en un consuelo para todos.

Antes de arrancar el coche y mientras se volvía a sonar la nariz por enésima vez, se quedó mirando hacia el inmueble del bufete de Vilas, Puyol y Asociados. Con la imagen en la retina del señorial edificio pondría punto final al caso. Solo faltaban los títulos de crédito desfilando de arriba abajo, como en el cine, para rematar la historia. Le parecía estar escuchando los acordes de la música épica que suele acompañar los finales cinematográficos cuando, de pronto, sucedió algo imprevisto. Sin saber cómo ni por qué, le vino a la mente una instantánea de aquella mañana. Fue una especie de flash lo que surgió ante sus ojos. Más exactamente varios impactos visuales seguidos, uno tras otro, como el tráiler de una serie de televisión. La protagonista, en esta ocasión, no era Sofía Puyol, sino la mujer con la que esta conversaba a la salida del inmueble antes de dirigirse a la cita con la inspectora. Mónica estaba segura de que la conocía, pero no porque la hubiera visto en televisión o en revistas del corazón, como supuso al principio. De repente la encajó en un contexto bien distinto. Como cuando uno se topa con alguien y no recuerda en ese preciso momento su nombre ni la situación concreta en la que entabló contacto con esa persona, pero el dato le viene a la memoria tiempo después, de forma inesperada.

No, aquella señora no era famosa ni nada por el estilo, al menos que ella supiera, sino una persona que podría estar directamente relacionada con la muerte de Adrián Zhao.

Capítulo 31

Seis días antes de la muerte de Adrián

Raquel Puyol entró en el coqueto restaurante vegetariano como si tuviera prisa, a pesar de llegar puntual a la cita. Sofía se levantó para recibir a su hermana. Esta la estrechó con fuerza, sonriendo y demorándose en el abrazo el tiempo preciso para transmitirle la alegría que le producía el encuentro. Era como si hiciera un siglo que no se veían. Tan solo habían transcurrido dos semanas desde la última vez, pero a la menor de las Puyol se le habían hecho eternas, acostumbrada a que el contacto fuera más frecuente.

Las mallas y las zapatillas, junto a la bolsa de deporte, daban testimonio de que Raquel acababa de salir del gimnasio. Su vestimenta, completada por un chaquetón de lo más casual, contrastaba con el atuendo de alta ejecutiva de Sofía.

Siempre que quedaban entre semana lo hacían en el mismo lugar. Además del menú, sano y sabroso a la vez, el Vegafood se encontraba tan solo a unos metros del edificio donde se hallaba Vilas, Puyol y Asociados, lo que permitía a Sofía escaparse en el almuerzo sin perder más tiempo del preciso. Respecto a Raquel, las ganas de ver a su hermana mayor le hicieron reajustar el plan del día para poder almorzar juntas, sin prisa. Bastó con recibir un mensaje sugiriendo el encuentro para que distribuyera de modo diferente el resto de las actividades de su jornada, aunque se viera obligada a aplazar una cita de trabajo. En otras circunstancias habría intentado quedar con Sofía a otra hora o al día siguiente, pero intuyó que necesitaba verla con urgencia. Siempre que se comunicaban lo hacían entre bromas y con esos juegos de palabras que denotan una complicidad que solo se tiene cuando hay una profunda confianza y apego. Sin embargo, en esta ocasión, a Raquel le bastó ver la forma con la que estaba redactado el mensaje, mucho más seria de lo habitual, para saber que *Sofi*, diminutivo con el que se dirigía a su hermana desde que era un renacuajo, no estaba pasando por su mejor momento. Por otra parte, no quería dejar pasar la oportunidad ya que, aunque quedar para comer era un rito que repetían con frecuencia, Sofía lo había ido

dilatando últimamente por diversos motivos.

Sin la intervención de su hermana, la vida de Raquel Puyol habría sido muy distinta y ella era plenamente consciente de ello. Una etapa durante su primera juventud, en la que se rodeó de malas compañías, la sumió en un caos vital que la habría llevado a la cárcel, a la tumba o, en el mejor de los casos, a convertirla en una desgraciada sumida en el desastre. Las drogas y el alcohol la hundieron en una espiral de la que, si no hubiera sido por el empeño de Sofía, jamás habría salido. Cuando su hermana mayor, tras rastrear las zonas más deprimidas de Madrid, la localizó en un descampado del barrio de San Fermín, apenas podía caminar, ni siquiera articular más de dos frases seguidas. Sus brazos estaban infectados debido al uso de jeringuillas mal esterilizadas y apenas pesaba cuarenta kilos. Había tocado fondo. Sofía la internó en un centro de desintoxicación ocupándose de todo lo que le hizo falta durante el tiempo necesario. Se trató de un reto vital que la mayor de las Puyol asumió como una prioridad en su vida. El proceso fue largo y costoso, con dos recaídas en las que resultó muy duro acompañarla durante el síndrome de abstinencia. Además, los análisis detectaron que Raquel era seropositiva, por lo que el fantasma del VIH sería una espada de Damocles que pendería sobre su cabeza el resto de su vida. Felizmente, la medicación y los controles periódicos habían hecho que asumiera el hecho con la relativa tranquilidad de un enfermo crónico que, aunque es consciente de la gravedad de su dolencia, ha aprendido a convivir con ella con cierta serenidad. Un panorama vital muy alejado de su situación actual. Raquel poco tenía ya que ver con el escuchimizado desecho humano de hacía década y media. Con esfuerzo y voluntad, y siempre de la mano de su hermana, se fue alejando de todo aquello que le hacía daño cuando todavía era posible.

Sofía, dieciséis años mayor que Raquel, asumió además el papel de madre, maestra y amiga. Y, sobre todo al principio, de guardiana. Una mezcolanza de roles difíciles de compaginar porque, según en qué circunstancias, pueden ser antagónicos, pero lo cierto es que consiguió sacarla de la oscuridad para conducirla hacia una vida razonablemente feliz. Con Raquel ya recuperada, utilizó sus contactos para introducirla en el negocio inmobiliario. Era preciso que encontrara su lugar en el mundo y un objetivo vital que sirviera como dique de contención para impedir que volviera a las andadas. Poco más tuvo que hacer, pues el talento de la menor de las Puyol hizo que se consolidase con rapidez en el mundillo de la decoración de interiores, convirtiéndose en una de las profesionales más reputadas

del sector.

Raquel se estaba despojando de la prenda de abrigo cuando el camarero acudió para preguntarle qué deseaba beber.

—¿Eso es un Bloody Mary? —preguntó, señalando la bebida que Sofía estaba tomando.

—Sí señora.

—Pues lo mismo pero sin alcohol.

Raquel colocó el chaquetón en el respaldo de su silla y tomó asiento frente a Sofía. Antes de decidir qué le apetecía comer se anudó de cualquier manera el cabello en una coleta con una goma de pelo que llevaba en la muñeca a modo de pulsera. A pesar de no contar con espejo y hacerlo con cierto desdén, el resultado no pudo ser más armonioso. Raquel Puyol era una de esas personas dotadas de una elegancia innata. Daba igual que se vistiese con prendas baratas o que tardase más tiempo del conveniente en acudir a la peluquería, siempre parecía ir marcando tendencia. Una mujer que en nada se parecía a la que fue, como si hubiera mudado de piel. Como si despojarse de esa dermis putrefacta la hubiera hecho renacer. Un ave fénix surgida de las cenizas de alguien ya muerto y enterrado. Alguien a quien ya habría olvidado por completo si no le hubiera dejado en herencia el problema de salud que arrastraría siempre.

—¡Tengo tanta hambre que pediría la carta entera! —exclamó con una vitalidad arrolladora.

A Sofía le produjo ternura ver cómo, tras escanear el código QR, su hermana exploraba la variedad de platos que el restaurante ofrecía. Parecía una niña que mirara el escaparate de una pastelería decidiendo qué dulce le apetecía más. Reconocía esos gestos que le seguían pareciendo tan infantiles como siempre. Aún recordaba nítidamente sus manitas regordetas y su redonda cara de niña, con esa nostalgia que evoca la persona a la que se ha visto crecer. No en vano seguía siendo su *Pizqui*, diminutivo de pizca, en alusión a lo pequeñita que era hasta que dio el estirón.

No solamente adoraba a su hermana menor, también la admiraba. Raquel había demostrado una fuerza de voluntad que muy pocos tienen en sus circunstancias. De otra forma, por mucho que Sofía la hubiera ayudado, no habría logrado salir del infierno en el que estaba sumida. En correspondencia a la generosidad que su hermana demostró con ella en aquella época tan crítica de su vida, Raquel siempre estaba cuando Sofía la necesitaba. Poco a poco, se había ido convirtiendo en la confidente de la abogada y, probablemente, en la persona que más ascendencia tenía sobre ella. Digamos que los roles

se tornaron y ahora era la mayor la que se apoyaba en la pequeña. Los puntos de vista de Raquel pesaban lo suficiente como para replantearse cambiar de opinión respecto a ciertos asuntos. Ni Yamato, su marido, ni Enrique, su socio, tenían una influencia comparable en su toma de decisiones, especialmente personales, pero también, en algunas ocasiones, referidas al trabajo. Ello era debido a que le resultaba fácil tomar la perspectiva correcta en situaciones complicadas. Su éxito se debía en gran medida a que su intuición solía ser infalible. La transformación de Raquel Puyol había sido tal que se había convertido en una mujer brillante y segura de sí misma. Su olfato le permitía valorar si un negocio carecía de interés o si, por el contrario, no había que dejarlo escapar. Calibraba todos los factores rápida y objetivamente para, en consecuencia, elegir el camino más adecuado. Tras un tiempo ejerciendo su trabajo por cuenta ajena, Raquel decidió independizarse y poner en marcha su propio negocio. Su buen gusto y experiencia en decoración hizo que casi de la noche a la mañana su empresa, a la que bautizó con el nombre de Casas Milenio, adquiriera una reputada fama en el sector. La creación de su compañía, hacía apenas año y medio, coincidió con el matrimonio de Sofía y Yamato. Poco tiempo después, este le propuso una colaboración entre la inmobiliaria que dirigía y su agencia, de modo que se estableciera una sinergia que resultó exitosa para ambos.

—Te vas a tener que ir a dormir la siesta antes de empezar a comer —comentó con intención Raquel, señalando el Bloody Mary que su hermana terminaba de apurar.

—Ya…

La menor de las Puyol conocía lo bastante a Sofía para saber que esta jamás bebía alcohol delante de ella. Aunque Raquel había superado hacía ya mucho tiempo la dependencia de las sustancias a las que había sido adicta, Sofía solía ser especialmente cuidadosa en ese sentido y nunca tomaba ni siquiera una copa de vino delante de ella, con el fin de evitar posibles tentaciones.

Detrás del lacónico monosílabo con el que Sofía respondió al comentario se escondía una inquietud mal disimulada. Pero la complicidad entre ellas era tal que, simplemente con la cadencia de su voz, Raquel fue capaz de captar sin ambages el estado emocional de su hermana.

Apoyada en el respaldo de la silla, la menor observaba a la mayor intentando descifrar la razón de haberla citado, además de para compartir el aperitivo y el saludable almuerzo. Era evidente que algo relevante había sucedido en los últimos días, más allá de los avatares

cotidianos.

Sofía atravesaba con la mirada el cristal y masticaba lentamente una de las almendras que le habían servido con la bebida. Tan ida que parecía haberse trasladado al más remoto de los lugares.

—¿Me dejas acompañarte?

—¿Adónde? —preguntó Sofía, abstraída.

Raquel se incorporó y chasqueó los dedos delante de sus ojos para sacarla de esa especie de hipnosis.

—Adonde quiera que te hayas ido.

—Perdona, Pizqui —se disculpó, forzando una sonrisa.

En ese momento llegó el camarero con el zumo de tomate aderezado con sal, pimienta, tabasco y salsa Perrins, y lo dejó sobre la mesa. Mientras esperaban el menú, Raquel preguntó a Sofía por Yamato y por Adrián, como hacía siempre que quedaban, y la mayor de las hermanas se interesó por las viviendas que Raquel estaba reformando. Esta estaba especialmente ilusionada con el diseño de un espacioso ático en el barrio de Malasaña, propiedad de un joven *influencer* con cientos de miles de seguidores que, de la noche a la mañana, se había forrado gracias a las marcas publicitarias que promocionaba en su canal.

Cuando trajeron el primer plato, Raquel se lanzó sobre la cazuela de berenjenas mientras Sofía hacía esfuerzos por hacer lo propio con los tomates rellenos de arroz. A pesar del esfuerzo por ingerir la comida, no probó más que un par de bocados. Después retiró el plato, casi intacto, y colocó los cubiertos indicando que había terminado. Raquel reparó en el gesto, terminó de masticar, se limpió la boca con la servilleta y se la quedó mirando, preocupada.

—¿Qué pasa, Sofi?

Su hermana abrió ligeramente la boca para responder a la pregunta, pero pareció arrepentirse de lo que le iba a decir. Como si las palabras que estaba a punto de emitir no fueran las adecuadas o no se atreviera a sincerarse.

—No sé qué hacer, Raquel. Ha pasado algo que se me está yendo de las manos —espetó de repente.

Raquel Puyol apoyó los brazos en la mesa y se aproximó a Sofía, despejando con su actitud física el camino de la comunicación. Que la llamase por su nombre de pila, en lugar del apelativo cariñoso con el que solía dirigirse a ella, indicaba que algo grave había ocurrido.

—Sé que lo que voy a contar te va a resultar extraño, como a mí me lo parece en este momento, pero en la vida a veces ocurren cosas inexplicables. Cosas que cuando las pones en práctica las asumes con

la mayor naturalidad pero que sacadas de contexto resultan difíciles de entender. Incluso pueden producir espanto.

Raquel hacía esfuerzos por descifrar el enigma, pero no alcanzaba a comprender a qué se refería.

—Sea lo que sea, quiero que sepas que no te voy a juzgar —aseguró.

La empatía con la que le transmitió la frase surgió el efecto deseado. A Sofía se le empañó la mirada. En un intento de amarrar la mezcla de sensaciones que pugnaban por salir de su interior, giró la cara hacia la cristalera para que solo la calle fuera testigo de su zozobra. Raquel se limitó a esperar en silencio que su hermana se tomase el tiempo necesario para estructurar lo que le pasaba por la cabeza.

—He tenido un encuentro sexual con Adrián —espetó Sofía de repente, volviendo de nuevo el rostro hacia ella.

Raquel pestañeó varias veces. Tuvo que repetir mentalmente la escueta frase, en primer lugar para procesarla y después para comprender su magnitud. Su gesto era serio. Tal vez sería más correcto decir que resultaba inexpugnable. Hacía esfuerzos por demostrar una neutralidad que en absoluto sentía tras la bomba lanzada por su hermana. Le acababa de decir que no iba a juzgarla y quería evitar que su expresión indicara lo contrario. Multitud de preguntas le surgían, pero todas giraban en torno a una: ¿cómo fue eso posible? Conocía a Sofía. Podía imaginársela rebasando los límites en muchas situaciones: era una mujer osada y sabía que los convencionalismos no marcaban su comportamiento, pero jamás hubiera contemplado la posibilidad de que pudiera ocurrir lo que le acababa de confesar: tener relaciones sexuales con un menor que, además, era hijo de su cónyuge. Hizo un amago de hablar, pero Sofía se adelantó.

—No me preguntes cómo pudo suceder porque yo tampoco lo sé…, aunque te mentiría si dijera que me pilló por sorpresa. Ya había detectado algunos signos: miradas, sonrisas intencionadas, pero lo cierto es que no quería traducirlas como tales. O sí…, no sé… Supongo que de alguna manera me halagaban. No puedes hacerte una idea de cuánto me arrepiento, pero lo hecho, hecho está, y tengo que asumir las consecuencias. Me angustio cuando pienso que pude haberle dado pie para…

—¿Cuándo sucedió? —la interrumpió Raquel.

—Hace dos meses. El día después que tú y yo salimos de compras y me animaste a quedarme con aquel vestido porque decías que me

sentaba muy bien el color pistacho, ¿recuerdas? —Ella asintió—. Yamato estaba en Almería para visitar una nueva urbanización.

—Sí, lo recuerdo. Me dijo que seguramente compraría un par de apartamentos allí —comentó Raquel.

—Así que Adrián y yo estábamos en casa solos. Esa tarde, él estaba comenzando a leer *Madame Bovary*, ya que tenía que hacer un trabajo para el colegio. Yo le había ayudado a entender el contexto de la obra y analizamos algunos párrafos. Después le dejé en su cuarto anotando lo que habíamos comentado y me fui al vestidor. Quería volverme a probar aquella prenda que tanto te gustaba para mí. Pensaba ponérmela al día siguiente, porque tenía una comida de trabajo. De pronto oí un par de golpecitos en la puerta, preguntándome si podía pasar. Le dije que entrara, así me ayudaría a subir la cremallera, ya que recordarás que la tenía en la espalda y yo no alcanzaba a terminar de cerrarla. Dio un silbido de admiración y dijo que me quedaba «de puta madre». Yo estaba descalza. Me preguntó qué zapatos pensaba ponerme. Le dije que dudaba entre varios, entonces él se prestó a ayudarme. Me iba alcanzando pares y yo me los iba probando y mirando en el espejo cómo quedaba el conjunto. —Sofía suspiró e interrumpió su relato. A continuación, tomó un sorbo de su cóctel en un intento de hacer acopio de fuerzas y continuar—. Supongo que fue entonces cuando, en algún momento, colocó el teléfono para grabar lo que pasó después, aunque, la verdad, no sé cómo iba a saber que aquello iba a suceder. Igual simplemente lo hizo para grabarme desnuda cuando me quitara el vestido, no sé… —Dejó la mirada perdida y retomó, tras unos instantes, el hilo de su discurso—. El caso es que, después de subirme la cremallera, empezó a besarme en el cuello y yo…, yo me dejé llevar.

Raquel intentaba ponerse en el lugar de su hermana. Por muy imposible que le resultara hacerlo, en ese momento la vida le había enseñado, como aseguró antes Sofía, que las circunstancias lo condicionan todo y son capaces de desencadenar acontecimientos inesperados. Aunque no era eso en lo que pensaba en ese instante.

—Entonces eras tú quien estaba con Adri en el vestidor cuando granizó tanto y yo intenté ponerme en contacto contigo para que me prestaras algo seco con lo que acudir a la reunión que tenía en el piso de Ferraz.

—Sí —afirmó Sofía, bajando la cabeza y con un hilo de voz—, estábamos todavía dentro cuando llegaste. Le dije a él que echara el pestillo de la puerta del vestidor cuando te oímos entrar en casa. Ya habíamos… terminado —dijo, avergonzada—, pero comprenderás que

no me apetecía que fueras testigo de semejante panorama.

—¿Desean algo más?

La presencia del camarero sobresaltó a ambas.

—Dos cafés americanos, por favor —pidió Raquel.

Aguardaron a que el hombre se retirara y reanudaron la conversación.

—¿Cómo sabes que grabó el encuentro? ¿Te lo dijo?

—¡Claro que no! Me enteré más adelante. La cuestión es que días después empezó a tontear de nuevo. Le corté en seco diciéndole que aquello había sido un error y que nunca más volvería a pasar. Como fui tajante, él no continuó insistiendo. Durante el día siguiente estuvo serio y algo triste, pero las cosas volvieron a su cauce. Yo me quedé tranquila pensando que lo había asumido y que habría pasado página. Quise pensar que aquello se limitaría a un paréntesis que tanto él como yo olvidaríamos, como si nunca hubiera ocurrido. Sin embargo, poco después volvió a las andadas. Un día que estábamos en casa los dos solos empezó a decirme que me echaba de menos, que ya no podía verme como antes. ¡Incluso que se había enamorado de mí! Fue entonces cuando tomé conciencia de la gravedad de la situación. Le pedí que nos sentáramos para hablar sosegadamente. Le fui explicando con suavidad y con todo el tacto del que fui capaz que lo que pretendía resultaba imposible por muchos motivos, el primero y principal porque soy la mujer de su padre. Te juro que hice esfuerzos para intentar entenderle poniéndome en su lugar. Medí las palabras porque no quería herirle, pero sabiendo que tenía que ser lo suficientemente clara y contundente. Él me escuchaba, bajaba los ojos y asentía con la cabeza como un niño que reconoce su equivocación. Apenas habló. Terminamos la conversación amigablemente. Él algo triste, pero dándome la razón. Estaba convencida de que ese sería el punto final, pero me equivoqué. A partir de ese momento empezó a obsesionarse. Me persigue. Me espera en la salida del trabajo o me lo encuentro merodeando por la oficina. También la ha tomado con su padre. Cada vez que Yamato me hace un gesto de cariño o comenta algo que se refiere a mí, no sabes cómo lo mira. Ayer traspasó todos los límites: le agredió. ¡Pegó a su propio padre! Cuando llegué a casa encontré a mi marido sangrando y…

Tras decir la frase, los ojos se le llenaron de lágrimas y empezó a sollozar en silencio. Raquel sacó un paquete de pañuelos de papel de su bolso y se lo entregó. Se enjugó las lágrimas y se recompuso. Se disponía a seguir con la confidencia, pero la llegada del camarero con los cafés la interrumpió. El hombre se tomó un tiempo considerable en

servirlos, al menos esa fue la percepción que ambas tuvieron. Por fin, se retiró a atender otra mesa. Sofía reanudó su relato.

—Como la situación ya había llegado a un punto intolerable, convencí a Yamato para que le enviara a estudiar fuera de España el curso que viene, pero cuando se lo dijo por la noche se puso hecho una fiera y se negó en redondo, chillando como un energúmeno. Nos ha perdido el respeto por completo. A mí y, lo que es peor, a su padre. Y yo soy la única responsable. Estos últimos meses han sido un verdadero infierno —dijo, mientras revolvía con la cucharilla el azúcar en el café—. El remate fue cuando me envió el vídeo por WhatsApp. Entonces supe que aquel encuentro había sido grabado. Te puedes imaginar el estado de nervios en el que me puso aquello. Lo recibí cuando estaba en el bufete atendiendo a un cliente. No sé cómo pude mantener el tipo sin desmoronarme.

—¿La película iba acompañada de algún otro mensaje?

—Sí, uno de texto diciéndome que cada vez que nos veía haciendo el amor me echaba de menos —dijo con una amarga sonrisa.

—¿Te ha amenazado en algún momento con divulgar esas imágenes?

—No. Pero simplemente saber que existen y que podría hacer uso de ellas de la forma que sea me preocupa, no te lo voy a negar… Aunque te juro que no es lo que más me angustia. Pensar que lo sucedido está desestabilizando hasta este punto a Adri y puede hacerle un daño irreparable en su desarrollo vital me duele en el alma. Por mucha apariencia de adulto que tenga es solamente un crío que está todavía sin formar.

—Creo que estás exagerando.

—¿Pensarías lo mismo si los roles estuvieran cambiados? ¿Si yo fuera un hombre de mi misma edad y él una chica adolescente?

Raquel no respondió a la pregunta, corroborando la obviedad la respuesta.

—No hay excusa. Es absolutamente reprobable lo que he hecho, se mire por donde se mire. Estoy desbordada, Raquel.

Sofía se derrumbó y estalló en un sollozo contenido. Su hermana, desde el otro lado de la mesa, le acarició la cara en un intento de consolarla. Esperó a que se calmase para hacer un gesto al camarero pidiéndole la cuenta.

—¿Tienes que volver al despacho?

—Tendría que ir para adelantar trabajo, pero afortunadamente esta tarde no tengo ninguna reunión.

—Pues te tomas de asueto lo que queda del día —le ordenó,

cariñosamente—. Necesitas airearte. Podemos dar una vuelta, ir al cine o lo que más te apetezca.

—Estoy muy cansada, prefiero ir a casa. ¿Te importa venir conmigo?

Raquel tradujo la pregunta como una súplica.

—¡Claro que no me importa! Pero si está Adri no sé si es lo más conveniente.

—Estaremos solas. Yamato no vendrá hasta la hora de cenar, y él va al gimnasio después de clase, así que no creo que llegue hasta las siete.

—Tienes que intentar evitarle lo máximo posible.

—No sé cómo, viviendo bajo el mismo techo…

Raquel, con gesto serio, calibraba la gravedad de la situación intentando, al tiempo, buscar una salida que le mitigase la carga.

—Hace mucho que tú y yo no nos vamos un finde por ahí. Voy a reservar un par de días en un parador. Te vendrá bien tomar distancia. Nos vamos este viernes y volvemos el domingo. Lo justo para que desconectes y te tranquilices un poco.

En un principio Sofía puso algunas pegas, pero su hermana la convenció. Sería un alivio no ver al chico, al menos durante el fin de semana. Además, su presencia en la casa tensionaba la situación.

Raquel se encargó de pagar la cuenta del restaurante. Después tomaron un taxi en dirección al domicilio de Sofía.

En efecto, ni su marido ni Adrián se encontraban en el piso cuando ellas llegaron. Sofía, tras despojarse del abrigo, se desplomó en el sofá del salón. Parecía agotada, como si le hubiera pasado una apisonadora por encima. Raquel paseaba de un lado a otro de la estancia, pensativa.

—Tienes que hablar con Adri —dijo con decisión.

—Lo hice, y ya ves los resultados…

—Pues vuelves a hacerlo. A veces es necesario insistir en una idea para descartar ambigüedades.

—Te aseguro que más clara no pude ser.

—No lo dudo, Sofi, pero cuando uno está enamorado, encoñado, o como quieras llamarlo, puede hacer dobles lecturas y confundirse.

—Es imposible que haya dado la vuelta a mis palabras.

—Si no quieres ver la realidad, la mente hace malas pasadas y puedes apreciar las cosas de modo diferente a como son. A mí me ha pasado. Puedes estar en la mierda pero autoconvencerte de que flotas encima de las nubes. Hazme caso. Vuelve a hablar con él. No pierdes nada. Quedáis fuera de casa, en un terreno neutro, y le haces entrar en

razón. Que vea la situación tal y como es. Que asimile que tú no puedes estar en la esfera que él pretende. Y también que sea consciente de la gravedad de lo que ha hecho. Si agredir a cualquiera ya es horrible, a tu propio padre no digamos… Pero hazlo sin que se sienta atacado. —Sofía la miró, escéptica—. Joder, eres una buena abogada. Sabes manejar perfectamente argumentos para conseguir cualquier objetivo. Tienes la habilidad de convencer mejor que ninguna de las personas que conozco. ¿Cómo no vas a saber manejar esta situación? Si consigues torear a los mafiosos con los que tratas tan a menudo, lo vas a saber hacer con un chico de diecisiete años, estoy segura.

—Aunque te parezca increíble te juro que no sé cómo.

—Sí que sabes —afirmó, persuasiva—. Es imprescindible tener este asunto bajo control. Tienes que tomar las riendas. No creo que vaya a hacer nada irremediable, pero hay que tantearle para intuir hasta dónde sería capaz de llegar. Y, sea como sea, tienes que lograr que borre ese vídeo. Este fin de semana te vas a tranquilizar. Tomar algo de distancia te ayudará a ver las cosas con perspectiva.

Sofía dudó, pero al final aceptó el plan de su hermana. Era necesario hablar con él. La situación había llegado al límite y era preciso hacerle entrar en razón. Durante el fin de semana pensaría cómo abordar la situación. Ahora no se encontraba en condiciones de hacerlo, ya que una fuerte jaqueca la estaba inhabilitando para discurrir con claridad. Pidió a Raquel que le trajera un vaso de agua para tomarse un analgésico que había sacado del bolso. Después fueron hasta el dormitorio, Raquel bajó la persiana para que la luz no empeorara la migraña y la dejó tumbada en la cama.

—¿Quieres que me quede?

—No es necesario, de verdad.

La besó en la frente y le acarició con suavidad la nuca, al igual que Sofía hacía con ella cuando era niña. Las tornas se habían cambiado.

Apenas tardó en quedarse dormida. Raquel permaneció a su lado un buen rato, reflexionando. A medida que daba vueltas al tema era cada vez más consciente del lío monumental en el que se había metido su hermana y, aunque le había intentado transmitir sosiego, lo cierto es que parecía que el muchacho estaba descontrolado, con las consecuencias que ello podía acarrear para Sofía.

Observando su rostro dormido, daba vueltas a su relato. Se preguntaba cómo sería el mundo interior de su hermana. Creía conocerla, pero después de aquello pensó que tal vez se había formado una idea lo suficientemente alejada de la realidad como para situarla

en un compartimento que no le correspondía. Ni mejor ni peor, solo diferente. Un compartimento, ese era el problema. Se dio cuenta en ese instante de que la había catalogado como hacía con todos los que la rodeaban, desde la persona más cercana a la conocida casualmente. De manera inconsciente era un modo de protegerse, de ir por la vida sin sentirse en esa cuerda floja por la que había caminado durante tanto tiempo. Ella misma había tocado fondo y sufrido en su propia piel la mirada descalificadora de los otros, su rechazo. Sofía fue la única que la vio con otros ojos. Por eso, tal y como le dijo, no estaba dispuesta a juzgarla.

Salió de la estancia dispuesta a abandonar el piso. Al pasar por el cuarto de Adrián le extrañó ver la puerta abierta, ya que era muy celoso de su privacidad. Probablemente Valentina, la asistenta, habría olvidado cerrarla después de hacer limpieza. No pudo resistir la tentación de pasar. Quería empaparse de la atmósfera que transmitía esa habitación para intentar comprender. Comprender. Solo eso.

Capítulo 32

Viernes, 23 de diciembre

Eugenio Bermejo se disponía a realizar las últimas gestiones de la mañana. Tenía hambre y fantaseaba con el cachopo que pensaba zamparse para comer, cuando recibió la llamada de Mónica Rojo. «¿Qué haces?», le preguntó esta con un tono que el agente conocía bien. Bermejo sabía que a esas dos palabras pronunciadas entre interrogantes no había que responder literalmente, sino con otra pregunta: «¿Qué quieres?», pronunció con un soniquete idéntico al de su interlocutora, intuyendo que tendría que retrasar su almuerzo. En efecto, la aparentemente aséptica pregunta de su colega implicaba cambiar de planes. La inspectora le pidió que pospusiera la tarea que estuviera realizando y se dirigiese a la urbanización Las Glorias. Insistió en que llevara preparada la grabación efectuada por las cámaras de seguridad del complejo de viviendas el día de autos, ya que tenía que realizar unas comprobaciones. Bermejo barajó presentar alguna excusa para escaquearse del encargo, pero no se le ocurrió una con peso suficiente como para disuadir a su superior de contar con su presencia. Así que, tras armarse de paciencia, se dispuso a realizar lo que le acababa de encargar y se resignó a cambiar el cachopo por un triste sándwich de jamón y queso, que se comió de camino.

El agente llegó a Las Glorias en un Zeta conducido por un policía uniformado. Mónica lo esperaba dentro del chiscón del empleado de la finca, pero cuando vio aparecer el vehículo salió de la garita.

—¡Solo os ha faltado conectar la chicharra para dar bien el cante! —exclamó con ironía cuando Bermejo se apeó del coche.

—No sabía que había que venir de camuflaje —se defendió él.

Tras despedir al Zeta, ambos entraron en el cuarto del vigilante.

—Le comentaba a Ángel —dijo, en alusión al guarda de seguridad — que igual nos podría ayudar a identificar a una persona que aparece en la grabación del 6 de noviembre.

Bermejo, sin saber a quién se refería ya que no le había proporcionado ese detalle en la breve conversación telefónica, sacó el ordenador portátil del maletín y lo dejó sobre la mesa del chiscón. El

empleado hizo hueco retirando sus cosas hacia la esquina y los tres se dispusieron a analizar las imágenes de las que Mónica le había hablado.

—¿Qué parte quieres? —preguntó el agente, confiando en que no les hiciera ver la grabación completa.

Mónica guiñó los ojos mirando hacia un lado, concentrándose para hacer el cálculo.

—Hummm, no estoy segura…, vamos a empezar por visionar desde el punto en el que Adrián entra en la urbanización hasta como media hora después.

Bermejo apenas se demoró unos segundos en localizar el momento solicitado por la inspectora. Se disponía a reproducir la película desde el punto convenido cuando esta lo detuvo.

—Espera —dijo, poniéndole la mano en el hombro. A continuación, miró muy seria al empleado de la urbanización—. ¿Cuánto tiempo hace que trabaja usted aquí?

—Cuatro años hará en enero.

—Bien… Por favor, observe detenidamente lo que le vamos a mostrar. Quiero que sepa que usted nos puede ser de gran ayuda.

Era un hombre joven y bastante atractivo. Si no fuera por el uniforme de la empresa de seguridad, su aspecto habría cuadrado más con el de un profesional liberal que con el de un vigilante de finca de vecinos.

—¿Siempre hace el mismo turno?

—No necesariamente. Me suele corresponder el de tarde, especialmente cuando me toca cubrir el fin de semana, como el día en el que apareció el chaval muerto en el piso. Pero depende de cómo lo organice la empresa. Por ejemplo, hoy me ha tocado de mañana.

—¿El otro vigilante lleva en la urbanización más tiempo que usted?

—No. Rubén se incorporó hace unos meses. Sustituyó a Gustavo cuando se jubiló.

—Deduzco entonces que lleva usted tiempo suficiente para estar familiarizado con las personas que residen aquí.

—Más o menos. Aunque son muchos vecinos creo que a todos los conozco de vista, sí.

La inspectora hizo un gesto a Bermejo para que, por fin, activase el *play* a partir del momento solicitado.

Mónica, permanecía en pie observando la sucesión de imágenes mientras el vigilante apoyaba las manos sobre la mesa y se inclinaba hacia delante concentrado en la película en blanco y negro. A su lado,

Bermejo también seguía atentamente lo que se reproducía en el ordenador. La inspectora observaba la acción con emoción contenida, aunque lo único que se veía era un insulso trasiego de personas entrando y saliendo de la urbanización. Los tres prestaban tanto interés que parecía que, en lugar de una rutinaria sucesión de imágenes en blanco y negro tomadas en plano general, estuvieran contemplando una obra maestra del séptimo arte. Al cabo de un rato sin encontrar lo que buscaba, Mónica sugirió a Bermejo que acelerase la velocidad de reproducción, hasta que el reloj de la esquina superior derecha de la pantalla testificó que había transcurrido casi una hora desde que Adrián accediera al interior.

—Creo que me he columpiado. Prueba como una hora y media antes de que él aparezca.

Tuvieron que transcurrir diecisiete minutos y cuarenta y tres segundos desde ese punto para que Mónica hallase, por fin, lo que tan ansiadamente buscaba.

—¡Páusalo ahí! —instó a Bermejo.

Este pulsó el botón correspondiente para que el momento requerido se mantuviera estático, pudiendo así analizar minuciosamente cada detalle. En la instantánea, además de la caseta con el vigilante trasteando en su iPad, aparecían tres personas, dos hombres y una mujer. Ellos, cada uno por separado salían del recinto, el más joven con una bicicleta, y ella accedía al interior. Era esta última la destinataria de la atención de la inspectora.

—¿La conoce? —preguntó a Ángel, señalando la figura con el dedo.

—Creo que no —dijo, aproximando su cara a la pantalla para cerciorarse.

Bermejo accionó el *zoom* para facilitar al empleado la tarea de reconocimiento. Mónica extrajo de su bolso el terminal telefónico y buscó en la galería la instantánea que tomó de la mujer cuando se despedía de Sofía Puyol, comparándola con la imagen pausada.

—Sí. Está claro que es la misma persona —comentó para sí. Después mostró su teléfono móvil a Bermejo, quien, tras fijarse detenidamente en ambas imágenes, corroboró la conclusión de su colega—. Aquí se la ve con mayor nitidez, fíjese bien —instó al empleado, entregándole el terminal para que pudiera asegurarse.

—Ni idea —aseguró—. A ellos sí los tengo fichados —dijo, tras volver a centrar su atención en el ordenador—. El hombre de más edad vive en el último piso con su mujer, y el más joven no me resulta tan familiar porque se ha mudado hace poco. De hecho, el otro día lo

vi trajinando con cajas. Pero a la mujer de la bolsa no la había visto antes.

—Haga un esfuerzo, por favor, ¿ni siquiera le suena de vista?

Para facilitar al vigilante la tarea, Bermejo accionó de nuevo el *zoom*, con el fin de aproximarse lo máximo posible al rostro de la aludida. Ángel, en silencio, ponía los cinco sentidos tratando de responder con rigor a la pregunta de la inspectora.

—Es la primera vez que la veo —afirmó, ya con seguridad, tras volver a estudiar con detenimiento la foto tomada por Mónica y el primer plano de la grabación de la cámara de seguridad.

A pesar de la mala resolución de la película, a Mónica no le cabía ninguna duda: la mujer que entraba en el complejo Las Glorias algo más de una hora antes que Adrián el día de su muerte era la misma que la que había visto hablando con Sofía Puyol el día anterior. Vestía, además, un look muy parecido, con un abrigo largo aunque de corte diferente y un bolso colgado a modo de bandolera que parecía estampado, incluso este último podría tratarse del mismo que llevaba cuando la vio con ella, aunque esto resultaba imposible de asegurar debido a la deficiente calidad de la grabación y la falta de color.

—Por favor, Eugenio, amplía todo lo que puedas lo que lleva en la mano izquierda.

Bermejo aplicó el *zoom* al máximo con el fin de apreciar con detalle lo que su colega deseaba ver. A pesar del pixelado, podía apreciarse que se trataba de una bolsa de plástico de una gran superficie comercial llena de lo que parecía ser la típica compra de víveres y bebidas.

—¿No puedes acercarte más?

—Lo tengo a tope.

Aunque la bolsa estaba lo suficientemente abierta como para que se pudiera ver su contenido, la deficiente resolución de la imagen impedía apreciar detalles concretos. Pero lo que sí se distinguía con nitidez era una botella de cerveza de litro asomando por la parte superior.

Había anochecido hacía rato, aunque Mónica Rojo y Eugenio Bermejo apenas se habían dado cuenta. De vuelta en comisaría tras la visita al vigilante de la urbanización, volvieron a visionar con detenimiento la grabación de las cámaras de seguridad. El objetivo era contabilizar la cantidad de tiempo que la misteriosa mujer permaneció dentro del complejo de viviendas. Comprobar que había estado allí dentro cuando se produjo la muerte de Adrián daba pie a todo tipo de

especulaciones. Conjeturas que reavivaban la hipótesis del crimen y volvían a dejar en la cuneta la idea del suicidio.

—¡Sabía que me sonaba! De tanto ver lo registrado por la cámara de seguridad se me había quedado su careto aquí —dijo, dándose golpecitos en la frente con los dedos—. ¿Te das cuenta? ¡La tía entró en el recinto como hora y cuarto antes que Adrián y se fue más de dos horas después de que él subiera al piso! —exclamó, señalando la pantalla del ordenador, con la imagen pausada en el momento en el que la mujer abandonaba la urbanización—. Y, según nos dijo el vigilante, no la había visto anteriormente, lo que indica que no vive allí. Ella tiene que ser la persona a la que Adrián esperaba antes de decidir subir al piso.

—Pero llegó mucho antes, y entró muy resuelta. No parece que hubiera quedado con nadie en la puerta de acceso, tal y como se deriva de la actitud de él esperando en la entrada.

Mónica procesó el comentario antes de responder.

—Tenía llaves y necesitaba ponerse con los preparativos antes de que él se presentara —especuló—. Cuando se aproximara la hora de la cita, le enviaría un mensaje diciéndole que había llegado con tiempo y que, como hacía frío, prefería esperarle arriba.

—Puede ser. El chico miró el teléfono antes de entrar. Igual estaba recibiendo el *whatsapp* entonces.

—Eso es. Lástima que no podamos comprobarlo —dijo, aludiendo al terminal desaparecido.

—Lo que no entiendo es por qué él estuvo aguardando un rato en la entrada de la urbanización y no subió directamente al piso. Durante esos días hizo mucho frío. En las imágenes se ve cómo se cierra la cazadora, parecía aterido. Lo lógico es que hubiera esperado arriba.

El comentario de Bermejo la dejó pensando.

—Tal vez no tenía las llaves.

—Sí las tenía, las llevaba encima.

—El cadáver las llevaba encima —subrayó—. La…, vamos a llamarla señorita Pepis, se las podría haber metido en el bolsillo después de muerto como parte de la puesta en escena.

Bermejo, estático, con las manos en los bolsillos, armaba mentalmente el jeroglífico mientras ella paseaba lentamente de un extremo a otro del despacho. Tras hacer sus conjeturas, Mónica se quedó en silencio durante un rato. Después volvió a la mesa y tomó asiento en la butaca, concentrándose en la imagen estática de la pantalla. Se apreciaba a una chica como de veintitantos años que accedía al interior, mientras que la que salía de la urbanización era la

misma mujer que había entrado unas horas antes.

—Ya no lleva la bolsa del supermercado.

—Habrá metido las cosas en la despensa.

—¿En cuál? Si parece claro que no vive en Las Glorias.

Bermejo se quedó pensando.

—Si había quedado con el chaval en el piso, puede que llevara comida y bebida para el encuentro —argumentó, sin mucho convencimiento.

—Puede…, aunque esa teoría no me convence mucho, porque en el piso lo único que había era una litrona. ¿Alguna otra?

El agente, tras hacer el esfuerzo mental que su jefa requería, y sin que se le ocurriese algo lo suficientemente brillante, se rindió.

—¡Y yo qué sé, Mónica! ¡Tengo la cabeza que me sale humo! —exclamó, renunciando a hacer más suposiciones.

—Pues yo tengo una hipótesis: en lugar de llevar en la bolsa de plástico cuarto y mitad de jamón de york, pan de molde o cosas por el estilo, la señorita Pepis transportaba su neceser criminal. O sea, el frasquito con la dosis de GHB, más toda la parafernalia que utilizó para que pensásemos que el chaval se había suicidado, incluido el san José de los huevos.

—En el piso no se encontró ninguna bolsa de plástico.

—¡Joder, no iba a ser tan lela! La doblaría cuidadosamente y la metería en el bolso junto al recipiente que contenía el compuesto que llevó a Adrián al otro barrio. Y, por supuesto, el terminal destrozado para no dejar rastro. Son cosas que apenas ocupan espacio, además lleva un bolso grande —corroboró, señalando la pantalla—. Afortunadamente le pasó desapercibido el cristal que se quedó sobre la alfombra. Si no hubiéramos visto el dichoso vidrio, habríamos pensado que el terminal se le podría haber caído en el trayecto que hay desde la entrada de la urbanización hasta el portal, o en el ascensor, porque las antenas del SITEL detectan la zona, no el lugar exacto. Por eso digo que el puto cristalito ha sido providencial. Así que es lógico pensar que nuestra señorita Pepis arramblara también con el terminal.

—Un terminal que, con toda probabilidad, guardaba algo de la suficiente gravedad para desear eliminarlo —concluyó Bermejo.

—¡Y tanto! Después tiraría todo ello en un contenedor lo bastante alejado de allí para que ni Dios pudiera descubrir las pruebas incriminatorias. Y respecto a la litrona que llevaba metida en la bolsa, me juego el cuello a que era la misma botella de cerveza que encontramos en el piso con restos de GHB.

—Aunque tuvieras razón, corres el riesgo de perderlo si no puedes demostrarlo. Que coincidiera con el chaval en la misma urbanización no indica forzosamente que se lo cargara —advirtió el agente.

—En eso tienes razón —admitió ella, perdiendo la euforia mostrada unos instantes antes.

—El problema es que no sabemos quién es la susodicha, y eso nos obliga a dar palos de ciego.

—Lo que está claro es que Sofía Puyol la conoce.

—Pues me temo que vas a tener que volver a verla si quieres saber la identidad de la tal señorita Pepis, como tú la llamas.

Mónica Rojo se revolvió, incómoda en el asiento. La reunión con la abogada había sido lo suficientemente incómoda como para pensárselo dos veces antes de citarla de nuevo. Además, Sofía había dejado claro que no la molestase a no ser que tuviera alguna acusación contra ella y, al menos por el momento, no existía nada que la incriminase. Si lo podía evitar, era mejor no buscarle las cosquillas. Así que se decantó por utilizar otros métodos antes que volver a interrogarla. Solo recurriría a esto último si no le quedaba otro remedio.

Abrió el cajón de la mesa y sacó una bolsa de chuches.

—¿Quieres una? —le ofreció a Bermejo.

—No, gracias, ¡lo que me faltaba! —exclamó, acariciándose la barriga—. Si sigo a este ritmo se me van a acabar los agujeros del cinturón. Ya tengo bastante con los turrones que Elisa pone de postre.

—Como mi abuela. A ella le encanta poner un platito después de la cena mientras vemos la tele. Desde hace un mes los llevamos comiendo. Dice que le saben mejor que cuando llegan las comilonas de las fiestas.

Un mensaje llegó de pronto al terminal del agente.

—Me pregunta el jefe si estoy disponible para ir a Moratalaz. Se trata de una reyerta con lesiones y parece que hay drogas de por medio.

—Parece que no soy la única a la que el espíritu navideño se la refanfinfla. Ve a ver si cazas a los pajaritos. Solo falta que Antúnez se cabree conmigo por acapararte. Ya sigo yo con esto.

Cuando se quedó sola se entretuvo seleccionando cuál de las golosinas le apetecía más. Optó por una con forma de huevo frito. Mientras la masticaba buscó en la galería de su teléfono la fotografía que tomó de la supuesta clienta de Sofía y la amplió hasta conseguir un primer plano. Confió en que tuviera la suficiente resolución como para intentar identificar a la persona que allí aparecía. Estuvo

barajando diversas posibilidades. Consideró usar el Sistema Automático de Identificación Biométrica (ABIS), pero este, además de ser de utilidad solo si la persona había sido detenida previamente, requería de unos farragosos trámites que prefería evitar, así que optó por apurar todas las posibilidades que le proporcionaban las OSINT: Open Source Intelligence, pedante término usado por la Policía Científica para recurrir a métodos más sencillos con fines de investigación. En definitiva, se trataba de algo que cualquiera con acceso a internet y sin necesidad de ser un experto puede hacer a través de la red.

Decidida a probar suerte, metió la imagen en el buscador del ordenador y esperó atenta a los resultados. Lo único que consiguió fue que la condujese a varias revistas femeninas en las que se mostraban a guapas modelos vestidas con abrigos semejantes al que llevaba la misteriosa mujer cuando visitó a Sofía Puyol. El sistema también la dirigió a una página en inglés: «Beautiful Middle Age Women», donde aparecían mujeres de treinta a cuarenta años con facciones parecidas y peinadas de modo semejante a la de la fotografía. Estuvo durante un rato rastreando esta última web hasta comprobar que ninguna de aquellas personas era la que buscaba.

Lejos de darse por vencida, se dispuso a utilizar diversas aplicaciones con el fin de lograr su objetivo. La oferta era amplia, así que se propuso ir probándolas hasta que alguna de ellas le permitiera identificar a quien se había convertido en el foco de su investigación.

Tuvo suerte con la primera de las herramientas. La aplicación la llevó hacia una web llamada «Casas Milenio». Exactamente a la sección titulada «Quiénes somos». De pronto, las piezas encajaron como si un poderoso imán las hubiera atraído, situando cada una de ellas en su lugar correspondiente. Allí, además del logo de la empresa, la publicidad habitual para la captación de clientes y los menús de la cabecera, tomaba protagonismo en el centro de la página la que, ahora sin ningún género de dudas, era la mujer que estaba buscando. Debajo de su fotografía, el siguiente texto:

> Raquel Puyol, tu interiorista de confianza. Ella te asesorará ayudándote a diseñar la casa de tus sueños.

—Así que tú eres nuestra señorita Pepis —comentó para sí, dirigiéndose a la imagen sonriente de la pantalla.

No solo había descubierto quién era, sino que también conocía el cargo que desempeñaba: nada menos que la consejera delegada de

Casas Milenio, una firma de decoración de lo más exclusiva.

Con el fin de indagar más a fondo, fue curioseando una a una las diversas secciones de la web. Fotografías que mostraban el antes y el después de la intervención de la empresa en chalets, áticos y dúplex indicaban al potencial cliente el cambio radical realizado a fin de persuadirles de que la firma de Raquel Puyol convertiría su hogar en el lugar ideal para vivir. «Menudo pijerío. Esto debe de costar un ojo de la cara», susurró Mónica, al tiempo que masticaba otra de las golosinas de la bolsa, en esta ocasión con forma de frambuesa.

Que la dama se apellidara Puyol, igual que la madrastra de Adrián, no le pasó desapercibido. Estudió a fondo la imagen que aparecía en el portal inmobiliario, de mucha mejor calidad que la tomada por ella con su terminal, y no digamos de la película grabada con la cámara de seguridad de Las Glorias. Observó con detenimiento la forma de los ojos, la nariz y el resto de sus facciones. El parecido con Sofía era evidente. Cierto que su estilo era distinto, más casual y desenfadado que el de la abogada, pero el aire era innegable. Resultaba lógico concluir que podría tratarse de una persona emparentada con ella.

A pesar de la coincidencia de apellidos y de lo espectaculares que resultaban las reformas realizadas por Casas Milenio, no fueron los detalles que más llamaron la atención de la inspectora, sino algo bien distinto. En la esquina inferior derecha de la página aparecía un banner que le suscitó curiosidad. Se trataba de la publicidad de otra empresa que, por el nombre, parecía del mismo ramo: Horizontes Habitables. ¿De qué le sonaba? Le resultó extraño que se anunciara en la web de Casas Milenio una compañía que parecía hacerle competencia directa. Para salir de dudas, pinchó en el enlace de la web promocionada. De inmediato comprobó que no se trataba de otra firma de decoración de interiores, sino de una inmobiliaria. Allí se exponían varias viviendas que estaban en venta. Al contrario que en Casas Milenio, donde las propiedades parecían sacadas de una revista, la oferta de Horizontes Habitables era bastante más chusca: desde pequeños apartamentos vacacionales en populares zonas de costa hasta pisos amplios en la periferia de Madrid, la mayoría a precios razonables y necesitados de reforma. En correspondencia con la empresa de decoración, ellos también tenían en su web la publicidad de Casas Milenio. «Estos te venden la casa y los otros la maquean», dedujo Mónica, comprendiendo la sinergia que entre ambas compañías se establecía.

Tras analizar la portada de la página, optó por acceder a la sección que presentaba al personal que componía el equipo. La información

que encontró fue de lo más interesante. En esta ocasión la sorpresa fue toparse con un viejo conocido. Allí, como máximo representante de Horizontes Habitables, aparecía Yamato Zhao. Se le veía vestido elegantemente con traje y corbata. Parecía más joven. Tal vez se tratase de una fotografía que tuviera ya unos años. Aunque también podría ser actual y haber sido retocada con el fin de favorecer al modelo. O quizá se debiera a que al Yamato Zhao que ella conocía le había pasado con crueldad el tiempo por encima a raíz de la muerte de su hijo. Desde luego, la imagen que ofrecía en su web era muy distinta a la débil estampa que ella guardaba en su memoria tras las ocasiones que se había encontrado con él. En la página se mostraba como un ejecutivo triunfador, repantingado en un mullido sillón con la vista del parque del Oeste al fondo. Miraba frontalmente a la cámara con la seguridad de dominar el entorno. Sus ojos rasgados le dotaban de una ambigüedad inquietante. Tal vez fuera una percepción subjetiva, pero lo cierto es que a Mónica le pareció alguien diferente a la persona que ella había tratado. Como si su fachada fuera un recipiente rellenable y adquiriera un aspecto distinto según lo que se depositara en su interior. Lo cierto es que, inmerso en esa puesta en escena, distaba mucho del hombre frágil que iba a romperse de un momento a otro, tal y como ella había percibido. Ahora se mostraba poderoso e inaccesible, capaz de manejar los hilos de su empresa con la habilidad de quien devora el mundo a bocados. Tras su sonrisa, que a Mónica se le antojó una mezcla del Joker de Batman y de hiena salvaje, podía intuirse una ambición desmesurada. Por muy asiático que fuera, esta versión de Yamato no le daba pena, como sistemáticamente le sucedía cuando veía a alguien de su raza, sino que la remitía al malo de una película de James Bond. De manera casi inconsciente, poniendo banda sonora a lo que se mostraba en la pantalla, Mónica se puso a tararear los primeros compases de «Golden Eye», remedando a Tina Turner, mientras se metía en la boca otra de sus golosinas.

Estaba claro que algo se cocía en esa familia. Mónica Rojo se resistía a creer que fuera accidental tanta casualidad. Que Raquel Puyol entrase en la urbanización poco antes de que lo hiciera Adrián y saliera casi dos horas después de su muerte eran hechos alarmantemente sospechosos. Que nunca se la hubiera visto por allí anteriormente y que, además, fuera familiar de Sofía, tal y como suponía, multiplicaba exponencialmente las probabilidades de que aquello estuviera enlodado. Era preciso interrogarla. La tenía localizada, así que no necesitaría la asistencia de Sofía para acceder a

ella, algo que la relajó. La idea de tener que volver a ver a la mujer de Yamato Zhao soliviantaba enormemente al enano de sus tripas, creándole ese malestar característico.

La vibración de su terminal indicando la llegada de un *whatsapp* la desvió de sus elucubraciones. Se trataba de un mensaje que Cito acababa de enviarle. Al abrirlo, se topó con un selfi de su novio. Allí estaba él, a la entrada de la comisaría, con gesto ilusionado de niño grande —en realidad, no tan grande, pues apenas era poco más alto que Mónica e igual de delgado—, mostrando al objetivo una bolsita de sus golosinas preferidas, cerrada con un pomposo lazo rosa. Lo acompañaba el siguiente texto: «Mira las delicias que te están esperando en la puerta…, y no me refiero solo a las chuches». El texto y el emoticono del ojo guiñado enseñando la lengua con el que se remataba el mensaje le provocó una sonrisa. Una sonrisa que, aunque ya era totalmente de noche, se trataba de la primera de la jornada.

Capítulo 33

Sábado, 24 de diciembre

Nochebuena. La idea de Mónica Rojo era esperar hasta después de Navidad para reunirse con la jueza, pero esta le comunicó que estaba de guardia hasta la tarde y le ofreció la posibilidad de reunirse con ella a lo largo de la mañana. Al principio, a la inspectora le fastidió tener que seguir trabajando en una fecha tan señalada, pero después pensó que de esa forma ganaría tiempo, algo que no le sobraba precisamente.

Nora Salinas, sentada en su silla de ruedas, la escuchaba exponer sus argumentos. Su gesto era neutro. Tanto como para que la inspectora no tuviera la menor idea de si estaba siendo lo suficientemente convincente o, por el contrario, se estaba cayendo con todo el equipo. Era difícil descifrar el rostro de la jueza. Resultaba imposible imaginársela perdiendo las formas. A pesar de ello, se intuía el sufrimiento que debió de pasar tras el percance que la dejó parapléjica. No es que su carácter hubiera cambiado significativamente desde entonces, pero sí lo había hecho su mirada, adquiriendo cierto matiz de tristeza o tal vez de hastío, era difícil distinguirlo con exactitud. Lo cierto es que la inspectora Rojo nunca sabía cuál era la mejor manera de encauzar la conversación para llevarla a su terreno. Persuadirla de nuevo para que le diera vía libre y de ese modo poder realizar lo que se proponía resultaba un reto complicado. Hacía esfuerzos para mantener a raya su tartamudeo, que aparecía en los momentos más inoportunos. Era consciente de que tenía que mostrarse firme y convencida ante la magistrada si quería lograr su objetivo, y trabucarse al hablar le hacía parecer insegura. A pesar de que se había pertrechado de razones de peso, se aturullaba más de lo conveniente, dando la sensación de estar improvisando, por más que llevara bien preparado el discurso. A veces se embalaba en exceso y ello favorecía que alguna palabra se le atragantase más de la cuenta. Ello la forzaba a quedarse en silencio durante unos instantes. Algo que intentaba aprovechar para resultar más convincente, tal y como había visto hacer a los actores en el teatro y a los políticos en

los mítines. Pero, más que una pausa dramática, lo que conseguía era parecer más vacilante todavía, por muy ensayado que llevara la puesta en escena.

Antes de salir de casa para dirigirse a los juzgados, había pasado un buen rato en su habitación dando vueltas al asunto. Primero pensando en la manera de plantear la cuestión y, ya con las ideas claras, redactando a modo de guía una especie de alegato que justificaba lo que pretendía realizar. El objetivo era memorizar el texto que había escrito con la intención de no dejarse nada en el tintero y, a la vez, que cada uno de los conceptos fluyeran sin interferencias. Lo intentó con el primer párrafo, pero fracasó estrepitosamente. El esfuerzo por reproducir verbalmente lo anotado la ponía tan nerviosa que el trastabilleo, lejos de suavizarse, se acentuaba. Tras asumir que ese no era el camino adecuado, hizo un resumen mental ciñéndose a los puntos básicos. Decidió prescindir de adornos y circunloquios para centrarse en lo esencial. Pensó que sería más sencillo exponer sus pretensiones sin necesidad de tener que ajustarse con exactitud a las palabras que había escrito en el bloc de notas. Clara y concisa, así debía mostrarse. Ya con las ideas esenciales bien presentes se sentó en la cama y, mirándose a los ojos en el espejo de su armario, se dispuso a ensayar, intentando también controlar los gestos. Pero el reflejo de su propia imagen y escuchar a su abuela zascandileando por la casa mientras tarareaba «La violetera» la distraían lo bastante como para ser incapaz de concentrarse en su objetivo. Decididamente, sus dotes como actriz eran nulas. Nunca se le había pasado por la cabeza dedicarse al espectáculo, pero en ese momento habría agradecido que Talía la iluminara, aunque solo hubiera sido con una triste bombilla.

Se enfadaba consigo misma por el desasosiego que sentía. Una inquietud que le hacía parecer un culo de mal asiento, cruzando y descruzando las piernas sin terminar de encontrar una postura en la que se sintiera mínimamente cómoda. La reunión con la jueza la ponía nerviosa, aunque objetivamente no hubiera motivos para desencadenar ese estado de ánimo. Nora Salinas, anteriormente, ya le había concedido autorización para lo que le había pedido en relación al caso del chico del san José. Por tanto, no había razón alguna para pensar que pudiera ponerle pegas a lo que ahora le iba a solicitar. No obstante, tenía que recordar que en aquel momento se vio obligada a utilizar todos sus recursos a fin de que le permitiera examinar el equipo informático de Adrián y averiguar qué era lo que abría la llave que el muchacho llevaba en el bolsillo el día de su muerte. La jueza le

rebatió cada uno de los argumentos en los que se apoyaba para justificar la demanda y Mónica se vio obligada a establecer un pulso con ella hasta que pareció convencerla de que lo que le estaba pidiendo en absoluto se trataba de algo gratuito. Lo cierto es que le costó Dios y ayuda conseguir su beneplácito para continuar la investigación. A punto estuvo de irse «con una mano delante y con otra detrás», como diría su abuela.

La cuestión es que ahora, más que por el duelo dialéctico al que se veía abocada, la intranquilidad venía motivada por la impresión de que la jueza estaba ya hasta el gorro de sus gestiones. No es que se lo hubiera transmitido directamente cuando le pidió reunirse de nuevo con ella, claro que no, pero el silencio que a Mónica le pareció percibir a través de la línea telefónica seguido de un resoplido de fastidio —esto último tal vez solo ocurriera en su imaginación— la llevaron a pensar que la magistrada estaba harta de un asunto que llevaba coleando demasiado tiempo y que tenía que haberse solucionado ya, bien con una acusación en firme, bien archivando el caso.

A pesar del respeto y la atención con los que parecía escuchar a la inspectora, sentada frente a ella en su despacho del juzgado, Mónica tenía la sensación de que la iba a mandar a hacer puñetas de un momento a otro, aunque no dudaba de que lo haría de forma exquisitamente educada. Cuando la vio mirar de hurtadillas su reloj de pulsera y, a continuación, reprimir un bostezo —esto último también puede que solo sucediera en su mente—, Mónica fue consciente de estar abusando de la verborrea con el fin de parecer más persuasiva. Era evidente, sin embargo, que no estaba logrando su objetivo. Optó entonces por poner punto final a su exposición con el fin de que la jueza dictaminase al respecto. «Que sea lo que Dios quiera», pensó mientras se ajustaba las gafas, que poco a poco se le habían ido resbalando por la nariz.

Nora Salinas se quedó mirándola durante unos segundos que a Rojo se le hicieron eternos. Esta se preguntaba qué le estaría pasando por la cabeza. «O no ha terminado de tomar la decisión y por eso se calla, o está valorando cuál es el modo más indoloro de mandarme a freír espárragos».

—Le voy a conceder la autorización que me pide como último recurso para la resolución de este embrollo. —Mónica reparó en cómo subrayó «último recurso»—. De esta forma nos quedaremos con el convencimiento de haber tomado las medidas pertinentes para clarificar este asunto, que, he de reconocer, tiene un cierto lado

oscuro. Rectifico, digamos… un aspecto diferente a lo que nos encontramos habitualmente tanto en muertes autoinfligidas como en homicidios. No obstante, mi experiencia me ha llevado a creer que tanto el crimen perfecto como lo que puede parecerlo obedecen más al azar que al talento del asesino en el primer caso y a lo engañoso que pueden resultar algunas pistas en el segundo. Y aunque todo podría quedarse en un cúmulo de casualidades que… usted… —énfasis en la palabra con dedo índice acusatorio— estaría confundiendo con evidencias de que hubo una intervención externa en la muerte de este muchacho, estoy segura de que tanto sus superiores como yo nos quedaremos tranquilos. —Mónica tradujo esto último como: al fin nos dejará de dar la murga—. No digo que de esa manera facilitemos el desenlace del asunto porque, sinceramente, dudo mucho que sea posible saber en realidad lo que ocurrió, pero, al menos, no habremos puesto piedras en su camino y nos quedaremos con la satisfacción de haber utilizado los recursos necesarios para llevar a buen puerto la investigación, independientemente del resultado que se consiga.

Mónica Rojo resumió en pocas palabras la parrafada: por un lado, volcaba en ella la responsabilidad de poner todo «manga por hombro», en argot de su yaya, y por otro, le recomendaba que aprovechara esta oportunidad ya que no le daría ni una sola más. Sospechaba que había ganado la batalla, aunque no necesariamente por la solidez de sus razonamientos, sino, de nuevo, por plasta o mosca cojonera, que cada cual escoja el calificativo que prefiera.

Con el visto bueno de la autoridad judicial para emprender las acciones pertinentes, Mónica salió del juzgado en dirección al aparcamiento. Se encontraba mucho mejor del catarro. Apenas le había quedado algo de sequedad en la garganta, lo que le provocaba cierta tosecilla esporádica. Nada que no pudiera remediarse con uno de los chicles de hierbabuena que llevaba en el bolso. A pesar del ultimátum de la jueza, se encontraba tranquila. El hecho de ser consciente de que la conclusión del caso, para bien o para mal, se hallaba próxima la liberaba de presiones. Al fin y al cabo, estaba mentalizada para asumir las consecuencias en la peor de las situaciones. Vamos, que había descontado ya las pérdidas, en lenguaje financiero.

Se subió al coche, aunque sería más exacto decir que desparramó sus miembros en el asiento. Cerró los ojos y así permaneció unos instantes con la mente en blanco, o al menos intentándolo, concentrada únicamente en masticar el chicle que se había metido en la boca. Era su manera de relajarse tras la agitada reunión en los

juzgados. También de poner punto y aparte o, más bien, de comenzar el paréntesis de las festividades que se avecinaban. Era Nochebuena. Tenía el firme propósito de prestar la atención debida a su familia. Es decir, a su novio y a su abuela. Durante el paréntesis de la Navidad únicamente se centraría en degustar las delicias gastronómicas preparadas por Pilarín, y acudir con ella a la Misa del Gallo. Esa misma tarde daría una vuelta con Cito por la Puerta del Sol y la plaza Mayor con el fin de visitar los mercadillos y comprar algunos de los artículos de broma que se exponían en los puestos navideños. Como era tradición, después los probarían como parte del regocijo familiar, además de con Pilarín, con Martina y Estrella, la madre y hermana de Cito, con las que siempre cenaban ese día. En definitiva, le apetecía dedicar tiempo de calidad a las personas que quería.

Ya transcurrida la primera tanda de las fiestas volvería a retomar el asunto. Apenas serían dos días que se pasarían volando, pero intentaría que se estiraran lo suficiente para disfrutarlos como si fueran unas auténticas vacaciones. Le servirían para tomar perspectiva, algo que no le había sido posible hasta ahora. La distancia mental le iba a ser útil para contemplar el suceso en su totalidad, como si fuera una pintora impresionista que se aleja del cuadro para decidir las pinceladas adecuadas. Reencuadraría el conjunto con el fin de enfocar con nitidez personajes implicados, pistas, indicios y resto de detalles. Necesitaba dar a cada dato la importancia adecuada. Ni más ni menos. Era preciso valorar en su justa medida lo que había ido encontrando en el intrincado camino recorrido desde el 15 de noviembre, fecha en la que apareció el cadáver de Adrián Zhao. Pero ahora se sentía como una suerte de Scarlett O'Hara posponiendo tomar decisiones para cuando llegara el momento.

Antes de arrancar el vehículo para regresar de nuevo a casa, buscó en una lista de villancicos «All I Want for Christmas is You» y se pasó todo el trayecto cantándola a dos voces con Mariah Carey.

Capítulo 34

Lunes, 26 de diciembre

Tras pulsar por segunda vez en el portero automático sin que nadie respondiera, la inspectora Rojo y el agente Bermejo, acompañados por Daniel Romero, se enfrentaban a la disyuntiva de esperar a Raquel Puyol en el portal o hacer tiempo en el bar que se encontraba frente al edificio.

—¿Le envío un mensaje? —preguntó, impaciente, Bermejo.

—No seas impaciente. Hemos llegado demasiado pronto. Todavía quedan dieciocho minutos para las siete —constató Mónica, echando un vistazo al flamante *smartwatch* que Cito le había regalado en Nochebuena—. Seguramente estará ocupada con movidas fuera del despacho.

—¡A ver si no va a aparecer! —comentó el secretario judicial.

—Aparecerá —aseguró Mónica—. Si supiera a qué venimos, sería probable que tomase las de Villadiego, pero se supone que tiene una cita con un cliente.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bermejo.

La nariz roja del agente y su aspecto aterido atestiguaban que el frío se le había instalado en los huesos. Soplaban rachas de viento que acentuaban la baja temperatura del ambiente.

—Podemos esperar ahí enfrente —sugirió el secretario judicial.

Aunque el Bearbie Man no era precisamente el típico bar al que se va simplemente a tomar un café, parecía que era la mejor opción para hacer tiempo. Mejor eso que quedarse esperando como pasmarotes en medio de la calle a riesgo de que les salieran estalactitas por la nariz. Bermejo, nada convencido, sugirió buscar una cafetería más convencional, pero alrededor solo había baretos del mismo estilo y apenas disponían de unos minutos hasta la hora de la cita.

—Entrad vosotros. Yo espero fuera, que a mí me da reparo —dijo, intimidado por el cartel que ilustraba la entrada del local. Se trataba de un dibujo a color de un tipo barbudo y descamisado que exhibía una gran pelambrera pectoral.

—Venga, hombre, no seas sieso, que los gais no nos comemos a

nadie —dijo Romero con la naturalidad de quien lleva toda la vida fuera del armario.

—Si entramos los tres juntos, pensarán que soy una mariliendre amiga de los ositos, bueno…, del osito —rectificó, señalando a Bermejo.

—¿Tengo yo pinta de osito? —preguntó el aludido, entre perplejo e indignado.

Mónica no contestó. Prefirió prescindir de establecer comparaciones entre la clientela que presumiblemente frecuentaba aquel establecimiento y el aspecto de su compañero. Únicamente se limitó a mirar de reojo la panza de Bermejo, que, al llevar el abrigo abierto, se la veía rebosando por encima del pantalón. Como él se resistía a pasar, lo agarró de la mano, forzándolo a hacerlo.

Se apostaron los tres en la barra, cerca de la entrada. De esa forma tenían visibilidad suficiente para controlar el edificio a través de la cristalera del local.

El inmueble en el que Raquel Puyol tenía su estudio era antiguo, pero había sido recientemente restaurado. Se trataba de una de esas construcciones situadas en zonas valoradas de la capital pero que se caen a trozos hasta que un avispado constructor decide remodelarlas y, una vez realizada la obra, vende los pisos a precio de oro. En uno de los áticos se encontraba la sede de Casas Milenio, aunque el edificio no parecía estar destinado a oficinas, sino a exclusivos apartamentos para exitosos profesionales que eligen vivir en una zona céntrica y de ambiente liberal. No parecía que Puyol tuviera secretaria ni empleados, ya que nadie les había abierto la puerta. Mónica dedujo que la diseñadora había instalado la oficina en su propio domicilio, pues era el lugar donde estaba empadronada. También especuló sobre si Yamato Zhao habría sido el promotor de aquel conjunto de pisos rehabilitados.

Daniel Romero saludó al camarero del Bearbie Man con cierta familiaridad, lo que llevaba a pensar que no era la primera vez que entraba allí. Pidió una cerveza sin alcohol.

—¿Qué te pongo, cielo? —preguntó el hombre a Mónica, mientras servía la consumición al secretario.

—Una coca-cola, por favor.

—¿Y a ti, guapo?

La pregunta iba aderezada con una mirada lo suficientemente provocativa como para incomodar a Bermejo.

—Un gin-tonic.

La inspectora lo miró extrañada, ya que nunca lo había visto beber

alcohol, al menos cuando estaba de servicio.

—Necesito anestesiarme para pasar el trago. Si me viera Elisa aquí dentro, no sé lo que pensaría —le dijo, acercándose a su oído, para que no lo escuchase Romero.

Mónica hizo una panorámica visual por el bar y confirmó, como era de esperar, que la afluencia de hombres de aspecto rudo era mayoritaria. Sin embargo, también pudo distinguir dos mujeres sentadas en una de las mesas, con un aire casi tan masculino como el de ellos.

—Si te hubieras encontrado con tu señora esposa en este antro, créeme que lo que pensara o dejara de pensar respecto a ti sería el menor de tus problemas —le comentó discretamente.

Ni el ambientador ni los productos de limpieza terminaban de disimular los efluvios acumulados por la falta de ventilación. Olor a «humanidad» sería la palabra que Pilarín utilizaría. Término excesivamente general y difuso, ya que lleva a pensar que el género humano, así en general, huele de idéntica manera independientemente de lo pulcro o guarro que se sea, pero al igual que Mónica y su abuela, quien está leyendo estas páginas entenderá a la perfección, incluso revivirá en su memoria sensorial, lo que la clientela del local respiraba en aquel momento.

Todavía era demasiado temprano para que el Bearbie Man se encontrara en su salsa. La música, nada cañera, sonaba a volumen razonable y había más luz de la que suele ser habitual en garitos semejantes a horas más avanzadas, cuando la clientela ya ha terminado de cenar y se dispone a quemar la noche. Varios hombres barbudos, la mayoría marcando una barriga cervecera semejante a la de Bermejo pero vestidos con un estilo considerablemente diferente, tomaban copas mientras coqueteaban entre sí. Alguno de ellos llevaba las mangas de la camisa remangadas, exhibiendo peludos y musculosos brazos repletos de tatuajes.

Para no ser siquiera las siete de la tarde del día después de Navidad, o tal vez precisamente por eso, había bastante animación en el local. Algo también tendría que ver la *happy hour*, que abarcaba desde las seis hasta las ocho de la tarde, tal y como rezaba un cartel colocado en el interior de la barra entre guirnaldas de colores.

A Bermejo, vestido totalmente fuera de lugar, aunque en un intento de mezclarse con los parroquianos se había despojado del abrigo y aflojado la corbata, lo relajó que la clientela estuviera a lo suyo. Únicamente se percató de que un tipo solitario, más achaparrado que el resto, y que se encontraba al fondo de la alargada

estancia, miraba hacia donde ellos estaban y sonreía con gesto ambiguo. El agente no supo interpretar si estaba coqueteando con él, con Romero, o si sencillamente se estaba descojonando del extraño grupo formado por los tres.

Mientras masticaba los cacahuetes que acompañaban la consumición, Mónica, a través de los cristales, no quitaba ojo al coqueto edificio que estaba al otro lado de la acera esperando a que llegara la persona que podría convertirse en la clave del caso. No se le daba bien mentir, por eso prefirió que esa mañana fuera Bermejo quien telefoneara a Raquel Puyol haciéndose pasar por un potencial cliente. La interiorista le sugirió concertar la cita en el piso susceptible de reforma para, in situ, sugerirle las acciones a seguir a fin de convertir su nuevo apartamento en el hogar de sus sueños, como rezaba la publicidad de Casas Milenio. Como el objetivo era que el encuentro se produjera en el estudio de la decoradora, Bermejo hábilmente le comunicó que todavía no tenía las llaves de la vivienda ya que solo había firmado el contrato de arras, y que oficialmente la casa no sería suya hasta finales del mes de enero. No obstante, estaba interesado en ir planificando el diseño de la nueva casa antes de que lo «pillase el toro», como le dijo por teléfono. La diseñadora le pidió entonces que llevara a su oficina el plano y fotografías del piso con objeto de proponerle diferentes alternativas y estilos, así como el precio de llevarlos a cabo.

Al fin, la vieron aparecer. Llegó dando grandes zancadas, casi corriendo, probablemente algo agobiada por temor a llegar tarde a la cita concertada. Esperaron a que abriera el portal y subiera a la oficina mientras apuraban sus bebidas y pedían la cuenta. El camarero les cobró y dio a cada uno un ticket canjeable por una consumición gratuita. «Para que vengáis más por aquí». Aunque la propuesta era extensible a los tres, el interés del hombre se focalizaba claramente en Bermejo, quien le agradeció la invitación con una risilla nerviosa.

—La próxima vez vienes con Elisa —le susurró Mónica con recochineo, una vez salieron del local.

En su estudio, Raquel Puyol recibió a los que ella creía potenciales clientes con una sonrisa encantadora. Iba impecablemente vestida y maquillada. Los invitó a entrar al ático mostrando modales de anfitriona y los condujo hacia una amplia estancia habilitada como despacho con muebles funcionales y de moderno diseño. Antes de sentarse, les preguntó si deseaban café o algún refresco.

—Agua, por favor —pidió Bermejo.

Se dirigió hacia el pequeño frigorífico que formaba parte del

mobiliario del cuarto y sacó unos botellines de agua mineral. Tomó vasos del mueble bar situado en una esquina y sirvió las bebidas. Después se situó a un lado de la mesa de centro, sentándose en un sillón, e indicó a los visitantes que tomaran asiento frente a ella en el sofá. Sin embargo, los tres siguieron de pie. Rojo decidió prescindir de rodeos e ir directamente al meollo de la cuestión. Empezó por sacar su placa del bolso para mostrársela.

—Me llamo Mónica Rojo, y soy inspectora de Policía. El agente Eugenio Bermejo, y el señor don Daniel Romero, letrado de la Administración de Justicia —les presentó según los iba señalando—. Sabemos que esta forma de abordarla no es la que suele ser convencional, pero necesitábamos hablar con usted y, por varios motivos, hemos preferido visitarla que citarla en comisaría.

La expresión de Raquel cambió radicalmente. La amabilidad mostrada hasta el momento y la seguridad que transmitía se tornaron en desconcierto.

—No comprendo a qué viene esto.

—¿Está usted segura? —preguntó Bermejo.

—Totalmente —contestó, elevando el tono más de lo que seguramente hubiera deseado al intentar mostrarse convincente.

—Díganos, por favor, por qué fue a la urbanización Las Glorias el pasado 6 de noviembre —le espetó Mónica.

—¿El 6 de noviembre?

—En efecto.

Tras esperar sin éxito a que respondiera a la pregunta, Bermejo volvió a intervenir.

—Sabe lo que ocurrió aquel día, ¿verdad?

—Según nos dijeron, fue el día en el que mi sobrino se suicidó.

—Digamos que se produjo su muerte —puntualizó la inspectora—. La forense ha certificado la fecha y hora del deceso en la misma franja horaria en la que usted estuvo en el mismo lugar.

—Se equivoca. Yo no fui allí —afirmó, categórica.

—Las cámaras de seguridad lo atestiguan.

—Las cámaras de seguridad demostrarán que yo entré en Las Glorias, pero no tenía ni idea de que Adri se encontraba en el piso. Yo había quedado con el presidente de la comunidad de vecinos para aclarar algunas dudas sobre asuntos relacionados con la urbanización. Imagino que saben que la vivienda en la que Adri se quitó la vida había sido adquirida recientemente por mi cuñado, con quien colaboro profesionalmente. Iba a destinarla al alquiler, así que había que familiarizarse con pagos, derramas y demás cuestiones referentes

a la comunidad.

—¿Cuál es el nombre del presidente? —preguntó la inspectora.

—Arturo Fabra.

—¿Celebraba don Arturo una fiesta en su casa?

—¿Perdone?

—Lo digo porque como usted llevaba una bolsa con bebidas…

Raquel Puyol tardó unos instantes en entender a qué se refería la inspectora.

—¡Ah! —exclamó al fin—. Me pasé por el supermercado antes. Había estado el fin de semana con mi hermana en el Parador de Sigüenza y necesitaba hacer compra, ya que apenas tenía nada en el frigorífico. Aunque podía habérmelo ahorrado, la verdad, porque me debí de dejar la bolsa olvidada en algún lugar de la urbanización —apostilló con naturalidad.

Bermejo miró de reojo a Mónica antes de dirigirse a la interiorista.

—Debieron de hablar de muchas cosas durante esa reunión, porque estuvo usted dentro del recinto durante más de dos horas —puntualizó el agente.

—Bueno, con él estuve charlando tan solo un rato, luego me pasé algún tiempo curioseando el gimnasio, los jardines y la piscina. Seguramente me dejé la bolsa en uno de esos sitios.

—¿Y no se pasó por el piso?

—Pensaba hacerlo, pero se me olvidó coger las llaves. De todas formas, no era necesario, ya que no había nada que hacer allí.

—Muy bien, haremos las comprobaciones pertinentes. —Mónica hizo una panorámica visual de la estancia reparando en los cuadros instalados en las paredes, en el ordenador y en los objetos de escritorio que había sobre la mesa.

—Este lugar, ¿es solo su oficina o vive también aquí? —preguntó Daniel Romero.

—Ambas cosas.

—Mejor.

—Mejor… ¿por qué? —preguntó intrigada.

—Porque vamos a hacer un registro. Así no lo tendremos que hacer por duplicado con las consiguientes molestias para usted.

—Pero, tranquila, no le vamos a dejar todo manga por hombro. Nos gusta ser ordenados —matizó Mónica.

La interiorista abría mucho los ojos, intentando procesar lo que estaba sucediendo.

—Lo siento, pero tendrán que volver en otro momento con una autorización judicial —dijo, cuando por fin pudo reaccionar.

—Como usted comprenderá, no habríamos venido con el señor Romero si no la tuviéramos.

La inspectora sacó del bolso el documento firmado por Nora Salinas y se lo mostró. Raquel Puyol lo leyó.

—Me gustaría llamar a mi hermana. ¿Puedo hacerlo?

—¿A su hermana Sofía? —Raquel asintió—. Por supuesto. Aunque, como abogada, ella misma le dirá que no tiene potestad para detener el registro.

La mujer marcó el número y estableció comunicación con Sofía Puyol. La conversación duró pocos minutos, los suficientes para que Raquel, a través del aparato, le leyera en su totalidad la orden judicial. Tras terminar la lectura, la interiorista se limitó a escuchar lo que su hermana le comunicaba desde el otro lado de la línea sin hacer comentario alguno. Tan solo asentía. Cuando colgó, resignada, hizo un gesto invitándolos a que procedieran. Ni siquiera se levantó de la butaca, queriendo dar a entender que no tenía nada que ocultar. Sin embargo, Romero le pidió que los acompañase.

—Es conveniente que usted esté presente mientras se realiza el registro.

Los cuatro salieron del despacho. Raquel iba respondiendo a las demandas y dudas de los policías, quienes efectuaron una inspección completa de cada una de las habitaciones, incluyendo el baño en suite del dormitorio principal y el de invitados. No se demoraron demasiado, ya que la vivienda era más bien pequeña, aunque aparentara ser más amplia de lo que era en realidad gracias a los techos altos y lo diáfanas que resultaban las piezas.

Ambos policías se limitaron a rastrear si había algo que les suscitara alguna sospecha, pero consideraron que no merecía la pena llevarse nada para su posterior análisis, al menos, respecto a la zona privada. Tal y como Mónica prometió a Raquel Puyol dejaron todo igual que estaba, evitando causar desorden y desperfectos.

Ya inspeccionado el resto del ático, fueron hacia la estancia en la que Raquel desarrollaba su actividad profesional y donde los había atendido. Nada más entrar, Mónica se dirigió a la mesa de escritorio, tomó el ordenador portátil y pidió a Bermejo que hiciera lo propio con la impresora y los folios. También registraron los dos cajones de la mesa. Allí encontraron un disco duro externo y varias memorias USB, que también requisaron. La interiorista contemplaba con estupefacción las acciones llevadas a cabo por los policías.

—No pueden dejarme sin ordenador. Es imprescindible para mi trabajo.

—Lo siento. Intentaremos agilizar la inspección del mismo. Lo tendrá de vuelta en cuanto lo hagamos —comentó Bermejo.

—En cualquier caso, seguro que dispone de recursos para salir del paso —apostilló Mónica mientras seguía rebuscando en el despacho.

—Pero allí tengo proyectos que estoy desarrollando. No puedo hacer esperar a mis clientes —insistió con la esperanza de obtener una solución al respecto, aunque sin éxito alguno.

—Su teléfono móvil, por favor —solicitó la inspectora, extendiendo la mano.

—¿Se lo van a llevar también?

—Lo siento.

Consciente de que ofrecer resistencia no conduciría a nada, lo sacó del bolso que tenía colgado en el respaldo de la butaca y se lo entregó a la inspectora.

—¿Dispone de otro terminal?

—No. Utilizo el mismo para todo.

—¿Me permite?

Mónica Rojo inspeccionó el bolso de la interiorista y la cacheó, tanteando los bolsillos de su americana. Convencida de que decía la verdad, ya que durante la inspección no había aparecido ningún otro, hizo un gesto a Bermejo, dando por terminado el registro.

Sin hacer más comentarios, ambos agentes, acompañados de Romero, se dirigieron hacia el recibidor a fin de abandonar la estancia.

—En cuanto la Policía Científica analice estos enseres nos volveremos a poner en contacto con usted. Lo haremos a la mayor brevedad posible, así que le ruego permanezca localizable.

—Si me dejan sin móvil, lo veo difícil.

—Se le notificará en esta dirección cualquier cuestión que sea pertinente. Por eso le recomiendo que salga al exterior lo mínimo posible con el fin de facilitar el proceso de investigación hasta que tenga noticias nuestras. Será lo mejor para evitar que se le compliquen más las cosas. Nos comunicaremos con usted por el teléfono fijo o a través de otro número si nos lo proporciona. De esa manera tendrá más libertad de movimientos.

—Entonces, póngase en contacto conmigo a través de mi hermana. Les doy su número.

—No se moleste, lo tenemos.

—¿Me están acusando de algo? —preguntó, después de unos instantes de desconcierto.

—Si fuera así, la llevaríamos detenida.

Raquel intentaba controlar el aluvión de sensaciones que le estaba provocando las acciones de los policías. Sin embargo, la lividez que mostraba su rostro evidenciaba su desazón.

Ya en la calle, la comitiva formada por los tres funcionarios coincidió con Sofía Puyol, que llegaba en aquel momento para amparar a Raquel.

—Buenas tardes. Me gustaría saber por qué han venido a molestar a mi hermana —espetó, nada más llegar. Aunque hablaba en plural, se dirigía únicamente a Mónica Rojo.

—Necesitamos hacer unas comprobaciones relacionadas con la muerte de su hijastro —aclaró la inspectora.

—Esto es completamente absurdo y un despropósito fuera de lugar. Mi hermana nada tiene que ver con el suceso.

—Si es así no hay de qué preocuparse, pero es nuestro deber realizar las pesquisas oportunas para salir de dudas.

—Por el interés de todos, espero que este desmán esté justificado —dijo, a modo de amenaza, con la mirada fija en la inspectora, como si los dos hombres fueran los figurantes que completan la puesta en escena.

—Le aseguro que lo está —aseguró Mónica.

—Dígame en qué se basa.

—Lo sabrá en su momento. Pero puedo adelantarle que existen indicios de peso que relacionan a su hermana con lo ocurrido en el piso de la urbanización Las Glorias.

—¿Puedo preguntar qué han requisado?

—Lo que hemos considerado necesario. Para más información utilice los cauces que le permite la ley o, mucho más fácil, pregúnteselo a su hermana.

La tensión era tan pesada como la niebla que había empezado a cubrir la calle. El silencio y el duelo de miradas que se estableció entre ellas detuvo el tiempo. En realidad, apenas transcurrieron unos segundos, pero a Daniel Romero y a Eugenio Bermejo ese lapso se les hizo eterno. Al fin, Sofía Puyol se apresuró a entrar en el portal para subir al ático de Raquel.

—¡Ufff… Qué situación tan violenta! —exclamó Romero con voz algo más aflautada de lo que era normal en él.

Mónica hizo un gesto quitando importancia al encontronazo, como si ya se hubiera acostumbrado al tono y las formas de la abogada.

Tras las despedidas de rigor, el secretario judicial se fue por su lado, y Rojo y Bermejo, cargados con el material requisado, se dispusieron a quemar el cartucho que les quedaba en la recámara.

Eran plenamente conscientes de que se trataba del último intento de aclarar el caso del chico del san José.

Capítulo 35

Jueves, 29 de diciembre

A pesar de las conflictivas fechas, en las que lo relacionado con la Administración del Estado parece congelarse tanto como la temperatura ambiente, ese día, nada más llegar al despacho, Mónica Rojo se encontró en la bandeja de su correo electrónico parte del resultado del análisis forense de los objetos incautados. Apenas tres días después de la inspección efectuada en el domicilio de Raquel Puyol. Salva Fanjul, consciente de la urgencia en avanzar en la resolución del caso, se implicó personalmente en ello dando prioridad al análisis del material. Cuando la inspectora se topó con el informe de la Policía Científica, el corazón se le aceleró.

> Todavía nos queda faena, pero te envío el contenido del terminal de Raquel Puyol, y de los correos electrónicos. Para abrir boca.

Mónica aproximó su rostro a la pantalla del ordenador como si de esa forma pudiera asimilar mejor las conclusiones. Se saltó los preliminares con los que empiezan los documentos de este tipo a fin de llegar cuanto antes al resultado del estudio. Ansiaba saber si iba por buen camino o si, por el contrario, lo derivado de la investigación suponía otro jarro de agua fría en el periplo iniciado a principios de noviembre.

Bermejo, tras dar tres golpecitos sincopados en la puerta, accedió al despacho con un dosier impreso entre las manos.

—Acabo de comprobar que…

Mónica no lo dejó terminar.

—¡Espera!

Estaba tan concentrada que no quería que Bermejo la interrumpiera hasta hacer un repaso general al documento enviado por Fanjul.

—¡Qué raro! No estableció contacto con Adrián el día de autos —dijo, por fin—. Ni a través de llamadas, ni de SMS ni de WhatsApp. —Hizo una pausa, en la que siguió recopilando información—. Tampoco los días anteriores. No parece que tuvieran mucha comunicación

precisamente.

—Eso no cuadra con nuestra teoría —intervino Bermejo—. Se supone que concertó una cita con él en el piso de Las Glorias. Revisa lo que hay en el *mail*, por si hubieran quedado a través de ese medio.

La inspectora localizó el apartado en el informe. Se entretuvo un rato en repasar el contenido de lo enviado y recibido en las cuentas de correo de Raquel Puyol.

—Nada —fue su lacónica respuesta.

Bermejo hizo un gesto de preocupación con la boca, al tiempo que se rascaba el lóbulo de la oreja.

—No te quiero desanimar, pero como no tengamos una prueba de que contactaron en algún momento lo llevamos crudo.

—Lo sé —reconoció Mónica.

—Si va a juicio, su hermana o quien quiera que la defienda podría utilizar la ausencia de comunicación para intentar demostrar que su presencia en la urbanización durante el tiempo en el que el chaval murió se trató de una simple coincidencia. Defendería lo que alega ella: que acudió a Las Glorias para tratar asuntos relacionados con la comunidad de vecinos.

—¿Has contrastado con el presidente que se vieron ese día? —La inspectora se quedó pensando durante unos instantes.

—Acabo de hacerlo. Corrobora lo que ella nos dijo.

—La reunión con…, ¿cómo se llamaba el presidente?

—Arturo Fabra.

—La cita con el tal Arturo la concertó para tener una coartada. Estoy segura. Tuvo tiempo más que suficiente para hablar de unas cuantas milongas y después ir al piso y poner al pobre Adrián hasta las patas de GHB.

—Ya. Pero si no podemos probarlo…

—Lo llevamos jodido, lo sé —reconoció, desinflada.

—También he hablado con los dos conserjes. No recuerdan haber cogido ninguna bolsa con productos de supermercado durante ese día, aunque me dicen que podría haberla retirado el equipo de limpieza.

—¿Te has puesto en contacto con los de mantenimiento?

—Es una contrata. Me han dicho que, después de casi dos meses, es imposible saber si el 6 de noviembre apareció una bolsa de esas características en las instalaciones.

—Ya…, no se podría demostrar que es mentira lo que ella dice —asumió Mónica con resignación.

—Me temo que así es. ¿Tuvo Raquel contacto telefónico con su hermana o su cuñado durante ese día? —se interesó Bermejo.

Mónica tardó unos instantes en encontrar esa información.

—Hay una llamada entrante de Yamato Zhao por la mañana. De apenas un minuto. No aparece el número de Sofía Puyol durante aquel día.

—Eso es bastante lógico. Tal y como afirma, estaban juntas en el Parador de Sigüenza, lo he comprobado.

—Pues el 6 de noviembre no hay más llamadas.

—¿Y respecto a WhatsApp y SMS?

—Con Adrián nada, como te he comentado antes. De la familia, con la que parece que se escribe casi a diario es con su hermana Sofía.

—¿Has leído las conversaciones que mantenía con ella?

—Por encima. Tengo que analizarlas con detenimiento, pero, en principio, no parece que haya nada que llame la atención: que si dónde quedamos para comer, que si se enviaban una foto del modelito que alguna de ellas se acababa de comprar…, en fin, parece que lo típico. Con el cuñado también se escribía, pero a simple vista trataba fundamentalmente cuestiones de trabajo, según el resumen que han hecho los de Científica. Tampoco había diálogos que hubieran sido borrados. De todas formas, vamos a estudiar todo ello en profundidad. Te lo reenvío y buscamos entre los dos si hay algo donde rascar. Cuatro ojos ven más que dos.

—Le daré un repaso.

Cuando Bermejo estaba a punto de salir del despacho, una exclamación de Mónica lo hizo detenerse.

—¡Sí, sí, sí! —exclamaba.

La inspectora se había levantado de su asiento alzando los brazos con los puños apretados. Daba pasos a un lado y otro de la mesa haciendo gestos triunfales. Parecía una jugadora de fútbol que acabara de meter el gol de la victoria.

—¿Qué pasa? —preguntó Bermejo, expectante.

—Acaba de llegar otro correo de Fanjul: la nota de suicidio se escribió en el ordenador de Raquel Puyol y se imprimió con la HP que tenía en su casa. Además, la marca de las hojas que estaban en la bandeja de la impresora coincide con la de la nota.

—Pues entonces parece que la tía postiza de Adrián tiene ahora todas la papeletas para que le toque el gordo —comentó el agente, contagiado por la euforia de la inspectora.

—Ha llegado el momento de detener a Raquel Puyol como sospechosa del crimen de Adrián Zhao.

Capítulo 36

Dos días antes de la muerte de Adrián

La vibración indicaba que le acababa de llegar un mensaje. Adrián sacó el terminal con disimulo del pantalón y vio que el *whatsapp* provenía de un número desconocido. Lo ignoró, y volvió a meterse el teléfono en el bolsillo. Lo abriría cuando terminara la clase. No podía arriesgarse a que Vinuesa lo pillara in fraganti y le recriminara no prestar atención a la clase de Historia. Solo porque no le diera la murga merecía la pena poner el careto de escuchar, aunque estuviera pensando en el partido de fútbol del domingo. Además, el mensajito en cuestión probablemente se trataría de cualquier chorrada. Ya lo abriría después, al fin y al cabo, apenas faltaban diez minutos para que finalizara la clase.

Por fin, sonó el timbre: era lo único que conseguía que el plasta de Vinuesa dejase de aburrir a las ovejas con su voz cansina. A Adrián el irritante pitido le sonó a música celestial, ya que daba el pistoletazo de salida al fin de semana. El ruido de pupitres y sillas moviéndose apenas dejaba oír las instrucciones del profesor de cara a los deberes de los próximos días. Adrián guardó en la mochila libros y apuntes. Antes de abandonar el aula, sacó su teléfono móvil para echar un vistazo a las redes sociales y ponerse al tanto de los mensajes cuando se topó con algo que lo detuvo en seco. El *whatsapp* provenía de un número desconocido.

> He estado pensando y… creo que podríamos vernos… Me voy en un rato con Raquel a Sigüenza a pasar el finde, pero quedamos a la vuelta. Nos encontraríamos este mismo domingo a las ocho y media de la tarde en la puerta de acceso de la urbanización Las Glorias, donde está el piso que acabamos de comprar. Llevaré yo las llaves. No me llames ni envíes mensajes a mi teléfono, tenemos que ser precavidos. A partir de ahora nos comunicaremos solo a través de este número y únicamente por WhatsApp. Sofía

Había un mensaje posterior, en el que le proporcionaba la dirección a la que le conminaba a acudir dos días después.

Adrián se quedó estupefacto, casi sin aliento. Leyó varias veces el texto para cerciorarse de que decía exactamente lo que él creía. Una

oleada de euforia le recorrió de pies a cabeza. Sintió que las piernas se le aflojaban y le entraron ganas de volar. Aquellas pocas líneas le causaron la misma sensación que si se hubiera esnifado una raya de perico. Solo había probado una vez la cocaína. Fue en el Kamasutra con Charlie y Ada, pero recordaba muy bien el agradable efecto causado. Semejante al que ahora le erizaba el vello de todo el cuerpo. No obstante, esta situación era bien distinta a aquella. Ahora no se trataba de una simple atracción pasajera, una experiencia nueva sin trascendencia. Ahora estaba enamorado. Es más, estaba loco por ella. Sí, la quería. Y no le importaba ni la diferencia de edad ni que estuviera casada con su padre. Se negaba a ponerse cortapisas, ¿por qué hacerlo si ella también sentía algo por él? El mensaje parecía dejarlo claro: quería que se vieran a solas en el piso de Las Glorias, donde nadie los molestaría. ¿Qué importaba si no se trataba de una relación convencional? En el fondo sabía que para Sofía él era algo más que una aventura de un día, por más que ella se hubiera empeñado en transmitirle lo contrario. El día que se lo dijo se sintió utilizado. Pensó que para ella lo que ocurrió se limitó a un capricho momentáneo, y él un pañuelo de usar y tirar, pero siempre intuyó que se trataba de algo más, aunque ella no quisiera reconocerlo. Y este mensaje era la prueba.

Cuando ya estaba a punto de tirar la toalla, la perspectiva de volver a estar con Sofía dentro de tan poco tiempo, unido a la clandestinidad que rodeaba aquello, le hacía sentirse todopoderoso. Ese secreto compartido entre los dos y al que nadie más tenía acceso lo excitaba enormemente. No solo eso, le provocaba unas ganas locas de acariciarla, de perderse en su mirada, de tal vez poder dormir con ella. Se sentía adulto, a años luz de sus amigos. Se encontraba tan feliz que de pronto tuvo la tentación de compartir su estado, pero ¿con quién?, ¿con Diego? Ni de coña, seguro que se descojonaría de él y se iría de la lengua con Irene y esta perdería el culo contándoselo a Claudia. Se armaría la de Dios y no quería líos.

Volvió a leer el mensaje. Pensó en cómo responder, pero fue descartando lo que se le iba ocurriendo. Decidió que, como solía decir la propia Sofía, «menos es más», así que se limitó a enviarle el emoticono del corazón latiendo en señal de conformidad con lo propuesto.

Ahora tenía que etiquetar ese nuevo número sin levantar sospechas. No quería correr el riesgo de que su padre le pidiera de repente el móvil, como hacía a veces, con el fin de controlar y ver las páginas donde se metía y se topara con el nombre de su mujer

comunicándose de esa manera con su hijo. A veces tenía la impresión de que su progenitor se había coscado del asunto, pero eso resultaba imposible: era tan políticamente correcto que nunca se le ocurriría ver la vida desde otra perspectiva que la puramente convencional. No obstante, Adrián había sido desde el principio lo suficientemente cuidadoso para no dejar rastros comprometedores. Hasta pasó el vídeo a una tarjeta de memoria, borrándolo del teléfono. Tenía tanta paranoia con eso que ni siquiera guardaba el USB con la tarjeta en su habitación, sino que lo había camuflado en el armario del garaje. Ese mueble nunca se abría. La prueba era que ni su padre ni Sofía echaron de menos la llave que estaba encima del propio armario y que él, precavido, se había agenciado. Si por casualidad en algún momento fueran a sacar algo, pensarían que se había extraviado.

«C. M.». Esas fueron las siglas con las que almacenó el nuevo número en la agenda. Eran las iniciales de «Chica Mayor», tal y como se le pasó por la cabeza en ese momento bautizar a Sofía. Sonreía según realizaba el proceso, regocijándose con su propia ocurrencia.

Cuando quiso darse cuenta, ya había salido todo el mundo de clase. Vio que en la puerta lo estaba esperando Diego.

—¡Adri, tío, pensaba que te ibas a quedar a dormir dentro! ¿Te vienes a tomar algo al Sapama?

—¿Y Claudia e Irene?

—Se han cansado de esperar, pedazo de plasta. Nos esperan allí.

—Id vosotros, que yo tengo que comprar una cosa. Luego me acerco.

A paso ligero salió del colegio y caminó hasta la joyería por la que pasaba siempre de camino a casa. En el trayecto volvió a recordar el momento en el que se le fue la mano con su padre. El hecho lo torturaba, ¿por qué la tomó con él? Por estar casado con Sofía. Por, aun sin saberlo, impedir que se hicieran realidad sus deseos. Volcó en él la impotencia de no poder estar con ella. No dejaba de darle vueltas. Nunca tendría que haberle pegado. Tendría que haberse contenido. Se comportó como un macarra impresentable. Cada vez que lo recordaba se le caía el mundo encima. Ese día se arrepintió nada más salir de la casa. Tal vez tendría que haber vuelto a disculparse, pero no tuvo fuerzas y se limitó a caminar sin rumbo por la calle. Ni siquiera recordaba ya cuál fue el detonante que lo llevó a cabrearse de esa forma. Una gilipollez, sin duda. Una tontería que incendió la mecha de la bomba que llevaba dentro. Esa reacción desmesurada fue provocada por los celos, por el mal rollo que le causó su rechazo. Una cagada monumental, era plenamente consciente de

ello. Su padre podría ser lo que fuera, pero no era un mal tío. Y tampoco tenía la culpa de lo suyo con Sofía. No se merecía haberlo tratado de semejante manera, pero ahora ¿qué podía hacer? Lo mejor era intentar borrar lo que ocurrió y poco a poco ir recuperando la normalidad. Sí, eso haría. Comportarse con él como si nada hubiera pasado. Seguro que su padre lo agradecería, porque hablar del asunto implicaba volver a revivirlo y eso iba a resultar una tortura para ambos. Lo que sucedió incomodaba tanto a los dos que era preciso olvidarlo cuanto antes. De ahora en adelante se propuso cambiar su actitud y no ser tan borde con él. Se juró a sí mismo que así sería.

Cuando llegó a la tienda, se detuvo en el escaparate y fue recorriendo con la vista los diferentes artículos que allí se exponían. Había tanta oferta que no sabía qué elegir, ¿una sortija?, ¿un colgante? Al final se decantó por una pulsera de diseño sobrio pero original con un precio que podía permitirse. Creía conocer los gustos de ella y sabía que odiaba lo recargado. Siempre se inclinaba por formas simples y colores lisos. Nunca la había visto vistiendo algo floreado o joyas pretenciosas, y esa pulsera era sencilla pero elegante, con dos materiales que combinaban a la perfección. Sí, seguro que le gustaría. Por otra parte, le pareció ver cierta simbología en la forma en la que estaban entrelazados los dos elementos: ella era la plata y él el cuero. Decidido, pasó al interior y señaló la pieza.

—¿Quieres que inscribamos algo? —preguntó el dependiente, un hombre en la cincuentena, de aspecto conservador y que aparentaba llevar trabajando allí toda la vida.

Adrián se quedó pensándolo.

—¿Me lo podrían grabar ahora?

—No. Tienes que dejarlo. Tardamos unos días. Lo tendrías sobre el miércoles de la semana próxima.

—Imposible. La necesito para el domingo.

—Entonces, puedes escribir una nota y la metemos dentro de la caja. No es lo mismo, pero algo es algo —dijo con una sonrisa.

—¡Vale! Y, por favor, envuélvamela para regalo.

—¡Eso está hecho, chaval! —exclamó el hombre con simpatía, al tiempo que le ofrecía una de las tarjetas preparadas al efecto.

Adrián sacó un bolígrafo de su mochila y, tras unos instantes, decidió el texto: «Me encanta que podamos estar juntos de nuevo», escribió.

—A tu novia le va a encantar —dijo el empleado, mientras metía la nota junto a la pulsera en su caja y preparaba cuidadosamente el envoltorio.

Adrián sonrió con gesto ilusionado. Pensó que si aquel tipo imaginara la situación y las características de la destinataria del obsequio, probablemente se mostraría mucho menos amable. El hombre envolvió el paquete con exquisito mimo. Después de poner el broche final con una pegatina con forma de corazón, se lo entregó a Adrián. Este le dio las gracias y pagó el importe. Luego se guardó el regalo en el bolsillo interior de la cazadora.

Mientras caminaba hacia casa recreándose en la cita del próximo domingo, barajaba ideas con la que adornarla para que fuera memorable. Le apetecía disfrutarla a tope y no iba a escatimar nada para conseguirlo. Sacó la cartera y contó el dinero que le quedaba. Después se sentó en un banco y abrió la aplicación de Uni3 para contactar con Charlie.

Capítulo 37

Domingo, 6 de noviembre

Todos estaban eufóricos. Ganar por cuatro a uno a los del colegio Stella no era moco de pavo, así que resultaba imprescindible rematar el domingo bebiendo unas birras. En otras circunstancias, Adrián habría sido el primero en animar a sus colegas a celebrar aquella goleada, pero algo considerablemente más excitante le esperaba en menos de dos horas, así que alegó «tener mil movidas que hacer» para escaquearse. Diego se secaba el pelo, sentado en uno de los bancos del vestuario. «Tú te lo pierdes, chaval».

Adrián había marcado uno de los goles que dieron la victoria a los del Ágora en una jugada «magistral», tal y como la calificaron todos, utilizando el lenguaje empleado por los periodistas deportivos. El efecto sobre sus endorfinas del ejercicio físico, la ducha posterior y la satisfacción de la victoria sobre el equipo rival le hacían sentir con ganas de comerse el mundo. Por si fuera poco, la perspectiva de lo que sucedería en un rato le provocaba un agradable cosquilleo en el estómago que irradiaba hacia cada una de las partes de su cuerpo. Ya solo faltaba coronarlo con la guinda que llevaba preparada. Quería acudir a la cita listo para disfrutarla a tope.

Se encerró en una de las cabinas del baño y sacó del billetero la papelina que le había proporcionado Charlie. Solo con mirar aquel sobrecito se le aceleró el corazón. Bajó la tapa del inodoro y preparó encima una buena raya. Aunque el jolgorio que sus colegas estaban organizando en el vestuario era notable, procuró tardar poco en la operación para evitar que lo echaran en falta. Cuando hubo terminado, se miró en el espejo para comprobar que no quedaban restos delatadores en el exterior de sus fosas nasales y respiró profundamente. La droga apenas tardó en hacer efecto. Casi al instante sintió el subidón. La sensación lo retrotrajo a la experiencia vivida con Charlie y Ada en el Kamasutra. Tenía unas ganas locas de que llegaran las ocho y media y volver a vivir con Sofía la experiencia de la que tanto disfrutó aquel día en el vestidor, por mucho que la inoportuna de Raquel se presentara de improviso y estuviera a punto

de pillarlos. Esta vez sería aún mejor: ella y él solos, sin prisas y sin el riesgo de que nadie les importunase, preocupándose únicamente el uno del otro.

Miró el reloj en la pantalla del móvil. Todavía era pronto. Tenía tiempo suficiente para ir tranquilamente hasta allí en metro, y luego darse una vuelta por los alrededores. Incluso podría tomarse una birra en algún bar cercano y, de paso, meterse otra raya en los lavabos.

—Me piro, ya me contaréis.

—¡Adiós, pringao! —respondió Diego, dándole una palmada en la espalda.

«Sube» fue el escueto mensaje que Adrián recibió de «C. M.» cuando esperaba en la entrada de la urbanización Las Glorias. Ver las iniciales de «Chica Mayor», el alter ego con el que había bautizado a Sofía para etiquetar su nuevo número en la agenda, le provocó una mezcla de placer y nerviosismo. Se armó de valor, cruzó el jardín y se dirigió hacia los ascensores.

Ya en el piso, aspiró profundamente antes de pulsar el timbre. Ding-dong. Esperó unos segundos. En vista de que ella no abría, volvió a llamar, esta vez dando unos golpecitos en la puerta con los nudillos. Toc, toc, toc. Su sorpresa fue mayúscula cuando apareció alguien diferente a la persona que esperaba. ¿Qué pintaba Raquel dentro del piso? Se quedó tan parado que fue incapaz de articular palabra. Solo sentía un gran calor en las mejillas. El destemple que tenía por haber esperado en la calle se le pasó de golpe y las manos le empezaron a sudar. Para su sorpresa, ella lo saludó y lo invitó a pasar con la mayor naturalidad.

—En la habitación del fondo tienes la silla de escritorio —dijo, mientras lo conducía hacia allí—. Creo que te servirá, ya que está en buenas condiciones. Desde luego en mejores que la tuya, que creo que se te ha roto. Esta parece bastante sólida. La verdad, no sé por qué la dejaron aquí los anteriores propietarios, si está casi nueva. A la gente parece que le sobra el dinero. Pero mira, mejor para ti, así no tenéis que comprar otra.

—Sí, mejor… —intervino él, por decir algo.

Raquel caminaba decidida por el pasillo de la vivienda y era seguida por Adrián, quien se limitaba a escucharla sin saber qué actitud tomar.

—Sofi se va a retrasar un poco. Hemos llegado hace apenas una hora de Sigüenza y ha preferido pasarse por casa antes. Como yo había quedado con el presidente de la comunidad, me ha pedido que

te abriera porque te ibas a congelar en la calle. Te la llevaría a casa, pero mi coche no tiene los asientos abatibles y el maletero es muy pequeño. Ella vendrá enseguida con el Lexus. Yo creo que cabrá tal y como está. En el peor de los casos la desmontáis y luego la montáis en casa, que no tiene que ser muy complicado. ¿Te gusta? —preguntó, tras acceder a la habitación y señalar la silla.

La cabeza de Adrián procesaba toda aquella información intentando encontrar la manera más adecuada de reaccionar. Era evidente que, por lo que fuera, Sofía iba a retrasarse y se inventó el cuento de que él necesitaba aquella silla como pretexto para que Raquel le abriera el piso.

—Está muy bien —dijo, examinándola a modo de paripé.

—¿Te apetece una cerveza? Yo estaba tomando una antes de que llegaras porque me moría de sed. Hemos parado en el camino a picar algo y el pincho de tortilla que he pedido estaba saladísimo. La verdad es que los bares de carretera son un asco. Como no tenía nada en casa me he pasado por el súper antes de venir y he comprado cerveza fresquita.

Ambos fueron hacia el pequeño salón del piso. Adrián se despojó de la cazadora y la dejó sobre uno de los brazos del viejo sofá que había en medio de la estancia. Después se sentó. Raquel bebió un trago de su vaso y a él le pasó una litrona.

—Perdona, solo había uno en la cocina —se disculpó, señalando el vaso.

—No importa, a mí me gusta más beber a morro.

Entre la coca que se había metido y el descoloque de aquella situación absurda estaba tan nervioso que le vino bien el trago.

—Me quedo un ratito contigo y me voy pitando, que es muy tarde y tengo que preparar un montón de cosas para mañana.

Raquel hablaba sin parar de cosas que a él no le importaban en absoluto. Ponía cara de escucharla mientras bebía la cerveza. Deseaba que callara y se pirara de una vez. La verborrea le estaba adormilando y provocando dolor de cabeza.

—¿Te encuentras mal?

Esas fueron las tres últimas palabras que Adrián Zhao escuchó antes de que su vida se apagara.

Raquel Puyol miraba atentamente al hijastro de su hermana, que había caído en un profundo sopor. Era lo previsible después de la gran cantidad de GHB que había ingerido con la cerveza. Ya solo restaba aguardar el desenlace definitivo. Contemplar el tránsito de la vida a la muerte le resultó menos desagradable de lo que había imaginado. El

compuesto era un fuerte depresor del sistema nervioso central, así que el muchacho simplemente se quedó profundamente dormido y no transcurrió mucho tiempo hasta que se le paró el corazón. No hubo estertores ni nada que hubiera hecho aquello mucho más penoso. Aun así, ser consciente de que estaba presenciando sus últimos minutos de vida y de que aquello era irreversible le provocó una angustia a la que le costó sobreponerse. El corazón le latía apresuradamente y le faltaba el aire. Sentía una gran opresión en el pecho y un desagradable vacío en el estómago. Tardó en recuperarse, pero no se arrepintió. Había sido una decisión muy meditada y si llegó a ella fue porque realmente pensó que no había otra opción. Al menos otra que no dejara desprotegida a su hermana. Antes de tomar la drástica determinación estuvo calibrando si era posible encontrar otra solución al problema, pero la situación había adquirido una gravedad de la que ni siquiera su hermana era consciente. Dejar al chico comportarse a su libre albedrío habría causado, sin duda alguna, la desgracia de Sofía. Era la única alternativa posible para liberarla del enorme lío en el que se hallaba. Las imágenes grabadas por Adrián, en las que se la veía en un trance tan comprometido, en el peor de los casos podrían salir a la luz y, en el menos malo, resultarían ser un instrumento extorsionador del que el chico podría hacer uso a su antojo cuando lo considerara conveniente. En cualquier caso, era un arma peligrosísima en manos de un crío descontrolado como él.

Nunca había visto tan preocupada a la mujer a la que debía su segunda vida. En el parador, se había pasado todo el fin de semana llorando, sin dormir y sin apenas probar bocado. Dejar a Adrián pululando por ahí con esa peligrosa arma arrojadiza entre las manos iba a desencadenar la locura de Sofía. Y eso no lo podía permitir. Se trataba de una mera cuestión de supervivencia: Adrián o su hermana. Y la opción de Raquel era clara. Un problema extremo requería un remedio del mismo calibre. Era su obligación ayudarla, tal y como hizo Sofía cuando ella lo necesitó. Estaba ante algo que requería ser abordado sin ambages. No existía otra alternativa.

Tras recuperar las riendas de su estado de ánimo, apuró la cerveza de su vaso y lo introdujo, ya vacío, en el interior del bolso. Mientras pensaba en las siguientes acciones a emprender, el corazón se le volvió a desbocar. Estuvo paseando arriba y abajo sin parar por aquella sala durante el tiempo suficiente para calmarse y de paso cerciorarse de que, en efecto, Adrián estaba muerto. Era necesario, para ejecutar el plan, mantener la cabeza en orden. Al menos lo suficiente como para evitar dejar algún cabo suelto que podría costarle

un alto precio. Si todo lo dejaba bien atado no tendría nada que temer. Constaría como el suicidio de un menor. Por desgracia, algo que ocurría mucho más a menudo de lo que cabría esperar. Y, para que no hubiera duda, tenía que resultar muy evidente que se había quitado la vida voluntariamente. La figura de san José serviría para subrayar el hecho, sería el elemento definitivo. Lo cierto es que ya no había marcha atrás y más le valía actuar con la mente fría.

Tras sosegarse, sacó de su bolso un par de guantes de látex y se los puso, a fin de seguir con la operación. Se dirigió hacia el sofá. Adrián, mejor dicho, el cadáver de Adrián, se encontraba allí, desmadejado. Había perdido color, aunque todavía conservaba algo de temperatura. Procedió a subirle las piernas para dejarlas estiradas sobre la superficie y a apoyar la cabeza en uno de los brazos del canapé. Una vez lo dejó tumbado, había llegado el momento de organizar la puesta en escena con la figura religiosa que el muchacho tenía en su dormitorio. Esa estatuilla, dejada descuidadamente en un rincón de su habitación, fue su inspiración para gestar la idea que ahora estaba poniendo en marcha, la gran protagonista. El detonante que la llevó a desarrollar el plan que estaba poniendo en práctica. La observó durante unos instantes y con un pañuelo frotó cuidadosamente la superficie. Después la colocó con cuidado sobre el pecho del chico para, posteriormente, situar sus manos encima de la figura. Se alejó unos pasos para contemplar la estampa, y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sacudió la cabeza para alejar los fantasmas que amenazaban con aparecer y se dispuso a continuar. Cuanto antes terminara, menos riesgo habría de que ocurriera algún imprevisto y la pillaran. Llegó el turno de la litrona. Con el mismo pañuelo con el que había limpiado la talla de cerámica eliminó las huellas dactilares de la superficie. Daba por supuesto que nadie cuestionaría que aquello se trataba de un suicidio, pero, aun así, evitó el gollete, ya que de allí solamente había bebido él y, si en el peor de los casos hubiera alguna duda, sus restos de saliva confirmarían que habría decidido quitarse la vida envenenándose con la mezcla de GHB y cerveza. Seguidamente, dejó la botella en el suelo junto al sofá, a la altura del torso del muchacho, de modo que pareciera que se la había bebido mientras estaba tumbado. Como remate de la puesta en escena, tiró descuidadamente bajo el sofá el tapón de la litrona después de pasar el paño por el exterior e interior de este.

Por fin, tomó el terminal en el que supuestamente se encontraba la conflictiva película. Lo sacó del bolsillo de la cazadora de Adrián, donde se había percatado de que lo llevaba. Allí, además del aparato,

estaban las llaves del piso de paseo del Pintor Rosales. Decidió entonces que sería el lugar idóneo para introducir también las del apartamento de Las Glorias: era importante dejar claro que él abrió la puerta evitando la sospecha de que alguien le hubiera dado acceso a la vivienda. Contempló el fondo de pantalla del móvil: se trataba de una foto de Adrián con sus amigos Claudia, Diego e Irene. Todos sonriendo. Todos felices. Esa imagen la revolvió por dentro. Cerró los ojos durante unos segundos para abstraerse de cualquier sentimiento de empatía. Hizo acopio de frialdad e intentó tener acceso a lo almacenado en el teléfono con el fin de buscar el comprometedor vídeo y eliminarlo, pero, como era previsible, el terminal estaba bloqueado mediante una clave que, por supuesto, ella desconocía. Lo tenía previsto. Recurriría entonces a algo más drástico. Dejó el aparato momentáneamente sobre el mueble. Antes de destruirlo sacó la carta de despedida del bolso. A pesar de haber manipulado la cuartilla con guantes, la limpió por ambas caras, como había hecho con los objetos anteriores: todas las previsiones eran pocas. Desdobló el papel y lo dejó estirado encima del mueble, con el texto mecanografiado boca arriba.

Había llegado la hora de ponerse manos a la obra con el teléfono móvil. En primer lugar, era preciso sacar la tarjeta *sim*. Para extraerla se ayudó con un clip que manipuló con el fin de convertirlo en un fino punzón. El agujero de la tapa que permitía abrir la trampilla de acceso a la tarjeta era tan pequeño que le costaba introducir la punta del clip en el mismo. Se puso tan nerviosa que en uno de los intentos, a pesar de estar protegida por los guantes, se rasgó el dedo índice y la herida comenzó a sangrar. Aunque reaccionó a tiempo aplicándose el paño, no pudo impedir que unas gotas de sangre cayeran sobre la alfombra. Aquello la sacó de sus casillas. Le entraron unas irresistibles ganas de gritar y tuvo que hacer ímprobos esfuerzos para contenerse. Era preciso actuar con premura. No podía dejar rastro genético alguno ya que ello la podía comprometer enormemente. La mancha era apenas perceptible entre tanta suciedad, pero se negaba a correr el más mínimo riesgo, así que resultaba necesario limpiarla a fondo y el agua no bastaba. El problema era que no había previsto que sucediera algo así y no llevaba nada para remediarlo. Se dirigió hacia el baño. Tal vez los antiguos propietarios habrían dejado allí algo de alcohol o jabón. Nada. Al borde de un ataque de histeria, fue a la cocina y empezó a abrir compulsivamente uno a uno todos los armarios teniendo cuidado de no rozar con el dedo herido las superficies, aunque la herida era superficial y estaba bien cubierta con el trapo. En

uno de los compartimentos encontró una botella de lejía. La destapó y examinó el contenido. El olor inconfundible del desinfectante la tranquilizó. Quedaba poco líquido aunque lo suficiente como para hacer desaparecer el pequeño rastro. Llevó el recipiente a la sala, desechó el guante roto guardándolo en el bolso y lo sustituyó por otro. Se alegró de haber sido lo suficientemente previsora como para llevar varios. Vertió sobre la alfombra un chorro de lejía y restregó a conciencia la zona con el trapo hasta hacer desaparecer la mancha de sangre por completo. Ya más sosegada y con un cuidado exquisito para no volver a herirse, logró sacar con ayuda del clip la tarjeta del teléfono. Después regresó a la cocina con el envase de lejía para, en principio, dejarlo en el mismo lugar donde estaba, pero al final optó por llevárselo en previsión de que una pequeña mancha de sangre o alguna huella pudiera delatarla.

Hizo un repaso mental de lo que le quedaba por hacer. El pavor de dejar algún cabo suelto le atenazaba la garganta. De nuevo en la sala, se dispuso a destruir el terminal. Para ello, cogió un martillo y un pequeño trozo de madera que llevaba en la bolsa de plástico. Situó este último sobre la alfombra a fin de amortiguar el sonido. Colocó el teléfono encima del taco y golpeó con fuerza. Bastaron dos impactos secos para destruir la pantalla, otros dos para terminar de hacer añicos el resto del aparato y uno para machacar la tarjeta *sim*. Cumplido el objetivo, metió los restos en el bolso junto al tarugo de madera, el martillo, el clip, la botella de lejía bien cerrada y la bolsa de plástico en la que portó los utensilios cuidadosamente doblada. Sacó el teléfono que había utilizado para comunicarse con Adrián haciéndose pasar por Sofía del compartimento interior del bolso y borró los dos mensajes que le había enviado. No obstante, también se desharía de este aparato en algún contenedor lo más lejos posible de allí, junto al resto de objetos comprometedores. Tenía que librarse de ellos lo antes posible, hasta entonces tendría el alma en vilo.

Hizo una panorámica visual examinando el espacio con el fin de asegurarse no dejar algo olvidado. Después repasó una y mil veces los elementos y circunstancias que harían creíble la tesis del suicidio. Estaba fuera de sus casillas, nerviosa, angustiada y con un miedo atroz que le paralizaba los músculos.

Tras revisar por enésima vez el espacio, salió del piso intentando aparentar una tranquilidad que en absoluto sentía, pero con la certeza de que aquel suceso pasaría a engrosar la estadística del preocupante número de menores que deciden acabar con su vida.

Capítulo 38

Lunes, 26 de diciembre

Cuando Sofía Puyol subió al ático tras el tenso encontronazo en el portal con Mónica Rojo, se encontró a su hermana en pleno ataque de pánico. Respiraba aceleradamente y se llevaba la mano al pecho, oprimiendo la parte izquierda para ralentizar instintivamente los latidos de su corazón. Temblaba como si en lugar de estar en su casa a más de veinte grados se encontrara a la intemperie. Sofía la abrazó y trató de tranquilizarla. La condujo hasta el salón y le pidió que se sentara mientras ella iba a la cocina para servirle un vaso de agua y sacar una cápsula de bromazepam del cajón de las medicinas a fin de que le sirviera como tranquilizante. Cuando volvió a la estancia, se encontró a Raquel hecha un ovillo y con la mirada perdida. Ingirió la pastilla que le ofreció y bebió un sorbo del líquido. Sofía le hablaba suavemente utilizando su voz a modo de caricia. Sentada a su lado, le pasaba la mano por el hombro a fin de que la proximidad contribuyera a sentirse protegida. Al fin, logró que se sosegara.

—No entiendo… ¿Cómo puede ser…? ¿Y ahora cómo voy…? Lo único que quería…

Raquel hacía esfuerzos para expresarse, pero las ideas se superponían en su cerebro de forma que su discurso resultaba ininteligible.

—Tranquila, cariño. Para que pueda solucionarlo es importante que te calmes.

Raquel inspiró profundamente y asintió con la cabeza.

—En primer lugar, dime qué se han llevado exactamente.

—¡Todo, se han llevado todo! El ordenador, el teléfono…

Al ver que volvía a perder los nervios, Sofía cambió el rumbo de la conversación.

—Vale, vale, no te inquietes. Yo me ocuparé. —Guardó silencio durante unos instantes para decidir la mejor manera de seguir sin que su hermana se tensara. Le tomó la barbilla y le giró suavemente la cara para que la mirara directamente a los ojos—. Dime… ¿Hay algo que yo debería saber? Es necesario que seas sincera conmigo para

poder ayudarte.

Raquel sostuvo su mirada intentando decidir por dónde empezaría y, sobre todo, cómo justificaría ante ella la grave decisión que tomó. Sin embargo, ni se encontraba con fuerzas para hacerlo ni existía a estas alturas posibilidad alguna de remediar que su vida se fuera definitivamente a la mierda. Así que optó por resumir la cuestión en unas pocas palabras.

—Yo lo maté. Era él o tú.

Su hermana la miró incrédula, pero la expresión de Raquel no dejaba lugar a dudas. A Sofía se le pasaban preguntas por la cabeza, preguntas de las que intuía las respuestas, pero se abstuvo, al menos de momento, de bombardear a su hermana con un interrogatorio demasiado agobiante para alguien fuera de sí. Además, la estupefacción de esa declaración de culpabilidad la dejó literalmente sin palabras. Cuando se tranquilizara calibraría si existía alguna posibilidad de que saliera indemne de la acusación que presumiblemente le esperaba. Aunque mucho se temía que debían de existir pruebas de suficiente calibre como para que Mónica Rojo se personarse en casa de Raquel, acompañada de la comitiva de rigor, con el fin de efectuar un registro. Era plenamente consciente de que un juez autoriza llegar a ese punto cuando se sospecha con fundamento del sujeto al que se investiga.

Aunque Sofía, en el fondo, se sentía responsable de la muerte de Adrián por la inestabilidad emocional que aquel encuentro sexual produjo en su hijastro, tanto Yamato como ella misma estaban convencidos de que el muchacho se había suicidado. Las sospechas que albergaba la inspectora Rojo al respecto en principio les hicieron dudar, pero ni ella ni su marido pensaron que alguien pudiera haber asesinado al muchacho y mucho menos que esa persona se tratara de Raquel.

Un extraño silencio colonizó la habitación, solo alterado por el llanto de la homicida. Sofía acunaba entre sus brazos a su hermana menor, quien temblaba y sollozaba con un desconsuelo propio de un bebé muerto de frío o de hambre. La veía tan indefensa y frágil que le resultaba imposible creer que hubiera sido capaz de llegar tan lejos para protegerla. Una mezcla de sentimientos se arremolinaba en su interior, pero era la compasión lo que primaba. El largo calvario que esperaba al desamparado ser al que estaba acariciando la iba a destrozar, de eso estaba segura. La generosidad de Raquel la había llevado a cometer un crimen horrendo sin calibrar las consecuencias que le pudieran acarrear. Sofía besaba la cabeza de su hermana y la

abrazaba con fuerza. Era como si quisiera protegerla de imaginarias aves carroñeras que se hubieran colado en la vivienda. Le habría gustado llevársela lejos, donde nadie pudiera encontrarla jamás o volverla invisible. Cualquier cosa antes de tener que someterse al entramado judicial que le esperaba.

Tenía la seguridad de que si el caso se hubiera asignado a un policía menos meticuloso de lo que resultó ser Mónica Rojo, el asunto se habría despachado sin realizar investigación alguna, dando por sentado que la muerte de Adrián se trató de un suicidio. Yamato habría aprendido a vivir con la pérdida y ella con el peso de su propia responsabilidad, pero el tiempo se habría encargado de suavizar el dolor. Sin embargo, la tragedia que ahora se avecinaba se hacía insoportable. Mirando a su hermana perdida en su regazo, deseaba que nunca se hubiera descubierto la verdad. Al fin y al cabo, ¿a qué conducía haberlo hecho?, ¿acaso Adrián resucitaría?, ¿el mundo sería un sitio mejor con Raquel pudriéndose en prisión? ¡Cuántas veces ejerciendo su oficio había sido testigo de asuntos mucho menos ambiguos, con indicadores que hubieran inducido a pensar en la mano de un elemento externo como causante del delito y que, sin embargo, se habían despachado sin consecuencias y sin que nadie se inquietara por ello! El mundo siguió su curso del mismo modo que antes, sin alterarse lo más mínimo. Lo habitual habría sido que la muerte de Adrián se hubiera archivado sin más. Eso habría sido lo menos malo para todos. Ahora la tragedia familiar, con su hermana en el punto de mira, adquiría dimensiones inimaginables. Por otro lado, la certeza de que Raquel había cometido el crimen para protegerla a ella la hacía sentir doblemente responsable de lo sucedido. Esa era la realidad. ¡Ojalá la verdad no hubiera salido nunca a la luz! Al fin y al cabo, a Adrián no se le podía devolver la vida. Descubrir lo que sucedió, ¿conducía realmente a algo? Hacerlo desataba unas consecuencias tan indeseables como nefastas para todos y a estas alturas nadie saldría beneficiado salvo la inspectora Mónica Rojo, a la que, por azar, le tocó encargarse del asunto. Si cualquier otro policía hubiera estado de guardia ese día, con toda probabilidad las cosas se habrían desarrollado de muy diferente manera. La suerte y sus consecuencias. Ahora, en lugar de una víctima, toda su familia caería en desgracia. ¿Era eso lo justo? Por muy objetivamente que lo fuera, en ese instante llegó al convencimiento de que la verdad no siempre lo es, especialmente cuando tiene el poder de hacer tanto daño.

Desbordada por el cariz que habían tomado los acontecimientos, cerró los ojos y apretó con fuerza a su hermana como si con ese gesto

tuviera el poder de aplacar la angustia que ambas sentían.

Capítulo 39

Sábado, 31 de diciembre

El caso del chico del san José, al menos a lo que a Mónica se refería, había terminado. Había pruebas más que suficientes para constatar que aquello había sido un crimen y que Raquel Puyol fue la autora. Ni siquiera resultó necesario agotar el plazo que Pablo Antúnez le concedió con tantas reticencias. La desconfianza y las dudas se borraron de un plumazo ante las pruebas constatadas. Las miradas de escepticismo se transformaron en gestos de satisfacción y en palabras de reconocimiento por el trabajo realizado. Contra todo pronóstico, Mónica Rojo encontró evidencias de suficiente peso como para demostrar que lo que en principio parecía un «suicidio de manual», tal y como a primera vista lo calificó Eugenio Bermejo, era algo bien distinto. Ahora quedaba en manos de la justicia llegar a una conclusión a partir del informe presentado por la Policía y decidir en consecuencia.

Todos los funcionarios de la comisaría que estaban de guardia se encontraban en el despacho del inspector jefe poniendo colofón al último día de trabajo del año. Aquello parecía una fiesta. Como era costumbre en tan señalada fecha, Antúnez había convocado a los policías que estaban a su cargo para hacer un brindis. La euforia que se transmitía entre canapés y copas de cava apuntaba la llegada del nuevo año en apenas unas horas.

Al responsable del equipo se le veía radiante: era consciente del prestigio que iba a revertir en su nombre la profesionalidad de la inspectora Rojo asistida por el agente Bermejo. En correspondencia, concedió una semana extra de vacaciones al tándem formado por ambos. Así podrían descansar después del «intenso trabajo realizado», tal y como dijo levantando la copa para brindar en honor de los mencionados policías. Mónica Rojo agradeció el detalle, aunque imaginaba, mientras escuchaba las alabanzas de su jefe, lo que habría cambiado la cosa si hubiera interrumpido la investigación, como le sugirió quien ahora se mostraba tan satisfecho por las pesquisas realizadas. Si ella no hubiera luchado contra la desconfianza de su

superior, se habría terminado archivando el caso como un suicidio más. Pero si eso hubiera sucedido, ¿acaso los hechos hubieran sido distintos? No. Adrián habría sido eliminado por la misma persona y de idéntica forma, sin embargo, la rendición de Rojo habría tenido consecuencias desastrosas para ella: el mismo Antúnez que ahora se deshacía en elogios le estaría recriminando haber dado la cara por ella para solo perder el tiempo y, con toda probabilidad, la retiraría de la calle relegándola a ejercer labores administrativas. Por otra parte, Raquel Puyol, la responsable del delito, habría seguido con su vida tan campante. Un panorama bien diferente al actual. Rojo apostó a una carta y ganó la partida. Pero había tenido que pagar un precio por ello. La incertidumbre vivida durante el transcurso de la investigación le habían hecho pasar «las de San Quintín», como diría su abuela en ese contexto. Al contrario de lo que podría suponerse, lejos de sentirse satisfecha, a Mónica Rojo la invadía una amargura extraña, un hastío que no lograba comprender. Debería estar eufórica por el éxito logrado, sin embargo, notaba una frialdad interior que no correspondía al momento en el que se hallaba. Tal vez porque llegar a la meta deja indiferente cuando el esfuerzo realizado por alcanzarla ha sido desmesurado.

La inspectora bebió un sorbo de cava tras el brindis de Antúnez. Miraba a su alrededor abstrayéndose del ruido. Bermejo se hinchaba a canapés mientras departía animadamente con varios compañeros. Por fin, tanto él como ella podrían disfrutar de lo que quedaba de las fiestas junto a sus respectivas familias, ya sin el agobio de ese tictac pendiendo sobre sus cabezas.

«¡Feliz año nuevo!». Tras repetir la misma frase por enésima vez y terminar de despedirse de todos, Mónica salió de la comisaría y miró hacia arriba para sentir el sol en la cara. Un sol que se había hecho de rogar durante las últimas semanas. La imagen de Adrián Zhao le vino a la mente. «La vida sigue», susurró para sí. Pero, realmente, ¿eso era cierto? ¿La vida sigue? De pronto le pareció horrible esa frase dicha a modo de consuelo. Era tan insoportablemente sencilla que atentaba contra lo complejo de la muerte. Tan acomodaticia que resultaba vergonzante. Estúpido intento de castrar las emociones. Encogerse de hombros ante lo trágico. Porque la muerte, aunque sea irremediable, no implica que haya que ponerse una venda para evitar contemplarla. Y mucho menos dulcificarla con palabras suaves como «defunción», «óbito», «tránsito» o «deceso». ¿Por qué hay tanto miedo a llamar a la muerte por su nombre? Tal vez porque suena a oscuridad, sufrimiento, desesperación y abismo. Mónica Rojo odiaba los eufemismos,

especialmente cuando eran aplicados a algo tan definitivo como aquello.

No, la vida no sigue. Adrián Zhao ya no podrá ilusionarse, ni experimentar, ni equivocarse. Para él se acabaron las conversaciones y las sonrisas. No podrá contar las anécdotas que le sucederían durante un viaje, ni disfrutar de esos momentos mágicos que ocurren al contemplar un paisaje en silencio con la persona elegida cogiéndole la mano. No podrá bañarse en el mar ni disfrutar de la naturaleza, ni enamorarse. No, definitivamente, la vida no sigue, la vida se para.

A pesar de llevar diez años trabajando como policía, había sido incapaz de liberarse de la empatía que, indefectiblemente, sentía por las víctimas, por muy anónimas que fueran para ella. Eso, por supuesto, no era compatible con la frialdad que por su cargo se le suponía, pero nadie había demostrado hasta la fecha que el distanciamiento emocional garantice el éxito a la hora de resolver un caso, por mucho que pudiera parecer lo contrario. Y ella, ahora, era la viva muestra de esto.

De camino hacia su coche, el sonido de un petardo la sobresaltó. Le repateaba la manía de celebrar la Nochevieja haciendo explotar esos ruidosos explosivos. Una odiosa costumbre que se repetía sistemáticamente cada año. En realidad, era lo único que no le gustaba de estas fechas. Desde niña, siempre le habían ilusionado las celebraciones navideñas. Ahora, después de este punto y final, esperaba poder disfrutar del ambiente festivo con la misma intensidad de siempre. A las doce de la noche estaría viendo por televisión las campanadas y tomando las uvas junto a los suyos. Como cada año. Como si nada hubiera pasado. Como si fuera necesario ocultar lo absurda que resulta la vida algunas veces.

Ya dentro del vehículo, sacudió la cabeza intentando liberarse de esos pensamientos y lo puso en marcha. A los pocos metros, se paró delante de un semáforo en rojo.

Cruzando la calle, un grupo de muchachos de la edad de Adrián Zhao celebraba el año que se extinguía y la próxima llegada del que, en pocas horas, iba a comenzar.

AGRADECIMIENTOS

A Joaquín Carrasco, Raúl López Miguel y Naomi Zaragoza Cuenca, de la Comisaría General de la Policía Científica.

A Rocío Carbayo, inspectora jefe de Policía Nacional.

A Andrés Bedate y a Javier Fernández, médicos forenses.

A Isabel Durántez, magistrada titular de juzgado n.º 3 de Madrid.

A todos ellos, por la generosidad de proporcionarme la información que les pedí para la creación de esta novela.

A mi sobrina Claudia Asunción Sevillano, por guiarme a través del universo adolescente.

A Fiorella Faltoyano, Jorge Asunción Higueras y Alicia Ramos. Por ejercer de lectores conejillos de Indias.

INFORMACIÓN PARA CLUBS DE LECTURA

Querido lector, nos tomamos la libertad de tutearte porque tienes entre tus manos uno de nuestros libros y, por tanto, ahora tú también eres ya miembro de Alrevés.

Y, como tal, queremos comentarte que, pensando en el placer que supone la lectura compartida, hemos añadido una pestaña en nuestra web (https://alreveseditorial.com/) donde encontrarás la ficha de lectura de este libro, por si sintieras el irrefrenable deseo de intercambiar tus impresiones sobre él en un club de lectura. Allí encontrarás también nuestros contactos para facilitar la participación de nuestros autores en las charlas, recibir información, organizar actividades, *etc.*

Te estaremos muy agradecidos si difundes esta iniciativa porque, como dijo un gran sabio a quien conocimos bien, leer nos salva del olvido.

> «Sobre este escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio (…) Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro.»

ALEXIS RAVELO,
Los días de mercurio